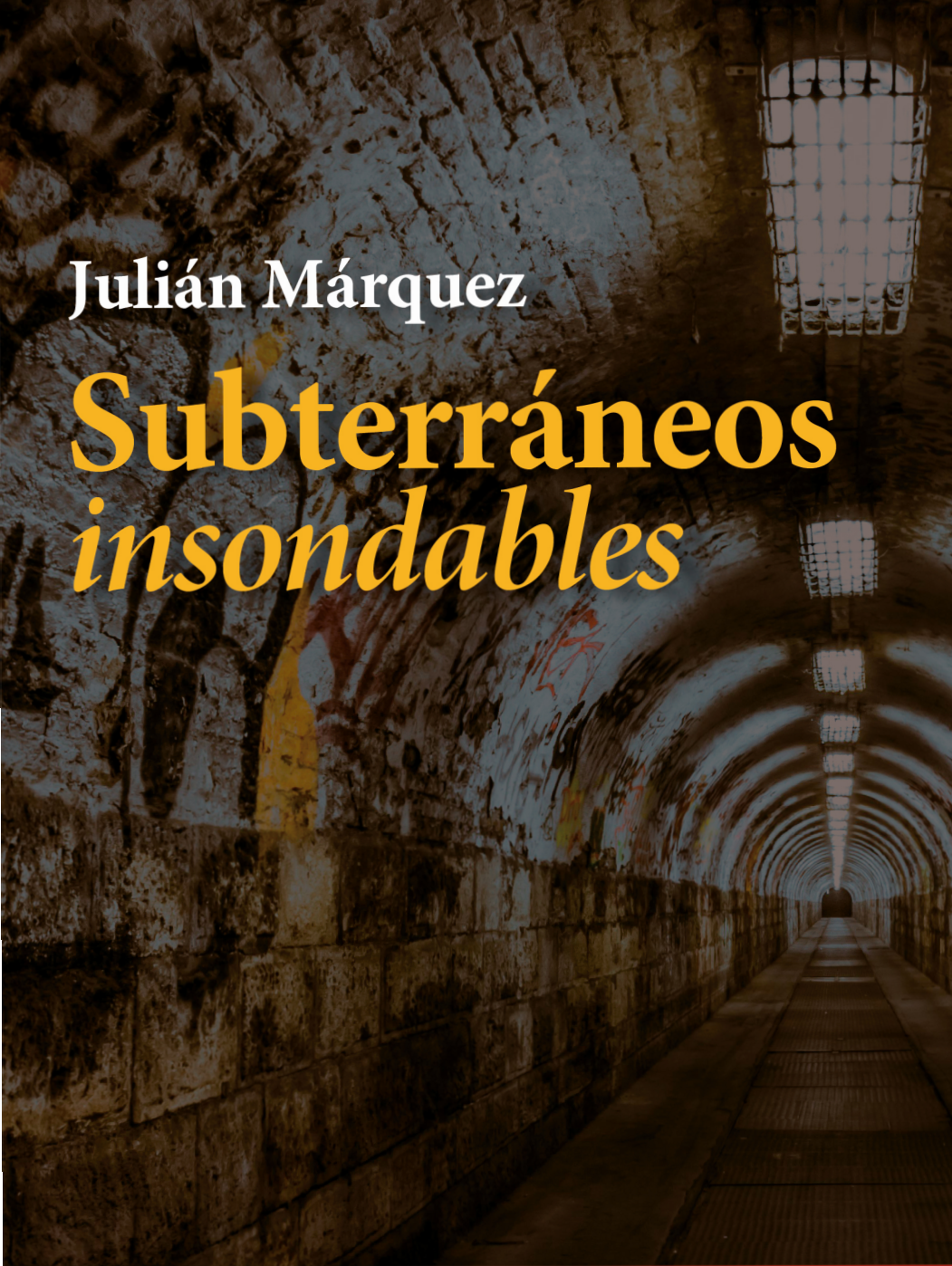




Julían Márquez

Subterráneos *insondables*



Subterráneos *insondables*

1.ª edición, Fundación Editorial El perro y la rana, 2022

© Julián Márquez

© Prólogo y notas: Alejandro Sebastiani Verlezza

© Fundación Editorial El perro y la rana

Fundación Editorial El perro y la rana

Centro Simón Bolívar, Torre Norte,

Piso 21, El Silencio

Caracas -Venezuela 1010

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Edición

Jenny Moreno

Diagramación

Arturo Mariño

Corrección

Ybory Bermúdez

Álvaro Trujillo

Diseño de portada

Greisy Letelier

Hecho el Depósito de Ley

ISBN 978-980-14-5040-5

DC2022000675

Julián Márquez

Subterráneos
insondables

Una postal para Julián Márquez

I

Un niño en su cuarto de arena. Juega, *realiza* su cine mental, sedimento que alguna vez encontrará cauce. Estado genésico: la escritura en un lugar anterior a las tramas del yo y la identidad. Ahora, salto temporal, capas y capas de correcciones: van acumulándose y superponiéndose, como si se tratara de un palimpsesto que se ha formado en las hendiduras –lo subterráneo– de su escritura. No lectura, relectura, constante adición de signos, enmiendas. No página, *pátina*.

Cada vuelta sobre la prosa de Márquez tiene una hondura distinta. Leerlo implica un arte cercano a la geología. Él ha conformado su propio *suelo*, compuesto por múltiples capas, texturas, minerales ocultos (;tierras raras?). Un oficio, una vocación: cultivar cada territorio, provocar su expansión germinativa. Solo así consigo dar con una impresión en torno a su trabajo narrativo. Escritor de la paciencia y la demora, dialoga con la realidad desde sus umbrales, busca percepciones que colindan con mundos oníricos. Pactos –tactos– a través

de la imaginación y uno de sus tantos desdobles expresivos: el cuento.

Lo anterior puedo corroborarlo en mi experiencia de lectura y también fuera de la página: Márquez revisando galeadas, lápiz en mano, abstraído ante una pantalla, cavilando, dudando, enmendando, consultando, enmendando una y otra vez, tachando, rayando, borrando y reescribiendo, hasta dar –quizá por una mezcla de aturdimiento y hastío– con su anhelado *mot juste*. Lo visto y lo leído me hacen inclinarme por una evocación más afectiva que crítica: prefiero brindarle al lector una carta de navegación, la herencia de una afinidad. Labor no siempre sencilla: expresar el afecto por la voz encontrada en unas páginas –así sea elusivamente– implica cierto equilibrimo y no siempre la razón puede resonar en las frecuencias de la memoria.

Una cámara, siempre en *travelling*, realiza el *zoom* en ciertas zonas porosas. Aumenta el foco, intensifica las percepciones del paisaje y cuando quiere vértigo busca un acelerado cenital: perspicacia poética capaz de entablar relaciones analógicas entre los lugares menos frecuentados por el sentido común. El palimpsesto es un agolpamiento semántico: nace de una exigencia del autor consigo mismo y la respiración de su lengua alucinada. El escritor como Sísifo: sube y baja, bordea y rodea, vigila, ajusta, las gradaciones de su expresión.

Por suerte, la exigencia de Márquez se transfiere al otro lado de la página. Y las recompensas, en vida interior y experiencia de lectura, nunca defraudan: se sale de sus libros más lleno de preguntas y conjeturas. En el fondo, propone un éxodo, la salida de eso que Rilke llamó *mundo interpretado*.

Aún en progreso, no es una escritura fácil: requiere paciencia, altas dosis de entrega sensible y meditativa para entrar en diálogo con sus mundos.

II

Cada cuento de Márquez, creo, se propone esta doble vía: refutar un aspecto de la vida y buscar sus resoluciones por la vía imaginativa. Es, se me ocurre, por sus búsquedas de los últimos años, un deseo de matar simbólicamente a Dios (“rehacerlo”, más humano, más compasivo, más a la medida de sus preocupaciones metafísicas, tal vez). Sus personajes en algo recuerdan a ese hombre rebelde de Camus. Detrás de cada frase, sospecho, late la angustia de introducir su *enmienda* a la realidad, minar sus sistemas más opresivos y fundar un amago de libertad en la lectura y sus prolongaciones. Quizá el máximo intento de influencia que se proponga un escritor sea el siguiente: que su lector se convierta —así sea por un minuto— en un Quijote y ensaye su salida hacia lo desconocido. ¿Escapa Márquez a esta tentadora faena? Visto así, aunque pasajero, su acto de creación implica también una *fe*. Lo demás, con suerte y tesón, se resuelve en el plano del oficio: la creación de ese sólido suelo.

III

No dejo de asombrarme: estoy ante un trabajo literario cuyas dimensiones, ni yo ni mis contemporáneos, estoy seguro de lo que digo, logramos descifrar con claridad. El lector, a su vez, está en una encrucijada (y ventea fuerte): una obra en vida, una vida en obra. Si la hay, encuentro que la lección que puede dejar Márquez está en una sostenida disciplina, una

persistencia y una resistencia, aún en los momentos de mayor aridez. Cada cuento suyo invita a percibir con mayor intensidad los planos irresueltos y misteriosos que flotan alrededor de la vida y sus discontinuidades. Sus personajes encarnan por momentos un terco nihilismo: en buena medida, recuerdan que el sinsentido –sus amenazas– están a la vuelta de la esquina y los sistemas de la comodidad son frágiles.

Una breve nota biográfica en torno a Márquez: en los últimos años se ha dedicado a profundizar sus conocimientos técnicos y conceptuales en materia cinematográfica. Esas investigaciones, me temo, han terminado por *contaminar* su escritura. A veces lo sospecho: en sus ficciones está encapsulado el guion de una película que sus lectores podremos “rodar” (este rasgo puede notarse en *La rotación del zodiaco*, su única novela publicada hasta el presente).

IV

Escritor de presencia discreta en el panorama literario venezolano, ahora mismo, espero, encontrará sus mejores lectores. Con probada vocación imaginativa, solo a partir de un demorado ejercicio de atención, podrán *recibirse* sus cuentos. Después de todo, los veo como una ofrenda. A veces, siento que Márquez solo se ocupa de escribir y lo demás no le importa tanto, como si lanzara sus libros también a un éxodo: botellas náufragas que ahora consiguen su mejor destino y dejarán de circular ocultamente.

V

Márquez forma parte de esos narradores que vienen de practicar en su juventud la poesía. Si lograron fundar su escritura en esa migración, algo ha quedado de su anterior estancia genérica. Ocurre igual con los extranjeros en su nueva residencia: si bien han logrado aclimatarse al paisaje, siempre podrá percibirse en su dicción un aire descolocado, volátil. Quizás Márquez sea un extranjero en su propia literatura. De ser cierta mi impresión, yo quisiera que sus libros se convirtieran en un boleto de entrada, si acaso él no se acostumbró ya a las visiones no siempre plácidas de la lejanía.

Llegará el momento: las ficciones de Márquez deberán hablar por sí mismas y los lectores dirán si mis apreciaciones vagabundean más de la cuenta. En todo caso, me digo, leerlo con disposición a los mejores descubrimientos, pero también al lado de su geografía cultural más inmediata.

VI

Sirva esta postal para una obra del porvenir.

ALEJANDRO SEBASTIANI VERLEZZA

Septiembre, 2013

Los círculos solares

Primer libro del autor, publicado en el año 1988 por la Editorial Poiesis. Sirva como orientación para el lector la nota de contratapa:

Es y será siempre difícil erradicar de la narrativa el absolutismo del sentido. A fuerza ha sido el sitio donde los hechos y las opiniones, incluso la de no opinar, han tomado la palabra.

La herrería donde se rompe el corazón de esas palabras con el objeto de hacerlas elásticas y útiles como máquinas. En este libro las cosas no suceden así.

Simultáneamente, y en fusión, ocurre un paralelo interior sobre el cual se monta el cerrado despliegue de los cuentos. El sentido está. Cuenta y los hechos se realizan en toda su necesidad de sucesos, tiempos, espacios. Discurren temas. Pero, al mismo tiempo, aun en los cuentos más escatológicos, el lenguaje no cede en su intención de belleza y culminación artística.

El lenguaje, quien aquí dispara la asertividad de todos los sentidos a su máxima libertad e intentos, no deja, en un solo instante, ser invisibilizado por estos.

La obra de arte, escrita, pone fin a la invisibilidad de la palabra. Pone fin al lenguaje sometido a cualquier absoluto, aun cuando se trate de él mismo. El arte usa la experiencia lingüística pero nunca se reduce a su servicio. Ella, la palabra, culmina en sí misma la textura de su forma y, solo entonces, desencadena los sentidos: Los círculos solares.

A Raimundo Antonio y a Carmen Rufina, mis padres (in memoriam).

*Esos que pasan no son sino imágenes
nacidas de la fantasía de los vientos.*

EUGÈNE IONESCO

*... así hemos venido a ser los descompuestos
sujetos que ahora somos...*

JULIO GARMENDIA

Cinema

*A Lucas,
lunario de la infancia fugada.*

La voz de mujer tiembla detrás de la pesada cortina, y en el vestíbulo los ojos del limpiabotas se entristecen, momentáneamente, cuando los aparta de las monedas que tiene en la mano y los traslada hacia la calle colmada por el incesante arrastrar de los transeúntes y el continuo fluir de los automóviles. Frente al cinematógrafo prosigue la agitación de rostros delicuescentes, siempre de modelos variables, entre los cuales el limpiabotas anima la posibilidad de un cliente; sin embargo, ninguno llega a tomarlo en cuenta y siguen imperturbables hacia el destino que tienen pautado con el día. Él regresa la mirada llena de abatimiento, quizás por el fracaso, de nuevo a las monedas y la otra mano, algo nerviosa, aterriza en la cabeza. Mientras deja deslizar los dedos por el cabello escucha, a su espalda, una mezquina sacudida de tos que se desprende de algún segmento del vestíbulo. Entonces, cuando se vuelve para comprobar quién emite los rugidos guturales, sorprende la figura desgastada de la taquillera, estremecida dentro del parapeto de los *tickets*. En los párpados

amolletados de la mujercita sobrenada todavía resto del sueño que, a pesar de la avanzada mañana, aún tarda en desprenderse del oscuro rostro, aunque entre los dedos sostiene una fotonovela dispuesta a leerla.

Con vivacidad el limpiabotas pasea su mirada de águila desde la taquillera hasta el portero medio adormilado sobre el taburete, amasando la estrategia de saltar a *patio* en la primera oportunidad que se presente. Permanece un rato a la expectativa, pero después abandona la idea que había comenzado a inflarse como un globo y esconde el dinero en la cueva del pantalón, donde los lamparazos de betún describen una arbitraria geografía.

El portero no ha perdido tiempo y, ahora, ronca plácidamente recostado a la pared, aprovechando el avanzado discurrir de la función. Un perro flacuchento, enrollado en sus pies, parece vigilar el sueño del hombre. De vez en cuando el animal, alerta a cualquier contingencia, adelanta el hocico como si olfatease al limpiabotas que continúa merodeando por allí inseguro.

Un hombre fluye desde la calle y va a detenerse delante de la máquina de refrescos e introduce una moneda por la ranura para activar el mecanismo. El limpiabotas observa, con atención, la capa de polvo en los zapatos del hombre y sus ojos se iluminan instantáneamente sacudidos por un súbito chispazo.

—¿Esta vaina no sirve? —gruñe el hombre dándole una serie de golpes a la máquina. En seguida los golpes taladran el sueño del portero, quien despierta solo un instante y, sin llegar a abrir los ojos por completo, vuelve a hundirse en el sueño. El animal entra en movimiento, quizás atraído por

la presencia del otro hombre. Viene a olisquear los zapatos llenos de polvo e inesperadamente es sacudido, electrizado, por un fuerte golpe que lo deja aturdido. Detrás del quejido los dientes brillan rabiosos, ensayando un intento de ataque. Pero allí permanece aquella amenaza puntiaguda. Rehúye una nueva sacudida, y tragándose la rabia y el dolor, acalambrado aún, se escurre otra vez hacia los pies de su amo. El agresor lo mira con una mueca siniestra y con ese mismo gesto deja caer la mirada sobre el rostro impasible del portero. Un deseo ingente de abalanzarse hacia el otro comienza a envolverlo, sin embargo sabe contenerse a tiempo. Masculla algo ininteligible y despojándose de la rabia retira la mirada de aquel rostro cetrino que considera inferior al suyo. Ya no le duele haber perdido la moneda y se aleja de la máquina haciendo una rápida señal al muchacho, luego de observar el polvo de los zapatos. El muchacho en seguida responde jubiloso a ese llamado y de inmediato se arrodilla delante del primer zapato. Desde abajo la curiosidad lo induce a una torpe admiración y se encuentra henchida la piel cuando advierte que los lentes oscuros que el hombre acaba de ponerse sombrean su rostro con cierta aura de galán *hollywoodense*, y quiere tener esa misma apariencia cuando sea grande.

Mientras esparce por el suelo sus objetos de trabajo, el limpiabotas no deja de pensar en la película. El zapato se agita sobre la caja y él se arma inmediatamente para comenzar la tarea. Apenas percibe el deslizamiento de la mano por el cuero, sus ojos descubren, por debajo de la pierna del hombre, los labios reidores de la mujer envuelta en un *strappless* transparente, deliciosamente hendido en la entrepierna donde, con timidez, se insinúa una pequeña bulbosidad

oscura. Sus dientes, mientras ríe, lucen un acabado casi perfecto, como los que exhiben las modelos de la publicidad dentífrica. Hay una sonrisa y el esplendor de un guiño seductor hacia el muchacho, y este en el acto se olvida del lustraje y corre a entregarse, a desfallecer, en los brazos oficiantes de la mujer, de cuya piel rosada y tibia, abriéndose a cualquier concupiscencia, se apodera allí mismo. Para él la boca reidora está próxima a sus labios, una dulce y esponjosa proximidad girando hacia lo violable. La puede alcanzar con suma facilidad, hacerla suya en la mínima instancia que entrega aquella inimaginable oportunidad. Rotar la mano sobre la piel tersa inviolable, esa sedosa textura que poco a poco se hace febril y lo busca. Puede tentarlo en la oscuridad y lo encuentra a su alcance, dejando que la otra piel descubra sus oquedades salitrosas, la lengua que resbala hondo, sacudiéndola en ebullición, alzándola ahora cuando la siente trepar sibilante por el cuello cálido. Asalta la deleitación de la boca hasta alcanzar la garganta acidulada, y son completamente suyos esos duros senos que tiemblan al primer contacto de la búsqueda. Ahí están esas manos enervadas que se interrumpen arriba y descienden, excedidas en la torpeza, al cierre del *blue jeans* para descubrir esa superficie de pliegues tiernos, esos labios humedecidos que en un misterioso artilugio se transforman en el clímax y la coronación de todo lo profano en ese juego de los cuerpos enhiestos. Siente entonces algo que progresa muy adentro y crece hasta azotarle los riñones: su magma volcánica que amenaza con fuerza y él cree que se derrama por dentro mientras permanece fusionado así, como para siempre, al cuerpo de la mujer. Sabe que la lava puede irrumper súbitamente y se afana sobre el otro cuerpo que ya llena su

piel de espumosas sensaciones, justo al depositarse, a resguardo de la mano, la breve extensión oculta bajo el mantoncito de césped, donde se enredan los dedos para abrir la brecha al bálano agitado peligrosamente delante de la gruta pulsátil...

—Mucho cuidado con mancharme las medias, carajito, ¿eh? —dice el hombre.

El muchacho se descubre ahora perdido con la rubia en medio del desierto donde no se ve otra cosa más que arena y algunos arbustos y cactus diseminados al azar. El día reverbera calcinante, hostigando los cuerpos que tiene atrapados sobre la duna caliente, casi desfallecidos de sed, con las lenguas reseca adheridas a los labios, también reseca por la resolana. De los dos, la muchacha es la más afectada por la dolorosa travesía, tanto que, sin ninguna manifestación secundaria, sorpresivamente rueda desmayada hacia la arena. El muchacho no parece extrañado, actúa como si hubiese esperado eso en cualquier momento y se inclina para levantar el cuerpo descoyuntado, despojado de fuerza, acaso por poco tiempo o para siempre. Es una fragilidad ahuecada, algo idéntico al suave volumen de una pequeña ave, lo que queda suspendido entre los brazos del muchacho, después que consigue levantar a la rubia. Hay allí una cabaña y la hesitación cree que es una figura de las falsas maniobras de los espejismos. Los ojos se niegan a aceptar el valor verosímil de la visión y pestañean continuos, volviendo el gesto varias veces porque la imagen no se volatiliza, persiste ahí ante el iris que empieza poco a poco a hacerse menos receloso, aunque los pasos sí parecen dudar todavía de aquella imagen apostada en medio de la duna. La cabaña se queda enredada en el tramaje ineludible del socorro, y las siluetas desfallecientes

arañan luego la desquebrajada entabladura del piso. Todo adentro huele a resequedad, a una aspereza astringente que torna el aire menos respirable y levanta de golpe una angustia de última agonía en la piel, a pesar de que es allí donde el bochorno del sol es más benigno y acogedor. En el fondo de la única habitación una pequeña cama, envejecida, se agranda como un animal almagrado de siglos, y el rostro del muchacho experimenta una alegría inefable. Entonces, con cuidado, deposita su carga sobre la cama y corre hacia afuera. Un instantáneo enceguecimiento aborta la luz y el héroe tiene que acudir a las manos a manera de visera. Una larga franja de petróleo corta en dos el terreno y se adelgaza abruptamente en donde alcanza apenas la vista. En lo más cercano, sobre los arbustos ahitados por la reverberación, una bandada de oscuras aves mortuorias hace cabriolas, giran bajo el disco de fuego y las sombras acrobáticas deslizan un ludismo de alas quebradizas sobre la irisación suspendida de la arena. Los ojos del atisbamiento encuentran la oscura armonía del vuelo bajo el paño celeste: la persiguen con cierta obcecación, acendrando un ímpetu de repugnancia, algo turbio que se encaja como un alfilerazo en las vías violetas, hinchadas allá dentro de porquería acidulada, cuyo aceite corrosivo sube allamarrado hasta la garganta.

El viento caliente del desierto respira una dureza abrasi-va, y un remolino atornado hace levitar la arena y los restos esparcidos de alguna anterior travesía. Todo gira en ese vórtice que va deshaciendo el árido panorama de la lejanía y solo permite la presencia cercana de la breve colina donde otras erosiones formaron la efigie apenachada de un cacique piel roja. Ahí crecen pequeños promontorios, conos de una

transparente vida larvaria acoplada a aquella aspereza de la duna y la resolana que el muchacho ahora percibe con mayor reciedumbre, mientras los vuelos de la muerte continúan suavizando el tiempo, aún incapaces de acercarse a la cabaña.

El muchacho todavía continúa atalayando el paisaje, especialmente la raya oscura de la carretera, ahora más visible a medida que el vórtice se debilita despacio. Ahí no se mueve más nada sino una azulada transparencia que flota temblorosa a ras del asfalto. El cansancio abrasa pronto y establece una debilidad ominosa que doblega al heroico muchacho, lo derrumba bajo la única posibilidad de sombra que ofrece la cabaña. Algunas ráfagas de viento vienen a agitarle el pelo pajizo, y el matojo de cerdas se desparrama hacia adelante y se adhiere como un pegote en el rostro empapado de sudor, al mismo tiempo que una inoportuna somnolencia intenta cerrarle los párpados, con una pesadez plomiza, por breves intervalos. Lucha para vencer el inesperado sopor porque su misión es proteger a la muchacha, y con los dedos conviene un efectivo juego cuyo sentido se inicia y concluye en las grietas ceñudas de sus raídas botas. Algo desagradable le roza el codo y el ángulo visual atrapa la ondulante cola del perro que avanza parsimonioso hacia fuera. El espectro huesudo desaparece más allá del fragmento de acera, no obstante la tortuosa ondulación del costillaje consigue permanecer, estarcirse, en el mismo ángulo que lo ha fotografiado. La voz de la mujer, esa huidiza consistencia, parece atravesar una masa linfática y se adhiere nuevamente al aire gris del vestíbulo. El limpiabotas la escucha ensimismado y lo recoge un dulce anonadamiento, algo vaporoso suspendido en una liviana sustancia, prolongada alrededor, durante algunos

segundos, hasta que el dinamismo de la calle logra atraerlo, dejarlo algún instante confundido en su secuencia irregular y, entonces, vuelve a formar parte del único espacio que lo rodea. El otro zapato ya está encaramado en la caja y, antes que el limpiabotas se ocupe del cepillo, otra vez reconoce aquella breve sección acogedora del cine donde nada le resulta desconocido. La taquillera permanece entretenida con la fotonovela y el portero, recuperado del sueño, desgasta con avidez, analgado en el taburete, un helado mientras observa hacia fuera. Arriba de la caja el otro hombre enciende una pipa lustrosa e inmediatamente el aire se carga de un incienso amanzanado, limpio y agradable.

El aire de la calle cambia bruscamente, se hace más delgado y empieza a descender una llovizna blanquinosa. La plaza frente al cine queda desierta cuando la gente escapa para protegerse del agua. Entre tanto la evaporación del suelo deja un olor sucio en la atmósfera, un agriamiento de deshecho de alimentos que debe provenir de los trasfondos oscuros y húmedos enquistados en los edificios. Un gentío ha buscado refugio bajo la marquesina y quienes se desprenden del grupo entran en el vestíbulo y se ponen a curiosear las carteleras. El cuarteto de hombres que se detiene ante el fotograma de la rubia es sorprendido por el arrebatado enconado de los puñetazos que le descarga el muchacho, mientras la rica heredera, tendida en una *chaise longue*, se queja débilmente a causa del dolor que le produce la profunda herida que tiene en la cabeza.

—¡La han herido, desgraciados! —grita el muchacho.

Los cuatro hombres huyen cuando él se abalanza sobre la muchacha, y no puede siquiera detenerlos con un disparo.

De la herida fluye abundante sangre y el muchacho busca, afanosamente, algo para detener la hemorragia que ya hace un pozo en el piso; y como no encuentra nada, los dedos desesperados, de un tirón, desgarran un pedazo de *strapless*. Después de haber cerrado la herida deja a la muchacha dormida y sube a la garita de la vieja mansión, palpándose la Magnum 44 en la cintura. A lo lejos brilla un punto move-dizo y el muchacho parece saber de qué se trata, porque su rostro se contrae en una mueca de disgusto y, luego, abandona la garita. Un salto espectacular lo instala al otro lado de la alta tapia y corre a ocultarse entre los arbustos cercanos.

El punto se agranda ahí, frente a la mansión, a un costado de la franja de petróleo, transformándose en un lustroso Camaro rojo, ocupado por un quinteto del cual también forma parte el hombre de los lentes oscuros, quien además imparte instrucciones como si fuese el jefe del grupo. Desde su escondite el muchacho persigue todos los movimientos del quinteto, tratando de no hacer ruido, controlando cada escape de su respiración, ya que el más mínimo descuido podría significar su muerte y la de la muchacha. El hombre enlentado baja del auto armado con una potente pistola. Primero echa una oteada hacia los arbustos y luego otra a la mansión, de donde no escapa el más leve rumor. El malhechor no siente mucha seguridad y, antes de intentar alguna acción, intercambia miradas de complicidad con los rostros desdibujados que continúan dentro del Camaro. Todos permanecen sigilosos y se sobrepone un silencio tenso, sinuoso, quebrado ligeramente por el graznido monótono de unos samuritos y el arrastrar de los cotejos sobre la hojarasca. Entre los arbustos, de pronto, dos de los reptiles se trenzan en una

rabiosa lucha, y a pocos metros de allí crece el temor de que el ruido de la refriega atraiga a los malhechores, aunque estos exhiban ahora una extraña apariencia apaciguada como si hubieran roto el plan de secuestrar a la rica heredera; pero a pesar de eso, detrás de los arbustos, la mano soldada a la Magnum 44 avanza hacia fuera buscando sus cuerpos.

Sorpresivamente el hombre enlentado queda solo, envuelto en el agradable humo de la pipa, cuando los otros cuatro se reintegran a la escurridiza animación de la calle, ahora más renovada, después de haberse desvanecido el último delgado hilo de la llovizna. Sin embargo, en pocos momentos, están de nuevo reunidos y el muchacho sorprende cómo el de los lentes arrastra a la rubia para meterla en el Camaro. La Magnum 44 entra en acción con seis estampidos hacia los cauchos, pero la puntería yerra el blanco y el quinteto, a toda prisa, consigue escapar con su presa. Una fuerza arrolladora embiste, bufa, en los arbustos y la Magnum brama nuevamente. Cuando el muchacho sale del escondite el auto se encuentra fuera del alcance del arma y los cauchos rasguñan chirriantes la franja oleosa de la carretera. Él debe impedir que se produzca el escape hacia Estambul y, como todo un 007, vuela sobre el Maserati y arranca hacia La Guaira con las saetas del velocímetro oscilando en el tope del marcador.

Pero ahora se ve, embutido dentro de un *smoking*, subiéndolo las escaleras de un lujoso hotel alfombrado con damasco. Gira hacia la izquierda cuando llega al rellano y se detiene delante de la *suite* reservada desde la oficina de Scotland Yard. Apenas abre la puerta, en el interior de la *suite* recupera a la muchacha sana y salva. Ella ensaya su mejor

sonrisa de pasta dental antes de abalanzarse gozosa hacia el héroe. Luego ofrece sus labios —esa carnosidad siempre hambrienta— y cuando ya él va a besarla, súbitamente la hace a un lado con violencia y abriéndose el saco del *smoking* saca la Magnum y dispara certeramente hacia la pesada cortina. La tela se desprende desde arriba y cae con el peso del hombre, quien rueda sin señales de vida. El muchacho, aún con el arma humeante, se acerca despacio al cadáver y con la punta de su zapato lo voltea para verle el rostro: es el de los lentes, y unos ojos triunfadores comienzan a verlo con sorna. El cadáver parece importarle muy poco y con desprecio se deshace de él ocultándolo en el clóset. Como recompensa, debe obtener el cuerpo de la rubia, y ella también está de acuerdo con que debe ocurrir así y se deja tomar por la cintura. Despacio siente la humectación de la lengua que resbala por el nacimiento de los senos, y más atrás la mano diestra que sabe desvestirla hasta que cae la última prenda. La tiene lista en la cama, va a poseerla toda, va a lamerla como un caramelo, va a cubrirla con su poderosa intensidad. Pero de pronto, el ruido sordo de la cortina se desliza por el aire y el muchacho se halla perdido, confuso, entre los espectadores mañaneros que abandonan las butacas.

El limpiabotas termina de lustrar los zapatos y, apenas guarda el pago, observa cómo el hombre se aleja hacia la calle y se pierde entre los otros transeúntes. En silencio, como si le doliera haber perdido algo imprescindible, ahora el limpiabotas comienza a meter en la caja sus cosas de trabajo. Ya ningún deseo lo anima a ver la película, pese a que la imagen de la protagonista todavía revolotea en su cabeza. La permanencia en el cine le resulta incómoda porque el estómago y

las ganas de vaciar la vejiga atacan al mismo tiempo. Abandona el vestíbulo y se hunde en el aire reconfortante dejado por la lluvia. Hay un soplo sutil, aterciopelado, dentro del cual se mueve tranquilo, dejándose llevar impulsado por la suave brisa. A su lado se mueven dos hombres haciendo algunos comentarios de la película. Los oye y los mira desdeñoso, convencido de que solamente él puede poseer la figura del fotograma. En sus labios lleva una sonrisa ambigua que acentúa el desdén de la mirada, mientras continúa impertérrito recreando la imagen de la mujer nuevamente. Cruza la calle y desaparece hacia el pasaje, confundido entre el gentío subiendo y bajando por la boca del túnel.

Necrofilia

*A Carlos Garrido,
gnomo de esta larga espera.*

*... toleraba únicamente cadáveres frescos,
de no más de tres días de urna...*

SALVADOR GARMENDIA

Un fragmento convulso y abigarrado de la ciudad está allí, dispuesto a mi alrededor, envuelto en el desorden habitual de las horas de la mañana. De modo que cuando me desplazo por este lado, donde abundan los bufetes de abogados, veo desfilar algunos de los diversos componentes de la sustancia del vibrar urbano. A cada rato pasan autos recientes y lujosos al lado de otros más desgastados y empobrecidos por el tiempo. También se avienen las vitrinas asépticas con sus maniqués de gestos estáticos y gente ruinosa y envilecida andando en medio de otras decorosas y bien vestidas con trajes impecables, de buen corte, que llaman la atención. Sin embargo, debo confesar que de todos esos elementos solamente me atraen las mujeres jóvenes agitadas por ahí con su variedad de formas y pintas.

Todos los días, antes de dirigirme al trabajo, doy una vuelta por las calles céntricas con el propósito deliberado de observar la fauna femenina. Algunas de ellas, con un poco de suerte, van a caer un día de estos entre mis manos. Por

ejemplo, me gustaría que esa rubia, jugosa y nalgona, que va entrando en la farmacia, cayera precisamente hoy; es posible que no ocurra así, pero mientras realiza la compra me dispongo a esperar su salida. No sé cuánto tiempo irá a durar la espera y enciendo un cigarrillo, sin dejar de mirar al resto de las mujeres que circulan por las aceras.

La rubia acaba de abandonar la farmacia, y en el acto cruzo la calle y voy en pos de ella. La persigo sin acercarme demasiado y de ese modo puedo mirar con deleite la forma provocativa de sus nalgas agitadas deliciosamente, allí adelante. La persigo varias cuadras hasta que frente a una venta de loterías la aborda un tipo alto y fornido, y desaparece con ella por la puerta de vidrios ahumados de un edificio de oficinas. Entonces, con tristeza, desinflado en mi punto más vital, recojo la vista y en seguida me dispongo a hacer otra elección; pero allí está el reloj de la publicidad “Luna”, y me doy cuenta del avance del día porque debo estar en el depósito antes de las nueve. En la esquina tomo el primer *por puesto* que tiene un espacio libre e instalo esta inquieta humanidad en el asiento trasero, entre una vieja silenciosa y un hombre hierático, con cara de funcionario público, que viaja leyendo el diario indiferente al discurrir de la mañana.

Si este hombre pudiera entenderme, le diría que a veces llegan algunas criaturas realmente exquisitas —como la rubia de hace rato—, pero hay momentos que caen unos perfectos adefesios, quién sabe si sacados de algún bazar de deshechos. Ayer nomás llevaron a una flaca horrible, seguramente soltera; y sin embargo no me quedó más remedio que acostarme con ella.

Hoy al parecer estoy de suerte, pues apenas descendiendo del auto, en la entrada de la morgue, me encuentro con la buena noticia del reciente suicidio de una exmiss. A la fuerza logro abrirme paso entre la aglomeración de periodistas y curiosos que tapian la puerta, y me escurro rápido hacia el interior del edificio. Con apuro marco la tarjeta y después de colocarme encima la bata blanca llego, casi corriendo, al depósito de cadáveres.

Ahí, tendida sobre la plancha de mármol, inmovilizada para siempre está ella; la envuelve esa atmósfera fría y aquel olor indefinible del depósito. A pesar de su inmovilidad pétrea el cuerpo luce saludable, y por un momento tengo la impresión de que es la rubia quien se encuentra tendida en el mármol, pero luego de escrutar a la interfecta detenidamente, quedo convencido de que su hermosura es superior a la de aquella. Despacio, sintiéndome dueño de la situación, me deslizo hasta la tabla y dejo caer mis labios sobre los labios enmudecidos de ella. Mientras la voy besando desafortunadamente siento como si de pronto recobrara vida y fuera llenándose de pulsaciones y compartiera conmigo la torpeza de mis manos buscando afanosas debajo del vestido. La percibo llena de vida y llego a creer que en cualquier momento podría verla incorporarse y devolverme la lujuria exaltada que experimento con ella.

Por un instante, cuando alguien habla cerca de la puerta, detengo el avance, a pesar de la seguridad que me ofrece el depósito. Entonces los sentidos se alzan alertas, aunque no despego la vista del mármol. Después, una vez apagada la voz allá afuera, en seguida estoy al lado de mi presa y comienzo a atacarla con renovados bríos. A medida que crece el ataque

en aquella región almibarada del bajo vientre, la pequeña criatura, agazapada en su guarida, se va inflando lentamente hasta endurecerse como un trozo de madera maciza, hacia la cual concurren los fogajes del cuerpo.

En la atmósfera no hay ningún remordimiento, mientras cubro ávido la inmóvil presencia de la exmiss y empiezo la sutil profanación con la habilidad que he ido adquiriendo en ese menester de todos los días. Los embates del acto se hacen cada vez más angustiosos y afogados, hasta que, sudoroso, crispado por los espasmos que irrumpen desde las entrañas biliosas, siento cómo el desagüe se desprende allá dentro y una sensación inconmensurable suspende todo sobre la tabla de mármol.

A cabo rato, completamente sosegado, mientras observo el cuerpo, que comienza a amoratarse, pienso en la imposibilidad de haber podido estar con esa mujer en vida. Sin embargo, la muerte —cómplice gratuita de estos actos— pudo degradarla para satisfacer este gozoso *performance*.

Luego, satisfecho de los primeros logros del día, abandono el depósito y subo a la oficina del director, aspirando el sinuoso olor a éter que invade los pasillos.

El pesado silencio del parque

*A Rafael "Fucho" Salinas, inmóvil,
cobijado de sombras.*

Desde temprano esa permanencia irregular en la atmósfera. Ningún fuerte gotear de palabras próximas, ninguna huella de lo volátil, acaso una huidiza hoja de papel posándose escondida suavemente en la grama humedecida y, más distante aún, algunos ecos inaudibles atravesando un túnel ilimitado. Solo ese tiempo, sin fondo y aparentemente discontinuo, para arrastrar las horas vacías donde comenzaba a hundirse el día apenas meridiano, mientras cada cosa del parque recibía el soplo gélido del viento. Los árboles se dejaban envolver por la densidad neblinosa y desaparecían velozmente, aunque un sol cansino, a través del calvero, intentaba deshacer, entre el bosque, aquella totalidad agrisada. A veces las cosas detrás de la neblina recobraban cierta consistencia, pero pronto volvía a restablecerse esa permanencia irregular del día donde quedaba circunscrito todo. El aire continuaba inmóvil en la proximidad de la tarde y la ciudad oleaginosa, oculta más allá de la bruma, parecía haberse diluido en su mismidad. Un silencio apaciguado, blando y moldeado por

el deslizamiento de los ecos artificiales de la soledad, esparcía alrededor una red gelatinosa que ni siquiera el lloviznar de la fuente conseguía alterar. Pero ahí estaba el hombre, y la cámara continuamente estallando resplandores. Hombre y artefacto parecían una misma cosa, simbiosados por un solo efecto, cada vez que se movían para atrapar el instante en la fijación de la película. Las señales de las imágenes penetraban el diafragma para congelarse en seguida tras la presión del disparador de la réflex (35 cm. Flash incorporado, el disco ASA 250 en el índice de velocidad), y luego el ojo buscaba otra posibilidad del enfoque. La cámara persiguió las hermosas formas empedradas: los rostros ladeados hacia los lugares sin límites, el declive poroso de las piernas, aquella esbeltez en los triángulos de los ciegos pubis. Entonces ahí los labios sonrieron triunfadores y satisfechos cuando los dedos desenroscaron la lente, y la mano velluda regresó la cámara al bolso negro que colgaba del hombro de la camisa de kaki. Luego el fotógrafo, todavía sin perder la sonrisa, se echó sobre la grama para estudiar las perspectivas más lejanas. Comprobó, con los puños semicerrados sobre los ojos escrutadores, a manera de binocular, que desde abajo también se podían obtener otras buenas tomas, y planificó minucioso cada uno de los nuevos planos, sin fijarse cómo los posos del sol empezaban a adquirir mayor duración en algunos sitios a medida que la neblina se diluía despacio y el aire esparcía un tibio vaho que el hombre, ahora boca arriba, recibía en los párpados como algo delicioso y balsámico. Las voces contenidas por el silencio intentaron irrumpir bulliciosas, sin embargo resbalaron por una superficie abrupta que retrasaba la reconquista de un espacio para sí mismas. Hasta ahora solo había

sido posible escuchar el leve tintinear de las campanillas de algunos furtivos heladeros que circulaban lejos, huidos de lo informe, de esa fungosidad que la cámara podía inmovilizar para siempre con su *click* en cualquier momento que el hombre regresara de nuevo a congelar el tiempo, luego que abandonara el juego de morder los tallos de la grama, aunque él acaso podía imaginar que con aquella postura, algo distraída, ya todo estaba concluido por ese día; no obstante, también podía decirse ahí que solamente había guardado la cámara para descansar un rato y aprovechar el ínterin para observar todo lo que giraba a su alrededor e ir descubriendo que resulta descaradamente dulce indagar, sin ser indagado, el sello de lo allí creado: cada roce del aire, cada ojo monstruoso en las cortezas, cada intersticio poblado de hormigas, el vuelo lerdo de un abejorro, los corazones labrados por los enamorados en los árboles, nombres que la memoria recogía en otros rostros más próximos, todo convergiendo en esa inconclusa transparencia momentánea que buscaba levantarse muy despacio, ahora cuando la neblina se disipaba por completo y se podía sorprender el oscilar de las nubes, siempre encaprichadas en bocetear fantasmagorías, sobre todo esa nube negruzca que describía un desmesurado caballo de múltiples crines y cabalgaduras, borradas solo cuando los ojos se negaban al paisaje desigual, con el cuerpo percibiendo únicamente el temblor soterrado de la tierra en cuya superficie el viento comenzaba a pasear la hojarasca y los papeles que el servicio del aseo no había acarreado en días. El fotógrafo abrió de nuevo los ojos porque sintió el aire de lluvia dentro de su ropa rústica y entre la vegetación más distante creyó descubrir una figura borrosa que escapaba hacia algún lugar impreciso.

Intentó incorporarse para ir tras el celaje blanco pero una presencia más cercana hizo crujir una rama seca a su espalda y se volvió velozmente estremecido por un súbito sobrecogimiento, y descubrió el desaliño de la pareja que parecía haber brotado de pronto del mismo viento lluvioso. La muchacha era algo bonita y sabía ser coqueta de acuerdo al momento. Sus senos, detrás de la figura del Pato Donald, se insinuaban tiernos y apetecibles, a pesar de que no llegaban a la volubilidad, y sus nalgas, apretadas dentro del *jeans* un poco raído, tenían una forma curva donde las manos podían deslizarse rápidas como en un tobogán. El muchacho, en cambio tenía un aire ambiguo, cierto gesto oscuro, una rebeldía caprichosa que contribuía a perfilar la guitarra terciada al hombro. Casi todo en él, incluso la seña misma con que indujo a la muchacha a que lo siguiera hasta el pie del árbol, lucía sobreactuado, igual aquella manera desenfadada como liaba el pitillo de marihuana y comenzaba a darle la primera chupada, larga y profunda; y después otra, todavía más profunda, que cargó de impaciencia los ojos de la muchacha quien no podía ocultar siquiera, con el nervioso recorrido de sus dedos sobre la figura del Pato Donald, el alocado deseo de tener en sus labios el pitillo que rápidamente se empequeñecía. La espera parecía interminable y para evadir la ansiedad ya no era suficiente el dibujo *waltdisneyco* sino aquel movimiento más complicado, aunque sugerente, de hacerse un rodete de cabello atrás en la nuca, alargada como un cuello de cisne; y luego ese otro gesto reconcentrado donde debía solazarse algún trascendente pensamiento dentro del cual, acaso por el momento, estaba excluida la guitarra que el muchacho había empujado hacia sus pies, después de que la muchacha percibió la persistencia de la brisa adherida a su piel y la obligó a

frotarse las manos sobre su viejo *jeans*, con el propósito deliberado de detener el calor que se escapaba aprisado del cuerpo. Luego sus ojos brillaron inefables al descubrir la mano que abandonaba el resto del pitillo que pronto halló la avidez de sus labios, mientras los senos se entregaban enhiestos a la mano enervada del muchacho que los buscaba, con afanosidad, bajo la franela, libre de obstáculos porque las protestas habitaban otra dimensión mientras ella se encontraba en sí misma: mano, hombre, río de aguas rojizas en otro tiempo dentro de ella, otra distancia a veces imprecisa, o una estación temporal en Avignon, el tren que iba rumbo hacia quién sabe cuál instancia más allá de lo perdido en regiones inexistentes fuera del tiempo y el espacio, menos de ese espacio próximo, atrapable por la cámara enmudecida dentro del bolso y aquel sonido vivo, ahí, siendo sonido verdadero, de la guitarra que ya había despertado sobre el cuerpo del muchacho, bajo sus dedos, en tanto el viento dejaba pasar su gemido por entre los árboles y venía a agitar las abundantes cabelleras con un ímpetu travieso, al cual intentó oponerse el muchacho, pero el soplaje no hacía concesión a nada e igual podía cimbrar las pequeñas matas que hacer estremecer el cuerpo. De modo que, aferrado a la guitarra, el muchacho pareció comprender que todo era inútil frente a aquella descarada fuerza, y decidió revelar los sonidos calladamente ocultos en las cuerdas del instrumento, al mismo tiempo su voz, atravesando un caño oxidado, se integraba a las leves pulsaciones que ahora ahí iniciaban otro ciclo del día. La muchacha, dominada por la música, se alzó eufórica luego de consumir el último punto de calor que, ya casi invisible, se agotaba entre los dedos y, como levitada sobre esfera de colores, dio comienzo a una danza desconocida, originada allí mismo; una

danza provocadora, iconoclasta, contenida en el ondular acompasado de la cintura, en la oscilación asierpada de los brazos, en el dengue afiebrado de las nalgas, en el brillo lasciviado de los ojos; una danza acaso del cigoto maduro, de la oprobiosa menstruación, de los coitos incompletos y de los sueños rotos a destiempo; una danza donde se perdía y se re-encontraba continuamente, hasta que el muchacho (cuando ella ya estaba despojándose de la franela y el aire rozaba suave sus senos desnudos) cortó bruscamente el doble sonido y, con los ojos ascuados, trató de hacerla volver en sí, pero ella se resistió a someterse y se batió llena de furor de un lado a otro, sin aceptar las acres palabras que también se agregaban a esa intención de subyugamiento. Solo cuando ella se descuidó, el muchacho consiguió atraparla y en seguida se liaron en una lucha sudorosa que al principio pareció algo serio, sin embargo todo se transformó en un mórbido juego que los arrastró enfoguecidos hacia la grama. Ahí aplastada sobre la yerba, trató de impedir que él impusiera su dominio y terminara cubriéndola con su cuerpo jadeante, pese a que en medio del forcejeo, y a breves intervalos, ella esparcía el sonido de una risa metálica, una argentada y deliciosa sonoridad cuya imantación hacía crecer el dualismo del deseo. Confusamente, bajo la trémula sensación que el escarceo originaba en la piel, la muchacha creyó encontrar en el reflejo irisado, donde se minimizaba su rostro, una incandescencia rojiza, distanciada en el ocaso de un día lluvioso en Avignon, con ellos en el cuarto de aquel hotel de paso con todas las paredes recubiertas, innoblemente, con pésimas serigrafías de las muchachas del cuadro en el mismo lupanar que estarcieron los pinceles del ignoto pintor. Aunque también pudo

haberse tratado de otro lugar y de un día distinto al que ella se había imaginado, donde surgieron las figuras de los múltiples planos fragmentados de la misma mujer ahora entregada sobre la grama, decidida a ofrecer la dulce magnificencia de su boca que hallaba correspondencia en esos otros labios humedecidos de lubricidad. Sin embargo, cuando cedieron a las ensalivaciones, la mirada de la muchacha aprehendió la sombra alargada que los cubrió de pronto engomada al sonido crujiente, cascaroso, de las ramas secas. Entonces la misma mirada buscó la dirección del sonido y descubrió la sonrisa orificada en la cara del hombre de cuidados ademanes y de vestir elegante con apariencia *playboyesca*, un aura minuciosamente elegida en alguna revista para hombres. El desconocido siguió de largo y los ojos de la muchacha lo dejaron perderse más allá del restaurante recortado detrás de los árboles frondosos, porque la impaciencia del muchacho buscaba con ansia su boca. Las anguilas papilosas se trenzaron desesperadas y se lengüetearon entre sí, una y otra vez, largo tiempo, hasta que el temblor de los carros, al otro lado del parque, les hizo comprender que allí era dificultoso ir más allá de los besos, aunque de todos modos prefirieron continuar sobre la grama un rato más. Mientras un dulcificado sosiego ascendía por sus piernas, la muchacha arrancó un trozo de yerba y lo mordisqueó pausadamente, absorbiendo el sabor agrisado de la savia y, así, con el tallo en la boca, cerró los ojos para atrapar un blando sueño. El muchacho permanecía despierto, indiferente a todo cuanto vibraba alrededor y ahora eran sus ojos los que sorprendían, no muy distante de ellos, la presencia del hombre, con la sonrisa sarcónica, en la exactitud del momento cuando la mano, con

rapidez serpientosa, ocultaba algo dentro del saco de su cuidado vestir *negligé*, después el segundo ademán, un poco más lento, en que con cierto aire distraído, alzaba la cabeza hacia los copos de los eucaliptos y agitaba el cuello de un lado a otro como si intentara encontrar algo que solamente podía descender de allá arriba, donde aún seguía impertérrita la nube negruzca de múltiples crines y cabalgaduras. Entonces el hombre, súbitamente, pareció recibir una violenta descarga y los pasos se movilizaron veloces en un mismo sentido y lo aventaron, con excitación, como una máquina arrolladora. El muchacho experimentó la necesidad de participar en el confuso juego del hombre y se apartó de la muchacha, haciendo alardes de héroe, acaso para emular a algún heroico personaje de los *comics*, pero se encontró con un rostro furioso y no pudo ver el visaje brillado irrumpiendo desde el interior del saco. El estilete encontró la carne y se hundió profundo en línea recta, luego volvió a hundirse hasta tocar la pleura. La sangre saltó de la boca trémula y los labios no dejaron escapar ni grito ni gemido, solamente la mirada extraviada intentaba encontrar alguna explicación en el rostro inexpugnable del asesino, algunas palabras que pudieran revelar el motivo de aquel acto inesperado y brutal, con ese estilete del cual comenzaba a resbalar lentamente, apresado en una sorda angustia atravesada por otras angustias más lejanas, proyectándose de nuevo en la pantalla de la memoria a través de una incandescencia rojiza que formaba una espiral en el centro de toda la agonía, adherida a una masa asfixiante, vertiginosa, desde donde se arrastraba el llanto, y, más allá de la oscura claridad azulenca, detenida en lo informe, una figura borrosa, violeta, envuelta en un mantón, parada bajo

la intemperie de un día neblinoso, dentro de la bruma, riendo, diciendo adiós, desde un andén en Avignon, atenta a su voz cavernosa llamando al muchacho, quien dócilmente hacía caso y respondía al llamado, sin comprender por qué al final de la voz solo encontraba un distanciamiento ubicado en un oscuro vacío, contraído debajo del tiempo exterior, aquella otra instancia donde la muchacha, lloricona, se inclinaba hacia el cuerpo herido para ofrecerle una protección ya innecesaria, absorbiendo a la vez el aire grave de la lluvia dispuesta a desprenderse en ese mismo instante, como en efecto ocurrió, arrastrando un ruido ensordecedor que barrió de golpe el llanto de la muchacha y lo diluyó en el viento sibilante convertido ahí en una fuerza huracanada, imbricada al estruendo de los rayos que estallaban con violencia en magníficas refulgencias, alumbrando por ráfagas el agua que se llevaba la sangre vaciando las venas del moribundo, esa sangre transformada en un río donde se volatilizaba su último hálito, frente a la indolencia contumaz dibujada en el rostro del hombre ahora asido al brazo de la muchacha que se había dejado atrapar fácilmente, despojada de cualquier hostilidad, como si todo ese tiempo al lado del muchacho hubiera formado parte de un plan bien urdido, una desasosegada sensación que se acentuó aún más cuando, mientras se alejaba con el hombre, buscó sin lástima los ojos desorbitados todavía con vida, sostenida por la sorda vibración de la sangre que corría atolondrada debajo de la piel nudosa del cuello, un final estremecimiento que el hombre pudo haber tomado como algo consubstancial a la agonía, a medida que la ciudad comenzaba a oscurecer y todo paulatinamente se iba llenando de luces de volframio y neón, enrarecidas por ese aire

helado que ya había cubierto todo y, en la oscuridad del parque, se adhirió a la piel del fotógrafo cuando este abrió de nuevo los ojos y se encontró perdido, sin saber cuánto tiempo había dormido, desorientado también por la oscura sensación de contar con un solo brazo, una cosa incomprensible, que lo hundía en el terrible pavor que originaba ese absurdo pensamiento, aunque el brazo continuaba en su lugar, sus sentidos ahí podían percibirlo, del mismo modo que también detectaban la inminencia de la lluvia, oculta entre las nubes negro-rojizas, esa permanencia irregular del día de estío, que lo obligaba a moverse de prisa, a pesar de que él andaba un poco aletargado, todavía confundido en el largo y pesado silencio del parque, en cuya atmósfera no solo era posible aprehender la veste apacible de la soledad, sino también el liviano olor a humus desprendido de la tierra humedecida que el fotógrafo aspiraba con fruición, mientras su rostro adquiría un sesgo extraño detrás del cual pronto se oscurecieron sus pensamientos cuando descubrió toda su ropa manchada de sangre, horrorizándose porque a pesar de que eso parecía absurdo, ahí seguía la sangre indeleblemente, sin que él pudiera explicarse de dónde procedía, porque resultaba algo indescifrable, una misteriosa presencia, que más allá del parque, mientras huía hacia la avenida, lo sorprendió en la nociva sensación de que sus pasos no pertenecían a un hombre justo sino a un deleznable asesino, atrapado en un círculo arbitrario donde la lengua del tiempo comenzaba a lamer el borde de la tarde a punto de perderse.

Al final del calor umbrío

*A Roberto Hostos Poleo, asceta
de la nobleza.*

Hacía ya más de una hora que había iniciado el recorrido y aún no experimentaba ninguna sensación de entusiasmo, a causa de los malos resultados que hasta el momento había obtenido, sobre todo porque el sol ya estaba muy alto cuando el carro comenzó a girar por las mismas calles de siempre. Claro, podía cambiar de itinerario y buscarme una ruta mejor pa' ganarme unas munas más, porque la vaina por aquí se está poniendo mala. Además, en la casa somos cuatro bocas..., Vilma y los chamos que comen más que una lima nueva. Bueno, Vilma es una *jeva de pinga* y hay que mantenerla bien cobiadita. Ahí estaba de nuevo el calor, esa capa oleosa que parecía escurrirse de un émbolo gigante, ahí, otra vez haciéndolo sudar copiosamente. Cónfiro, ¿hasta cuándo este calor? Apenas hubo abandonado la cama encendió la radio y persiguió el curso de las noticias donde hablaban del calor que había atacado sorpresivamente la ciudad en los últimos días. Después comenzó a rasurarse despacio para evitar las cortaduras, siempre pendiente de lo que decía la voz de la

radio: “Si esta vaina sigue así la gente va a empezar a morir de sed como en las películas de la Legión extranjera”. Se rio de la ocurrencia y cuando terminó de asearse se dirigió al comedor y se sentó a la mesa a esperar el desayuno en compañía de los pequeños, quienes hacían bromas desinteresados del discurso radiofónico. Vilma brotó desde la cocina con la fuente del desayuno y, mientras distribuía los platos, afirmó que el calor era un anuncio previo del apocalipsis. Entonces él observó a la mujer con recelo, acaso para cerciorarse de que estaba frente a la misma mujer de otros momentos. Ella iba a tener que dejar de comprar esas porquerías de revistas de los evangélicos. Sí, se lo iba a tener que decir. Pero no se lo dijo porque Vilma era una carajita chévere. Otra que no hubiera sido ella, tan zumbada, no se habría puesto a vivir con un tipo con dos chamos pequeños. La voz de Vilma se alejó en murmullos hacia la cocina y bajo la atmósfera hostigante del apartamento apenas quedó el eco de la radio y las risas de los niños... Está de anteojoito: lo mejor es irse a ruletear pa’ el este, pues con unas cuatro carreritas se salva el día. Ahora puso a funcionar la radio del vehículo y lo primero que encontró fue una radionovela, y pensó que en ese instante Vilma estaba en el apartamento atenta a esa misma audición y se sintió satisfecho, lleno de placidez.

Afuera, la opacidad de las estrías atravesaba el espacio como rápidos fantasmas e iban a posesionarse de los interiores domesticados dentro de los edificios. En las vitrinas, un rostro podía asumir varias formas momentáneamente y luego desfogaba hacia la nada, cuando los semáforos detenían la circulación. Hay que joderse, todos los días hay que joderse, mamá siempre lo decía, la vida es una eterna

jodedera pa' el pobre, la luz, los chamos, el apartamento, el Inavi construye soluciones, ahora otro capítulo de la radionovela, *La culpa de los hijos*, el calor, la vaina (música de fondo); y el malvado caporal de la hacienda, sorprende a la tierna y dulce Rosalinda en el despacho de la regia mansión, seguro que se la tira, al fin te encuentro sola palomita (acorde fuerte), la tímida campesinita se vuelve sorprendida al escuchar la voz grave del malvado hombre y se sobrecoge de miedo, vamos, jajaaaaaaaaaaaaa, no te vas a escapar, todos aquí, en la hacienda, se han ido p'al pueblo, jajaaaaaaaaaaaaa, seguro que se la tira, se jodió la campesina, no, no se me acerque, aléjese de mí, no se me acerque, déjeme tranquila, la tiene lista. Vino el cambio del semáforo y los vehículos detenidos se pusieron otra vez en movimiento haciendo tronar las cajas de velocidades y dejando escapar sus gases corrosivos. Trassssss, channnnnn, chissssss hacían los mecanismos herrumbrosos de los anchilargas imbricando sus ecos al conjunto de los ruidos ineluctables que imprimían el carácter de la calle realzada por la claridad espejeante del sol. El émbolo gigante continuaba haciéndose más corrosivo y la gente sentía cómo el sudor brotaba copiosamente bajo las telas. Ahí venía el ritmo serpenteante de las mujeres: faldas largas, *blue jeans*, minifaldas agitadas, las cabelleras varios-colores, el sueño de una noche de fornicación con algunas de ellas. Ahora los carteles: Perfumería Sarela, El Mondongazo, Bar La Época, Banco Unión..., y de un tirón le desgarra la ropa, luego, como poseído por una fuerza diabólica, con los ojos inyectados de deseo, se le echa encima, Foto Estudio Ruiz, Ferretería Los Tres Clavos, con que clavaron a Cristo, esto se está poniendo bueno, (música de fondo) Lotería Su

Suerte, negra, ¿llevará a cabo el malvado caporal sus perversas intenciones? ¿Quedaré deshonrada la angelical y tierna campesinita? Las breves faldas que dejan ver las piernas hasta arriba, por nada del mundo se pierda nuestro próximo e interesante capítulo de *La culpa de los hijos*, el vertiginoso taconeo sobre las aceras, las medias de poliéster, Madame Salah le adivina su futuro. Adentro había una oscuridad apacible y delgada de donde emergía la rechoncha figura de la mujer, ataviada con un chal de puntos brillantes. Sus ojos se podían distinguir en la oscuridad de la habitación olorosa a sándalo, y los dedos se movían ágiles sobre las cartas que estaban esparcidas en la mesa. Vilma lo empujó hacia dentro y él vio la mano sarmentosa de la anciana que señalaba la silla vacía que estaba delante de ella. Es muy buena, le había dicho Vilma unos días atrás. Pero él no creía en esas cosas. ¿Sabes, Vilma?, ¿qué cosa? Esas son pendejeras, esa gente es puro embarque. Mentiras, Vilma, mentiras. Es muy buena, a una amiga mía le hizo un filtro de amor, y no le falló. Siéntese, hermano. Él haló la silla despacio, tratando de no hacer ruido, mientras la anciana, llena de ceremoniosidad, recogía las cartas y comenzaba de nuevo a esparcirlas sobre la mesa. Vilma se quedó quieta en un rincón, persiguiendo parsimoniosamente lo que ocurría en el centro de la oscuridad, envuelta en un silencio ingrátido que parecía fluir del mismo aire aromatizado de la habitación y no de algún otro lugar. Un viaje, veo un viaje largo. Toque esta carta y entrará en contacto con los grandes señores del karma. Se siente el viaje, hermano. Es una revelación del noveno arcano mayor del tarot. Un viaje, viaje a Miami todos los días por Viasa. Un viaje, un viaje. Eso fue todo lo que dijo, un viaje ¿Para dónde carajo puedo

viajar yo? Será pa' El Callao, Floristería Giraluna, vamos a cambiar esto, qué calor. El sudor le corría abundante bajo la camisa, y frente a los altos edificios de oficinas experimentaba una mortificante sensación de envidia por aquellos vientres acogedores, donde la gente debía moverse tranquila bajo una atmósfera suave y limpia que procedía de los aparatos de aire acondicionado. Volvió a leer algunos de los carteles que llenaban las fachadas de los negocios, y extrajo del pantalón el pañuelo para secarse el sudor de la cara. Pensión Continental. Había vivido en esa pensión que ahora ostentaba un rótulo fosforescente, había dormido en esa pensión, llena de chinches, había cagado en esa, ¿cuánto tiempo? Cuando salí del ejército, cuando salí de Cuba dejé mi... Vamos, a otro perro con ese hueso, estoy enamorado de Marina, una muchacha bella alabastrina. Ahí adelante había una mano haciendo señas y el auto redujo la velocidad. ¿En cuánto a Bello Monte?... Lo que marque el taxímetro, doña. La doña abrió la puerta y se acomodó atrás, pegada de la ventanilla. Luego el carro arrancó de nuevo. Ahora fuera de este casco maldito, eneleste es que están las munas, las munas, munas. Mira cómo sufro, tú debes amarme, no debes martirizarme. No, no, no... Extra, extra, extra de última hora: informando desde nuestra unidad móvil: En el Cementerio una anciana salió desnuda de su casa gritando que había visto al Judío Errante. Entre tanto, en Los Ruices una jauría de perros, enloquecidos por el calor, estuvo a punto de devorar a una recién nacida. En Santa Teresa, un borracho dijo haber hablado con el Nazareno de San Pablo, y este le había anunciado el fin del mundo. Hecho, que según el etílico informante, debía ocurrir este mismo día. Por otra parte, en

la Plaza Bolívar todos los animales han comenzado a morir en medio de extraños estertores. La gente en las calles anda alarmada, muchos dicen que este calor los va a matar. Seguiremos informando. El hombre descubrió su sonrisa perspicaz dibujada en el retrovisor y siguió conduciendo silencioso, sin creer en la radio, porque sabía que todo eso eran inventos ingeniosos de las estaciones para ganar el *rating* del fenómeno calorífero.

El auto dejó pasar una serie de calles grises y solitarias y después comenzó a subir una cuesta saturada de quintas, todas de un mismo modelo, aisladas en una atmósfera distinta a la que se hundía allá abajo envuelta en una bruma de tetraetilo de plomo. Los cauchos se detuvieron delante de la quinta que indicó la vieja, una construcción arbolada, con un amplio jardín de verde grama donde provocaba tenderse un rato. La mujer se bajó diciendo, ahí está Pepe, pero la calle y la puerta de la casa permanecían vacías, como si todo hubiese estado deshabitado desde hacía tiempo. El chofer se encogió de hombros y partió nuevamente hacia abajo, en busca de la ciudad en ruido. Mientras descendía veía a lo lejos, hacia las colinas, con su fondo cortado en sepia, donde cada vez más los altos edificios pugnaban por devorarse el resto del verde. Descendió la cuesta rápido y abajo dobló en cruz para tomar la autopista que conducía hacia el centro. Al rato surgieron las dos antiguas torres, luego las calles y sobre ellas de nuevo el bullicio. Aquí estamos otra vez, las breves faldas que dejan ver las piernas hasta arriba. *Los hijos de María Morales*, reposición, los hijos de la chingada, subir una escalera, subir dos escaleras, subir tres escaleras, bajan una es..., golpe de biela, corazoncito de melón. *La maestra del placer*, con

Gloria Guida, venga al mundo del deseo y la sinvergüenzura, tequenito, mi amor, tequenito, mire que son a..., meta la mano, hoy la reina del sexo, otra vez el sexo, cómo les gusta el sexo, las noches de sexos, y dale que no le has dao, tequenito mi amor, así me decía la hija de la vieja de la pensión C-o-n-t-i-n-e-n-t-a-l, el vertiginoso taconeo sobre las aceras, otro jonrón de Armas, Guillén la descose en las Grandes Ligas, y dale que no le has dao. El cuerpo de un libro asomó tímidamente bajo el asiento y el hombre se inclinó para tomarlo y luego lo abrió al azar. *Podía reconstruir a través de un eje primario todas sus vicisitudes a partir de los sueños, pero no era posible porque nadie hasta ahí podía indagar el espacio-tiempo de lo consumido.* Bagatela son todos estos libritos. Se le habrá quedado a algún doctorcito, Monte Ávila Editores. Bagatela, como decía aquel mayor, mayor Montaña. Tomó el peso del libro y admiró los colores de la portada antes de meterlo en la guantera, sintiendo el aire viajero de las motos que bramaban furiosas, cuando se escurrían hábilmente por las veredas que hacía el paralelamiento de los carros. Los ojos pescadores no reflejaban los pensamientos del conductor, tampoco por qué a veces la mirada se iba detrás de los motorizados. Quizá se trataba de un simple juego, algo recurrente para aligerar el tiempo de las horas rodando por las calles congestionadas, donde todo convergía en las mismas posturas y voces. El 12302, para hoy, el 19 está bueno, es la edad de Vilma. El 12305, para hoy. Extra, extra, ex..., a otro perro con ese hueso. El dedo hundió el botón de la radio y el conductor se puso a silbar distraídamente una vieja balada de Paul Anka que le vino de golpe a la memoria, entre otras lejanas

imágenes que eludió al instante. Después dejó de silbar y se concentró en el volante.

A la medida en que el calor iba ascendiendo en el interior del carro se convertía en un horno abrasador que amenazaba con calcinar al hombre en cualquier momento. El pañuelo estaba demasiado empapado y ya no absorbía el sudor que inundaba el rostro, y él volvió a pensar en las oficinas refrescadas por los aparatos de aire acondicionado. Antes de llegar al edificio de Sucre y Compañía un brazo venudo se adelantó hacia el carro y los cauchos dejaron de rodar brevemente. El cuerpo apergaminado del hombre-pasajero se adaptó al asiento trasero y su voz escarpada anunció el itinerario. Entonces atrás fueron quedando nuevamente los espacios congestionados cuando el carro picó por la Cota Mil. La velocidad arrastraba algo de brisa, pero eso no era más que un débil sopro suspendido en el forzado discurrir de la mañana apelmazada por el bochorno. Desde arriba se superponía una visión apostalada con la apariencia de un enorme pulpo huraño y acogedor al mismo tiempo. Una visión que el hombre-pasajero parecía disfrutar con deleitación, al surgir de pronto las altas chimeneas coronadas por un humo negruzco que a veces empobrecía la imagen de tarjeta postal. A intervalos, el conductor se tomaba alguna libertad y a través del espejo retrovisor podía observar a su silencioso pasajero, quien ahora fumaba un cigarrillo desatendiendo el letrero rojo que prohibía fumar dentro del vehículo. El que conducía estuvo a punto de decir algo, sin embargo lo dejó tranquilo, como si a partir de ese momento hubiera tomado la resolución de abolir aquella norma. Este tipo es raro; cómo hay gente rara en esta ciudad. Con tanto calor y él envuelto en

ese impermeable como si fuera *El Fantasma* cuando anda de civil. Mondragón también era un tipo raro, pero eso sí, muy buena gente. ¿Qué se harían todos ellos? Aún podía escuchar a la vieja refunfuñando en el patio porque algunos pensionistas se escurrían casi a la madrugada para eludir el pago de la renta. El único que pasaba meses sin pagar era Mondragón y algunos, sobre todo los orientales deslenguados, decían que la vieja se entendía con él. “Para estar en la buena en la pensión voy a tener que hacer lo mismo que Mondragón. Si él ataca a la vieja yo puedo atacar a la hija. No es gran cosa pero me puedo asegurar algunos meses sin pagar el alquiler”. El hombre-pasajero comenzó a toser insistentemente con unos rugidos cavernosos y el conductor pensó que estaba tísico. En seguida abandonó la idea de la tisis, convencido de que la causa de los rugidos era la afectación del humo del cigarrillo. Mondragón, años después, se metió en vainas, a guerrillero y los cazadores lo rasparon. Nunca dijo Mondragón que fuera ñángara, gato, ñangaragato, amparornelosamparon, antonioretoño mató a su mujer con un garrotico del tamaño del. La gente sí que inventa. ¿De dónde sacaran tantas vainas? Claro, la vieja también era extraña. Ahí está Pepe. ¿Cuál Pepe, señora, señorita? Para distraer el calor. Quizá le había ocurrido otras veces, pero ahora, más que en cualquier otro instante, tuvo la sensación de que los dos pasajeros que había tomado esa mañana eran seres de una clase poco común, habitantes de una realidad situada fuera del tiempo ordinario de sus *cassettes* de Raphael y Lila Morillo. Exactamente ubicables en ese terreno más dúctil de las novelas de ciencia ficción que él acostumbraba a leer, combinadas con los prospectos del 5 y 6, siempre por las tardes, ya de regreso de la

jornada de la mañana. Creyó que en aquella coincidencia había cierto signo cabalístico y quiso averiguar si el hombre-pasajero llevaba encima algún número para jugárselo en todas las loterías de ese día. Todo al 19, la edad de Vilma. Un largo viaje a... Las Malvinas. Me gustaría encontrarme con alguno de los que vivieron en la Pensión Continental. El hombre-pasajero había dejado de fumar y viajaba distraído hojeando un libro de C. G. Jung; el conductor pensó que era bueno regalarle el libro que había ocultado en la guantera y, sin embargo, aunque tuvo el volumen en la mano, en el último minuto se arrepintió y consideró la posibilidad de venderlo en alguno de los quioscos erizados en el centro de la ciudad agnóstica y asimétrica.

El edificio gris apareció resguardado detrás de un muro de piedras de río, al fondo de una calle ciega, cubierto por un abandonado silencio. En el interior del vehículo, ahora detenido, el hombre-pasajero intentaba convencer al conductor para que subiera con él hasta el apartamento donde residía. Vamos, hombre, anímese. Venga, la va a pasar bien. ¿Usted no se cansa de dar vueltas con ese carro? La vida es breve. Las palabras volvían seductoras una y otra vez sobre la férrea oposición ya a punto de ceder, no porque el conductor carecía de voluntad para rechazar la invitación, sino por cierta forma de persuasión que el otro hombre sabía manejar con arte. El siguiente acto fue desabordar el carro. Luego, rápidamente traspasaron las piedras amuradas y de este lado los recibió un largo pasillo umbroso donde la acción del émbolo gigante, con su llamarada carga aceitosa, se transformaba casi al instante en un vano efecto. Una atmósfera cefirosa y sutil invadía todo el pasillo y se avanzaba con la sensación

de que se conquistaba un espacio ingrátido. A un costado, uno de los ascensores se tragó a los dos hombres y los escupió dieciséis pisos más arriba sobre un pasillo parecido al de abajo, pero algo más corto y también acaso más acogedor, sobre todo porque la música, fluyendo desde algún fondo insospechado, insuflaba al aire un carácter singular. Detrás de la puerta H-L-45 los zapatos se hundieron sin ruido dentro de la penumbra de una superficie blanda y esponjosa, y arriba los ojos naufragaron hipnotizados por el centelleo continuo del multiplicado resplandor bermellón de las luces psicodélicas girando en un disco gigantesco. La sala estaba colmada de gente alegre que bebía y bailaba, mientras, sus rostros asaltados por las luces no semejabán explícitamente rostros sino, más bien, simples máscaras mal boceteadas. Del techo descendían como arañas unos móviles con figuras de gallos metalizados, que lanzaban destellos azulencos que se confundían con el bermellón dominante. La música que había sido sorprendida en el pasillo, allí dentro resaltaba con una mágica fuerza, superior a cualquier deseo de eludirla, cosa que de momento nadie intentaba hacer porque, sin duda, la pasaban bien. El expasajero y su invitado fueron recibidos con gran efusividad, especialmente el primero, que de inmediato fue rodeado por un cuarteto de bellas mujeres atrevidamente trajeadas. Vamos, niñas, los amapuches para más tarde. Pero las mujeres no se desprendían de su lado, pese al esfuerzo que hacía para deshacerse de ellas. En cambio el conductor se movía impávido, confuso y acaso también asustado, en medio del centelleo de las luces, sin llegar todavía a comprender con exactitud si debía huir o quedarse. Una mujer, cuyo rostro ni siquiera pudo ver, dejó una copa

en sus manos y en seguida huyó, acaso con la esperanza de reaparecer más tarde. Al principio dudó en llevarse la copa a los labios, pero comprendió que era tonto no hacerlo si los demás lo hacían. Luego su anfitrión, cuando se vio libre del acoso de las mujeres, lo arrastró por un brazo, evitando con diplomacia a todos quienes deseaban felicitarlo por algo que aún el conductor desconocía. Por una escalera en forma de S subieron hasta el segundo piso, donde las habitaciones formaban hileras a ambos lados. Ninguna de las habitaciones tenía puerta y era fácil saber qué contenían. En todas había extraños aparatos que, según el expasajero, eran instrumentos de relajación corporal. La palabra *relajación* la había pronunciado con mucho énfasis, y sin embargo, por una extraña paradoja, en vez de conseguir la tranquilidad del invitado solo contribuyó a intranquilizarlo aún más. Tengo que escapar de aquí. Toda esta vaina me huele mal. Me corto una bola si aquí no hay gato encerrado. A través de las palabras del guía pudo saber que aquello se trataba de un club muy especial para almas solitarias. Los miembros pagaban una cuota mensual, no tan alta por supuesto. En estos tiempos hay que saber ser razonable. Nuestros miembros disfrutaban de la más completa privacidad. Y una cosa que quiero que no divulgue más allá de estas paredes, también aquí nos visitan extraterrestres. El conductor se sintió de pronto anonadado y de inmediato tuvo la clara certeza de que debía escapar de ahí. Este tipo está chiflado. ¿Dónde carajo vine yo a meterme? Es preferible soportar el calor que estar metido en este nido de locos. El que ahora no pensaba arrastró de nuevo al que sí lo hacía y regresaron otra vez a la escalera.

Abajo la cosa proseguía igual y, por una doble adaptación de la mirada, aun parecía que se había agregado más gente. Un grupo de mujeres, diferente al primero, vino y secuestró al expasajero sin que esta vez pudiera oponer alguna resistencia, y se alejaron con él hacia algún secreto lugar donde acaso más nadie tenía acceso. Entonces aquel que conocía de calles y soles, apenas se vio solo, confió en su buena suerte y trató de fijar la cerrada abertura por donde debía huir. Los pasos avanzaron sobreseguros buscando el resplandor irregular que oscilaba intermitente allá adelante. Sin embargo, aquello que lo había imantado apresuradamente, cuando llegó cerca y se detuvo, se deshizo de inmediato frente a los ojos como un engañoso espejismo. El desorden se agolpó en la mente y provocó una onda de frustración y autorresentimiento tras lo cual irrumpió una gozosa necesidad de ajumarse. Ahí mismo volvió a sentir la liviandad de la copa y advirtió que aún no había consumido todo el brandy; de modo que, en seguida, los labios volvieron a dilatarse en el roce de la copa y el líquido descendió exultante por el conducto escarpado de la garganta, originando inmediatamente el deseo de otro trago. Trató de situar el sitio de los tragos y se atrevió a consultar con la forma borrosa más próxima. Una voz sin rostro lo mandó hacia el fondo pero él dudó un momento y, luego, quiso obtener la ubicación de la salida. Fracasó en ese otro intento y se alejó enojado hacia el lugar de los tragos. Cuando se detuvo empujó una puerta y sorprendió los profundos jadeos de dos bultos informes ocultos por la oscuridad. Alguno de ellos soltó una rabiosa imprecación, y el conductor huyó desorientado por un angosto corredor que se cortaba bruscamente en el espacio de un sótano oscuro

donde no se percibía la música. En el aire había un denso vaho de perfume femenino, innegable indicio de que ahí adentro se ocultaba una mujer. De pronto, ella pareció brotar desprendida de la misma oscuridad y, sin emitir ninguna palabra, se prendió de los labios del hombre, cerrando la boca con fuerza hasta sentir cómo los dientes se hundían en aquella blandura carnosa, y la lengua saboreaba con deleitación el dulzor de la sangre que fluyó abundante. En seguida la copa resbaló de los dedos y se estrelló contra el piso mientras el rostro del conductor se contraía en una mueca de dolor y unas lágrimas gruesas descendían por las mejillas. Entonces elevó una pierna y le aplicó un fuerte rodillazo a la mujer en el vientre, y luego escuchó, detrás del quejido, el golpe sordo del cuerpo rebotando abajo. Las piernas brillaron apenas dentro del negro cortinaje y el hombre olfateó en el acto su deseo. Avanzó resuelto y se agachó delante de la mujer para tener su rostro entre las manos. Ella lloraba en silencio y pronto los otros labios bebieron sus lágrimas. En medio de la penumbra descubrió cuán bonita era, en una edad sin exceder más allá de los veinticinco años. Su rostro aquilatado era de un cabello rubio-oxigenado y unos ojos tal vez verdosos brillando en la incompleta negrura del sótano. Los besos se desencadenaron abundantes y únicamente esa súbita e inextricable sospecha del conductor, de que se hallaba ante la misma mujer de la copa, los deshizo abruptamente. La dubitación ahí mordió muy honda y él trató, sin éxito, de conocer la verdad, pues un viscoso y voraz aletargamiento instaló una pesada plomada sobre los párpados. La raída claridad comenzó a hacerse más pequeña y el rostro de la desconocida fue huyendo hacia una vertiginosa profundidad hollinada.

Mucho después, cuando el hombre empezó a salir del sueño, el sol se había hecho de almagre y del cielo parecía que iba a gotear sangre. La mano arañó el vacío torpemente y luego los ojos, aún lerdos, descubrieron la borrosa forma de los edificios bajo la luz irrecuperable del crepúsculo. En el interior del carro había un olor desusado y penetrante, más cercano a podredumbre orgánica que a cualquier otra cosa. El olfato se llevó la mirada hacia atrás y la imagen de la falsa rubia, inmóvil, despatarrada en el asiento trasero, con las venas del cuello abiertas, vaciadas de sangre, estremeció la confusión del cuerpo vivo. La sorpresa lo ayudó a despejar la mente y quiso escapar afectado por la turbación. Sin embargo no pudo, porque detrás de las ventanillas una multitud de ojos desorbitados de asombro observaba el incongruente espectáculo. Entonces, a punto de llorar, el hombre —acaso para armar alguna coartada— intentó rehacer los últimos momentos anteriores a partir de los besos como lo único recordable. Pero las otras imágenes habían sido veladas y, tras la angustia, apenas quedaba el absurdo roce de lo vago.

Bajo la piel ardiendo

Eso que era un resquemor o una rabiosidad babosa, tendida bajo la piel, lo tenía mal, lo venía lavativando desde hacía tiempo, desde que Adelina inició aquel ciclo de inesperadas fugas que parecieron tener, al principio, como único objetivo la oscuridad aclimatada de las salas de los cines, donde seguramente se dejaba inmovilizar hipnotizada por los diálogos de las inasibles figuras. Al comienzo Marcelo tomó las cosas con calma y en ningún momento intentó siquiera alguna explicación. Pero después, cuando vino el período en que el comportamiento de la mujer se hizo esquivo, exhibiendo una actitud hostil de gestos antes inadvertidos, él puso en práctica una pueril estrategia de acechanzas y persecuciones que, aunque no reveló el origen de las fugas, permitió el desarrollo de las palabras oblicuas que Adelina supo eludir hábilmente con un silencio burlón y arrogante.

Una vez metidos de lleno en aquella bifurcación, la mujer fue haciéndose cada vez más distante y desaprensiva. Había días en que ella se escapaba del apartamento y no regresaba

hasta el día siguiente, cuando la penumbra se deshacía ligeramente sobre la cama y en medio de la habitación quedaba flotando una lividez de vigilia en el rostro ceroso del hombre. Entonces él saltaba de la cama, aferraba los dedos en el cuello de la mujer y hacía el simulacro de estrangularla. Pero ella permanecía impasible, encerrada en un obstinado silencio, y se tragaba las confesiones, a pesar de que luego Marcelo la tomaba por los hombros y la hamaqueaba, con una violencia inusual que hasta esos instantes Adelina había subestimado; era un curtido furor que remataba en aquel crispamiento de los puños, conteniéndose para no golpear el atractivo rostro afiligranado en largas pestañas y labios bulbosos. Un símil de la misma escena representaba las noches turbias en esos ratos que se hinchaba el deseo y la necesidad de poseer a la mujer se transformaba en una duda tenaz: la posibilidad humillante del rechazo que siempre dejaba una sensación biliosa encima de la piel. El oscuro tumulto, que palpitaba allá dentro entre la sangre caliente, a veces se aplacaba, y luego ocurría que el hombre se llenaba de valor y entonces la mano lentamente buscaba bajo el tizne de las sábanas el cuerpo deleitoso rendido a su lado. La reacción de ella entonces era instantánea y en seguida un pedazo de la noche se reducía a las blasfemias y a las amenazas tantas veces contenidas de los golpes.

En los días sucesivos no se manifestó ningún signo reconciliador y el aire del apartamento se replegó en una pesada masa violácea donde los objetos fueron adquiriendo, poco a poco, una importancia inconmensurable. En el vacío y la soledad que habían invadido las habitaciones, cualquier estatuilla o *bibelot* podía transformarse en una cosa viva, más pura que las dos siluetas discordantes, y desplazarse por

esos espacios dilatadamente, sin ningún entorpecimiento posible, porque los antagonistas se habían vuelto excesivamente elusivos y ahora procuraban evitar coincidir al mismo tiempo en aquel espacio neutral que de todos modos continuaba estableciendo entre ambos un secreto vínculo de vasos comunicantes. En ese vacío aun habría sido también posible que los objetos, una vez adquirida alguna identidad personal, se hubieran asomado a la terraza y desde allí saludar una ración de los rostros que flotaban en el aire grisáceo de la calle y, seguramente, estos habrían respondido con cierta natural familiaridad. Esa pretenciosa sensación de corporeidad de los objetos vino a deshacerse súbitamente un domingo enlucido, cuando el agua promovió una tregua y todo pareció que había regresado a la normalidad.

En el tocadiscos volvió a oírse la enfebrecida sensualidad de Jimmy Hendrix, la incitadora modulación de Connie Francis, el susurro tridimensional, ardiente, de Édith Piaf, el furor sensitivo de Los Beatles, la arrebatada fusión de Mongo Santamaría, el vibrar rítmico, penetrante, de Ray Barreto; los matices bárbaros y a la vez cadenciosos de Benny Moré; y sobre todo los boleros de Olga Guillot, ese *élan* profundo, magmático, que arrastraba inmediatamente una enhiesta queja vaginal hacia el cuerpo de la mujer, que la recibía gozosa, animando una visible súplica a la cópula y las lengüetadas penetrantes, ese ludismo esencial que ella sabía estimular cuando así, como ahora, se encontraba sentada, con las piernas recogidas, sorbiendo despacio el *gin tonic* que acababa de traerle Marcelo. Ese día también recuperaron los títulos y algunas imágenes de los *films* que habían visto juntos. *El desierto rojo*. ¿Recuerdas? Esa noche tú querías ser

Mónica Vitti. Y Adelina: Claro que recuerdo, si es mi película preferida. Ahí supo que ella todavía estaba agitada y se acurrucó, semidesnuda, en la butaca. El hombre se le acercó decidido y comenzó a besarla desafortadamente. Luego, la habitación adquirió una tonalidad rosácea mientras los dos permanecían desnudos en la cama. Adelina entonces se echó a reír, dejando que la mirada persiguiera calmadamente los movimientos de Marcelo sentado frente a ella, seguramente pensando cuánto tiempo iba a durar aquel juego sutil y misterioso que, con astucia, había impuesto la mujer con la soterrada complicidad de la lluvia y el viento que golpeaba imperturbable los vidrios cerrados de la ventana. El tocadiscos se había silenciado y, después que se apagó la risa, nada más pudo escucharse el rumor monótono, pertinaz, del agua que apenas veían correr sobre los vidrios empañados. El hombre observó la calma de los objetos, despacio, sin interesarse en ninguno, mientras la mujer volvió a reír, ahora asumiendo en el rostro una apariencia falsamente infantil. Te pareces a Corrado, dijo ella estirando las piernas, dejando que el vestido rojo descubriera el hermoso labrado que había en sus poderosos muslos casi mate, cuidadosamente depilados. El hombre no devolvió las palabras, sin embargo sonrió imperceptible, y sus ojos persiguieron los pasos de la mujer que se detuvo frente al tocadiscos y sus dedos, atenuados, una vez más pusieron a girar la voz de Olga Guillot. La mujer regresó a la butaca y se sentó ahora con aire felino, desafiando la pasividad del hombre, provocándolo abiertamente, acaso para complacerlo en ese instante y después, cuando terminara de llover, establecer aquella condición humillante de los futuros desaires y las hostilidades premeditadas, esos ardid

que ella sabía urdir con cierto secreto artilugio, con cierta insidiosa perversión, para las cuales Marcelo, en los últimos meses, parecía carecer de inmunidad tanto dentro como fuera del cuerpo. Él, poco a poco, se había convencido de esa debilidad casi congénita y buscaba deshacer con los silencios el poder casi nigromántico de Adelina: ella riendo ahí, acentuando aquel gesto de promiscuidad que adquiriría su rostro cada vez que se pasaba de tragos.

Había anochecido ya cuando dejó de llover, y en el aire tiznado giraba un rumor de pasos y voces retardadas, debajo de un viento concéntrico que empozaba un vaho acre de polvo de cucarachas desecadas. Marcelo estaba en la terraza, tenía un vaso de *whisky* en la mano, y veía como hipnotizado la agitación de las figuras y los matices del neón encendido en la oscuridad de donde habían huido las estrellas. La mujer se movió a su lado inquieta, ensayó un fraseo (apenas un leve temblor) mientras se engullía un trozo de *sandwich* de pollo y mayonesa que dejaba una mancha vulgar en los labios. La masa consiguió una densidad pastosa en la breve caverna fenicada y se hundió hacia las fetideces interiores, dejando libre el rosado lagarto del cual resbaló de pronto, en el aliento gintonicado, aquella frase abrupta que (aunque la había esperado en el mismo inicio de la rivalidad) lo zarandeó ahí como a una delgada brizna de papel arrastrada por el vórtice de una tempestad:

“... iero el divorcio..., iero el divorcio..., orcio, orcio, orcio, orcio, orcio, orcio, orcio...”. El persistente eco vibraba irregular, con rápidos cambios: se hacía pequeño, amenazaba con apagarse, luego crecía de nuevo y de golpe volvía a empequeñecerse, en el rostro vivaz que los impulsaba desde un oculto

mecanismo, lleno de pulsaciones bajo las venas azules, desde un oscuro engranaje que sorpresivamente se detuvo cuando la ebria silueta se disolvió de golpe, detrás de la bocanada de humo. Luego la cara sanguínea, recién afeitada de Marcelo, recuperó su figura, con el cigarrillo en los labios y los dedos bregando con el nudo de la corbata ahí, en el mismo plano azogado donde apenas momentos antes había estado el rostro de Adelina, con las palabras decididas y ofensivas que actualizaban el resquemor, todavía emponzoñado debajo del tejido membranoso, como un rescoldo, como un magma, avivándose cada cierto tiempo:

“... iero el divorcio..., iero el divorcio..., orcio, orcio, orcio, orcio, orcio, orcio, orcio, orcio...”. El hombre ahora conducía pensativo, viendo el desfile de tipos y volúmenes de los transeúntes agitados, sin encontrar un rostro conocido. La gente circulaba incontenible, algunos se detenían a charlar un momento, o avanzaban haciéndolo mientras los ojos observaban el resto cargado de prisas y de pensamientos recién macerados. La mano temblaba en el volante y unas larvas que provenían del núcleo de las vísceras dejaban una sustancia ácida en la garganta: un aceite corrosivo, amargo.

“Si ella, al menos, hubiera actuado con sinceridad desde el principio, la cosa no habría llegado hasta ese punto. Pero ella se empeñó en complicar todo con ese cinismo descarado que puso en práctica cuando decidió actuar como una desvergonzada”. La Wagoneer se dejó tragar por el vientre caliente y breoso del estacionamiento y al rato Marcelo fluyó desde la penumbra, y se integró al aire tornasolado y convulsivo de las calles. A su lado germinaban las mujeres, agitadas como gusanos, pero él solo se fijaba en las más atractivas,

especialmente en aquellas que tenían cierto parecido con Adelina. La sorprendía sobre todo en las mujeres oxigenadas, en otras de andar sincopado y en las que se sentían atraídas por las vitrinas de prendas femeninas. A veces creía sorprenderla también en la tiesura amorfa de las maniquís, elegantemente trajeadas detrás de los vidrios, en los bellísimos y distantes rostros de las modelos adornando las portadas de las revistas, en alguna inflexión dulcificada que lo hacía volverse de golpe y encontraba entonces una cara distinta que nada tenía que ver con Adelina. Las equivocaciones arrastraban consigo una máscara endurecida, adusta, que una vez descubierta entre las siluetas movedizas de las vitrinas, se trocaba en un gesto vigoroso y condescendiente de los labios.

La hermosa vahine, rodeada por una arena áurea, con un mar de cromocote como fondo, se detuvo de improviso y los ojos vehementes del transeúnte persiguieron, de arriba abajo, la lista de los próximos itinerarios.

“Tú ahora no viajarás conmigo a Tahití, tú te quedarás en esta ciudad contaminada, llena de *smog* y de desaliento (sobre todo el mío), de vida vacía de cafés; usted se perderá, Adelina, amor ingrato, de una segunda luna de miel en esas encantadoras playas de los mares del Sur”. Una almibarada figura de altos tacones se alzó al otro lado de la plancha transparente de la agencia de viajes y Marcelo súbitamente agrandó los ojos, estremecido por la aparición de la mujer. Ahora tampoco había acertado y se sintió indefectiblemente ridículo y pueril delante de su imagen, reflejada sobre la sonrisa inmóvil de la vahine. Un remezón inesperado lo puso en circulación nuevamente y volvió a entrar en el continuo flujo de la calle. Las exhibiciones de los negocios seguían

reproduciéndolo y ese reflejo de doble existencia era algo azucarado que lo seducía cada vez más, siempre originando espontáneas fantasías.

“Heme ahí, elegante, en este *blazer* azul, y ese aire magnífico de Robert Redford que me devuelven las vidrieras. Tú, en cambio, estarás envejecida prematuramente y en vez de una dentadura natural llevas una desagradable prótesis violeta-sangre. Cuando usted me vea así, tan bien conservado, tan buenmozo, se va a caer para atrás. Usted se quedará con la boca abierta por la sorpresa y, como una fan decrepita tratará inútilmente de arrojárseme encima, mientras yo la contemplo con un poco de conmiseración, porque usted una vez fue mi esposa..., esposa desgraciada y...”. El caparazón envejecido, lleno de bustos dibujados a los costados, se detuvo de golpe, con un rumor quejumbroso (apenas agitado por un ligero estremecimiento) y empezó a deglutir indiferente una porción de rostros robados a la animación callejera. El hombre, entonces, bordeó por detrás al armatoste y continuó hacia abajo, despojado de sus fantasías más recientes. Intentó luego encapullar los labios para exhalar un silbido, pero le quedó en la mente la imagen deleitosa, plácida, de Adelina, que de vez en cuando lograba abstraerlo. Había pernoctado con otras mujeres y, sin embargo, jamás se sentía satisfecho ni gozoso porque no buscaba aquellas amantes tal como ellas eran, sino más bien por lo poco que podrían tener de la otra, de la mujer que se le había escapado apenas año y medio atrás. La mujer con piel de obsidiana, con sudor de melcocha, con saliva de mazapán, con lágrimas aciduladas. La misma mujer que le dejaba esa larga sensación de abandono y tristeza, la misma que a veces de noche lo hacía golpear

la almohada rabioso, la misma que ahora intentaba recuperar en aquel otro tiempo, en aquel lapso en que todo, desde la compra de un disco, de unas flores de plexiglás, de un jarrón, de una estatuilla, de algún *best seller* o los viajes a la playa, los escogían de común acuerdo. Pero seguramente ella había olvidado esos días. Como también otros donde la fijación inversa de la luz congeló un instante de los dos abrazados y besándose bajo el círculo de sombras de un árbol. O tendidos en la grama de un parque, riendo ambos hacia la cámara del ignoto fotógrafo.

“Hasta ahora sigo sin comprender por qué no llegué a darme cuenta antes del carácter resbaladizo de Adelina. Claro que ella supo atraparme con su divertido modo de ser, con esa envainadora cualidad tan especial de caerle bien a todo el mundo. Cuando la encontré por primera vez en aquella fiesta, como los demás tipos la perseguían, traté de verla con indiferencia. Pero entre todos los hombres, Adelina prefirió bailar toda la noche conmigo. Creo que desde esa noche, ella ya había decidido convertirme en su esposo-muñeco”. Hubo un revuelo de aplausos y voces cerca de la boca del metro y Marcelo dirigió la mirada hacia la larga esqueleitura del payaso que se alzaba por encima de las cabezas inquietas. Aunque le restó importancia al espectáculo no eludió recordar algunos actos circenses que había visto cuando niño, y en los labios le quedó una sonrisa dulcificada que fue diluyéndose, poco a poco, a medida que se aproximaba al semáforo de la esquina y sentía que era otro masoapéndice más de la oscura masa andrógina que engullían las horas. Súbitamente descubrió que se había puesto tenso y que el bombear del pecho amenazaba con escaparse de su curso regular. En

seguida buscó dentro del saco una diminuta pastilla, la puso en la boca y la empujó hacia dentro con un poco de saliva, intentando al mismo tiempo encontrar mayor distracción en la efervescencia de la calle. Una secuencia de cortas sacudidas, localizables sobre la piel, se le añadió en el resto del trayecto cuando se dirigía decidido al edificio de oficinas, sin duda inmerso desde temprano en una agitación ininterrumpida, donde debía encontrarse con Adelina.

En la proximidad de la esquina algo lo detuvo y su encarnadura se sacudió estremecida por un brusco sobresalto, cuyo efecto le cortó la respiración y le aceleró aún más las pulsaciones del pecho. En el interior de la camioneta el desconocido atrapó a la mujer suavemente por el cuello, cuando ella intentó abandonar el vehículo y la besó en la boca, indiferente a las miradas curiosas de los transeúntes. Después se enderezó frente al volante y la mujer aprovechó para abrir la puerta y ganar la calle, a la cual se integró rápidamente. Marcelo, mientras la camioneta se alejaba, todavía continuó un rato inmóvil, petrificado, como si la irrigación de la sangre no llegara al cerebro. Apenas consiguió abandonar aquella reconcentrada actitud, estremecido por una rabia fría, cuando la atractiva mujer que, sin duda, no podía ser una representación de Adelina sino ella misma, cruzó la calle y se dirigió, sin alterar el paso, hacia la entrada del edificio. Entonces el hombre se precipitó tras la mujer, pero no dio con ella en la planta baja pese a que los ojos buscaron anhelosamente la apetecible figura.

El ascensor se abrió con un suave temblor y la gente se regó por el pasillo. Marcelo siguió hacia el fondo y penetró un espacio deshabitado, aunque el aire era sacudido por

ráfagas de voces y el tecleo continuo y amortiguado de las máquinas de escribir, ocultas detrás de los paneles de fórmula. Los pasos se inmovilizaron delante de la puerta azul y el hombre pareció escuchar la voz de Adelina, interpuesta a otra voz, también de mujer, que trataba de hacerse sentir. Una de las voces hizo silencio y las palabras de la otra mujer sonaron claras:

—El doctor llamó y dijo eso.

Y la que hacía de interlocutora:

—¿Así que no viene hasta mañana?

Y la otra, quien debía ser la secretaria:

—Eso fue lo que él dijo.

La mano del hombre empujó la puerta y las dos mujeres vieron impávidas la forma nerviosa que trató de ensayar una sonrisa. Adelina se agitaba inquieta de un lado a otro, con cierta lividez dibujada en su rostro anguloso. Lucía espléndida dentro de aquel vestido cinábrico y transparente que, sin duda, se había puesto deliberadamente para impresionar al hombre, pues de todos sus vestidos ese era el que a él más le agradaba, sobre todo por el aire de cópula que irradiaba el modelo. Ahí encontró la sonrisa provocativa de la mujer, dirigida hacia su cuerpo petrificado, incapaz de proferir alguna palabra mientras el vestido cinábrico se acercaba adonde él permanecía confuso, tratando de bocetear la sonrisa que se había perdido debajo de las comisuras temblorosas. La sonrisa de la mujer todavía continuaba en sus labios cuando haló al hombre hacia fuera, y permaneció inalterable un rato más, con algo de esotérica y triunfadora actitud de dominio, mientras los ojos maliciosos hacían un examen detallado de la apariencia del hombre, quien seguía sin comprender el

inesperado gesto de la mujer. Por fin pudo controlar el entorpecimiento que lo envaraba y se atrevió a reconocer los efectos que irradiaba el vestido, completamente ceñido a la cintura. Ella volvió a sonreír y entraron juntos en la cabina del ascensor, dispensándose una mutua atención que terminó de deshacer cualquier oculto recelo. Abandonaron el edificio y entraron en la calle, hablando animadamente como en los meses previos al desasimiento; observándose con algo de picardía buscando a ver a quién de los dos había afectado más la separación, recurriendo a frívolos ademanes.

—Hace rato pensé que te habías convertido en una vieja horrible.

—Vas a tener que refrescar esa imaginación.

—Oye, ¿quién es él?

—Mira ese peluche tan lindo. ¿Te acuerdas?

Sí, claro que recordaba porque una vez le había regalado un oso grande, más esponjoso que ese que estaba con un lazo rojo dentro de la vitrina. Pero él comenzaba a sospechar que lo del muñeco era una evasiva de la mujer, pues era obvio que ella no quería hablar del conductor de la camioneta. Se hacía la desentendida y buscaba otras cosas, otras imágenes accesorias que, tal vez, ella ya no podía convocar, acaso porque intentaba, al menos por esta vez, no herir más al hombre. Él tampoco volvió a insistir y lo invadió un fluido tibio y dulzón apenas sintió la mano de la mujer dentro de la suya.

Ahora había una brumosa sensación de tiempo roto, suspendida en la fungosidad ocre de la pieza oscurecida. La intermitencia de la luz exterior permitía sorprender las formas escurridizas, ocultas por las sábanas. De pronto una imagen se agrandó y en ese mismo movimiento surgió de entre la

penumbra el cuerpo de obsidiana. Era una silueta más indócil y resuelta que la que permanecía bajo la tela caliente, deslizándose por un triunfo vago y sin ningún eje continuo. La mujer recogió su ropa esparcida por el piso, con la segura presunción de quien tenía el secreto de una verdad imprescindible. El hombre no pudo ver la sonrisa ambigua que había en el rostro de la mujer, cuando ella terminó de vestirse y avanzó hacia la puerta, con el inocultable propósito de marcharse. La silueta que continuaba en la cama parecía aún más segura de aquel triunfo impreciso que creía poseer, aquella impostura trivial sobre la cual escuchó su voz, grave, aplomada, buscando alguna reacción inmediata en la mujer, ya con la mano en el pomo de la puerta.

—Oye, ¿por qué lo hicimos?

Entonces ella, vertical en su belleza, se volvió hacia donde había salido aquella frase antipática, convencida de que todavía despertaba pasión en el hombre.

—Para el recuerdo. Quizás mañana estaremos divorciados. Después no habrá otra oportunidad.

No dijo más nada, en seguida franqueó la puerta y dejó que el pasillo la deglutiera imperturbable. Un liquen corrosivo y fogoso atravesó el cuerpo que seguía adentro y se desparramó por las hendidias profundas. La piel se astilló y cada fragmento fue como un venablo rabioso que oscurecía más el aire inmóvil de la pieza. En los ojos se habían fusionado todas sus rabias retenidas y permanecían lerdos, extraviados en la confusión, en aquel punto definido, ahí, sobre la pared, donde la luz de afuera describía un pequeño círculo irregular, percibiendo el transparente discurrir de las horas oscurecidas más allá del límite del hotel. El aire de la calle trajo un

acentuado rumor de pasos alejándose. Las sábanas encendieron la penumbra y el hombre corrió hacia la ventana. Afuera el rumor se había desvanecido y el viento arrastraba papeles sobre la calle vagamente desierta. Los ojos regresaron enrojecidos al círculo de luz, permanecieron ahí largo rato, mientras el resquemor, esa desagradable babosidad de sietecueros, continuaba creciendo bajo la piel donde seguramente dejaba para siempre la huella de un limo indeleble.

Los círculos solares

Es apenas la visión retrospectiva lo que deshila las imágenes en mitad de la calle, ese antiguo espacio de los círculos solares trazados con tiza sobre las aceras; y de las falsas disputas de los juegos de aventuras, siempre malas imitaciones de las que permanecían en los dibujos de los suplementos. Algunos ecos informes, leves sonidos irreconocibles, se enredan en el aire amoratado de esa calle ahora llena de edificios, que por momentos la vuelven desconocida y distante, aunque ciertas huellas agazapadas, cosas todavía negándose a morir, como una ventana de arabescos, el nombre de un abasto que proporcionaba golfeados y acemitas, algún porche descolorido, aun la misma esquina recogedora de las pequeñas intrigas de la calle, tienden alguna familiaridad inevitable. Pero hay allí un trasfondo más íntimo, más personal, y por lo tanto más doloroso. *Dick Tracy*, *Red Ryder*, *Chanoc*... Volver a imaginar esos idos instantes es también volver a las acechanzas, a aquellos recelos de última hora que vinieron a fragmentar lo

que, antes de la intromisión de Julia, había sido nuestra *hermandad de la lanza*. Entonces todavía él no era *El Caballero Negro*, ni podía tampoco pavonearse en el centro del *ring* del “Palacio de los Deportes”. Los *tackles* y las *doblenelons* eran apenas simples referencias indirectas, extraídas de los tomos de *El Enmascarado de Plata*, aquellas gruesas ediciones que devorábamos detrás de la mata de tamarindo donde años más tarde Julia y yo hacíamos el amor, cada vez que Cintio andaba por la calle haciendo el papel de pendenciero y la tía Dolira se quedaba rendida frente al televisor. La casa se iba contrayendo poco a poco mientras permanecíamos bajo la sombra del tamarindo, siempre ignorando la voz de la tía Dolira que nos llamaba para almorzar. Escuchábamos sus suaves chancletazos suspendidos al comienzo de los escalones, que casi nunca se atrevía a subir a causa de las várices siempre hinchadas, como algo etéreo, alejado de nuestro universo de historietas. A la vuelta de alguna última página podíamos encontrarnos con la ridícula historia del alfeñique y, en seguida, podía advertir cómo los ojos de Cintio adquirían un brillo inefable y, entonces, comenzaba a tocarse los esmirriados bíceps, a ensayar pantomimas de forzudos, a querer emular a Charles Atlas. *Ves, aquí soy un alfeñique que va con su novia por la playa y viene un tipo grandote que me la roba; pero yo me pongo a hacer tensión dinámica, hasta volverme quiliú; entonces vuelvo a ver el tipo, le doy su merecido, recupero a mi novia y nos vamos a comer helados a Crema Paraíso*. Esa fatua irrealdad no era sino uno de los tantos subterfugios que Cintio-Superman-Roy Rogers-Colt 45 ya comenzaba a manejar discretamente con el fin de transformarse de pronto, cuando nadie lo imaginaba, en un fanático de las pesas y

la tensión dinámica. Así fue como empezó a aislarse de los círculos solares para ensanchar el cuerpo enteco y descubrir aquel otro que años después ostentaría sobre el *ring* de los pancracistas y la sangre de anilina.

Ahí estaban los círculos solares, en esa elevación de la calle que correspondía a un fragmentamiento del barrio. Ahí estaban con su irregular redondez y las chapas tratando de acertar en el centro, el mismo punto del radio. Pero más allá, sobre el núcleo y comienzo de las dibujadas estrías, el verdadero resplandor existía en otra dimensión distante e inasible. A través del trazo, ficticiamente enceguecedor, la muchacha surgía con el mismo rostro rojizo y narigudo de Cintio, esa confusa identidad que a veces los hacía uno solo, como si hubieran reventado el tejido de la misma placenta. También los gestos, el mismo andar entrecortado adelantando los hombros. Solo hacía falta un intercambio de ropa para que nadie, ni siquiera la tía Dolira, pudiera reconocerlos.

La figura de Julia se alza más allá de los escalones musgosos y el tanque de agua, mientras el eco del televisor se disuelve distante. La tía Dolira, a esta hora de la siesta, ya debe andar refunfuñando por los cuartos o encontrarse dormida delante del aparato. Julia está nuevamente obstinándose a besos, restregando su cuerpo contra mi cuerpo. Pero tiene miedo no sé de qué cosa. Su voz me llega atolondrada, apenas un débil rumor ahogado entre los dientes y el deseo. Abajo, después de los escalones, hay un silencio vidrioso, una instancia hueca por donde, de vez en cuando, atraviesan los distantes sonidos de la calle: varias voces confusas, algún eco herrumbroso de motor. De repente está allí la voz de Cintio, casi próxima a los últimos cuartos. La vieja debe seguir

dormida o ausente porque Cintio ya silba a Laika, la perra de Julia. Irá a encerrarse con ella en su cuarto para hacerle cosas. *Cuando tenga mi cuerpote tú verás que voy a levantar a todas las carajitas bonitas de la cuadra; las tendré así, de a montones. Ni la italianita de la zapatería se me va a salvar. Ya verás, cuando tenga mi cuerpote.* Pero él ignora que yo sé las cosas que hace con la perra. En cambio Julia no lo sabe y si llegara a saberlo, seguramente lo mataría a golpes, aunque el acto significara agredirse a sí misma o a una parte de ella.

Los días se desprendían del tiempo con sus variables tonos y ecos, mientras en el cuarto, que había sido nuestro refugio, los suplementos se iban cubriendo con la pátina del tamo. Las paredes, poco a poco, comenzaron a dejar pasar las filtraciones y, desde ese momento, en el aire se fue descubriendo un acre olor enmohecido. Ya él mostraba los síntomas de olvidar las representaciones de los superhéroes. Había empezado a negar a *Batman*, *Hopalong Cassidy* y *Buch Rogers* —sus últimas representaciones— en los diálogos banales de las esquinas, deshaciendo así nuestra *hermandad de la lanza*. En esos días la casa parecía haberse encogido y el sonido de las palabras quedaba suspendido en un aire enrarecido e ingravido, hasta que un soplo súbito las arrastraba hacia una oquedad transparente habitando el lado oscuro de la luz atrapada en los intersticios del cemento. La tía Dolira, con sus vérices cada vez más hinchadas, continuaba consumiéndose delante de los programas de televisión que nunca veía completos. Entre tanto, bajo el fondo de aquella progresión viciada, Julia y yo seguíamos haciendo el amor detrás del tamarindo. A veces, no sé por qué pudor, intentaba obligar a la muchacha a una ruptura. Pero ella era tan obstinada como

Cintio, y siempre buscaba la satisfacción de sus caprichos. De ese modo nos fuimos dejando llevar por el placer de la audacia y nuestros besuqueos rompieron el límite del patio de la casa. A veces nos sorprendía la noche en el parque El Pinar, agotado de caricias y falsas fornicaciones. Otras veces podía encontrar aquellas piernas rollizas de Julia en la cómplice oscuridad de algún cine del centro, pero nunca allí, por las cercanas salas de Catia. En esos días la muchacha se había vuelto soñadora y anhelaba un matrimonio feliz, habitando una hermosa casa de playa, con un bello porche donde los niños pudieran jugar sin peligro, desde donde, además, se divisaran los barcos yendo hacia lugares lejanos que ella algún día iba a conocer.

Cuando ella se ponía a soñar ininterrumpidamente, resultaba fácil advertir que eso, de algún modo, la hacía diferente a Cintio, quien tenía pocas actitudes de soñador y nada más aceptaba la imprescindencia del presente. Sin embargo, su arrogante actitud apenas era una máscara: su espíritu no era tan fuerte como hacía suponer y cuando estaba ebrio terminaba llorando como un niño. A pesar del cuerpo atlético que había conseguido en los últimos años, ninguna de las muchachas, entre ellas la italiana de la zapatería, llegaban a tomarlo en serio. Él seguía buscando a Laika a causa de sus eyaculaciones precoces.

Él se desprende de los visajes de afuera y atraviesa el zaguán aún umbroso. Viene cargado de suplementos que iremos a devorar dentro de poco. Julia anda por ahí tarareando una canción de Leo Dan; mientras la escoba arrastra el polvo de la casa, se lo lleva entre el manojo de paja, cuando ella mueve las manos. La voz de Cintio la manda a callar y la

canción se oculta en el silencio, en esa doblez de la casa que hienden los pausados chancletazos de la tía Dolira, cuando sale de su cuarto y, luego, comienza a llamar a Julia a grandes gritos, como si se hallara muy lejos. En la opacidad del último cuarto los ojos de Cintio brillan untuosos, descifrando un extraño comportamiento poco común en él. Sospecho que algo nuevo se trae entre manos, pero no quiero ser indiscreto y espero pacientemente la revelación del secreto. De pronto Laika, a quien hacía perreando en la calle, se pone a ladrar dentro del cuarto y Cintio grita *que te calles ya, perra maldita, que te calles, inmundo animal; te voy a dar vidrio molido un día de estos para que te mueras, me tienes hartos con tus ladridos*. La perra deja de fastidiar a Cintio, aunque no abandona el cuarto y parece como si la hubiera absorbido el aire. Allá adelante, sobre la calma de la sala, vuelve a estallar la canción de Leo Dan, ahora sin ninguna importancia porque ahí, al lado de Cintio, descubro las barajitas donde las parejas desnudas se entrelazan en distintas posiciones hasta ese instante inimaginable... Y después viene un calor allamorado que va ascendiendo por las piernas endebles, la vista que se escapa, la boca espumosa, cuando irrumpe la voz de la tía Dolira, las manos con las *catalinas* y las *polvorosas* y después ese grato olor que se adhiere a los dedos y se descubre otra forma de vida que más tarde se enreda en las reminiscencias donde subyace aquel pájaro que Julia entibiaba entre las manos: suaves eran las plumas del ave herida arrebujada, quieta entre las manos como a veces sucede ya no como con aquel pequeño pitirre sino con los pollitos de la muchacha, recién salidos de sus cáscaras. Entonces ella se ponía aniñada y los arrullaba como hacía con Laika cuando era una cachorra. Oigo las

modulaciones tal como ayer: la voz de Cintio le grita algo, la llama *pendeja* y, entonces, ya saturados después de figuritas en aquellas intrigantes posiciones, atravesamos el zaguán en una sola carrera y pronto estamos en la calle para dibujar los círculos solares o iniciar el juego de las aventuras.

Camon, sharap; que no te pares, vale, tú estás muerto; así no se vale, anda, tírate otra vez en el suelo. Y después Santo, El Enmascarado de Plata, y ¡zuás, zuás! Y la maga Kira, la novia de Santo; y el güevoncito del Bobby, metiéndose en vainas para que el Santo lo salvara; qué carajito tan bolsa, ¿eh?, primo Efrén. Santo, Santo..., El Enmascarado de Plata. ¡Zuás, zuás! ¡Cataplún! ¡Plaas! ¡Ayio, Silver! ¡Bang, bang! ¡Que no te pares! Tú estás muerto. Tú, Efrén, eres un bandido que asaltas la diligencia. Mejor el banco, okey. (Porque tú siempre fuiste el bandido, como quien dice, el malo de la partida, pues)... Atacan los monstruos de Escipión X8... El terrible Mongol, ataca la Tierra. Atención, Buck Rogers, atención: Mongol invade la Tierra; nuestro planeta está en peligro. Aquí, Buck enterado. Cambio y fuera... Te embromaste Mongol, ¡toma! Y ahí estaba la sangre que el cachazo de la pistola de pistones de Cintio hacía fluir de la cabeza rota. Aturdido eché a correr hacia la casa y en el zaguán estaba la tía Dolira, quien, inmediatamente asustada, se llevó las manos a la cabeza y comenzó a andar de un lado a otro, sin saber qué hacer. Por supuesto, no culpé a Cintio porque si no quién iba a prestarme los suplementos y a enseñarme las barajitas aquellas.

Un tenue resplandor se difumina en el aire de la calle de otras voces. Sin embargo hay debajo de cada capa de esas recientes voces una fina urdimbre que se agita suave, hasta que tú recoges el hilo nuevamente y es esa revelación para

sorprender la noche cuando, tendido en el sofá, viendo *Patrulla de caminos*, sentiste la mano tibia de la muchacha sobre la tuya, primo Efrén. Y en el rostro de Julia aquella sonrisa algo nerviosa que iba revelando su deseo, en ese instante, sin que importara la presencia de la tía Dolira, cabeceando desde hacía rato ante el televisor. Aprovecharán para correr hasta la mata de tamarindo porque desde la tarde Cintio ha salido a asumir su rol de pependenciero: él su grupo, *Los Ángeles Terribles*, contra *Los Mapurites* de la segunda calle. Atrapas, en el círculo de los no reflejos, el momento supremo, aquel en el cual tu mano, andando ya dentro del vestido, descubrió que Julia no llevaba nada bajo la tela. Efrén. ¿Recuerdas? Seguramente no fue esa noche sino otra, cuando ella te reveló cuánto amaba a su hermano y tú supiste de sus temores de que Cintio, en cualquier noche, resultara acuchillado, por sus continuas reyertas. *No temas, a él no le va a pasar nada. Él sabe cuidarse.* Las palabras rebotaron inconsistentes, huecas, cubiertas de falsedad; no obstante la muchacha parecía admitirlas, creer en ellas, como si poseyeran algún efecto mágico bajo el cual quedaba protegido el muchacho o ella misma. Pero más tarde descubrí que, en el fondo, ella no actuaba con sinceridad, que sus temores eran falsos como las actitudes de Cintio, un reflejo inextricable, esbozado en sus ojos, o en sus labios, que cambiaban circunstancialmente, como si fuese ella quien derrotara los adversarios, quien recibiera los golpes y se limpiara la sangre que a veces brota de los labios rotos del muchacho.

Todo se fragmentó aquella noche cuando no sentimos la presencia de Cintio sino hasta que lo vimos frente a la mata de tamarindo, tan próximo a nosotros que casi podríamos

sentir su respiración aferada y ver los ojos protervos que resplandecían dentro de la oscuridad del patio. Las palabras huyeron nerviosamente de las fosas bucales y solo permaneció en el aire un crispamiento que iba transformándose en odio, ese mismo odio que continúa dentro de ti y te corroe los intestinos, que te hace bubas al otro lado de la piel, ese odio que vuelve a levantarse como un rescoldo y te va construyendo el estómago en una honda arcada, Efrén... Y después fue la vergüenza de abandonar la casa, el llanto de la tía Dolira, la mentira piadosa del servicio militar, porque la tía Dolira siguió ignorando lo nuestro, Julia. Cintio, el impredecible, así lo había querido. Intentaste explicar las cosas pero las palabras tenían un sabor acre y terroso. Luego con el tiempo tus ojos se llenaron de aquel Cintio que, pese a la melena atarzanada, comenzaba a lucir una incipiente calvicie. Cintio, *El Caballero Negro*, el rey de los triples *tackles* y la *doblenelson americana*, en una lucha sin límite de tiempo, contra el terrible *Kamba El Salvaje*; entre tanto tus besos, Julia, tus piernas calientes, tus senos endurecidos, eran algo difuso que trataba de reconstruir, pero solo a las paredes de las garitas se adherían retazos: otros cuerpos de fugaces acoplamientos donde tú eras todas y ninguna, hasta que vino el despecho tardío cuando supiste que la muchacha se había casado con un alemán que se la llevó a Bavaria. Entonces fueron las borracheras en los bares de Caripito, pegado a las rocolas, escuchando, al lado de mujercitas pintarrajeadas, los boleros rancheros de Javier Solís, "... si me llaman el loco / la verdad es así / la verdad es que estoy loco / pero loco por ti...". Ahí, donde el sol dibuja el bailoteo del papagayo enredado arriba, en los cables del poste, acaso pudo haber estado uno

de los innumerables círculos para el acierto de las chapas, pero ahora, mientras detrás del muro crece la hierba silvestre, el baldío pertenece a las avechuchas negras que saltan a picotear cosas en el suelo. Cintio viene sigiloso, con sus *U. S. Keds* nuevos, y de un salto impresionante ya tiene el ave atrapada. El pequeño animal se debate rabioso en el puño del muchacho: su pico busca con saña la carne y la presión de los dedos comienzan a asfixiarlo hasta que su cuerpo estalla en el último estertor agónico. Después la larga aguja hace saltar los ojos y por la mano se escurre una masa sanguinolenta. Y luego, más allá también es posible ubicar las sombras frente al depósito de la distribuidora de gas: allí estaba el rostro de ojos allamarados, los puños que se crispaban al instante, la boca contraída con un rictus endemoniado, acentuando la impostergable necesidad de arreglar cuentas, fuera del dominio de la casa para no herir a la tía Dolira. Eres un gran carajo, Efrén, un retecontra gran carajo. *Si Julia sale preñada te mataré, así seas mi primo. Eres el peor hijo 'e puta que haya conocido, Efrén. Eso no se le hace a un hermano, coño, ¿por qué, anda, dime por qué? ¿Por qué con Julia?* Aquel no era el llanto de las borracheras, era un llanto más doloroso y angustiante, una brasa que estaba en la garganta, en los testículos, una brasa perforando la moldura de los días de *Roy Rogers, Red Ryder, Chanoc*; una brasa que arrasaba los círculos solares y la *hermandad de la lanza*, una brasa, Efrén, una brasa, una brasa, una brasa... Y fue entonces el instante súbito cuando recibiste el golpe en pleno rostro que te tiró fulminado contra la pared de la distribuidora, mientras Cintio, convertido de pronto en un irreconocible perdona vida, se dejó llevar por

los pasos y desapareció apresurado entre el fusco invariable de la noche.

Ahora ni siquiera es válido percatarse del salto ficticio del grillo sobre el muro, ni de los autos que se pierden en el giro de la redoma, ni de las voces que vienen a quebrarse frente al depósito de gas, porque se impone ese sonido seco que estalla sorpresivamente llenando ahí la acera resquebrajada. Entonces cualquier intento de deshilar las imágenes se vuelve inútil y la evidencia de lo revelado es más dolorosa a medida que el ritmo del toc-toc va creciendo. Cuando el sonido adquiere su mayor resonancia ya lo tienes encima y, en seguida, comprendes que el hombre moviéndose con la muleta, que sostiene en el lado de la pierna mutilada, es Cintio. Luce empequeñecido –acaso por la invalidez– pero todavía conserva cierta orgullosa actitud. Mira la gente que se mueve por su lado y arquea las cejas de un modo reconcentrado, como si aquel movimiento de los pies despertara en él alguna reflexión. Apenas descubre tu rostro, Efrén, puedes comprobar que es incapaz de reconocerte porque tal vez su cerebro está extraviado dentro de algún tipo de locura. Entonces sientes una indefinible tristeza y una sorda angustia que alcanza tus fibras interiores. Ahí su mirada podía ser la de un apóstol, un quiromántico o la de un artista del hambre. Pero realmente no era ninguna de aquellas, sino la de alguien que había sufrido mucho en los últimos años. Mientras los ojos descubren la nueva imagen de Cintio, el otro cuerpo, Efrén, experimenta una amarga sensación hezosa y la boca deja escapar un vaho de podredumbre, mientras la mano torpemente busca algo en el bolsillo, *una limosnita, por el amor de Dios... Coño, Cintio, que yo soy Efrén, Efrén*. Y la voz que no fluye delante

del billete, ese papel anaranjado que él rechaza porque acaso sabe quién eres tú y sigue rápido hacia arriba y desaparece sin volver la mirada, dejando el resonar de la madera sobre la calle que ahora se llena con la algarabía del corro de muchachos que pasan con una pelota de fútbol para comenzar a inventar otras historias en esa tarde que se escapa lentamente hacia sus límites.

Close up

*A Anna Escalona,
maga en la gracia perenne.*

Entonces ocurre que, sorpresiva, la imagen del suicida queda impresa en la retina, antes del estallido de los *flashes* sobre ella, y comienza a tomar una significación inusitada que no hubiera tenido en otro momento. En la muerte sostiene una barba ociosa de tres días, una gordura mal cultivada y una prístina solemnidad en los labios enmudecidos que bien pudo hacerlo inconfundible entre la colmena de gente que desfila a diario por las calles. A primera vista parece carecer del algún rasgo de dignidad, aunque después esa impresión desaparece pues, en su rostro existe una transparente inteligencia empeñada en negar aquella falta de algo dignificador, no obstante lo intangible de su fin. Bajo la espesura de la barba se oculta una edad indefinible cortada bruscamente por el impacto, y en la solapa del arrugado paltó lleva prendido uno de esos botones dorados que tienen la pretensión de ser un reconocimiento a una labor de años, una condecoración por el rito puntual de la tarjeta IBM, las humillaciones de los superiores o el chantaje del despido.

El borracho que desde hace rato anda por ahí dando traspiés, comienza a relatar con frases balbucientes cómo fue la caída del hombre. El grupo de curiosos, venidos a última hora, le presta atención al relato del borracho, mientras los primeros en llegar sacan sus propias conclusiones. Yo en cambio permanezco silencioso, con la mirada puesta en el cadáver. No soy de los primeros en llegar, sin embargo no me hace falta el relato del hombrecito para saber de qué manera pudo haber venido el cuerpo por el aire, desde la ventana de su habitación, y reventarse contra el pavimento, haciendo estallar su seso convertido en una masa sanguinolenta. No sé por qué, pero mientras más miro el rostro del difunto lo encuentro algo familiar. Es entonces, cuando el borracho afirma que el muerto vivía en el noveno piso del “Orión”, que puedo descubrir con franqueza el porqué se me hacía familiar; pues el apartamento que había ocupado durante todo este tiempo, se encuentra dos pisos más arriba del mío. No puedo decir que hayamos sido conocidos, si llegué a verlo, dos o tres veces en el ascensor, es mucho. Tampoco recuerdo si, durante esos encuentros ocasionales, se produjo algún intercambio de saludo entre nosotros. Sin embargo, siento la presencia de ese hombre cerca de mí, tanto que me parece conocerlo desde hace tiempo, que conozco bien su vida y que hemos compartido algunas cervezas y confidencias.

Antes de la llegada del forense y la furgoneta de la morgue, me retiro de la calle y me pongo a caminar pensativo hasta el Paseo Colón, vacío a esta hora de la noche. Apenas por la acera de enfrente caminaban abrazadas algunas parejas anónimas. Me dejo caer, contra la dureza del banco, viendo cómo frente a los ojos, a través de los gruesos lentes

de miope, mi aliento se convierte en vapor por el frío de la noche. Estoy también, al mismo tiempo, pensando en este hombre polifracturado. No acabo de comprender la obsesión de haberlo conocido desde toda la vida; esa idea no se va de mi mente. Y pienso que quizá se deba a un tipo de relación secreta establecida, aunque lo ignoramos, entre elementos de vida común, una vida sin relieve, circunscrita a pequeños hechos cotidianos.

Siento que esas elucubraciones empiezan a hacerme daño, y estoy dispuesto a dejarlas a un lado, cuando veo el celaje del carro de la morgue que se desplaza acompañado de una radiopatrulla con la sirena encendida innecesariamente. El ulular del aparato dura un rato en el aire y luego desaparece arrastrado por la brisa. En seguida se restablecen los otros sonidos de la noche, y yo aprovecho para echar una mirada hacia la fachada del Orión. Los curiosos han comenzado la dispersión, y el resplandor de las cámaras ahora estalla directamente hacia el edificio. Al cabo de un rato se aquietan los resplandores, todos los curiosos desaparecen y solamente en la calle queda el borracho enarbolando una botella de anís.

No puedo continuar soportando el frío de la noche, tampoco tengo ganas de regresar al apartamento. Lo único que deseo es encontrarme en un bar, frente a un buen vaso de cerveza. Me levanto con esa idea fija en la cabeza y enciendo un cigarrillo, antes de ponerme a caminar. Cruzo frente al pedestal entristecido y le hago una reverencia al *Descubridor* que señala con el brazo erecto hacia el otro extremo de la ciudad. Sostengo la primera bocanada de humo en los pulmones y cuando trato de cruzar la calle me sorprende la aparición repentina de un desconocido eructado por la

oscuridad de un callejón. Él necesita fósforos, y, entonces, le acerco la llamita del yesquero a la boca donde oscila un corto tabaco. La claridad del yesquero descubre bajo la nariz del hombre un tajo leporino que parece más bien hecho por una navaja, y me sobrecoge esa tristeza de su boca de rasgos ordinarios. Con el tabaco encendido se despide con un gruñido indescifrable y desaparece del mismo modo como había aparecido. Con la noche aferrada al cuerpo reanudo la marcha dispuesto a entrar en el primer bar que salga a mi encuentro.

Los billares de la avenida están activos, hasta la acera resbala el ruido seco de las bolas al recibir el impacto de los tacos, impulsado por los jugadores allá arriba en lo alto del cine Radio City. En seguida está ahí la imagen del muerto, y pudo verlo aferrado a un taco, inclinado hacia el paño verde, listo a realizar un disparo. Por un momento deshace la posición, se separa de la mesa a una distancia regular y estudia cada detalle de las bandas como un verdadero maestro. En los labios sostiene una mueca imprecisa, un ligero dilataamiento de las comisuras que, al entrar en movimiento, semeja una sonrisa inacabada. La mueca se acentúa cuando separa el labio inferior y lo corre a un lado. A su alrededor, el resto de la gente está a la expectativa, espera un disparo maestro de cuatro bandas. Ahora se acerca dispuesto a la mesa, con el taco levantado por encima de la cabeza. Se inclina de nuevo hacia delante, con el taco bajo, golpeando dos veces contra el suelo, mientras el chaleco oscila de un lado a otro como repeliendo a un atacante invisible. Cuando se dispone a golpear las bolas, su imagen desaparece de improviso; pues acabo de ser estremecido por la violencia inusitada del borracho que acaba de fluir por los batientes del bar.

Pacíficamente lo dejo perderse bajo la yuxtaposición de las luces desprendidas desde los postes y entro en el interior del bar. El local no es muy atractivo, pero sí lo suficiente para pasar un buen rato; además, hay en su atmósfera cierto aire agradable de vida resguardada a la bohemia. Perdido en la capa de humo de los cigarrillos, puedo localizar la barra con su ración de diálogos inconexos, brazos disputándose el espacio y bocas consumiendo religiosamente su diaria porción de alcohol. No hay una sola cara conocida, así que puedo cruzar el rimero de mesas tranquilo hasta instalarme en la barra. En seguida ordeno una cerveza y el patrón, un portugués bajito, viene y coloca la botella delante de los anteojos. A continuación vuelve con un vaso, vierto el líquido y lo pongo hasta el tope; pero en vez de llevarlo a la boca lo regreso rápido al linóleo, porque ahí está de nuevo la imagen del suicida detrás de un escritorio lleno de escarpaduras. Está inclinado sobre una revista de contenido dudoso, y de cuando en cuando levanta la vista para dar alguna información de las personas que equivocan la ruta y van a dar sobre el escritorio. A veces suspende su lectura, se torna pensativo y lejano, y deja caer su mirada hacia las paredes del cubículo.

Seguramente estaba asediado por un cúmulo de problemas. Sin duda, era el más viejo en su sección de trabajo: un modesto puesto al cual había ascendido desde la posición más ínfima por antigüedad. Últimamente estaba acosado por las deudas, las cartas de los departamentos legales llegaban a sus manos casi todos los días. Se había empeñado para complacer a su joven mujer, quien luego de dos años de casados lo había abandonado por un profesor alto y apuesto, como esos modelos de los figurines de sastre.

Ahora lo observo levantado detrás de un escritorio. El voluminoso abdomen, agobiado por el peso de la grasa lucha por mantenerse dentro de la pretina del pantalón. En la magra cara, la boca abierta por el bostezo deja a descubierto la prótesis sanguínea recién instalada, y en la hilera de dientes artificiales se forma una burbuja transparente. La abombada excrecencia se sostiene un rato ahí, reproduciendo en miniatura el pequeño universo del cubículo tan impersonal como el personaje que lo ocupa. Por la tarde había ido a ver al médico, y aunque este se había dado cuenta de que un cáncer devoraba lentamente sus entrañas, el hombre aún continúa ignorándolo, a pesar de que en las manos todavía tiene los récipes y se distrae con ellos.

Poco a poco el bar va quedando vacío, ya somos tres o cuatro los parroquianos acodados en la barra. Los labios permanecen enmudecidos, mientras Leo Marini, desde el vientre de la rocola, envuelve la atmósfera con su voz aterciopelada. El viejo que se halla a mi lado, a cada momento da muestra de ebriedad y comienza a tararear el bolero con una vocecita simplaina. Yo en cambio, a pesar de haberme tomado una docena de cervezas, me siento más sobrio que mi vecino, mantengo una lucidez envidiable, a toda prueba. Solamente se hace molesto las tonterías que se relacionan con el suicida.

Una dulce somnolencia comienza a arrastrarme y los párpados luchan para permanecer abiertos, pero el peso del sueño es algo agobiante y al rato me desprendo de la barra para ubicar los batientes en calma. Salgo a la noche y empiezo a desandar los anteriores pasos que ya no recuerdo.

Apenas la claridad lechosa del amanecer irrumpe en la oscuridad de la pieza, salgo de la cama y corro a prender la radio. Pegado al aparato dejo pasar el tiempo, y cuando llega el momento de abandonar el apartamento lo hago sin saber nada del muerto. Lo mismo sucede cuando llego a la calle y encuentro el quiosco de periódicos cerrado. Entonces, con esa misma ignorancia, tomo un *libre* y me hundo pensativo en el asiento trasero. Desde el vehículo veo el desfile de diarios abiertos en los puestos de periódicos saturados de revistas frívolas, cuyas portadas son un muestrario de mujeres desnudas. Centenares de esos puestos desfilan delante de las ventanillas, pero, no obstante, ninguno deja descubrir alguna reseña del suicidio.

Cuando desciendo del carro, frente al edificio de la Contraloría, corro hacia el quiosco cercano y compro todos los diarios. Subo a la oficina, con el bloque de papeles bajo el brazo, y de inmediato la curiosidad de la jefa del departamento se pone de manifiesto, persiguiéndome con sus ojos penetrantes y sanguíneos, hasta el escritorio atiborrado de facturas y libracos grises. Despliego todos los diarios sobre el escritorio y me pongo a revisar las páginas de los sucesos. Pero termino de nuevo frustrado, pues no consigo dar con la información y me siento confundido. Entonces llego a pensar que el suicidio ha sido falso, que ha sido más bien un juego de la imaginación. No obstante, me asalta la idea de que a la hora de la tragedia todos los diarios habían cerrado ya sus ediciones. Y pienso entonces en la posibilidad de la tarde, y antes que la vieja me llame la atención comienzo a revisar los libracos grises.

Por la tarde aprovecho un descuido de la jefa y bajo hasta la calle. Camino nervioso, paralelo a una deliciosa criatura que volteo a verme, con una sonrisa en sus labios delgados. A la mitad de la acera nos separamos: ella aprovecha el detenimiento del tráfico para alcanzar la otra acera y se pierde hacia el mercado, mientras yo continúo la marcha. Me detengo detrás de las tres mujeres que hablan con el viejo del quiosco, y por encima de la más pequeña veo el vespertino desplegado a toda primera página. Y ahí está él con la cara redonda de la cédula agrandada en un hermoso *close up*. Un dulce sosiego me invade súbitamente y comienzo a sentir una gran paz interior. Después regreso a la oficina y ocupo mi puesto. El sosiego sigue ascendiendo por el cuerpo hasta producirme un placer magnánimo, inaudito. Todo el peso angustioso de las últimas horas se resquebraja, lejos de la uniforme monotonía de la oficina, y pienso que no volveré a sentirlo jamás. Todo el personal de la oficina está ocupado en sus tareas. También trato de hacer lo mismo, pero de repente interrumpo el trabajo, atraído por el ventanal abierto en la terraza. Entonces, sin que nadie pueda impedirlo, salto al vacío...

El último gesto de la noche

Ahora solo quedaba esa débil luz sobre los párpados amodorrados, detrás del oscuro rumor que iba adelgazándose gradualmente en algún sitio del oblongo espacio blanquecino que lo rodeaba. Los rostros difusos, desleídos bajo los tapabocas, ya no estaban encima de él. Intentaba recordar y nada más sorprendía algunos retazos de carcajadas dibujados en unos labios femeninos carentes de nuevos relieves. Después venía el olor, aquella larga cuchillada que se encajaba en la ingle y le hacía apretar los dientes, luego caer en el sopor de la angustia, una angustia abrojada de cuando los lejanos temores de las noches, de cuando terribles fantasmas lo perseguían durante los sueños, de cuando...

El cansancio quedó atrás, amor de tres noches, de tres canciones en la rocola rutilante, coqueta como una mujer, en el rincón cercano al urinario. Sí, para recordar la vida, el despecho por todo, la nostalgia que valía tres canciones de Julio Jaramillo, allí en el Osiris. La mesa llena de mediajarras

y los eructos estruendosos, corrosivos, de Gogo, cansado de que Miguel contara las mismas cosas, la misma historia, la misma vaina de sus años de militancia comunista. Hasta el cansancio, siempre el mismo libreto: el golpe al banco, la estúpida muerte de Livia, la toma de la casa de aquel capitán cagueta, los dos policías quebrados en La Silsa...

—Cuéntame una de vaqueros.

—No seas bolsa, Gogo. Tú nunca anduviste en vainas.

El cansancio quedó atrás para los tres, amor. Ese cansancio hediondo a lejía, ese cansancio de lunes a viernes de tanto andar haciendo repartos de aquel líquido glaucoso que olía a semen recién expulsado. Un cansancio que se mataba o se olvidaba bajo la penumbra viciada del bar, donde los aguardaba la sonrisa y el alegre tratamiento de Margot, aquella morenita que siempre los acogía efusivamente así estuviese enojada con algún otro cliente, porque ellos eran un amor, un mundo por conquistar, la alegría de vivir una pasión de telenovela... Y era su sonrisita pícara, una sonrisita de vámonos un día para Dominicana para amarte bajo las palmeras; varios días de tour por el Caribe tan de sol espejeante, tan de pasiones inenarrables, tan de ámame para siempre, tan de...

Otra vez abrió los ojos y le quedó de nuevo ese haz de luz opalescente dentro del nervio óptico, aunque ahora podía distinguir claramente los objetos y olfatear el penetrante olor del éter que el aire enrarecido no dejaba circular. Había dormido por un espacio de tiempo muy breve y estaba seguro de que mientras lo hacía, algunas sutiles imágenes habían tomado forma y consistencia en su cerebro. Muchas cosas aún no se conformaban del todo, sin embargo se dejaba dominar por la sedosa sensación de que podía descender más

allá del rostro de Margot flotando ahora en esa tenue pantalla de humo inventando rostros y voces indescifrables.

—¿Cerveza, amor?

Sin embargo no era la mujer quien traspasaba la puerta, en la mano la ropa recién sacada de la tintorería, sino él, quien reconocía el zaguán de la casa agotada de cansancio, arrebujaada en la tristeza de las paredes relamidas, cascadas y cubiertas de figuras insípidas que seguramente habitaron un tiempo sin tiempo, un espacio denso y distante donde todo debía oler a detritos de gato y a tripa de vejeces ya concluidas, borradas hacía ya muchísimos años, más allá de cuando su niñez de irse a jugar metras, de jubilarse del colegio para ir a buscar piedras de mar a Las Tunitas. Un tiempo ya doblegado, opaco con polvo verdoso, sucio, de olvidada tarjeta de bautismo. Un tiempo del que apenas subyacía esa rémora de temor, un temor que siempre se renovaba cuando, así como ahora, atravesaba el corredor solitario y sus ojos buscaban instintivamente el resplandor oscilatorio de la imagen descolorida de la *Viscera de Jesús* que tenía años allí, llenándose de polillas, en el mismo marco descolorido en que vino encuadrado con su rótulo de *made in Italy*, una noche en la cual su padre, borracho, lo trajo con el propósito deliberado de limar las asperezas en los reclamos de la madre. Anduvo por ahí rodando muchos meses, sin que nadie se interesara por él, hasta que al fin alguna mano piadosa, tal vez el mismo padre, lo colgó en la pared del corredor. Pero ahora era viernes y él venía como quien estrena alegría, sintiendo el almidonado frufrió de la ropa olorosa a limpio dentro del plástico. Un viernes trayendo acaso consigo mejores signos de posibilidades que los otros, ya inutilizados en esa transparencia

ahuecada y circular que describen los relojes. Ahora se trataba de otra nueva exploración donde de momento quedaba inadmisible cualquier forma de los temores ancestrales. Ahora solo contaba la idea de quién sabe cuántas cervezas en una noche entre las desgastadas historias de Miguel y los chistes ruidosos y procaces de Gogo, siempre con alguna cosa nueva donde nunca estaban excluidas las mujeres.

Atrás el estrecho corredor se aisló en sí mismo, y delante de los ojos y los pasos recortados se detuvo el comedor. Ahí emergió el rostro anguloso de su madre sentada cerca de una horrible estatuilla de yeso y, un poco más allá, el padre durmiendo la enésima borrachera de la semana. Un silencio de irse desgastando a la suerte aureolaba a la mujer de manos menudas, que se agitaban primero en el aire y después parecían reinventar los mismos discursos, las ácidas palabras que eran como anatemas contra el padre, quien se deslizaba dentro del sordo sueño de bebedor incorregible, la cabeza recostada de la pared, descoyuntada, como a quien se le escapa el aire y lo invade la muerte. Las palabras a veces buscaban otro destinatario y entonces el muchacho sentía que un orín ácido, abrasivo, le producía dolorosas úlceras bajo la piel. Ahora la percibía extrañamente enmudecida, distante, insensible, dejando que los labios del hijo rozaran su mejilla, sin responder siquiera al rumor entre dientes de la bendición. Después no hubo otro contacto entre ellos, aunque como siempre él sospechaba el ocultamiento de la llamada telefónica que, sin duda, había hecho alguno de sus amigos para informarle que lo esperaban en el bar...

Otra vez los pasos apresurados, otra vez el efecto de la luz, mientras las imágenes giraban vertiginosamente y la

capa blanquecina se adelgazaba casi hasta desaparecer. Las voces ahogadas y el ruido de los instrumentos cortantes eran apenas un rumor blando y apaciguado al que nadie terminaba de insuflar consistencia. Una tenaza gigantesca magullaba la carne, imponiendo una punzada rabiosa que atravesaba todo el cuerpo, sedimentando un hervor que convertía la piel en una espinosa agonía agranzonada. Ahí, en medio del sopor percibía el confuso hormigueo caminándole por la ingle izquierda, sin que acertara a comprender de lleno lo que estaba ocurriendo. Un profuso aire mercurocromado y yodado continuaba flotando inmóvil en la atmósfera ilusoria de la habitación impersonal. Arriba seguía temblando el haz de luz, y más abajo de esa masa compacta estaba la risa de Gogo abrazando la mesa llena de botellas. Pero antes se le había visto abandonar la casa y salir a la calle pulcramente vestido y oloroso a *after shave*, descendiendo tranquilo hacia la enmacanada franja de la calle real donde ponía en práctica aquel gesto ampuloso de la mano con que respondía a los saludos que iba recogiendo a su paso, dejándose sorprender dentro de la liviana red de la tarde. Una alegre sensación amical se hacía visible en el rostro a medida que iba acercándose a ese segmento de la calle que conformaba el café donde funcionaban las máquinas tragamonedas. En la esquina, abigarrada por rostros y las voces que atraía la tarde, verificó la hora en su reloj y se dio cuenta de que le sobraba tiempo para quedarse algún rato enfrentando la máquina de fútbol. Introdujo una moneda en la ranura y sus manos se aferraron sin mucha pericia a las manillas. Los futbolistas de plástico intentaban golpear la pequeña esfera que huía hábilmente por entre los canales. La suerte lo eludió en los tres juegos y

buscó nuevamente la calle con la idea del bar. Entonces fue cuando se encontró con la risa de Gogo y la parsimonia de Miguel para soportarlo, para dejar que minimizara sus años ligado a la guerrilla que, ahora entre cervezas, había convertido en una crónica triste, deshilachada.

—¿Cerveza, amor?

Ahora es soltar la lengua, amor y convertir esto en veinte poemas de amor y a todo dar, besos de mi dominicana linda, que está rechula, amor, entre tristeza y esa nostalgia tan de usted, poetica Miguel, porque no siento el beso dulce, son vainas, son vainas, más cerveza para esta mesa, amor, porque eran otros tiempos, otros días tan de más compromisos, tan de mayor fe, tan de más mística, pues; se nos volvió a rascar el poetica. Así son las cosas del día tras día, el mismo *ritornello*, amor, de tus lindas piernas, bailaremos merengue. Como decía, eran de verdad otros días, uno creyendo en su cosa, uno pensaba en la revolución, pero, hermano, déjalo ya, eso es el pasado. Era mejor vivir el presente, un presente que estaba en esa tarjetica que había sacado Gogo, y la exhibía como un gran trofeo y la felicidad para conquistar, amor. Esas cosas muy de Gogo, sus salidas siempre con alguna cosa nueva.

—Esta tarjetica nos puede ubicar en algo sensacional. Me dicen que hay unas carajitas de espanto y brinco. ¿Poetica, desde cuándo usted no hace cositas?

—Trátame serio, Gogo, trátame serio.

Ahora es soltar la risa, amor, por todos nosotros, deja que introduzca la mano por entre tus piernas, morenita linda. Respeten a la chica; nada poeta en el mar, la vida es más sabrosa, ¿desde cuándo no come ese loco? Seriedad, quiero

seriedad en la mesa, amor, son todos ustedes unas buenas personas, gente muy chévere, deja que le veas la paloma a este, no te pases Gogo, no te pases, después viene lo bueno, un bolívar para la rocola... Y, entonces, venía la tristeza del viejo amor no compartido. El recuerdo de aquel rostro de mujer que se hacía vago en la memoria, el nombre que quedaba retenido en los labios, los sueños jamás repetidos, el tiempo que...

En el temblor soterrado de la luz había invadido una imagen de puntos poliformes que se agitaba dentro de una sustancia espesa y negra escondida bajo los párpados, donde también, de vez en cuando, circulaba un rápido resplandor boreal, mientras en la concavidad de las piernas, había una sensación de tejidos rotos; desgarrados los bordes por un arcaico sílex de sacrificios. El cuerpo se transformaba de nuevo en un agudo dolor clavado en la eternidad, y no bastaba con apretar los dientes ni cerrar los ojos con fuerza para mitigar aquella larga cuchillada encajada en la ingle, pues la carne palpitaba viva y cortante como un trozo de muñón gangrenado. Luego venía nuevamente el sopor con el llanto silencioso, ese llanto sin lágrimas, atado al temor impasible de una muerte prematura, ese oscuro presagio que hacía un nudo grueso en la garganta cuando se pensaba en tantas cosas por hacer, en tantas cosas por...

—¿Cerveza, amor?

El bar nadaba en una atmósfera almizclada, dulcificada por el vaho condensado de las cervezas y los otros licores. La penumbra recortaba los rostros, sobre todo en los rincones donde la luz llegaba retardada. Y en esa urdimbre polarizada, todas las figuras parecían encerradas en un cuadro

impresionista. La mesa con más cerveza estaba cerca de la puerta, parapetada, desde la calle, detrás de dos largas tiras de plástico. En esa mesa permanecía el trío y la mujer, quien en un ciclo regular se levantaba para ir a la barra por más cervezas. Gago jamás dejaba de reír, como si el engranaje que agitaba su risa nunca entraba en receso. Los otros seguían sus bromas en un inconsciente sainete que a veces dejaba una corta brecha por donde se colaban las imágenes de pasadas aventuras, sueños aserrinados, un deseo de trascendencia roto, apenas iniciado. Otras veces era esa reiteración de las acciones cotidianas cargadas de un aire grisáceo, restándole brillo al grupo. Una rotación inalterable que concluía siempre en una ahuecada profundidad que ahogaba los sonidos. Era una corrosiva sensación de hastío donde las palabras, una vez rota la abulia momentánea, iban transformándose en el único eje conductor y entonces el cuarteto, allí en la mesa comenzaba nuevamente a vivir, a ser personajes reales que podían gesticular, hablar de sus nostalgias y encontrar la posibilidad lúbrica en aquella esbeltez delicada de las piernas, por donde Rubén deslizaba sus dedos. La muchacha tenía una ristra de dientes casi perfectos, adornados por una blancura aporcelanada y envidiable. Los vasos estaban vacíos, aunque algunas botellas permanecían sin terminar. Gago había ido al baño y Miguel empezaba de nuevo otro de sus relatos con un discurso balbuciente. Cuando Gago regresó del urinario, enarboló la tarjetica que había mostrado varias veces. Luego, alrededor de la mesa se impuso un silencio pesado y cada quien trató de hallarse en sus propios pensamientos.

La mujer fue por más cerveza y a su regreso hubo un estallido de atronadores aplausos que llamaron la atención de las otras mesas. Los vasos volvieron a exhibir el humor del frío y los labios buscaron con menos avidez el borde del vidrio. Seguramente, tras los nuevos tragos, renacerían las mismas historias en el plano ubicuo que las conservaba como imantadas sobre numerosos hilos de metal. Entonces Gogo acudiría a las palabras triviales y desencadenaría una secuencia de chistes donde los curas y los loros serían siempre los protagonistas. Seguramente, Miguel haría uno de sus recurrentes *flash back* y volvería a verse, un poco más joven, al mando del Volkswagen robado, donde cuatro muchachos confundidos trasladaban a una hermosa muchacha herida y la abandonaban en la puerta de su casa; acobardados, vacíos de una argucia brillante para trasladarla a un hospital. Seguramente, después de los mea culpa que dejaba la *scaletta* de la muchacha asesinada, Rubén se dejaría envolver por sus obsesiones amonedadas, y de la nada vendría a ocupar su puesto en la mesa una figura acicalada con relojes de esfera *seamaster* (uno en la muñeca y otro en la relojera), los dedos llenos de sortijas de oro, el cuerpo embutido en una chaqueta de *tweed* y los pies resguardados en cordobán importado de España. Arriba de todo eso, sus compañeros descubrían un rostro apacible y triunfante, mientras los dedos resbalaban por aquella esbeltez atezada de las piernas de la dominicana; acaso también soñando con que algún día regresaría a su país convertida en millonaria, adornada con carísimas joyas. Como siempre los boleros yertos de Julio Jaramillo se transformarían en la cortina de fondo y desde una tristeza adhesiva sorprenderían, a veces, con alguna imagen erosionada y entonces cualquiera

de ellos podría quizá recobrar la figura de una novia lejana con quien había vivido tal vez un fogoso amor de bachillerato, o de cualquier otro tipo. Seguramente al final solo vendría a subyacer una sensación de vértigo. Esa dilatada secreción donde quedaba gravitando el espeso gluten del sueño, oponiéndose, sin duda, a un deseo de última hora para prolongar la farra lejos del bar; acaso en el mismo sitio que Gogo prometía con la tarjeta.

Cuando abandonaron el bar, ya habían decidido hacia donde ir. De modo que apenas estuvieron en el interior del Chevrolet, Miguel puso de inmediato a runrunear el motor. La máquina bufó brevemente, hizo un intento de ahogarse y luego embistió por el vientre de una cadena de calles fungosas y laberínticas, donde las luces amarillas de los faros hendían la pantalla fuliginosa de la noche desvistiendo algunas formas extraviadas del sueño que escapaban por los callejones grumosos y sorprendidos. En el interior del carro había un dulzor de bebida afrutado escapando de la botella que iba de mano en mano. La voz de Rubén fluía enredada en una tristeza de bolero que hablaba de traiciones y envidias, acumuladas quién sabe desde cuánto tiempo; una pasión febril que finalmente acababa en tres perforaciones de bala sobre el pecho de la amada; de tantas cuitas, aliadas con esa esperanza de llegar a la tierra de gracia que ofrecía Gogo cada vez que en la semipenumbra del carro volvía a leer las letras impresas en la tarjeta. En el fondo de los tres se alzaba una urgente enervación, un anhelo de compartir un lecho tibio en lo que restaba de la noche, arrebujarse con carajitas de diecinueve y veinte años, como decía Gogo, que eran las que habitaban en aquel mundo maravilloso de Sexi Park. Pero cuando llegaron

a la calle que indicaba la tarjeta y Gogo proyectó su mirada zahorí sobre los nombres de las quintas, mientras el Chevrolet se detenía, creyeron en seguida que se habían equivocado porque no se trataba de ningún matadero, como había dicho Gogo, sino de una funeraria. Los deseos se resquebrajaron abruptamente y luego, entre el estupor y la rabia, los rostros se dejaron insuflar la triformidad de una carcajada simultánea. La gente que estaba dentro buscó el origen del sonido irreverente y algunos tragaron saliva en señal de desaprobación. Las viejas comentando la poca religiosidad que había ahora, y los hombres carraspeando y arreglándose la engolada rectitud de las corbatas luctuosas. Los tres se consultaron entre sí —una vez que sus carcajadas se agotaron— y se pusieron de acuerdo para entrar en la funeraria. Primero abandonaron la botella en el interior del Chevrolet y después, con afectada solemnidad, entraron en la sala mortuoria. Los allegados al muerto miraron al trío con cierto recelo, aunque nadie se atrevió a interrogarlos. Sin embargo, pronto ellos comenzaron a actuar correctamente, sobre todo cuando se acercaron al ataúd y observaron el cadáver con circunspección. En su inmovilidad el difunto parecía sonreír como un buey manso, incapaz de haber despanzurrado una mosca mientras estuvo con vida.

En un extremo del salón habían algunas sillas vacías y allí se anidó el trío, persiguiendo los diálogos y los murmullos que, por lo bajo, aún debían desaprobear sus presencias a pesar de que no hubo oposición cuando una muchacha atractiva les brindó café.

Hacia la madrugada, cuando los demás se habían acostumbrado a sus rostros y la luz lechosa del amanecer

comenzaba a invadir el tramaje de la noche, de pronto ya el trío no estaba allí. Nadie los vio desaparecer hacia las vísceras ácidas y enmohecidas del sótano, y no se volvió a saber nuevamente de ellos hasta que una multiplicación de ojos miró con estupefacción el simulacro de balancear un pequeño ataúd como si pasearan un muerto.

Por la esquina apareció inesperadamente una patrulla de la policía, el improvisado cortejo se deshizo en seguida, y la caja saltó rebotando sobre el suelo. Un chirrido de cauchos se cortó bruscamente en el macadam, y luego los disparos persiguieron la precipitación de los pasos. Entonces Rubén se sacudió hacia atrás, abrió la boca buscando aire y en seguida se desplomó, estallando la sangre a borbotones, con los ojos vidriosos y desorbitados, sin poder gritar ni balbucir.

Ya ni siquiera vale el recuerdo, amor; solamente queda ese dolor de antaño, esa sensación de inutilidad que nos deja el tiempo muerto. Sí, para recordar la vida, el despecho por todo, las ilusiones compartidas, la nostalgia que valía tres canciones de Julio Jaramillo. De eso no queda más que esta parálisis que se ha vuelto eterna, amor. Ya no hay más que tristeza y olvido, como dice el tango, amor; mientras esta silla carcome la inmovilidad de los huesos que se van llenando el orín (¿recuerda usted?), como decía siempre el poeta. De aquello quedaba ese espacio silencioso, tan ámbito de soledad, tan cobijador de maravillosas redes de telarañas, tan de beber lágrimas apacentadas, tan de oficiar recuerdos, tan de...

Había ahí un rumor soterrado y dentro del haz de luz flotaba aquella imagen seráfica, a veces desvanecida, que mostraba su herida acerada, originando una sensación

inescrutable. Las palabras cáusticas de la madre resbalando desde un tiempo de fuego, se apagaban repentinamente, luego volvían convirtiéndose en una secuencia de furiosos y desolladores latigazos que descargaba sobre la espalda desnuda del niño lejano, mientras el padre borracho escupía un líquido viscoso, negro, mezcla de miche y chimó.

Desde el exterior las voces treparon el aire, se apagaron de golpe y luego sobrevino la transparencia de la calma. El hormigueo inguinoso se restableció de nuevo y, tras disiparse, en el acto el hombre comenzó a sentir sueño... O tal vez ahora permanecía despierto, simulando que dormía.

—Quedará paralítico para siempre.

Las antiguas voces lo perforaron abyectas, como un residuo nauseabundo. Entonces cerró los ojos con fuerza y percibió el tiempo boca abajo. Luego comenzó a deslizarse lentamente hacia el último rumor gestado por la noche.

Simulacro de Helena

Publicado por el Fondo Editorial Ambrosía, en el año 2000, con una nota de contraportada escrita por Gabriel Jiménez Emán:

Ya sea a través de la técnica cinematográfica, utilizando recursos periodísticos u optando por tonalidades poéticas y nocturnas, Julián Márquez logra, en los relatos que componen este libro, integrar universos inquietantes donde las máscaras, las dobleces, las obsesiones afectivas, las identidades cruzadas o los asesinatos encubiertos son trabajados con similar eficacia, merced a un lenguaje de sugerencias múltiples, de una impecable plasticidad, que puede indagar en el mundo musical, el fotográfico o el existencial, reivindicando ante todo un valor de disfrute estético, donde las anécdotas e historias se recrean desde el centro mismo de ese lenguaje: los personajes surgen de atmósferas enigmáticas, conducidas de modo admirable hacia un fuerte *suspense*, hacia situaciones de desenlaces diferidos que actúan como acicates permanentes de la lectura.

Plena de símbolos y de alegorías metafísicas, la prosa que sustenta estos relatos brilla en cada palabra, engastada en su poder de sugestión. No es difícil, en virtud de todo ello, considerar este segundo libro de Márquez como un aporte relevante en el panorama de la mejor narrativa venezolana y latinoamericana contemporánea.

*A mis hermanas: Rosa y Alejandrina,
aquietadas en la urdimbre perpetua del enigma.*

*Hay recuerdos que viven en pedazos de
espacio poco iluminados.*

FELISBERTO HERNÁNDEZ

*... cada uno solitario sumergido en su aura
evanescente.*

ANTONIA PALACIOS

Tríptico final

Todo comenzó inesperadamente. Una mirada al azar, y allí, dentro del cuadrado de la ventana, estaba la hermosa figura de la mujer bajo el almanaque, inclinada hacia el libro, envuelta en el disco titilante que el sol había trazado sobre la pared. Atrás, en la otra ventana, los ojos del hombre despidieron un brillo de esperanza. Después, los primeros gestos se desvanecieron en instantes de desilusiones, cada vez que la mujer, protegida por la distancia, desaparecía del marco de la ventana, impidiendo el disparo.

Los dedos del hombre, crispados por una rabia silenciosa, se apartaron rápidos del trípode. En los vidrios de las dos ventanas enfrentadas quedaba el reflejo simultáneo de la cámara solitaria, a la espera de otra oportunidad para atrapar la huidiza imagen.

Había intentado fotografiar a la mujer varias semanas atrás, pero urgencias de trabajo que lo llevaron a los tepuyes de La Gran Sabana le impidieron conseguir su propósito.

Ahora estaba libre de esos compromisos y podía dedicarse por completo a cazar a la mujer con la Nikon que recién había adquirido. La comodidad de su apartamento le ofrecía todas las posibilidades para realizar una estupenda sesión fotográfica, reduciendo la distancia con la ayuda del *zoom*.

Nuevamente empezó a cazar el objetivo la tarde anterior, cuando vio a la mujer leyendo sentada en medio del *hall*. En ese momento se dejó invadir por una euforia casi enfermiza y se imaginó a la mujer modelando exclusivamente para él, con las poses más inverosímiles, satisfaciendo su absoluta capacidad con la cámara, seguro de que ella, a partir de ese instante, comenzaba a pertenecerle, a formar parte indisoluble de su vida. Mientras tanto, allá enfrente, una luz cálida, cernida desde los árboles del parque cercano, circundaba a la lectora con un halo extraño.

El fotógrafo volvió a colocarse detrás de la cámara con el *zoom*, montada en el trípode. Sus ojos permanecían atraídos por la imagen de la otra ventana. Ahora la mujer leía inmóvil, reconcentrada en el libro. *La pose perfecta*. De pronto, cuando ya estaba listo para hacer presión en el disparador, no encontró el objetivo en su lugar y sacudió la cabeza molesto. A causa de los continuos fracasos comenzaba a dudar de su infalible destreza con la cámara. Había realizado numerosas tomas sorprendentes y espléndidas. Por eso le parecían extraños tantos fracasos al intentar fotografiar a la mujer a una distancia tan poco comprometedora. El malestar no dejaba de persistir en su cuerpo, aunque continuaba animado por la idea de volver a encontrar, de un momento a otro, a la mujer detrás de la ventana del *hall*. Se alejó del trípode para encender un cigarrillo, sin apartar los ojos de la ventana. Las cortinas de enfrente se

agitaron de improviso y él se precipitó hacia la cámara. Pero la mujer no apareció en el visor, solamente en el círculo de la lente entraban la ventana vacía y el juego del viento con las cortinas. Sin embargo, el fotógrafo presentía que la lectora andaba cerca de la ventana. Su exceso de ilusión lo inducía a pensar que la silueta alargada, que se insinuaba detrás del panel de vidrio del batiente cerrado, correspondía al cuerpo de la lectora que, quizá aprovechando la disposición tubular de las cortinas desplegadas, estuviera también acechando hacia su ventana, persiguiendo maliciosa los movimientos que él realizaba.

En su refugio, oculta tras las cortinas, la mujer no atinaba a precisar cuándo había comenzado el asedio. A veces pensaba que esa situación duraba ya varias semanas, descontando el ínterin en el que el hombre estuvo ausente, de todos modos la duda continuaba revoloteando en su cabeza. Sin embargo, recordaba claramente la primera vez que descubrió al hombre. Ese día, apenas se asomó a la ventana, la mañana la saludó con una ráfaga de viento helado sobre el rostro. Entonces ella alzó la cabeza, extendió la mirada hacia el paisaje foráneo y se encontró de pronto con el hombre en la otra ventana, con el torso desnudo y una vasija de afeitar en la mano visible desde su perspectiva. Como la distancia no era tan grande, podía precisar algunos detalles del rostro. El hombre no le parecía ni bello ni feo. *Un tipo más bien común*. No obstante, ella parecía divertirse idealizando a un hombre apuesto, medianamente maduro. *Un tipo de mundo, bien podría ser*. En ese momento tuvo por primera vez la sensación de que el hombre la espía, y jugó a creer que él se la imaginaba como una hermosa modelo de revista internacional y empezó a moverse de un lado a otro, como si estuviera exhibiéndose por una pasarela.

Luego cambió la pose y se sentó delante de la ventana, con el libro abierto entre las manos. Después vio cómo el hombre se deshacía de la vasija y se ponía a hacerle señas. Al principio ella no comprendió absolutamente nada, solo cuando él comenzó a armar la cámara sobre el trípode supo en seguida que quería fotografiarla, especialmente en su rato de lectura.

Por un instante, imaginando la escena de una película de suspenso, el largo *zoom* la hizo pensar en la posibilidad de un asesinato y salió rápido del encuadre del acechante, dispuesta a evitar el disparo que podía estallar en cualquier momento, ignorando que así provocaba la primera decepción del fotógrafo.

Desde la otra perspectiva se observaba, a través de la cortina, cómo el desplazamiento de la luz había esparcido por el *hall* una luminosidad profusa que hacía resaltar todos los adornos de la pared. En el centro sobresalía un gran espejo en bisel donde flotaba invertido el sillón de la lectora. Un poco más allá, el almanaque que reproducía un paisaje impreciso y en la mesa, donde había una especie de samovar, se reflejaba, casi hasta el piso, la silueta de alguien oculto detrás de las cortinas.

Sorpresivamente toda la reproducción del espejo se desvaneció. Luego, cuando todo volvió de nuevo a estabilizarse, la mujer estaba otra vez allí, de pie frente a la ventana. Se había cambiado de ropa y ahora lucía un vaporoso vestido de lunares rojos, con la cabeza adornada con una boina negra, al estilo de una *top model*. Parecía tener prisa para sentarse y recurrió por primera vez a un atril para colocar el libro. Comenzó a leer, quizá seducida por una trama novelesca,

envuelta en el círculo de objetos flotantes que podían verse desde el otro edificio.

La mujer suspendió de repente la lectura y ahora parecía discutir con alguien fuera de foco. La mano del fotógrafo, que se iba deslizando hacia el disparador, se detuvo de pronto. Le desagradaba la pose de la mujer discutiendo y se aferró a la esperanza de que se apaciguara pronto y volviera a sentarse. De un salto, la mujer se puso de pie y estuvo a punto de llevarse el atril por delante. Sacudía furiosa las manos en el aire. Luego levantó su brazo derecho y lanzó un violento manotazo que cayó en el vacío.

El ojo pegado a la cámara se dilató más de la cuenta, y a pesar del giro de noventa grados hacia donde se movió el objetivo, el hombre no pudo descubrir nada, fuera de la presencia de la mujer cuando se llevaba un pañuelo al rostro. Después volvió a verla desaparecer. A los pocos minutos, una mano hábil cerró las ventanas; y el fotógrafo, con un desencanto de canino abandonado, se dirigió a la cocina a prepararse un *perro caliente*. A los pocos minutos regresó masticando y se detuvo detrás de la cámara, tendiendo la mirada hacia la ventana cerrada. Entre los reflejos fijos en los vidrios volvió a notar el ojo impávido del teleobjetivo, huérfano de actividad.

El fotógrafo sintió de golpe los ojos enarenados y se apartó de la cámara para buscar un poco de luz. Se asomó de nuevo a la ventana y estuvo observando hacia abajo, mientras escuchaba el ulular distendido de una sirena procedente de alguna de las calles cercanas al parque. Luego desvió la mirada hacia los árboles más poblados y solo despertaron su interés los dos hombres que se paseaban de un lado a otro

sobre la grama, fumando impacientemente. No obstante, lo que más le llamaba la atención del dúo era el negro riguroso de sus trajes y los bombines, también negros, parecidos a los de los personajes de Magritte. Por un instante salieron de su vista, pero pronto los volvió a rescatar cerca de la fuente de las ondinas. *Un buen motivo para una buena foto. Pero primero la mujer.* Perdió interés por los extraños personajes y volvió a detenerse al lado de la cámara. Arrastró una silla y se sentó a horcajadas a terminar de comerse el último trozo de salchicha, atento a la otra ventana que continuaba cerrada. Desde uno de los apartamentos de arriba le llegó claramente, entre otros ecos, el llanto de un niño, entremezclado con un ruido de agua succionado con fuerza en alguno de los baños de abajo. Podía orientarse por la disposición del apartamento y determinar los lugares exactos donde se originaban los ruidos; sin embargo, eso significaba perder el tiempo, distraerse de la necesidad del acecho.

Mientras engullía el último pedazo del *perro caliente* percibió cómo la ventana de enfrente se abría lentamente y le pareció ver a la mujer instalada otra vez en el *hall*, frente al libro abierto en el atril, en compañía de un hombre vestido de negro que gesticulaba delante de ella. Trató de indagar a través del *zoom* y quedó confundido: el hombre había desaparecido y solamente la lectora permanecía en el *hall*. Alguien fuera del alcance de la cámara terminó de abrir la ventana y la mujer reapareció en todo su esplendor. Entonces el fotógrafo se frotó las manos contento, seguro esta vez de conseguir su objetivo. La mujer se había despojado de la boina y lucía el cabello en guedeja, cubriéndole el flanco izquierdo del rostro, envuelta en los primeros destellos luminosos de

la tarde. Había retirado el libro del atril y ahora lo sostenía entre las manos, sin entregarse aún a la lectura, ofreciendo a la lente un hermoso perfil de estatua etrusca.

Los dedos del hombre fueron logrando la graduación precisa de la lente y después retrocedieron de prisa hacia el disparador. Solo esperaba que ella regresara a la pose habitual y volviera ligeramente la mirada hacia la cámara, sosteniendo el libro a la altura del rostro. El dedo permanecía crispado, listo sobre el disparador. Una ligera presión era suficiente para lograr su propósito. *Así, permanece así, linda. Quieta. No te muevas.* ¡Mierda! Inesperadamente, la imagen de la lectora volvió a esfumarse, provocando una nueva carga de rabia y frustración en el hombre que, acometido por la impotencia, golpeó el aire con rabia y, por un tris, estuvo a punto de patear el trípode. Se tendió en el piso para controlarse y se puso a contemplar la lámpara que lo reproducía en miniatura desde arriba. Experimentó el deseo de desnudarse y permanecer así toda la tarde, exhibiéndose en aquel plano diminuto donde los objetos asumían otra forma de vida por encima de él. De pronto se le convertían en migalas que, como minúsculos monstruos, corrían apresurados por sus párpados y se asomaban a fisgonear dentro de los ojos, transformados a veces en microcámaras. Después imaginó a la lectora totalmente bronceada, cubierta apenas con un taparrabo, a horcajadas sobre su pecho, sacando al mismo tiempo de su garganta largos rollos de película, en colores y en blanco y negro, llenos de murciélagos y escorpiones que atacaban enfurecidos su cuerpo. Al instante tuvo la sensación de un hormigueo urticante en la piel, y, pese a que la abrasión se hacía cada vez más intensa, rechazó la idea de que las alimañas lo

estuvieran atacando de veras. Por un motivo imperceptible le agradaba el efecto del piso frío, provocándole aquella extraña sensación de centenares de bichos carcomiendo su piel.

Una ráfaga de viento sacudió los árboles del parque, provocando entre las ramas un fuerte ruido de hojas secas que rompieron el hilo de sus pensamientos. Luego se interpuso el bullicio de los muchachos que últimamente acudían al parque, después del mediodía, a volar papagayos. Mientras permanecía tendido en el piso vio pasar, delante de la ventana, el alegre colorido de los papagayos y sintió ganas de fotografiarlos justo cuando ascendían hacia el cielo. No obstante, recordó que ya la tarde estaba muy avanzada y aún seguía pendiente de fotografiar a la mujer.

Se levantó movido por un nuevo impulso y de una vez se instaló detrás del trípode. Pegó el ojo al visor, seguro de que ahora sí iba a tener éxito y se dispuso a esperar todo el tiempo posible la vuelta de la mujer. Pero no tuvo que aguardar mucho rato. Ahí estaba ella, una vez más, asumiendo su delicada postura de lectora. Se había cambiado el vestido y ahora tenía puesta una braga marinera que la hacía lucir más atractiva. Cuando se entregó a la lectura adquirió en seguida un aire de persona acostumbrada a la reconcentración y a pasar ratos de profundas reflexiones. Su cabeza de estatua etrusca reposaba inmóvil sobre el espaldar del sillón, mostrando su mejor ángulo a la cámara.

El dedo presionó varias veces el disparador, siguiendo una secuencia continua, hasta agotar la película, mientras un seco estampido sacudía el aire y hacía huir los pájaros que se posaban en los árboles del parque. El fotógrafo ahora saltaba eufórico, al fin había logrado su propósito y lo invadió

una alegría desmesurada. Hacía tiempo que no se sentía tan alegre y comenzó a bailar, mientras cantaba alborozado alrededor del trípode. De pronto suspendió el baile, también paró de cantar y se puso a silbar hacia la otra ventana, donde la mujer continuaba sumergida en la lectura. Pero ella se hizo la desentendida y no respondió al silbido, cada vez más fuerte. Él comenzó a dar vueltas y a cantar de nuevo, haciéndole señas a la mujer que seguía ignorando las mímicas. Se tranquilizó gradualmente y volvió a observar a través del *zoom*. Ahora ella parecía dormida, con la cabeza inclinada sobre el pecho, como descoyuntada. Al rato él interrumpió la observación y empezó a devolver la película, después abrió la cámara, retiró el rollo y corrió al cuarto de revelado.

En el cuarto oscuro, las manchas negras y grises fueron tomando formas en el papel filmico. Esperó algunos minutos y luego fue retirando las fotografías de los ácidos para lavarlos bajo el chorro de agua. Dentro del resplandor de las luces fluorescentes reconoció la óptima calidad del trabajo y se sintió orgulloso de su habilidad con la cámara. Había tomas donde una misma secuencia de la lectora adquiría distintos efectos, provocados, en el instante del disparo, por algunos movimientos imperceptibles de la cámara.

Terminó de copiar las fotos y aguardó, hojeando una revista *Penthouse*, a que se secaran. Después tiró la revista sobre un montón del mismo estilo, y se sirvió en un vaso un poco de vodka y se lo bebió de un trago. Cuando consideró que las fotografías ya estaban secas las metió en un sobre manila que puso encima del archivo, junto con otra serie de fotos que tenía seleccionada para una próxima exposición. Desguindó

del clóset su saco favorito y abandonó el apartamento, silbando distraídamente.

Al llegar a la calle, observó cómo la noche se iba apoderando de las fachadas y, con una orden soterrada, hacía despertar los múltiples mensajes publicitarios del neón, pestañando continuamente en lo alto de los edificios, empeñado en despedir pronto la tarde a pesar de la claridad solar que pugnaba por alargar el día.

Se echó a caminar a lo largo de la acera, compenetrado con la secreta identidad de la caída de la tarde, repartiendo saludos a los conocidos, sin detenerse a estrechar las manos que buscaban las suyas, sintiendo la necesidad de tomarse una cerveza. Apuró el paso y cuando cruzó frente al parque le pareció ver de soslayo a los dos hombres vestidos de negro, y giró la mirada hacia el comienzo de los árboles. No logró ubicar a los dos hombres, pero en cambio vio al grupo de muchachos que abandonaban el lugar, llevando los papagayos con las colas recogidas, haciéndose bromas entre ellos. Se detuvo un momento y persiguió con la mirada el corro de muchachos hasta que desaparecieron en la calle. Volvió a mirar hacia el parque y solo contempló algunos grupos de gente que se disminuían al fondo, achatados a lo lejos por los árboles. Reanudó la marcha y comenzó a avanzar, sin aprensión, hacia la avenida congestionada de autos, y caminó sin parar hasta el bar donde tenía crédito. Delante de la puerta del expendio tuvo una extraña sensación y, sin saber por qué, sintió unas ganas irresistibles de regresarse. Dio media vuelta y enfiló sus pasos hacia el edificio donde vivía. Pero cuando estuvo cerca del edificio, cruzó la calle y se detuvo frente a la moderna torre de concreto que entrañaba el apartamento de

la mujer. Aprovechó la salida de un hombre vestido de negro, y se escurrió rápidamente hacia adentro.

El ascensor parecía haber estado esperándolo. Entró y en seguida puso en marcha el aparato. Mientras ascendía pensó de golpe en el hombre que se topó al entrar, pero siguió hacia arriba sin darle mucha importancia al encuentro. El ascensor se inmovilizó en el quinto piso y el fotógrafo, apenas lo abandonó, comenzó a localizar el apartamento de la mujer, orientándose por la disposición del suyo. Caminó hacia el centro del pasillo, hediondo a micciones de gatos, y se detuvo frente a una puerta de madera labrada con relieves de un extraño bestiario. Por la hendidura de luz que desde adentro se filtraba, por el lado del cerrojo, hacia el pasillo, el fotógrafo notó que la puerta estaba entreabierta. Se animó a pasar al interior y, discretamente, golpeó dos veces con los nudillos la plancha de madera. Como no obtuvo respuesta empujó la puerta con firmeza y se decidió a entrar. Permaneció un rato detenido en el umbral de la puerta abierta y después, aunque adentro reinaba una penumbra grave y densa, se resolvió a tantear por las paredes hasta hallar el suiche de la luz. Una claridad pródiga y exultante le reveló toda la dimensión del lugar, junto con los objetos que nadaban en el espacioso *hall* alfombrado. Ahora el apartamento le resultaba menos familiar que antes, y se dio cuenta de que también se había equivocado con respecto al almanaque, que de cerca se convertía en un alto bloque de hielo donde un par de alpinistas intentaban el ascenso de la cumbre que parecía ser un pedazo del Himalaya. En cambio había acertado con el resto de los objetos, en especial con el samovar, el espejo en bisel y el sillón que,

apacible en el centro del *hall*, poseía una rara apariencia de cosa intocada.

Se detuvo delante del sillón y observó perplejo la espesa capa de polvo que cubría el tapizado del mueble de estilo renacentista. La amalgama de polvo le hizo pensar que el mueble no había sido utilizado en mucho tiempo, a pesar de que momentos antes había fotografiado allí mismo a la lectora. En el espaldar de la mecedora descubrió un orificio, aparentemente de bala; y cuando trató de acercar el dedo índice a la perforación se quedó inmóvil, lleno de extrañeza.

—El asesino siempre regresa a la escena del crimen.

La voz que acababa de resonar a sus espaldas, con un acento gravoso y socarrón, lo obligó a mirar hacia atrás y, sorprendido, se encontró de golpe con tres desconocidos, inmóviles bajo el vano de la puerta que él había dejado abierta. El trío cubría toda la puerta, y, en los dos que estaban armados con sendos revólveres, pudo reconocer, por los sombreros y los trajes luctuosos, a los dos hombres que, al comienzo de la tarde, andaban paseando por el parque. El que se hallaba en primer plano, vestido igual que sus compinches, dio un paso al frente y se paró delante del fotógrafo que continuaba inmovilizado por la confusión y el asombro.

—Por fin te atrapamos, bichito. Se acabaron los días del asesino de la cámara. Tres lectoras asesinadas por gusto.

Apenas pronunció la última palabra, el hombre hizo silencio y, con mecánica precisión y rapidez, sacó unas esposas niqueladas del arrugado paltó y, antes de que el fotógrafo intentara poner alguna resistencia, le dobló los brazos hacia la espalda y lo esposó con la habilidad de quien lleva muchos años realizando la misma tarea de manera infalible. Después,

sin que valieran para nada las primeras protestas del prisionero, que se creía víctima de una odiosa confusión, se lo entregó a sus dos acompañantes, mientras él, sacando una llave maestra del chaleco de su paltó, procedía a cerrar la puerta del apartamento. Luego sintió ganas de fumar y suspiró aliviado al sacar la caja de cigarrillos y llevarse uno a los labios toscos y vulgares, permanentemente húmedos y abiertos por el rictus de una sonrisa maliciosa. Entre tanto, las protestas del fotógrafo, cada vez más fuertes y enfurecidas, se fueron apagando escaleras abajo.

Intervalo ensombrecido

Mientras la ventana permanecía entreabierta, desde la calle únicamente podía percibirse una confusa agitación en la parte alta de la casa. Y era desde allí de donde procedía el triplicado visaje que se acentuaba durante la noche. En la penumbra estática de la habitación parecían ordenarse las siluetas de la tríada, sumergidas en un perpetuo aquellarre que duraba hasta el amanecer.

Cuando nuevamente la claridad solar reducía las sombras, volvía a establecerse el orden desolado de la casa. A veces, a través de la celosía, la claridad residual de la mañana revelaba la fuga de un rostro y el gesto inconcluso de una mano describiendo un adiós hacia adentro.

Algunos instantes, por entre la oblicuidad de la ventana, parecía asomarse la mujer vestida de *chiffon*. Apenas veíamos un reflejo fragmentario: los ojos quizá, esperanzados en desentrañar algo impreciso cuyo origen no estaba ya dentro de la vieja glorieta, sino en el aire de la calle, amodorrada bajo el sol destellante en los mediodías más cálidos del litoral.

Mientras tanto la siguiente aparición, la otra mujer, con los faldellines de gasa, menos fugaz, se encargaba de ambientar la casa con hojas de sándalo cuyo olor penetrante y fuerte envolvía la calle.

Desde abajo, en otros momentos, no se percibía el triple reflejo de las siluetas, solo podía observarse una sombra nada más, detenida detrás de la ventana o en la celosía del ala izquierda de la glorieta despintada, protegida con alambres de púas que impedían cualquier intento de acceso hacia la torre.

Las figuras de las tres mujeres siempre despertaron sospecha entre quienes teníamos la certeza de que se trataba de una sola mujer. Pero el muchacho, ya viejo, había confesado la existencia de la tríada.

La casa había experimentado muchas mudanzas, pero en la memoria colectiva del barrio estaba asentado que detrás de la alta reja y entre la espesa vegetación del jardín, ahora convertido en un bosque de hierba, habían ocurrido cosas extrañas, como el descubrimiento del cadáver del sacerdote cubierto con cal. El hallazgo, aunque en aquel momento había sacudido a la opinión pública, nunca debió aceptarse como algo extraño, considerando que la casa por su extraña arquitectura, media gótica y bizantina, parecía destinada a otro asunto tenebroso desde que fue ocupada nuevamente.

El último periodista, que recién había venido a recoger datos para un reportaje sobre la casa, se detenía todas las mañanas, libreta en mano, frente al jardín a observar acucioso la ventana desvencijada de la glorieta, a punto de desprenderse de los goznes oxidados. Desde que apareció por el barrio, el periodista se había propuesto realizar una reconstrucción fidedigna de los hechos. Sin embargo, con los datos que había

recogido en la primera semana, no podía siquiera levantar un informe medianamente aceptable de los secretos de la construcción ocultos entre la argamasa de las paredes.

Cuando el periodista se reunía por la noche en el bar de Capullo, a conversar con algunos de los parroquianos más viejos, él, con cierto aire de inocente pedantería, afirmaba que con lo que había recabado podía seguir la secuencia del hilo de los sucesos, a través de ese tiempo indeterminado donde la celosía reflejaba a trasluz a la mujer del vestido de *chiffon* y a la otra, la que siempre se vestía de amazona y lucía toda la radiante belleza de su rostro bajo el sombrero de copa, enfatizando la hermosura que superaba a la de sus hermanas.

Pero en realidad, el periodista sabía que aún le quedaban muchos cabos por atar. Por eso no ignoraba que el único lugar posible para encontrar toda la verdad se hallaba en el memorial desgastado que poseía el exmuchacho que acudía al jardín a jugar a escondidas en los días previos al asesinato. La idea del reportaje no era nada nuevo, ya otros periodistas lo habían intentado desde que Arlt apareció fotografiado en la portada de *Elite*, la última semana del mes de marzo de 1956. En el papel glasé aparecía, entre los renglones tipográficos, el rostro circunspecto de un adolescente de doce años, asumiendo el gesto categórico de los genios precoces y envejecidos en la misma infancia a fuerza de proceder como un adulto. Para entonces el muchacho era casi un héroe nacional. Había descubierto el asesinato del sacerdote y eso, para nuestra crónica arrabalera, lo convertía en una especie de Sherlock Holmes prematuro.

Todavía entre la maleza del jardín podían hallarse algunos indicios de la ejecución del religioso, a pesar de que la

labor de la policía quiso borrar toda huella del crimen. Por mucho tiempo las razones del hecho se mantuvieron ocultas, y aún se ignora cuál de las mujeres, ya vieja y quizá enloquecida, había divulgado los motivos de la muerte del sacerdote, o si la parte más digna de una crónica amarillista fue una invención posterior de Arlt, el borracho de la plaza, para contribuir a aumentar el mito tenebroso de la casa, con el propósito deliberado de conseguir a alguien dispuesto a brindarle, sin zaherirlo, un poco de ron por el relato.

Cada vez que se dedicaba a relatar su versión de los hechos, Arlt siempre se regodeaba en la descripción de la amazona. Sus palabras la dibujaban como una criatura preciosa, de blonda cabellera y unos ojos verdes y transparentes, con destellos de aguamarina, llenos, sin embargo, de una profunda tristeza, lo cual hacía presagiar una renuncia temprana a la vida.

Todos los mediodías, menos los del domingo cuando bajaban a la playa, las tres mujeres se reunían en el jardín, cerca de la fuente, donde un fauno verde arrojaba agua por la boca abierta, junto a un músico taciturno que, con una flauta soldada a los labios, dejaba escapar su solemne melodía de piedra. Cuando se ponían a corretear y a dar saltos bajo las sombras de los árboles, ellas asumían las apariencias de unas sílfides danzando sobre las aguas de un lago invisible. A veces aprovechaban las sombras para sentarse a leer, sobre la grama, algún libro de tema licencioso que las hacía reír ruidosamente. Todavía por esa época, la más joven, aún no había dado muestras de desequilibrio. La locura tenaz la atacó años después, cuando comenzó a pasearse desnuda por el jardín y tuvo que recurrir al auxilio de las altas dosis de

psicobilicina. Los paseos por el jardín ocurrieron en los días de esplendor, con sus noches de grandes fiestas, con jacarandosos bailes de máscaras, con damas vestidas con costosos miriñaques, mientras los caballeros se exhibían orondos con sus trajes de levitas y aquellos sombreros negros de copa, al estilo de *Mandrake El Mago*, animados por la música de una orquesta, traída especialmente del Tropicana de La Habana, que estremecía el salón de fiesta con sus ritmos tropicales de tambores y trompetas.

Cuando el muchacho comenzó la invasión del jardín, la casa llevaba bastante tiempo abandonada. La primera incursión la llevó a cabo con otro muchacho que después, acaso intimidado por la atmósfera fantasmal que emanaba del interior de la construcción, no volvió a acercarse.

La casa había ganado mala fama desde que fue ocupada por *monsieur* Lecocq, su primer propietario, un empresario circense que la mayoría de las veces andaba de gira con su circo por el interior del país. Durante el tiempo que permanecía ausente, la única persona que habitaba la casa era un viejo cetrino y mal encarado que andaba siempre acompañado por cuatro perros de aspecto feroz. Cuando regresaba triunfante de las largas giras, el francés pasaba varios días celebrando con la *troupe*, en medio de comilonas y libaciones exultantes, circunscritas a los límites de la construcción. Una mañana, días después de uno de aquellos extravagantes festejos, la atmósfera de la calle se puso piche, envuelta en un olor nauseabundo que podía percibirse a varios metros de distancia. Por los zamuros que aparecieron sobre uno de los árboles del jardín, la gente se percató a los tres días que la fetidez provenía de la casa, ahora sumida en un silencio proverbial

donde ni siquiera se oían los ladridos de los perros. Esa extraña circunstancia nos puso a todos sobre aviso y, después que se informó a la brigada de homicidios, acudió una comisión policial. Uno de los policías violentó los cerrojos de la puerta principal y en el interior de la casa se encontró con la escena de una muerte colectiva que no perdonó ni a los perros. No había una sola gota de sangre en ningún lugar, los enseres permanecían intactos, pulcramente cuidados, sin signos de violencia. La policía no se tomó la molestia de profundizar mucho en las investigaciones y, de un plumazo, archivó el caso como una muerte ritual, originada por un pacto mortal en honor a la diosa Kali.

Al cabo de un tiempo, la mansión siniestra, como después comenzó la gente a llamarla, pasó a vivir varios períodos de abandono y ocupación, sirviendo algunas veces de refugio de menesterosos y otras veces de guarida de *malandros*. En las temporadas de abandono, la casa, por las noches, se volvía más lúgubre y espectral. Solamente de día los transeúntes más osados se atrevían a contemplar la decadente arquitectura.

Una desolación supina, de larga data, acogotaba la construcción, cuando una mañana, inesperadamente, apareció una camioneta *picó* con un ingeniero, un arquitecto y una cuadrilla de obreros. El grupo, sin intercambiar palabras con nadie, traspasó la reja de la entrada y en seguida los dos profesionales desplegaron unos planos en el sitio más despejado del jardín —cerca de la fuente inactiva— y se pusieron a estudiar cada detalle de la fachada, mientras los obreros se encargaban de atacar la maleza con unas filosas guadañas. Se fueron por la tarde y regresaron el día siguiente con una

buena cantidad de materiales. Ese mismo día dieron inicio a los trabajos de remodelación y como a los seis meses la casa mostró el nuevo remozamiento que la devolvía a una existencia más digna.

La llegada de los nuevos inquilinos se cumplió en el más absoluto secreto, en plena madrugada y, seguramente, sin el ladrido de los perros porque nos enteramos de que la casa estaba nuevamente ocupada cuando una mañana vimos el *Pontiac* negro estacionado delante del jardín. En ese instante el auto recibía un esmerado tratamiento de limpieza de un hombre, de gorra y librea, que se empeñaba en dejarlo bien bruñido. Después, al concluir con la limpieza, el mismo hombre se acomodó de lo más orondo frente al volante. Hizo sonar el claxon, y no tuvo que repetir el esfuerzo para que las tres hermosas mujeres salieran de la casa, atravesaran el jardín de prisa y ganaran la calle, dejando sorprendidos a todos los transeúntes que circulaban en aquel momento por las aceras. Mientras despertaban el interés de los hombres, se ganaban la envidia de las demás mujeres.

Las tres mujeres armaron un jolgorio mientras abor- daban el auto y, desde adentro, comenzaron a lanzar besos volados. Antes que el carro desapareciera, los variados comentarios en torno a ellas empezaron a circular. Los más favorables, provenientes de los hombres, resaltaban la belleza de las nuevas huéspedes de la casa.

Entre todos los habitantes del barrio, el único que se sintió desfavorecido por la llegada de las mujeres fue Arlt. La ocupación de la casa representaba perder su espacio favorito de juego, y desde el principio empezó a fraguar una estrategia que le permitiera burlar al chofer y a las mujeres para regresar

el jardín a los días en que allí reinaba el abandono absoluto, y él podía jugar a sus anchas. Desde la colina cercana que da hacia los arrecifes, el muchacho, escondido detrás de los altos peñascos, comenzó a espiar a las recientes ocupantes de la casa. En una semana sus ojos se fueron acostumbrando a los movimientos que tenían lugar primero en el jardín y luego en el interior, aprovechando mientras las puertas y las ventanas permanecían abiertas.

Cuando las mujeres dieron la primera fiesta, ya Arlt había aprendido a burlar la vigilancia de la casa y aprovechaba las ausencias para tomar el jardín por asalto y ponerse a jugar al detective, hasta que advertía el regreso del auto y escapaba por la falda del arrecife.

La aparición del sacerdote, cuya juventud parecía inadmisiblemente para ser eclesiástico, vino aparejada con la suspensión de las fiestas, que ya no volvieron a repetirse, como si las mujeres se hubieran entregado a un acto de contrición definitivo. La primera vez que Arlt vio a la más joven con el sacerdote en el jardín, se encontraba observando desde los matorrales del arrecife. Las otras dos habían salido a pasear en el auto con el chofer, y el interior de la casa estaba abonado a un silencio expectante que se irradiaba a todo el jardín, a pesar de la presencia de la muchacha y el religioso, que al parecer se decían cosas a los oídos. La muchacha se apartó del sacerdote y corrió de prisa hacia la casa. El eclesiástico la siguió despacio, y al rato al muchacho le pareció verlos besándose, reflejados en el espejo que podía notarse desde su refugio. Arlt aprovechó la soledad del jardín y salió rápido de su escondite, bajando con habilidad por los peñascos, sin mirar hacia el mar cabrilleando azul al fondo.

Una vez en el jardín, Arlt se escurrió sigiloso por entre la arboleda y se trepó en el árbol más próximo a la ventana del mirador. Pero, contrario a su propósito, el árbol resultó un obstáculo que le impedía observar lo que estaba ocurriendo detrás de la ventana. De todos modos decidió permanecer allí un rato más, dispuesto a fisgonear todo el tiempo que fuera posible. Se había concentrado tanto en alcanzar su objetivo, que no advirtió el regreso del auto. Entonces, cuando trató de descender, descubrió al chofer sentado al pie del árbol tomándose un refresco y desplegando un periódico sobre el césped recién recortado. Repentinamente, una rama seca se desprendió del árbol donde el muchacho se encontraba y cayó sobre el periódico. En seguida el chofer dirigió la mirada hacia arriba y descubrió a Arlt entre las ramas. Lo obligó furioso a que descendiera y Arlt respondió a la orden temblando, lleno de miedo. Al terminar de descender, el chofer lo tomó, sin mucha violencia, por una oreja y lo sacó a la calle por el jardín. Después el muchacho le mentó la madre y echó a correr por la calle, antes que el hombre tuviera tiempo de reaccionar.

Varios días, Arlt dejó de acudir al jardín y todo ese tiempo anduvo intranquilo, hasta que una tarde, aprovechando que el chofer se encontraba ausente, volvió a invadir el lugar y, oculto entre los matorrales, estuvo jugando como siempre al detective. Esa tarde el sacerdote apareció a la hora de costumbre y atravesó el jardín de prisa. Luego, a través de la ventana, Arlt lo vio sentado en la sala, conversando nervioso con las mujeres. La más joven, de frente a la ventana, lucía excitada, moviéndose de un lado a otro, mirando alternativamente al religioso y a las otras mujeres, que permanecían de

pie. De pronto, la más alta, la misma que a veces se exhibía con el sombrero de copa, tomó al sacerdote por la sotana y le soltó una sólida bofetada que lo estremeció de arriba abajo. Luego la otra, la de los vestidos de *chiffon*, le escupió rabiosa la cara, mientras el hombre permanecía sobrecogido, incapaz de replicar.

Entonces Arlt quiso ver más de cerca y, moviéndose entre los árboles, se aproximó a la casa por primera vez en mucho tiempo y se puso debajo del alféizar de la ventana. Desde allí no podía oír casi nada, pero la perspectiva le permitía notar el ensanchamiento de las caderas y los senos turgentes de la más joven que se había apartado a llorar cerca de la ventana. Él se fijó que sobre el vestido su vientre había adquirido una delicada redondez, y pensó que dentro de la muchacha germinaba una pequeña criatura que comenzaba a mostrar un rápido crecimiento.

Cuando la adicta a la tela de *chiffon* abrió la gaveta de la cómoda, situada debajo de un póster de Joan Crawford, y sacó la pistola y apuntó de inmediato al religioso, que continuaba impávido, temblando imperceptiblemente, el asombro de Arlt fue mayúsculo. Intentó seguir observando, dispuesto a conocer el final de la trama, pero sintió de pronto una seca crepitación de hojas al comienzo del jardín y se percató de que ya el chofer estaba de regreso. Antes que el hombre pudiera sorprenderlo, huyó hacia los peñascos del arrecife, lleno de frustración. Oculto entre los matorrales escuchó los disparos y vio al chofer cruzar de prisa el jardín y correr hacia la casa. Sin embargo el muchacho –como todos nosotros– ignoró por mucho tiempo qué había ocurrido, hasta que él mismo hizo el hallazgo del cadáver. A los pocos

meses, desde que se dejó de ver al sacerdote, la más joven comenzó a pasearse desnuda todas las noches por el jardín. De lejos, solo podía percibirse su silueta bajo la luna, sentada a la orilla de la fuente. Fue por el enfermero, que a veces acudía al bar a beberse una cerveza, que se supo lo de la dosis de psicobilicina que él mismo le inyectaba a la muchacha con la ayuda del chofer.

Al día siguiente de uno de los aguaceros más inclementes que ha vivido el barrio, Arlt, temprano en la mañana, efectuó el macabro descubrimiento. Todavía con el susto en el cuerpo, puso a todos sobre aviso y acudimos en cambote a denunciar el caso en la policía. La gente de la División de Homicidios se presentó por la tarde y practicó la detención del chofer. El pobre hombre llevaba tiempo solo en la casa, desde que las mujeres salieron de viaje: dos como acompañantes y la otra destinada a ocupar un claustro de monjas en Montpellier, según se supo más tarde. Al final de la semana de la detención del chofer, lo vimos pasar dentro de una patrulla, al lado de dos policías, acurrucado en la parte de atrás, ocultando el rostro entre las manos. Más nunca se volvió a saber de él, aunque años más tarde, cuando Arlt comenzó a contar la historia, a cambio de un poco de licor, aseguró haberlo visto algunas noches merodeando por el jardín. A pesar del abandono que posteriormente se apoderó de la casa, por los resplandores que todas las noches provenían del interior, comenzamos a sospechar que las mujeres, o sus fantasmas, la habitaban de nuevo. Con un acuerdo tácito, todos los residentes del barrio, especialmente los más viejos, optamos por la complicidad y el silencio, haciendo que las tres mujeres, de alguna manera, siguieran ocupando la casa.

Con la aparición del último periodista, ya sumaban seis de ellos los interesados en la historia de la casa. Pero este, a diferencia de los otros, desde el principio mostró mayor sagacidad y disposición. Además resultó ser más amable y menos tacaño que los anteriores, y cuando supo quién era Arlt lo trató con benevolencia, y en vez de complacerlo con tragos, le ofreció una buena cantidad de dinero por el relato que contenía el memorial que el borracho había escrito en la adolescencia, influenciado por las lecturas de Claude Morand. Cuando el bisoño periodista se apareció por el barrio, manejando un Mercedes del 51, todavía bien conservado, y nos puso al tanto de sus buenas intenciones, todos decidimos prestarle la mejor colaboración e incluso Arlt dejó la bebida por algunos días, y se prestó a acompañarlo a recorrer el jardín y a mostrarle el sitio exacto donde había localizado el cadáver.

El periodista se esfumó algunos días. Después, inesperadamente, apareció una tarde por el bar, sonriendo y henchido de gozo. Mientras se acodaba en la barra del bar de Capullo y pedía una cerveza, mostró un mazo de llaves, cuya utilidad se manifestó el día siguiente, cuando muy temprano él se dirigió a la casa, prescindiendo esta vez de Arlt que había vuelto a entregarse a la bebida.

Animadamente atravesó el jardín y se detuvo delante de la puerta clausurada por tres candados sólidos. Metió una de las llaves en la cerradura superior pero el mecanismo no cedió fácil en su herrumbre. Luego, aplicando más fuerza con las manos, venció la resistencia de las armellas. En seguida hizo lo mismo con los otros candados que ofrecieron menos oposición. Empujó la puerta y, seguro de sí mismo, penetró en

el interior de la casa. Permaneció adentro varias horas, con la puerta cerrada, impidiendo cualquier intromisión foránea.

La noche de ese mismo día lo vimos llegar al bar, con aire de triunfo, dándose tiempo en la puerta para sacar una caja de Chesterfield, morder un cigarrillo y encenderlo despacio con un yesquero, cuya llama le iluminó el rostro momentáneamente. Terminó de entrar, sin abandonar el aire triunfador, dejando escapar la primera bocanada de humo, deleitándose a gusto con el pitillo. Eligió el mismo lugar de siempre, cerca del cartel de Cerveza Caracas, dispuesto de antemano a no revelar nada de lo que había descubierto en el interior de la casa. Su única generosidad fue compartir, hasta la medianoche, cuatro botellas de brandy, con quienes, sin ambages, habíamos colaborado con él, lo que de alguna manera era un honor para nosotros, siempre acostumbrados a beber cerveza o ron en alguna mesa o en la barra del bar de Capullo.

Mientras consumíamos la última botella de brandy, el periodista pautó la partida para la tarde siguiente. Sin embargo, cuando al otro día fuimos a buscarlo, a las dos y media, al hotel donde estaba alojado, nos encontramos con que, a pesar de los estragos del ratón, se había marchado al amanecer. Todos parecíamos desconsolados por su partida subrepticia, pero el más afectado fue Arlt. Tenía los ojos bañados de lágrimas y en los labios un temblor intermitente que le impedía armar las palabras. Por fin pudo balbucir algunas frases, y, mientras atravesábamos la plaza de las palomas, cerca del malecón, lo oímos, sin sorpresa, referirse al parecido físico que había entre el periodista y la más joven de las mujeres de la tríada. Sin embargo, en ese momento eso

tenía menos importancia que los datos que había recabado. Aunque el periodista publicara un excelente libro, o un buen reportaje, dignos del Premio Pulitzer, revelando los secretos absolutos de la casa, algunos de nosotros, quizá los más adictos a la estupidez humana, seguiríamos eternamente aferrados a la idea de ver, cada vez que quisiéramos, el visaje de las hermosas mujeres detrás de la ventana en la parte alta de aquella casa derruida.

Música de viento

Desde el inicio de los aguaceros la niña había jugado a marcar con una X en el calendario la sucesión de los días lluviosos. Pero a Toscanini no le hacía ninguna gracia el descendimiento puntual de la lluvia, presente en la atmósfera durante las primeras horas de la mañana, enlazándose con el mediodía cuando se otorgaba una tregua. A partir de la mitad de la tarde comenzaba de nuevo, haciendo a veces un receso en algún momento de la noche. No era una lluvia torrencial, sin embargo su persistencia, que podía despertar el asma crónica de la niña, los mantenía aislados en la estrecha habitación que compartían con el instrumento: un trombón de vara con el cual Toscanini empezó a sustentarse desde que lo cesantearon de la banda municipal.

Mientras la niña se divertía marcando las X, el viejo, con la esperanza de que el mal tiempo acabara pronto, le dedicaba varias horas al trombón. Unas veces se ocupaba de su limpieza y otras se lo llevaba a los labios para arrancarle la nota de alguna *tarantella* o cualquier otra música de su gusto.

En esos momentos, el trombón, con su mecanismo inmaculado, siempre respondía con vivacidad. No obstante, en esos días de lluvia, sin nada que hacer, el trombón había adquirido una apariencia ambigua y enigmática. Cuando el músico lo tenía entre las manos o se pegaba el canuto en la boca, del fondo del metal parecía fluir un exultante regocijo mientras en los ratos en que permanecía fuera del estuche, descansando sobre la mesa conseguía irradiar, bajo la luz, una docilidad sutil que atraía intensamente al viejo y a la niña. Pero durante la noche, en medio de la penumbra, iluminado por alguna claridad exterior, el trombón adoptaba la actitud agresiva de un felino sanguinario, habituado a desgarrar a sus víctimas de un solo zarpazo y engullirlas en un santiamén. El primer encuentro con la bestia desconocida lo tuvo la niña la segunda noche de lluvia cuando, tras un sueño intranquilo, despertó en medio de la madrugada y descubrió el brillo del instrumento flotando en la oscuridad. La agresividad del animal la obligó a envolverse de nuevo entre las sábanas, toda temblorosa y a punto de sollozar. Sin embargo, permaneció en silencio por temor a despertar al viejo que roncaba a la libre en la cama contigua. Pero, a partir de la tercera noche, ya la niña se había acostumbrado a la falsa fiereza del instrumento y, cada vez que, en medio de la penumbra, volvía a encontrarlo flotando en el aire, se quedaba calmada, entretenida con el zumbido de la lluvia distendida sobre la atmósfera, mostrando mayor fiereza que el trombón.

La lluvia los obligaba a acostarse temprano y a levantarse tarde. Generalmente, el primero que salía de la cama era Toscanini. Cuando la niña despertaba, ya el viejo le tenía el desayuno preparado en la mesa. Se quedaba un rato

sentada en la cama y lo primero que hacía era mirar a la otra mesa donde siempre estaba el trombón con su verdadera apariencia, despojado de la agresividad que parecía asumir por las noches. Después ella saltaba de la cama, llenaba el cepillo de pasta dental y, tras tomar la toalla, abandonaba la habitación y se dirigía al baño ubicado al fondo de la pensión. Toscanini le tenía prohibido que se entretuviera con los demás niños que allí convivían y, apenas terminaba de asearse, regresaba rápido a la habitación y se sentaba a desayunar mientras el viejo se entregaba a la tarea de pulir el trombón, despacio, habitualmente con una expresión sombría en el rostro que solo se volvía risueña mientras ensayaba y cuando la niña se ponía a bailar a su alrededor.

A la segunda semana la lluvia había conseguido que Toscanini anduviera todo el tiempo de mal humor y hasta se atrevía, cosa que hacía rara vez, a increpar a la niña por llevar la tediosa cuenta de los días de lluvia. No abandonaba casi nunca la habitación y cuando por la puerta se presentaba algún niño, con la intención de jugar con la hija, en seguida le lanzaba un insulto y lo obligaba a huir despavorido. En la tercera semana el dinero comenzó a escasearle y redujo las provisiones de alimentos al desayuno y a la cena. Algunos días, a la hora del almuerzo, mientras Toscanini se encontraba ensayando con el trombón, la niña se escurría hacia afuera y subía al segundo piso, donde habitaba la dueña de la pensión. La mujer había sido amiga de su madre y, como profesaba por la niña un cariño casi maternal, la recibía con afecto y, sin indagar nada, le servía de comer, cuidándose de que Toscanini no se enterara.

A veces el viejo, satisfecho de limpiar y de sacarle música al instrumento, se distraía leyendo una antigua edición italiana del *Decamerón*, que conservaba desde hacía años, o escuchando viejas canciones de Enrico Caruso en una antigualla estereofónica de la RCA Victor, que había comprado años atrás. En cuanto a la niña, ella, si aún no había marcado la X en el almanaque, ratificaba esa práctica que le imponía el encierro. Luego se dedicaba a cumplir con algunos de los ejercicios escolares que Toscaninni le asignaba durante el día. A veces Toscanini se dejaba invadir por la saudade y nuevamente envolvía a la niña con el relato de Anzio, en Porto Tolle, al sur de Italia, donde había pasado una temporada colaborando con los aliados para vencer a las huestes de Mussolini. Su heroísmo en el frente de batalla le valió una cruz de honor que todavía, en algunas ocasiones, mostraba orgulloso. La niña, aunque conocía la historia de memoria, siempre le prestaba atención a su padre, cada vez que él se refería a aquella lejana época.

Todavía en los primeros días de la tercera semana la lluvia continuaba sin ceder terreno. Pero el sábado por la mañana no amaneció lloviendo y el viejo tuvo la esperanza de que el temporal hubiera tocado a su fin. Sin embargo, llovió por la tarde, aunque con menos intensidad que los días anteriores. Poco antes del anochecer el agua había dejado de caer y más tarde, hacia la madrugada, por primera vez, en muchos días, un poco de calor se hizo presente en el aire. El amanecer del domingo se inició con buen sol y siguió así el resto de la mañana. Al comienzo de la tarde la dueña de la pensión se acercó a la puerta de la habitación de Toscanini y le informó que por la radio acababan de

informar sobre el fin de la lluvia, según un último boletín del servicio meteorológico. Aunque esos boletines no le merecían ninguna confianza, el viejo, pensando en el retorno a Italia, fijado para mediados de año, tuvo fe en la información y mostró un aire sonriente que le iluminaba el rostro con una dulce expresión casi infantil.

Con el ánimo renovado, Toscanini tomó el trombón de la mesa y se puso a tocar eufórico un *pasodoble*. El desplazamiento de la música se desparramó por el aire y la habitación pareció despertar de un prolongado letargo. La niña, que se encontraba delante del televisor, entretenida con una película de aventuras, se retiró del aparato y se plegó al ánimo del viejo, iniciando una danza con lentos movimientos de hombros. Poco a poco comenzó a soltarse y su cuerpo se volvió, de pronto, más ligero, mientras Toscanini seguía tocando sin descanso. Algunos de los pensionistas se asomaron a la puerta de la habitación y se pusieron a sonar palmas. Toscanini, sin derramar una gota de sudor, dejó de sonar el trombón y sonrió lleno de gratitud a los presentes. Uno de ellos le ofreció una cerveza que tenía en la mano y el viejo agarró la botella y bebió un trago. La dueña de la pensión apareció de último y lo invitó a tocar en el patio. Toscanini buscó con la mirada la aprobación de la niña y la halló expresada en la amplia sonrisa que en ese instante iluminaba el rostro de su hija.

Rápidamente la alegría se trasladó al patio y el trombón encontró la compañía de un acordeón, unas maracas y un bongó. La música se diversificó: por momentos sonaba un bolero, luego le sucedía un guaguancó que después cedía el paso a un vallenato o a una guaracha, formando una sabrosa

jarana mientras las cervezas circulaban de un lado a otro refrescando las gargantas de los adultos.

La niña se había integrado al corro infantil y bailaba con soltura cualquier ritmo, despreocupada de la vida, metida en la música. La noche los había sorprendido en el patio, ya algunos hombres estaban cansados y otros ebrios. La música ahora sonaba a destiempo, la banda casi se había desintegrado y solo el acordeón y el bongó insistían con porros colombianos que bailaban, cada cierto tiempo, un par de mujeres ebrias. El viejo tuvo control de los tragos y, con regular sobriedad, también desbandado, hablaba cordialmente con la dueña de la pensión. Se sentía en el aire que ellos renovaban la vieja amistad que había quedado trunca, cinco años atrás, cuando la madre de la niña se escapó con un sobrino de la mujer. Entre tanto, la niña se hallaba sentada, con el trombón sobre el vestido, rodeada de un grupo de niños a quienes contaba las historias de Emilio Salgari que Toscanini le relataba de vez en cuando.

Antes de las diez el viejo y la niña se retiraron a la habitación y pronto se acostaron a dormir. El viejo agarró el sueño rápidamente. En cambio la niña permaneció un largo rato despierta, absorta en una maraña de pensamientos que se atropellaban, unos tras otros, sin alcanzar ninguna coherencia precisa. El cuerpo comenzó a picarle por todas partes y a cada momento ella se pasaba de un lado a otro de la cama buscando algo de alivio. El sueño continuaba ausente y la niña, como en los *comics*, se puso a contar ovejas. La cuenta llegó hasta mil y aun así continuaba despierta, azotada todavía por la picazón. Estuvo rascándose un buen rato, hasta que consiguió calmar el escozor de la piel. El viejo roncaba

con un bufido estentóreo que agitaba la sábana y casi estremecía la habitación. La niña echó una mirada hacia la cama de Toscanini, convertido en un bulto amorfo en medio de la penumbra, y sintió una extraña sensación de lástima por su padre, aplastado por la edad que se le había venido encima en los últimos años. La mirada prosiguió con un lento paneo por el resto de la habitación y se detuvo súbitamente en la mesa donde el trombón cumplía su sueño de metal.

La huida de la lluvia había extinguido la fiereza nocturna del trombón y ahora, ante el paneo de la niña, el instrumento solo era capaz de mostrar una docilidad más acentuada. La niña lo contempló con un gesto de generosidad y, sin hacer ruido, se bajó de la cama y se acercó a la mesa. Tomó el instrumento entre los brazos y lo acunó sobre el pecho hasta que sintió que el frío desaparecía del metal. Después lo puso de nuevo en la mesa y, luego volvió a la cama y se cubrió otra vez con la sábana, dejando nada más la cabeza afuera, apoyada en la almohada llena de chichones. Al rato los párpados comenzaron a ponerse pesados y cerró los ojos con fuerza, tratando pronto de conciliar el sueño. Expulsó un largo bostezo y, despacio, se fue quedando dormida.

Hacia la madrugada, mientras dormían profundamente, estalló encima del techo una amenaza de lluvia. El viejo Toscanini despertó sobresaltado y, todavía con los ojos cerrados, dijo varias groserías. Cuando abrió los ojos se encontró sentado en el borde de la cama, oyendo el lento descenso de la lluvia. Mientras rastreaba las chancletas con los pies, maldijo furioso el servicio meteorológico. Los pies encontraron las chancletas debajo de la cama y Toscanini, una vez calzado, se incorporó de inmediato. Luego, se puso a dar vueltas

erráticas por la habitación, algo desesperado. Inesperadamente, se detuvo delante del trombón y se quedó un instante pensativo, pasándose las manos por el rostro, respirando fuerte. Dejó las manos en paz y, sin saber por qué, le lanzó una mirada iracunda al trombón. Cuando estaba a punto de agarrarlo, con la idea de batirlo contra el suelo, el ruido de la lluvia se deshizo súbitamente. Entonces el viejo suspiró profundo, un poco más tranquilo. En medio de la penumbra observó el reloj de su muñeca. Eran las tres de la madrugada y empezaba a hacer un frío agradable. Se apresuró en regresar a la cama y, antes de arrojarse de pie a cabeza, se dio cuenta de que la amenaza de lluvia no había despertado a la niña que reía dormida. Toscanini se tendió del lado de la pared, soltó un largo bostezo y en seguida recuperó el sueño.

Por la mañana un sol pródigo invadió la habitación, desplegando una claridad renovada por todo el habitáculo. El primero que salió del sueño fue Toscanini y se dirigió al baño antes que fuera ocupado por algún otro pensionista. Cuando volvió a la habitación, recién afeitado y fresco, encontró a la niña levantada conversando con el trombón. La actitud de la niña le hizo gracia al viejo y la besó en la mejilla. Todavía cariñoso le ordenó que fuera a asearse mientras él se ocupaba de hacer los preparativos para salir a la calle. Al rato la niña regresó mordisqueando pacientemente una manzana que le había regalado la dueña de la pensión. Le ofreció la fruta al viejo pero este la rechazó, sonriendo, y se puso a preparar para los dos un frugal desayuno con las últimas rodajas de pan y un trozo de queso parmesano que había en la alacena. Apenas terminaron de comer se retiraron de la mesa y mientras Toscanini se dedicaba a retocar el brillo del trombón, la

niña se coronó en seguida la cabeza con un fez de fieltro rojo; luego se metió en su librea azul marino, agarró la pandereta que colgaba de un clavo de la pared y después se recostó de la puerta a esperar a que su padre terminara de darle trapo al instrumento. El viejo estuvo conforme con el brillo del trombón y sus ojos redondos, de iris acuosos, brillaron de alegría al introducir el instrumento en el estuche. Se puso de prisa el saco del desgastado *smoking*, y después de tomar el estuche de la mesa miró, sonriente, a la niña que continuaba esperando en la puerta, cruzada de brazos. Ella tomó la iniciativa, se encaminó hacia afuera y el viejo la siguió con pasos resueltos por el largo pasillo que conducía a la calle, por la parte trasera de la pensión, donde unos niños que preparaban un aro de baloncesto los despidieron alborozados.

En la calle abordaron un autobús tumultuoso, invadido por una mezcla densa de malos sudores, efluvios de vetiver y pachulí que enrarecían el aire. La niña eligió el primer asiento que encontró libre y se acomodó del lado de la ventanilla que daba hacia las aceras de la izquierda, acompañando a una mujer gorda que llevaba una bolsa de víveres sobre las piernas. En cambio, al viejo le tocó irse al fondo y se sentó entre un melenudo con los oídos adheridos a un *walkman* y un *testigo de Jehová* que, dirigiéndose a un auditorio *antiparabólico*, hablaba con vehemencia del *Juicio Final*. Toscanini no le prestó atención a ninguno de los dos, cerró los ojos y se dejó llevar por la marcha del vehículo, pensando acaso en contar ese día con una buena ganancia cuando por la tarde emprendiera el regreso a la pensión. Separada del viejo por cinco asientos, la niña disfrutaba, a sus anchas, el privilegio que le brindaba su puesto y, literalmente, sus ojos se tragaban

el paisaje; roñosas construcciones que parecían precipitarse hacia el borde de las aceras, alternando con nuevas edificaciones, al gusto de los arquitectos postmodernos, fueron desfilando detrás de las ventanillas hasta que el autobús penetró en las calles del centro y, frente a los pasajeros, aparecieron las dos torres emblemáticas de la ciudad.

Un ruido estentóreo, de engranajes herrumbrosos y mal lubricados, anunció el final del viaje, pero ya la niña se había puesto de pie y, cuando el armatoste se apaciguó, descendió de primero y en medio del bullicio aclimatado de la calle esperaba impaciente el aterrizaje del viejo. Toscanini apareció detrás del melenudo, y la niña lo ayudó a descender. Cruzaron la avenida toreando los autos y avanzaron hacia abajo. La animación de la calle desplegaba todo su poder sobre ellos, arrastrándolos hacia la plaza del *Generalísimo*. El sol no se había dado abasto para secar las calles, y en muchos sitios permanecían grandes pozos de agua y túmulos de tierra húmeda. La mañana transformaba la avenida en una densa pasta de voces y gritos inconexos. Algunos diálogos, que volaban por el aire, comentaban los desastres que la lluvia había provocado en los cerros. Toscanini, prácticamente arrastrado por la niña, escuchaba caviloso los comentarios volanderos, deseoso de tocar pronto el trombón. Cuando llegaron a la plaza, al viejo le bastó una sola ojeada para comprender que podía sacarle buen provecho a la mañana, dinamizada por la juvenil radiación solar y el continuo fluir de la gente. El entusiasmo lo invadió en seguida y, sin pérdida de tiempo, colocó el estuche en un banco y sacó el trombón mientras la niña se preparaba para comenzar a bailar.

El aire vibró de pronto con el sonido del trombón y la gente que rondaba por allí empezó a arremolinarse, poco a poco, alrededor del viejo y de la niña que danzaba con buen ritmo, siguiendo los compases de la música de un popurrí de canciones del Festival de San Remo. La niña, sacudiendo la pandereta contra su cuerpo, se dejaba llevar de un lado a otro por la música, envuelta por el vaivén pendular del trombón que sacudía el aire amoniacado de la plaza. A la gente le atraía más la forma de bailar de la niña que el estilo de Toscanini, quien en realidad lo hacía bastante bien con el trombón. Cada vez que la niña ejecutaba algún paso elegante los aplausos no se hacían esperar. El trombón respondía con creces y tanto el viejo como la niña le ponían mayor entusiasmo al espectáculo atrayendo más gente al círculo que, en pocos minutos, había crecido progresivamente. La niña dio un magnífico salto de gimnasta, como Nadia Comăneci, y aterrizó con elegancia en la parte menos sucia de la plaza, al mismo tiempo que los dedos del viejo se serenaron sobre los canutos del instrumento. Inmediatamente el público reaccionó con un nutrido aplauso y la niña, compenetrada con la actuación, antes que la gente empezara a dispersarse, se desprendió el fez de la cabeza y lo fue pasando frente a los espectadores. Los iris acuosos de Toscanini brillaban vivaces, estimulados por las monedas y los billetes que caían dentro del fez que la niña seguía poniendo delante de los espectadores que ya comenzaban a mermar. Cuando se retiró el último espectador el viejo le pidió el fez a la niña, ordenó el dinero y lo guardó en el interior del *smoking* antes de convenir con la hija el siguiente escenario.

Apenas abandonaron la plaza los absorbió nuevamente el vértigo turbulento de la avenida. Su fuerza centrípeta los arrastró hacia su núcleo y quedaron expuestos a la agitación concentrada en el angosto vallado del semáforo. Algunos peatones suicidas, con una pericia sorprendente, desafiaban la circulación vertiginosa de los automóviles, desdeñando las luces del semáforo. El viejo estaba pendiente de los cambios de luces y apenas apareció la luz verde en la cabeza del aparato, la niña agarró la mano del viejo y cruzaron entre el grupo que esperaba en el vallado. El tumulto se desintegró pronto al otro lado de la avenida y el dúo artístico se escurrió hacia la sombra galvanizada del largo pasillo de la Torre Sur del Centro Simón Bolívar, ocupado por almacenes de diversos géneros y puestos de periódicos llenos de baratijas. Las vitrinas de las tiendas de cosas para niños se ganaban la mirada de la niña, que retrasaba el paso a propósito. Delante de ella Toscanini avanzaba de prisa, impulsado por las ganas de llegar pronto al próximo lugar de actuación. A veces volvía la cabeza hacia atrás para llamarle la atención a la niña que seguía andando con pasos lentos, absorta por el lujo luminoso de las vitrinas, sin percatarse de que al fondo del pasillo, por entre las columnas de mosaicos, se vislumbraba ya la pared de esquisto de la vieja iglesia.

Un ruido sordo vino desde lejos y, sin embargo, la niña tuvo un mal presentimiento. Empezó una sola carrera y, con los ojos lagrimosos, llegó con celeridad al arremolinamiento de gente apretujada en la acera de la iglesia. Había ocurrido que el viejo, mientras cruzaba la calle, no advirtió el paso del *jeep* que le arrancó el trombón de las manos. El instrumento cayó al suelo y, tras pasarle los cauchos por encima,

el chofer continuó la marcha, indiferente al daño que acababa de provocar. La niña se abrió camino entre el muro humano y encontró a su padre agachado frente al trombón aplastado, completamente inservible. El viejo estaba ileso, pero su rostro tenía una lividez profunda y un temblor extraño en los labios. Miró a la niña desconsolado y, a punto de llorar, le acarició el cabello cuando ella se sentó a su lado. Los curiosos se retiraron en seguida, dejando a los artistas melancólicos en el borde de la acera, con los ojos llorosos puestos en el vacío. Después observaron juntos, por largo rato, el instrumento inerte sobre el asfalto. El trombón tenía un aire de intenso dolor, y por la trompa —lo único que había quedado intacto— la lenta agonía del metal parecía dejar escapar, desde el vientre amasijado, los acordes mozartianos de un réquiem que entristecía la atmósfera.

Las voces de la noche

Y la noche fue seno fértil de las revelaciones.

NOVALIS

Después de llevar largo rato caminando entre la galería de árboles de la avenida más frondosa de la ciudad, al vislumbrar el espacio poco desconcertante de la plaza, caigo en cuenta que, durante varias cuerdas, mi única compañera ha sido mi sombra ubicándose al lado, delante o detrás, según los pasos cambian de dirección.

Arrastrando la sombra que se envuelve entre otras sombras, los pasos avanzan lentamente a propósito. Los miembros de una comparsa de máscaras hablan y ríen al pasar frente a la plaza. El eco de las voces gira un instante en el aire y pronto se desvanece arrastrado por el viento que comienza a formar pequeños remolinos de polvo a ras del asfaltado. A lo lejos, calles bulliciosas retienen el hervor del carnaval, y desde los callejones cercanos se desprenden algunos disfraces que se mueven erráticos de un lado a otro y luego son absorbidos por la noche.

La efervescencia de las calles próximas a la plaza se ha reducido a su mínima expresión, y parece que nadie las hubiera

transitado jamás. En cambio, detrás de algunas ventanas iluminadas se agitan de repente sombras chinescas, y sus murmullos penetran el aire articulando las voces de la noche en ese fragmento de la cartografía de la ciudad, donde permanezco recogida como un ave de paso. Algún otro ruido, por ejemplo el cornetazo de un auto que aparece de pronto, se agita brevemente o crece hasta convertirse en un turbio sonido.

En este momento veo mi sombra delante de mí y recuerdo que cuando era pequeña me encantaba hacer sombras chinescas. Mi padre era un maestro en ese arte, y como entonces yo era hija única, él me enseñó a los cinco años a jugar en las paredes con las sombras. Confieso que desde niña, a diferencia de otros niños que no percibían nada especial en sus sombras, yo siempre tuve la sensación de estar habitada por ese otro inseparable que también sucumbe con uno en el instante de la muerte.

Ahora estamos en que llego a la plaza, con lentos pasos de sombras y se ve que la fuente, con sus ondinas marmóreas tendidas sobre la pileta manchada de verdín y su chasquido de agua intermitente, me arrastra, con una oculta fuerza centrípeta, hacia el borde del brocal humedecido. En la gradación de la delgada cortina de agua y de luz, que se desprende del fondo de la fuente, tiembla un colorido transparente: una flema de rubí y cobre que flota en la constante ondulación de las chispas húmedas de la pileta cuando chocan y se fragmentan en el piso al pie del brocal enmohecido por una costra negruzca y resbaladiza. Invadida por una sensación extraña me analgo en el borde de la fuente y dejo que mis

manos busquen el frío del agua estancada moviéndose con ligeras iridiscencias.

Pienso que si en este instante me encontrara en otro estado de ánimo, ahora mismo me pondría a hacer sombras chinescas, pero todavía resuena en mí la encrespada enervación del supermercado, sobre todo el repiquetear de la caja registradora acostumbrada al lance de mis dedos todos los días. Cuando estoy así, la cabeza comienza a darme vueltas. Aunque en este momento no está soplando brisa siento que comienza a hacer un frío recio y solo cargo para protegerme el largo impermeable tomado a última hora por insistencia de mi madre empeñada en protegerme de los impertinentes jugadores de carnaval. A pesar del frío, inclino la cabeza hacia el agua de donde parte una luz violácea que le brinda a mi larga cabellera una suave tonalidad índigo, mientras mi mano (debo decir cuál, la izquierda. Como mi padre, soy zurda) busca aquella ondulación húmeda y rizada de la fuente que retiene de una sola vez mi sombra y mi figura. En los ojos entreabiertos de la otra penetra un intenso reflejo de luz, obstaculizando la mirada bajo los párpados atacados por las estrías (patas de gallo o líneas de expresión) de una lánguida vejez aclimatada. El frío comienza a dormirme la mano, la retiro en seguida del agua y abro entonces un poco más los ojos y los fijo cuidadosamente en el fondo vidriado del brocal.

La figura transparente me sorprende desde el fondo del agua y unos ojos de perro siberiano, dos pequeños puntos luminosos, estancados en el limo, parecen sugerirme algo. Unas manos delgadas se extienden lentamente hacia mí, pero en este instante ni siquiera consiguen rozarme a pesar

del esfuerzo que realizan para alcanzar la superficie del agua. De pronto su imagen parece remacharse en una máscara de arena, con una expresión desdeñosa y sarcástica, mientras las manos que permanecen arriba tocan nuevamente el agua y en seguida se agitan formando un remolino inconsistente. Cuando las manos se aquietan, el agua vuelve a serenarse despacio. Pero los ojos de perro siberiano esta vez no se detienen en la superficie de la fuente, ahora alargan el ángulo de percepción y se dirigen hacia un lugar más cómodo y seguro de la plaza. Los pasos se inmovilizan frente a un banco —no muy lejos de la fuente— donde alguien ha dejado olvidado un pañuelo rojo, cuyo perfume, una delicada fragancia masculina, condensada en el aire, me seduce intensamente.

Antes de acomodarme en el banco, una ráfaga de viento desciende desde los árboles y sacude el pañuelo amenazando con arrastrarlo por el aire y llevárselo con su olor a otra parte. Es imposible que, frente a mí, el viento pueda cometer tal desatino y tomo el pañuelo impidiendo cualquier intento de levitación. Mientras aspiro la fragancia del pedazo de tela, comienzo a despojarme de los zapatos como en una función de *striptease*: primero el zapato de la izquierda, un poco de música sensual, me parece, luego el derecho. Poco a poco, despacito, muy despacito, con la misma música. Ya estoy descalza, pero no como la condesa. Ahora recuerdo aquella película con Ava Gardner que vi hace tiempo en la Cinemateca. Tan bella Ava, el animal más..., y hoy yace bajo tierra. Y tan fría como la tumba donde descansan los restos de mi padre. El frío es benigno, algo vigoroso que fluye del aire y las baldosas, y va ascendiendo por mis piernas estiradas, como una

corriente alterna y agradable; sin embargo, trato de evitar que el sueño me acometa.

Desde lo más profundo de la noche percibo un aleteo insistente que avanza hacia la plaza, su ruido crece de un momento a otro y cuando atraviesa los árboles su sombra lo cubre todo. La leve claridad de la plaza se vuelve más oscura, y yo, atemorizada, aprieto el bolso contra mi cuerpo y, acostumbrada a eso, cierro los ojos para no ver al despreciable ser que me acosa. Sin abrir los ojos, sé que su asqueroso cuerpo ya se ha posado detrás del banco, lista para agredirme, dispuesta a cebar nuevamente en mí su pico y sus terribles garras de ave de rapiña. Pero tarde o temprano eso terminará. Llevo largo tiempo pensando en la posibilidad de ponerle punto final a todo eso. Desde hace días, en el bolso cargo el revólver que perteneció a mi padre. Sé que puedo hacerlo, pero hay que esperar el momento más indicado, sin preparativos minuciosos ni hora señalada previamente. Hacerlo ya. Sin embargo, cuando *aquello* –como ahora la llamo– amanece de buen humor me seduce con su voz agradable; me hace sentar a su lado y me ofrece su larga cabellera para que le haga un buen peinado, porque a ella le gusta estar siempre bien arreglada. Una de las cosas que más aborrezco del bicho es su fortaleza física. A pesar de vivir confinada a una silla de ruedas, luce cada día más llena de vitalidad, siempre dispuesta a someterme.

Su voz imperativa, que no sé si ha brotado del viento o del fondo de mi garganta, me hace abrir los ojos sin temor y me obliga a levantarme del banco, con el pañuelo apretado en la mano, y dirijo mis pasos, como una autómatas, hacia el brocal de la fuente. En el fondo vidriado del agua

vuelvo a encontrar el rostro de Esther. Se ha despojado de la máscara de arena y luce ahora una dulce expresión infantil que realza la belleza de su rostro aceitunado, como el de mi madre, de finas facciones y labios delicados, tan distinto al mío, más bien cetrino, igual al de mi padre, ese buen hombre que nos brindó una bella infancia, en ese lapso etéreo donde ya no podemos encontrar las dos, aunque en el fondo de los recuerdos siempre sobreviva aquel pedazo de la costa en que todas las tardes, durante el verano, veíamos el sol ponerse rojizo y luego desaparecer sobre el mar, tragado por el horizonte.

De ninguna manera intento proponer una búsqueda absoluta del tiempo perdido para recordar que entonces era agosto. Las mañanas llegaban cubiertas de límpidas nubes, sus formas caprichosas, que se iban desintegrando lentamente, nos proporcionaban un atractivo espectáculo y a cada momento teníamos que estar alegres señalando con los dedos hacia el cielo, junto con los hijos de los pescadores que bajaban temprano a la playa a buscar cangrejos entre la arena. Arribábamos a Puerto Cumarebo al comienzo de las vacaciones, cuando apenas los pescadores daban inicio a los preparativos de sus aparejos para atacar en alta mar los bancos de peces. Durante ese tiempo, Esther y yo vivíamos entusiasmadas por todo aquel esplendor, ajeno a la vida de la ciudad. Mientras los muchachos se alejaban hacia el otro extremo de la playa, hacia la elevación del terreno donde estaba el atracadero, buscando aumentar la provisión de cangrejos, nosotras, con algunas de las hijas de los pescadores, nos dedicábamos a recoger caracoles vacíos para escuchar su extraño y profundo sonido, con un entusiasmo

increíble. Sin embargo, lo que más nos divertía eran las conversaciones de los marineros. Mi padre nos había enseñado algo de biología marina, y esos escasos datos nos permitían acercarnos a aquellos hombres curtidos por el mar y la pesca desde su temprana infancia, precursores de los muchachos que se iniciaban con nosotras recogiendo cangrejos.

A veces mi padre, cuando no tenía nada que hacer, bajaba con nosotras dos hasta la playa y se ponía a conversar entusiasmado largo rato con los pescadores sobre temas marinos, poniendo siempre de manifiesto cierta humildad, más bien dispuesto a aprender que a hacer uso de sus conocimientos académicos.

Al mediodía, cuando ya los pescadores llevaban varias horas atacando los bancos de peces, el sol se elevaba en lo alto y parecía derretirse en azogue caliente. El mar, desde la costa hasta el horizonte, se transformaba en un cobertor de plata. Las embarcaciones oscilaban diminutas a lo lejos, y desde el viejo muelle de piedra veíamos, asombradas, cómo el crispamiento y el contragolpe de las olas se tragaban momentáneamente los botes y luego de algunos minutos los volvían a regurgitar con la misma velocidad con que los habían hecho desaparecer. Por la tarde las embarcaciones pesqueras comenzaban a crecer desde la línea del horizonte, avanzaban de prisa y poco a poco iban recuperando sus dimensiones normales. Cuando los pescadores llegaban a la playa el aire se hinchaba de voces risueñas, y en el interior de los botes brillaba el reflejo vidriado de las escamas de los peces arrumados en grandes canastas de moriche. La alegría de los pescadores nos envolvía a Esther y a mí con una sensación indescifrable, y también nos uníamos al entusiasmo que despertaban los

pescadores hablachentos y satisfechos. Desde las rancherías cercanas aparecía un ejército de mujeres, quienes se repartían por botes y comenzaban a desventrar los peces con una habilidad precisa y asombrosa. A veces, en medio de tanta emoción, echábamos de menos a mamá, quien hubiera disfrutado de todo eso; pero ella prefería quedarse en Caracas, siempre con la misma excusa de todos los años: la mentira de no poder viajar con nosotras por tener pendiente alguna traducción importante.

Había días que detrás de los botes pesqueros llegaba la nave de *National Geographic*, enorme al lado de las demás embarcaciones, provista de avanzados instrumentos navales, capaces de revelar recónditos secretos de las profundidades marinas. En la playa, Esther y yo saltábamos felices, mientras papá, desde la proa, nos saludaba agitando los brazos. Cuando la embarcación estaba a pocos metros del muelle, Esther, mostrando sus condiciones de buena nadadora, se lanzaba al agua y, braceando con soltura, enfilaba hacia la nave burlándose de mi incapacidad para la natación. Nunca intenté imitarla y permanecía en la orilla jugando con las olas que venían a romperse en el borde de la ribera, esperando a que el barco atracara. Apenas lo veía detenerse a pocos metros de la playa, corría hacia él; entonces, papá me ayudaba a subir a la nave donde ya Esther disfrutaba a sus anchas. Después que la nave se liberaba de la tripulación, él se ponía a jugar con nosotras en la proa o se dedicaba a contarnos viejas historias de marineros, mientras el viento nos alborotaba los cabellos. A veces, al descender del barco, algún pescador le obsequiaba al doctor Beaufort, mi padre, una langosta o

un lebranche que Giles, el cocinero de la nave, convertía en platos sabrosísimos.

Un domingo por la mañana, una hora después de habernos desayunado junto con la tripulación de la nave, Giles y Andrés, el maquinista, se aparecieron con un landó de dos puestos, tirado por un asno macilento. Esther fue la primera en emocionarse: en seguida se montó en el vehículo y se puso a castigar con el látigo al sencillo animal. De repente, el asno sacudió el aire con varias coces y se lanzó encabritado en una sola carrera. Esther comenzó a dar gritos, sin poder controlar la carrera del animal; en pocos minutos, el vehículo se alejó rebotando sobre las piedras, detrás de los últimos grupos de belchos que estaban a la vista y tomó hacia los arrecifes. El maquinista se precipitó sobre uno de los *jeeps* del centro de investigaciones marinas y arrancó el carro a gran velocidad, desprendiendo chispas por los cauchos. Giles, que seguía a mi lado, estaba pálido, la sangre parecía haberse escapado de su rostro, y solo cuando yo solté el llanto, reaccionó de pronto y corrió a llamar a mi papá que se encontraba en su oficina del centro, clasificando algunos corales que había extraído del mar el día anterior. Vi a los dos que regresaban corriendo, y yo corrí hacia mi padre, que no encontraba cómo hacer para buscar a Esther porque el motor del otro *jeep* estaba dañado. En vista de eso, papá se hallaba verdaderamente preocupado y, tal vez para darse ánimo o para resguardarme de algún peligro inminente, me abrazó con fuerza y se puso a secar las lágrimas que corrían por mis mejillas; yo sentía su miedo, una cosa extraña que también en mi piel carcomía.

Aquel estado de angustia, que nos envolvía a los tres, duró como cuarenta minutos, hasta que vimos al maquinista

aparecer con el *jeep*. Esther estaba tendida en el asiento trasero, quejándose continuamente, a causa de la herida que tenía en la cabeza. Andrés se había despojado de la camisa y se la había puesto a Esther sobre la herida para detener la sangre que continuaba fluyendo. En seguida papá dejó de abrazarme, se subió al *jeep* y se fue con Andrés a la medicatura. Cuando regresaron trajeron a Esther con la cabeza vendada. Ella no quiso hablar con nadie, excepto con mi papá, que se pasó todo ese día mimándola mientras yo, con la confusa sensibilidad de una niña de diez años, me moría de los celos. Al principio las consecuencias del accidente no parecían pasar de la herida, pero cuando al día siguiente Esther se fue a levantar de la cama se quejó de un fuerte dolor en la espalda y se desplomó al suelo. La llevaron de nuevo a la medicatura y, después de someterla a una serie de exámenes, los médicos detectaron la fractura de la columna que desde entonces la dejó confinada a moverse en una silla de ruedas.

A pesar de la parálisis de Esther, por algunos años compartimos una vida de felices momentos, hasta que sobrevino el adulterio de mamá. Durante un tiempo ella estuvo regresando tarde del trabajo y papá, que por esos días se encontraba disfrutando un período de vacaciones aquí en la ciudad, empezó a sospechar que en el nuevo comportamiento de mamá había algo extraño. Entonces papá decidió espiarla y una noche la sorprendió saliendo de un hotel con un hombre. Mi padre regresó furioso a la casa, echando chispas por los ojos; nos hizo acostar a Esther y a mí, mientras él se quedaba sentado en la sala, esperando el regreso de mi madre. Cuando ella volvió de la calle, él se puso a insultarla,

a llamarla puta de mierda. Luego tomó la drástica decisión de botarla de la casa, a pesar del llanto de Esther y del mío.

Como a papá su intenso trabajo de investigador ictiológico le impedía hacerse cargo de nosotras, tuvimos que irnos a vivir a casa de nuestros abuelos paternos. Los dos eran excesivamente cariñosos y se entregaron, en cuerpo y alma, a cuidar de nosotras, sobre todo a Esther, tratando de que nunca le faltara nada. Sin embargo, con todo aquel exceso de atención y cariño el carácter de Esther comenzó a cambiar radicalmente y de la adolescente sociable y comprensiva que había sido, empezó a surgir un ser egoísta y caprichoso que disfrutaba sometiendo a los demás, especialmente a mí que, poco a poco, me fui convirtiendo en su víctima favorita.

En los primeros años que estuvimos en casa de los abuelos, papá venía a visitarnos con cierta regularidad, cargado de regalos y vestidos. En cambio de mamá, que por entonces vivía en Icabarú, adonde había ido a buscar oro con su amante, solo sabíamos por sus cartas, siempre nostálgicas, que nos enviaba de vez en cuando. En ese sentido, papá tuvo una gran gallardía y nunca se opuso a que tuviéramos noticias de mamá. Con el tiempo, las visitas de papá se fueron haciendo más espaciadas. El día en que yo cumplía los quince años ocurrió lo más terrible: estábamos esperando la llegada de papá y un telegrama nos trajo la noticia sorpresiva de su muerte. Se había suicidado ebrio de un balazo en la cabeza, en un burdel de Bucaramanga. Unos meses después de la muerte de papá, mamá regresó de la selva. Se había separado de su amante, tras fracasar como buscadora de oro, y vino a hacerse cargo de nosotras. A pesar de las cosas que habían ocurrido, los abuelos no se mostraron hostiles con mamá, y

Esther y yo nos fuimos a vivir con ella a Las Acacias, al apartamento que había sido de sus padres.

Cuando comencé a estudiar psicología, veía un futuro radiante, lleno de cosas maravillosas: mi título universitario, una buena posición económica y un matrimonio feliz... Sin embargo, la realidad, que a veces se vuelve abruptamente cruel, me hizo comprender que mis días de estudiante universitaria estaban contados. Pronto comprendí que el dinero que mi madre ganaba como traductora no era suficiente para sufragar los gastos regulares de la casa y costear los caros medicamentos que había que suministrarle a Esther para controlarle los dolores de los discos lumbares. Por intermedio de un viejo amigo de mi padre, entré a trabajar de cajera en Vam, de donde por la noche, de lunes a sábado, salía, así como ahora, aturdida, cansada del tintineo de la caja registradora, pensando en el perverso ser en que Esther se había transformado en los últimos años. Como todo tiene su final, dentro de poco debo volver a casa. A veces tengo miedo de regresar. Cada vez que llego al apartamento, encuentro que allí está ella, la insaciable amiba que me somete sin que yo pueda armar alguna defensa, persiguiendo mis movimientos con sus ojillos llenos de odio y calculada perversidad. Esa sumisión casi congénita fue el comienzo de su dominio sobre mí, y ahora no puedo dejar de cumplir sus caprichos. Cuando yo vuelva, mamá, como siempre, ya estará encerrada en su estudio, con el eterno pretexto de las traducciones. También esta vez se hará la loca y tampoco escuchará la risa destemplada de la Chuky de carne apergaminada que ya tendrá sobre las piernas el frasco lleno de esas cucarachas enormes y carapachudas. Como sabe que esos bichos me dan asco y hasta me provocan

shock, la muy disoluta me obliga, con su extraño dominio, a masticarlos. Al principio la experiencia fue traumática. La primera vez que me forzó a introducirme y a masticar una de esas bichas carapachudas, la vista se me nubló, la cabeza comenzó a darme vueltas y perdí el conocimiento. Mientras volvía del desmayo empecé a percibir una dulce... (creo que debo decirlo de esta manera) laxitud que me iba llenando de un placer sublime. Desde entonces este juego, aunque me causa asco, tiene para mí su lado agradable, sobre todo por ese estado de sublimación que se apodera de mí cada vez que pierdo el sentido. Ritualmente debo cumplir los caprichos de Esther, que se vuelven cada día más exigentes. Incluso, por su culpa el pobre Igor encontró la muerte prematuramente.

Había conocido a Igor en una parada de autobús, mientras ambos esperábamos el transporte. Pocos días después comenzamos a salir juntos y, luego de acompañarlo varias veces al cine, casi sin damos cuenta, nos hicimos novios. Por un tiempo tuve temor de invitarlo a casa, pero cuando mamá comenzó a sospechar que yo estaba saliendo con un hombre, me vi obligada a llevar a Igor a conocerla. Apenas Esther vio a Igor se enamoró perdidamente de él; como se comprenderá, Igor no le hizo ningún caso. Más bien sintió lástima por ella. Entonces la amiba, acicateada por la indiferencia de mi novio, cada vez que tenía oportunidad, se ponía histérica y amenazaba con suicidarse. Pero como se ve, no eran más que... (otra vez me pasa lo mismo) ardides que la arpía inventaba para alejar a Igor de mí. Y solo se tranquilizó cuando se enteró de que había roto mi noviazgo con él. Otra vez la canalla había triunfado. El día que hablamos de la ruptura, Igor también amenazó con quitarse la vida, pero yo no le creí.

Lo veía tan apegado a la vida, tan dueño de sí mismo, que al enterarme que había cumplido su amenaza, me parecía que era una desagradable fantasía, uno de esos tantos ensueños horribles que a veces solemos tener y que apenas despertamos sobresaltados y nos damos cuenta de que estábamos soñando, se desvanecen dejándonos un largo alivio. Todavía en la morgue, mientras caminaba nerviosa, detrás del hombre desdeñoso vestido de blanco, iba pensando en la necesaria posibilidad de un equívoco. Sin embargo, la realidad me golpeó... (bueno), abruptamente, con un nuevo sentimiento de dolor, no menos terrible que el dolor por la muerte de mi padre, en aquel instante en que la mano insensible y habituada del enfermero alzó la sábana y vi el cuerpo inerte de Igor con la marca amoratada que la soga había dejado en su cuello.

Una fuerza dual, que bien sé que procede de la misma fuente, me ataca al mismo tiempo, con un sobresalto inobjetable. Primero miro hacia el banco donde no se percibe la presencia de otra cosa distinta al bolso que he dejado allí, confiado al silencio de la plaza. Después vuelvo la mirada hacia el fondo limoso de la fuente y consigo de nuevo los ojos dominadores de Esther que parecen emitirme una orden. Trato de no complacerla, al menos por esta vez, pero como no puedo escapar por completo de su influjo, me levanto en seguida y comienzo a bailar tal como estoy, descalza alrededor del ovo de piedra, seducida por la sensualidad del bolero que fluye en este momento de alguna de las ventanas encendidas de los edificios que dan a la plaza.

Detrás de los árboles se asoma Igor con su disfraz de diablo y de pronto salta hacia mí, ofreciéndome el brazo para

que baile con él. Acepto animada la invitación y de inmediato nos entrelazamos, persiguiendo la ondulación del bolero. Nuestros cuerpos empiezan a girar en lentas rotaciones y van encontrando un dulce gozo en la lentitud de los pasos, en ese... apersogamiento del ritmo acompasado, que va despertando un sentimiento desenfrenado en la mujer vestida de rojo que soy, deslizándome en esta danza subyugante, adherida a mi diablo-Igor.

Los pies orbitan en un corto espacio donde las piernas, tras realizar una breve separación, vuelven a encontrarse con mayor frenesí, designando la ondulación del roce en los desplazamientos de la cadenciosa coreografía. Mientras giramos no se percibe ningún descompás en el ritmo, en cada vuelta todo compagina a la perfección. Las piernas de mi diablo-Igor van hacia adelante, se ejercitan en los muslos de su pareja que soy, desprendiendo un brillo cálido en los ojos expresivos de la mujer que soy, vestida de rojo, entregada al frenesí que emana de todas las ventanas encendidas y del fondo de la fuente y me envuelve por completo en el vaivén acompasado de los zapatos de Igor, de dos tonos, en blanco y negro, que conservan el mismo espacio, mientras siento sus manos que bajan por la cintura y comienzan a recorrer todo el vestido rojo de la mujer que soy, pero los dedos se detienen de pronto cuando la música cesa sorpresivamente, apenas por breves minutos porque de nuevo otro bolero se mete en el aire de la noche y los cuerpos, aún sin separarse, vuelven a ponerse a girar con una rotación más acentuada. Rápidamente empezamos a sentir nuestras exhalaciones excitadas, un *in crescendo* que en seguida se hace vertiginoso. Ya estamos dando vuelta de nuevo con más libertad y desparpajo, hipnotizados

por el colorido diverso de las bambalinas que pasan de un lado a otro formando una especie de coloritmo que oscila en círculos concéntricos por encima de nosotros. El bolero integra los colores de las bambalinas y hace una savia inefable cuando me separo del diablo-Igor y me pongo a girar como una *bámbola* desenfrenada hasta que caigo de rodillas exhausta ante el brocal buscando anhelante con la boca la intimidad de Igor, oyendo cómo la voz de Nancy Ramos, *la muñequita que canta*, se introduce en la atmósfera y le imprime al aire un sesgo empalagoso que me produce náusea.

Comienzo a sosegarme mientras veo en la superficie del agua el brillo tenue y seductor que los reflejos de la fuente vierten sobre mi rostro. Observo que ahora tengo una expresión abotagada y en las comisuras el esbozo de una sonrisa aburrida, atacada por mis antiguas flaquezas. Después despliego dentro de mí una serenidad totalizadora y caminando despacio regreso al banco y fijo la mirada en el oscuro espejo de la noche.

Las calles empiezan a devolver jirones del carnaval. Las vistosas comparsas tempraneras pasan ahora desbaratadas, deshechas con la necesidad de acopiar energías para el día siguiente. Todo ese desfallecimiento parece afectarme y los ojos se me humedecen a punto de quebrárme en llanto. Hago un gesto intenso para impedir la salida de las lágrimas y consigo que apenas fluyan unas ligeras gotas que corren pronto por el declive de mis pálidas mejillas.

Ahora siento que me va invadiendo un gran hastío, una fuerza devastadora que vive en mí desde mi nacimiento. Los dedos de la mano que aprieta el pañuelo estrujan la tela hasta que esta queda bien arrugada y suelta una ínfima fragancia

que roza levemente mi nariz fría. Dejo los dedos en paz y me llevo la mano al rostro y limpio las escasas lágrimas que dejé escapar antes de pasarme la lengua por los labios reblandecidos, donde encuentro un sabor salobre que me llena de un placer inusitado.

La luna alumbra con mayor intensidad sobre la ondulación de la fuente. La noche parece haber restringido de pronto las emanaciones del carnaval y las calles lucen silenciosas, despojadas de vida. Con la iluminación lunar, mis sentidos parecen haberse cerrado a cualquier sobresalto o miedo. Entrecierro los ojos y puedo sentir que una sombra oleosa atraviesa mi cuerpo y se detiene al otro lado de la fuente. Despego un poco los párpados y, entre la luz que se fija en la retina, observo bien la imagen del pegoste negro que cubre toda la figura que ha salido, inopinadamente, de los laberintos de la noche. Termino de abrir los ojos y encuentro, detrás de la máscara del diablo, una sonrisa triste entre sus dientes posiblemente cariados. Al tiempo que sus ojos brillan opulentos detrás de la capa de negro humo, la nariz, de rasgos ordinarios, emite unos cortos resoplidos de perro endiablado, con el propósito de meterme miedo. Sin embargo permanezco alerta, percibiendo todos los movimientos del disfraz que sigue sin deshacer su sonrisa burlona.

El disfraz ahora trata de amedrentarme blandiendo el tridente que sostiene en la mano que ha perdido un poco de negro humo, mientras se pasa la otra mano por el cuello amenazando con degollarme. Pero yo continúo impasible y hasta siento ganas de burlarme del diablo (¿o debo decir pobre diablo?). De pronto su sonrisa se convierte en una carcajada intemperante y yo, en vez de huir despavorida, comienzo a

estremecerme de la risa. El Diablito Underwood sacude de nuevo el tridente y agita la capa que forma en seguida una nube de humo terroso que lo desaparece por un instante y luego, al desvanecerse el velo, vuelve a hacerse visible frente a mí que, como puede suponerse, no he dejado todavía de reír. Mientras continúo riendo, oigo cómo desde lo lejos viene acercándose el sonido de una sirena. Cuando el vibrante ulular ya está más cerca, el pobre diablo se pone nervioso y huye despavorido hacia una de las calles situadas detrás de la plaza, sin darse cuenta de que el sonido es de una ambulancia que pasa como alma que lleva el diablo y no de una radiopatrulla de la policía, como, estoy segura, pensó el disfraz.

Un viento arenoso ataca bruscamente mi rostro y tengo que bajar de prisa los párpados para que no me caiga tierra en los ojos. Permanezco así hasta que el viento se aplaca, y al volver a abrir los ojos descubro delante de mí la figura de otro diablo cuya vistosa indumentaria, de un negro intenso y limpio, se confunde con el oscuro tizne de la noche. Somos él y yo en la plaza. Este diablo me colma de un temor ambiguo, no tiene nada que ver con el diablo que acabo de imaginar, desprovisto de cualquier atractivo notable. Sin embargo, me resulta más familiar que el otro. Mirándolo fijamente, sin atreverme a moverme del banco, caigo en cuenta de que es el mismo disfraz que estuvo por la tarde en el supermercado comprando confites. El agradable perfume varonil y la simpatía que empieza pronto a emanar de su cuerpo me hacen perder el temor y pienso que esta es la oportunidad que bien podría conducirme a la desfloración anhelada.

Una ola de calor me invade desde muy adentro y vuelvo a cerrar los ojos, justo cuando siento que dos fuertes manos

me despegan del banco y una boca insaciable busca mi boca con deliciosa saña. Sin inmutarme, deseosa, lo dejo hacer un rato hasta que olfateo que usa el mismo perfume que conserva el pañuelo rojo, mientras sus manos buscan mis piernas que ceden fácilmente. Pero de golpe percibo la presencia de Esther, su voz resuena insultante en la plaza: *apártate de ella maldito lascivo, engendro del mal, perro asqueroso. Ella me pertenece, es mía*. Y no se calma hasta que el diablo huye asustado por la perversidad del bicho inoportuno. Después se lanza sobre mí, me toma con fuerza entre sus brazos y comenzamos a describir sombras chinescas sobre el suelo de la plaza. Luego dejamos las sombras tranquilas, y ella abre mis labios con su boca anhelante mientras yo cierro los ojos abandonada. Súbitamente, vuelvo a abrir los ojos y veo a Esther desesperada succionando mis labios. ¡Qué asco! En seguida me invade una náusea gredosa y trato de apartarla de mí inútilmente. De pronto veo que entre las manos sostiene el frasco de los insectos, donde ya no habitan las enormes cucarachas sino un inquieto lagarto rojizo. Coloca el envase sobre el banco y me agarra fuertemente por la cabeza, la echa hacia atrás y, después de sacar el lagarto del frasco, me introduce esa cosa oprobiosa en la boca; el reptil me llega hasta la garganta y siento ganas de vomitar, sin embargo me resisto y no vomito. No estoy dispuesta a dejarme vencer y comenzamos a forcejear.

Por primera vez me siento más fuerte que ella, y poco a poco la voy arrastrando hacia el banco, decidida a cumplir mi objetivo. El bolso ha caído del banco y como puedo lo tanteo afanosa por el piso, con la mano izquierda (soy zurda, no lo olviden) logro abrir el bolso, adentro está el objeto frío y

en seguida, antes que ella adivine mis intenciones, lo aprieto duro por la empuñadura, introduciendo el dedo en el gatillo. Dije que lo haría y lo haré. Intento accionar el arma, pero ella se da cuenta y comienza a resistirse; la excitación de la lucha nos derriba sobre las baldosas y seguimos luchando..., luchando. Tengo la certeza de lo que va a suceder. Quizá mañana algún borracho temprano, o un *recogelatas*, encuentre dos sombras sobre el piso y un pañuelo olvidado en el banco, consignados entre el reguero de los confites del carnaval.

Simulacro de Helena

*... la prefería a todas las otras
muñecas, terminadas o en proceso.*

SEVERO SARDUY

A mitad de la acera invadida de gente el balanceo del maletín se apacigua mientras el airoso peatón se detiene cerca de la tienda de ropa íntima para damas, dispuesto a contemplar los depurados ejemplares femeninos que las oficinas van dejando libres. Los ojos del hombre, esgrimiendo una expresión de dibujos animados, se agrandan detrás de los “culos de botella”, listos para seleccionar a la muchacha que más conviene a sus propósitos.

El hombre del maletín, con aire de examinador puntilloso, primero deja pasar unas cuantas muchachas, al estilo de candidatas de concursos de belleza, hasta que por la esquina ve aparecer a la más apropiada, avanzando hacia la vitrina de la tienda. La muchacha, una especie de barbi, de rostro expresivo y largas piernas atornilladas a un tronco de apariencia frágil, enfundada en una corta falda de cuero, se queda alelada delante de los llamativos *brasieres*. El hombre, en seguida, se aproxima a la vitrina y encuentra de golpe su imagen en el vidrio, yuxtapuesta a la de la muchacha que sueña con

comprar el delicado *brasier* de copa rojo que pende al lado de una minúscula pantaleta negra. *Una monada*. Ella, mientras observa las prendas de la exhibición, permanece atenta a los movimientos del hombre que parece desvestirla con la mirada. Se ha colocado tan cerca de la muchacha que ella casi le siente la respiración acelerada. Lo mira con cierta cautela y se retira hacia un lado, sin salir por completo del cubo de reflejos de autos y transeúntes que se multiplican a cada rato en la vitrina.

El hombre ahora se ha armado de valor y sonríe, buscando el consentimiento de la barbi que sigue *mosca*, observándolo con *guillo*. Cuando él intenta hablarle advierte con temor que las palabras se niegan a fluir de la boca. Es la primera vez, en estos casos, que la lengua se le traba y siente miedo de cargar esta tarde con una derrota. Sin embargo, en su cerebro se produce de pronto un chispazo. En seguida cambia de estrategia y coloca el maletín en el suelo, apretándolo entre las piernas. Una vez que la mano queda libre se arquea en el aire y, describiendo un rápido ángulo obtuso, se introduce por entre la solapa del “príncipe de Gales”, combinado perfectamente con la camisa y la corbata de lunares negros, lo único del hombre que, hasta el momento, le atrae a la muchacha. Ella sigue utilizando la vitrina para perseguir los movimientos de él, cuya mano ya ha encontrado en el interior del saco el bulto y lo va extrayendo lentamente. La cartera se hace visible bajo la luz de la tarde, y los ojos de la barbi se dilatan al fijarse en el filo del fajo de billetes anaranjados y las tarjetas de crédito que sobresalen, discretamente, por el borde de la *hallaca* de cuero. El acto de prestidigitación surte efecto inmediato. Aunque al principio la muchacha

parece no comprender nada, deja, de todos modos, que su rostro termine de iluminarse, y los labios se despliegan. La mira sonreír con un gesto breve, pausado, y piensa que ha ganado la partida de un juego secreto que solo él domina a la perfección.

Las palabras han vuelto a instalarse en la boca del hombre, y con un discurso breve, bien hilvanado, pone a la muchacha al tanto de lo que él anda buscando. A ella, como no es actriz, la idea de suplantar a una desconocida le parece absurda y le entran ganas de reír. Pero él insiste en darle un matiz de seriedad a su propósito. La muchacha sigue sin comprender y permanece un rato sumida en un silencio grave, con la mirada clavada en el sostén rojo que una empleada de la tienda (que ha brotado del fondo del negocio, inesperadamente) retira de la exhibición. *Lástima. Cómo me hubiera gustado comprármelo.* Con un falso gesto de frustración se pone a plisarse la falda, mecánicamente. Luego, con un lento ademán, aparta el rostro de la vitrina y lo desvía hacia el hombre, justo cuando él devuelve la cartera al interior del saco, algo desilusionado, a merced de la decisión de ella.

Permanecen un rato en silencio, aislados en sí mismos, y la barbi aprovecha la ocasión para buscar en los gestos del hombre algún oculto rasgo de locura. No obstante, al cabo de unos minutos, llega a la conclusión de que él, a simple vista, no muestra signos de desorden mental. Experimenta un confuso sentimiento y en seguida realiza el intento desbordado de recordar si en otra oportunidad había enfrentado un caso semejante. Pero por más que se esfuerza, su mente se llena de otras ideas ajenas a su intención. Súbitamente lleva

la mano derecha hacia el escondite del bolso y, con prontitud, saca una barra de lápiz labial y, acercando el rostro a su reflejo en la vitrina, comienza a retocarse el carmín de los labios. Al concluir esa tarea regresa la barra de rouge al bolso y luego extrae del mismo depósito un frasco de perfume, le quita la tapa y se pone dos ligeros toques de colonia en los lóbulos de las orejas, enzarcilladas con un par de figuras de hipocampos.

—Dime, ¿era tu mujer o tu hija?

Una estocada sorpresiva sacude sus avances con la muchacha. Sin embargo, la brasa intensa que vive en su cuerpo repone las energías, y él piensa que de nuevo se saldrá con la suya. La interrogación ha renovado sus esperanzas, y, aunque duda entre decir la verdad o mentir, siente que Helena volverá a revivir esa tarde.

—Quiero una respuesta, ¿hija o mujer?

—Lindas pantaletas, esas.

La barbi desvía la atención hacia la vitrina y se queda mirando la pantaleta negra. Luego suelta la risa, y los dos rostros se encuentran riendo al mismo tiempo en el reflejo que devuelve el cubo de vidrio. Ya la comunicación es completa y la muchacha se atreve a ponerle una mano en el hombro, cuando él se inclina hacia abajo para alzar el maletín del suelo. Con una amplia sonrisa que la hace lucir más hermosa, ella acepta el brazo que él le ofrece caballerosamente y se echan a andar a lo largo de la avenida congestionada de gente que germina como hormigas.

Avanzan alegres, hablando de la caída de la tarde, una claridad malva, llena de crepúsculos que sobresalen por encima de los bloques de edificios que van quedando vacíos.

Los rostros de la pareja no muestran ninguna expresión de recelo, y bajo esa claridad que lo envuelve todo, los perfiles adquieren una tonalidad lapislázuli cuando la atmósfera se mezcla con las luces del neón que comienza a despertar del largo sueño del día. El ambiente de la tarde se ha cargado de voces, una serie de murmullos de colmena, que una vez que se arquean en el aire se desvanecen desprovistos de cualquier sentido de notoriedad. Todo ese enjambre de ruidos inco nexos gravita sobre ellos mientras se desplazan por los lados del boulevard, sin llegar a afectarlos.

En la siguiente esquina doblan hacia arriba y se van distanciando del congestionamiento central. Siguen por la próxima avenida, siempre bajo el asedio del neón, hasta que se detienen frente a la entrada de un restaurante, custodiada a los lados por dos ánforas enormes. En el cántaro de la derecha se encuentra recostado el portero, con el rostro activado por una serie de extraños tics nerviosos.

El portero se aparta del ánfora y cumple con la función de abrir la puerta, y en seguida la pareja es absorbida por el vientre cárdeno del local, decorado con una mala imitación de mosaicos moriscos, cubiertos de arabescos. En el salón hay un lleno mayor que de costumbre, y algunos de los mesoneros no disimulan el interés que les despierta la pareja. Uno de ellos los conduce hasta una mesa del fondo, previamente reservada. El mesonero parece conocer los hábitos del hombre, y apenas los recién llegados se sientan, el empleado va hasta la barra y de regreso trae una soda y un vaso de *whisky* de donde sobresalen cuatro trozos de hielo. Coloca el trago en la mesa y, sin apartar la mirada de la barbi, se queda de pie, esperando a que ella haga su elección. El hombre reacciona elevando el

tono de voz, disgustado con el mesonero, y le reclama que no haya aguardado, antes de servirle a él, la orden de la muchacha. Entonces, ella, calmándolo, se decide inmediatamente por un *fruit punch* y, en seguida, el mesonero, una especie de Dustin Hoffman, aunque menos retaco, se dirige rápido a la barra. El barman es buen conocedor del oficio y en breves momentos tiene lista la mezcla, coronada con su respectiva cereza. El mesonero cumple a la perfección con la siguiente fase y regresa veloz a la mesa; la muchacha se lo agradece complacida, mientras se da prisa con los pitillos para sorber el copo de frapé que amenaza con desbordarse.

A partir del cuarto *whisky* la lengua del hombre se suelta y rápidamente entra la primera muchacha, con su blanca palidez, impregnada de olores arbóreos. En seguida la reemplazante la encuentra por primera vez, en todo su esplendor, cantando en el patio lleno de flores, mientras regaba las matas, cerca de la tapia de ladrillos que se interrumpían al comienzo del corredor de la casa, sobre una colina que brindaba una hermosa vista de la ciudad. Hacia el fondo, al borde de un delgado arroyo, el terreno se inclinaba bruscamente sembrado de naranjos y otras especies de árboles; pero los que más enamoraban a Helena eran los granados con sus frutas abiertas, tiñendo el aire con un rojo transparente y brillante que atraía a las mariposas y a los colibríes hacia las semillas maduras. Alrededor de los granados, el patio tenía una buena acústica. Era allí precisamente donde la voz de la muchacha, cuando le daba por cantar, parecía alcanzar más armonía. En realidad, ella cantaba todos los días. A él le encantaba su voz: un fluido intenso, cuyo matiz, profundo y melodioso, lo resarcía de todo el agotamiento mental que

acumulaba durante las avasallantes horas de oficina, y por las noches lo hacía concebir las más alocadas elucubraciones del eros que podía imaginar y llevar a cabo con una conjugación de crueldad y ternura.

Al anochecer, cuando no iban al cine, Helena se refugiaba en el amplio salón de la casa, donde se protegía el adornado clavicémbalo de la marca Neupert. El instrumento era una reliquia que el hombre había conseguido, por casualidad, en una tienda de antigüedades. En su limpio y conservado teclado, los largos dedos de la muchacha hacían brotar alguna pieza barroca o renacentista, tan del gusto del hombre.

En silencio, dándose el gusto de inhalar el aromático humo de su pipa de fresno, él, arrellanado en la mecedora, disfrutaba, meciéndose a placer, los compases melódicos de sus compositores favoritos: Frescobaldi, Scarlatti o Couperin le Grand, sorbiendo de vez en cuando un poco de la infusión de hierbabuena que conservaba siempre caliente en una tetera que colocaba cerca de él, sobre una pequeña mesa llena de portarretratos con múltiples imágenes de Helena en distintas etapas de su vida, previas a la aparición de la leucemia.

Antes de presentarse la enfermedad, todo marchaba bien para ellos. Al principio la muchacha comenzó a padecer de fuertes sofocaciones. La fiebre y las sudoraciones vinieron después, complicando el cuadro clínico. Los síntomas la acometían de improviso, la respiración se le entrecortaba y luego le sobrevenían los desmayos. A partir de entonces toda la casa se silenció y el clavicémbalo enmudecido fue cerrado. En el patio el descuido sesgó los árboles más débiles, incluyendo los granados que comenzaron a secarse sin que

nadie en la casa hiciera algo para evitar la extinción. Con la urgencia del caso, Helena tuvo que ser ingresada a un hospital en las afueras de la ciudad, donde pese a los esfuerzos que hicieron los médicos que la atendían, fue devorada por la enfermedad. El hombre, a pesar de que quiso que la velaran en la casa, el día del entierro se sintió sin fuerza, abatido por completo. Se refugió en su habitación de los altos de la casa y ni siquiera se asomó a la sala cuando, en medio de la consternación de sus amistades, el ataúd con el cadáver de Helena salió hacia el cementerio.

Una sensación de llanto envuelve de pronto a la muchacha, afectada por la temprana muerte de la otra. Sin embargo, solo logra que sus ojos apenas se humedezcan, mientras deja correr los dedos por el borde de la copa vacía. Luego vuelve a recuperar a su sosia entre la pesadumbre del hombre, en el momento en que regresa de clase y encuentra el corredor de la casa sumergido en una blanda penumbra, que cae oblicua sobre los escalones que conducen a la parte alta. Los balaustres se reflejan nítidamente en la pared del fondo, donde hay una celosía que crece hasta el techo. Detrás de la celosía se halla el vestíbulo inundado por un silencio, denso y plumoso, que parece prolongarse por toda la casa. El continuo resplandor de una tormenta eléctrica relampaguea en las paredes y, por un momento, la muchacha, con los libros apretados contra el pecho, entrevé el volumen del piano cubierto por una sábana blancuzca. Cuando los resplandores se apagan, ella siente que algo inefable la sobrecoge de arriba abajo, erizándola. Pero se da valor, y mientras sigue avanzando tiene la impresión de encontrarse dentro de una casa vacía, sitiada por una atmósfera intransitada. Le parece que lo extraño que gravita en el aire

puede atacarla de un momento a otro y apresura el paso hacia la cocina donde, seguramente, su madre se encuentra terminando la cena. No obstante, una fuerza poderosa la hace detenerse y la impulsa a tomar la dirección de la escalera.

—Helena, querida, ¿eres tú? Hoy he preparado *roastbeef*.

Pero ella no le otorga importancia a la voz de su madre que ha estallado en el aire de repente. Continúa detenida al pie de la escalera, oyendo el sonido del clavicémbalo que parece provenir de arriba.

Comienza a subir lentamente los escalones, sintiendo cómo su ritmo cardíaco va aumentando gradualmente. No obstante, aligera el paso y sube de prisa el último peldaño. Sin detenerse, sigue por el pasillo y entra resuelta en su habitación. Se detiene frente al espejo, y cuando empieza a despojarse de la ropa cree percibir la presencia de unos ojos malignos que la miran con lujuria desde la plancha de azogue. Extrañamente, no experimenta ninguna sensación de miedo y sonríe con un gesto pueril, desdeñoso. Le encanta verse desnuda, y apenas sus manos recogen el leve peso de los pezones dilatados, cubiertos por una tenue pelusa cobriza, piensa en el profesor de piano. Los pezones son dos perfectos duraznos que el hombre ataca con deleite desde abajo, tomados por la base, fricciónándolos con suavidad antes de llevárselos a la boca para succionarlos con fuerza, sin que la muchacha oponga ninguna resistencia, aprovechando la soledad de la academia.

Desde abajo, por entre las piernas, se escapa un vapor tibio y espumoso. Presiente de qué se trata y baja una mano hacia la cavidad vaginal para cerciorarse de que no se ha equivocado. Cuando los dedos regresan de nuevo a la luz los encuentra

llenos de sangre y tiene la certeza de ser protagonista de un prodigio que la cambia de niña a mujer.

Cuando se tiende en la cama la invade un tumulto intenso y cierra los ojos. Como en otros momentos, desde la escalera comienzan a escucharse los pasos ascendiendo. Al llegar al rellano se silencian por algunos minutos. Luego vuelven a ponerse en marcha, avanzando despacio por el pasillo, directos hacia la habitación de Helena.

Lentamente la muchacha abre los ojos. Alza poco a poco la cabeza y fija la mirada en la perilla de la puerta que alguien hace girar al otro lado. Los dedos de Helena se crispan sobre la sábana y arrastran la tela hacia las piernas. El tumulto continúa creciendo dentro de ella, arrastrando un rumor sordo, desplazándose vertiginoso por el torrente sanguíneo. El tropel del corazón sigue aumentando y las sacudidas pueden percibirse en el temblor de los pezones —en especial sobre el del lado izquierdo— todavía dilatados. Ahora la muchacha se tiende total en la cama buscando sosegar, mientras en su rostro se va posando una expresión de serenidad. Al rato consigue controlar los temores y la invade un fluido ingrátido y transparente, como si levitara.

Finalmente la puerta se abre, y nada de particular encuentra la madre en la muchacha, excepto la sábana hecha un lío apretujada entre las piernas. Sin embargo, al aproximarse a la cama, sosteniendo la bandeja con la cena, se percata de la mancha de sangre que cubre parte de la tela. Entonces, situando el pensamiento en la dirección apropiada, coloca la bandeja encima de la cómoda y se abalanza sobre la muchacha. La aprieta fuertemente entre los brazos y, diciéndole frases

consoladoras, deja rodar, sin gimoteo, algunas lágrimas por las mejillas.

—La regla, hija. Te ha venido la regla. Ya eres toda una mujer. De ahora en adelante tienes que cuidarte.

Pero la muchacha, todavía con la madre aferrada a su cuerpo, continúa callada, sin tristeza ni alegría, absorta en los muñecos de peluches reflejados en el espejo, quizá, desde ya, fraguando para ellos la sentencia del olvido.

Mientras se aparta de los brazos de su madre, escucha el despertar del clavicémbalo que vuelve a sonar allá abajo, en el salón de reuniones. Cuando el sonido repercute por toda la casa, la muchacha es asaltada por una sensación similar al tumulto anterior y otra vez empieza a temblar y a sentir las sudoraciones. Apenas la madre percibe la angustia de su hija, en seguida la atrae hacia ella y, de pronto, las dos se ponen a llorar. Al cabo de unos minutos, la muchacha se repone primero que su madre y, dejándola sola en la habitación, atraviesa el pasillo y se dirige hacia el baño, ubicado al final del largo corredor. Empuja la puerta y se encuentra con su rostro en el espejo, por encima del lavamanos. En el rostro no descubre nada que revele los cambios originados en su cuerpo, salvo las huellas del llanto que han acentuado el aire melancólico que caracteriza su expresión. Tiene el presentimiento de haberse despojado de un pesado fardo, aunque no quiere abandonar la idea del violador que sube todas las noches, despacio, por la escalera. El hombre, después de haber ejecutado varias piezas de música barroca en el clavicémbalo, se introduce en su cama y la posee hasta dejarla exhausta. Sin embargo, la imagen, con el rostro cubierto con un pasamontañas, ya no es tan necesaria. Ahora tiene bastante con el

profesor de piano, más real y activo, cuando la hace gemir de placer mientras se quedan solos en la escuela de música.

Dos mujeres pasan hacia el baño y aprovechan para saludar a la muchacha, pero ella sabe que la han confundido con otra persona y no les devuelve el saludo. Luego deja correr la vista por la atmósfera opaca del salón, como si acabara de llegar en este preciso instante y fuera necesario reconocer el terreno. Advierte en seguida que de no ser por el ruido de los vasos y las botellas en las mesas, más las idas y venidas de los mesoneros, unidas a la mezcolanza de voces inconexas que se han adherido al aire empalagoso del salón, se sentiría invadida por la sensación de encontrarse en un lugar extraño, donde súbitamente podrían ocurrir cosas fantásticas, como ver un unicornio trotando sobre la barra.

Pero pierde pronto el interés de seguir fantaseando, al notar que el hombre lleva algunos minutos sin decir nada, abrumado por la congoja. Entonces estira la mano y toma entre la suya la de él, viéndolo sonreír al instante, reanimado por el calor que emana el cuerpo de ella. Él hace el intento de hablar, pero la muchacha se lo impide colocándose el índice de la otra mano en los labios, mientras centra el brillo de su mirada en el rostro del hombre, descifrándolo en detalles. Bajo la línea del declive cejijunto, a pesar de la persistencia de la sonrisa, encuentra un aire taciturno, de larga data, que ni siquiera desaparece mientras él intenta ampliar la expresión de los labios. En el resto del semblante se compendian unos rasgos otrora bien parecidos, disimulados entre los pliegues que invaden la piel cuando lleva los gestos a los extremos.

Las dos mujeres regresan del baño, hablando animadamente, y cuando vuelven a pasar frente a la mesa de la pareja,

esta vez no se les ocurre saludar a la muchacha que aparta la mirada del rostro del hombre, y las mira mientras siguen hacia el lado del estrado, donde se inician los preparativos para la presentación del pianista. Posa de nuevo los ojos en la cara de su acompañante y estima, ensimismada, que en el pasado el hombre tuvo una larga temporada rodeado de exceso de cariño, ausente ahora cuando parece hacerle más falta. No obstante la buena pinta de la ropa y la ostentación de la abultada cartera, siente lástima por él, algo que se va convirtiendo dentro de ella en un profundo y doloroso sentimiento, una especie de emoción altruista, que no ha expresado nunca en los instantes infortunados de su madre.

Un lagrimeo inesperado le humedece los ojos, y ella se percata de que está llorando cuando siente las gotas corriendo por las mejillas. El hombre no se entera del estado de ánimo de la muchacha porque ya él ha sacado su mano de entre la de ella y le ha dado la espalda, empezando a esquivar las mesas ubicadas en el camino hacia el baño. Él pronto desaparece detrás de la puerta del retrete, y ella se conforma con llorar a solas, sorbiendo las lágrimas que se depositan en los labios. Disfruta esa escasa salobridad con gusto egoísta, y eso de alguna manera la inunda de un extraño placer. Mientras tanto en el estrado el pianista comienza a tocar *Only you* con un despegue lento.

El sonido del piano va entrando poco a poco en calor y envuelve el cuerpo de la barbi que ha dejado de llorar y ahora agita la cintura con suavidad, seducida por el *feelling* que el pianista le pone a la música. Deja de agitarse de pronto y en su rostro se dibuja de inmediato una mueca indescifrable.

El hombre sale contento del baño. Se ha lavado la cara y siente la piel fresca, sin residuos de grasa, los ojos resplandecientes muestran un brillo renovado, detrás de los “culos de botella”, mientras por los labios circula un flaco silbido, expulsando débilmente el sonido de la misma melodía que expelen las teclas del piano. Antes de retomar su sitio, todo el entusiasmo se desvanece en un instante. La mesa está vacía, solo la fragancia del perfume de la muchacha delata que ha estado allí. Se pone a buscarla con desesperación, moviendo la cabeza hacia las otras mesas. No la encuentra por ningún lado y vuelve a llenarse de incertidumbre, seguro del fracaso del resto de la representación. Un vértigo, resinoso y quemante, le recorre todo el cuerpo y las piernas le tiemblan de un modo inestable, casi a punto de desfallecer. En medio de la desesperación sus ojos tropiezan con la puerta del baño para damas y coge un segundo aire seducido por la esperanza de que la barbi esté adentro retocándose el maquillaje. Se sienta en la silla que ha ocupado desde la llegada y pide más *whisky*, motivado por la necesidad de ver, de un momento a otro, a la muchacha regresar del baño.

Pero pasa el tiempo y la muchacha no aparece. Hace rato que el pianista ha terminado de tocar y algunos clientes se levantan, aumentando el número de las mesas que, *piano piano*, han ido quedando vacías. Una atmósfera enrarecida, desgana, se va extendiendo por el salón, a medida que algunas zonas se sumergen en la oscuridad cuando las luces entran en receso. Una pesadez incontrolable ataca los párpados del hombre, y por más que él trata de mantenerlos abiertos estos se resisten a obedecerle. La cabeza no parece encontrarse en su lugar y los objetos donde se posa la mirada

se duplican hasta formar completos coágulos de visiones deformes. Con la voz traposa y balbuciente llama al doble de Dustin Hoffman. Le pide el maletín, y luego, cuando el mesonero está de regreso, cancela la cuenta dejando la misma generosa propina de siempre. Al levantarse da una vuelta en redondo, tratando de ubicar la salida que se le convierte allá adelante en una rendija inestable, que se cierra y se abre como los ojos de un gato. Por fin consigue una buena orientación y se enfila, con pasos erráticos, hacia la puerta de la calle.

El frío de la noche realiza sobre él un milagro balsámico. La visión empieza a funcionar mejor y los objetos ahora permanecen más estables en los ojos. Lo primero que despierta su curiosidad es el Packard negro estacionado al otro lado de la calle. Del interior del automóvil una voz de mujer grita su nombre. Envalentonado por el *whisky* cruza la calle, de prisa y sin temor, y mete la cabeza por la ventanilla de donde ha salido la voz. En el asiento trasero hay alguien oculto en un disfraz de esqueleto cuya sonrisa es una mueca siniestra y burlona.

El hombre se estremece de miedo y se echa hacia atrás instintivamente. Un sudor helado lo toma de sorpresa y le eriza toda la piel. Cuando está a punto de arrancar a correr, el esqueleto se despoja de la careta y el hombre ve aparecer el lindo rostro de Helena, mostrando una sonrisa enigmática. Él comienza a serenarse de inmediato, instalando en sus labios una débil sonrisa. La mano enguantada de la muchacha empuja la portezuela hacia afuera y atrapa el brazo del hombre. Él se entrega con docilidad y se desliza al interior del Packard, sin fijarse en el hombre que está al volante.

La muchacha lo atrae hacia ella y hunde su lengua laboriosa en la boca del hombre, tomado de sorpresa. El beso tiene menos duración de lo que él hubiera deseado y sin embargo siente que, en ese breve momento, el gesto de la “barbi” ha logrado despertar una intensa crispación. Se atreve a buscar otro beso, pero la muchacha lo elude con suavidad, acomodándole la cabeza en el espaldar del asiento. Luego ella se inclina y se queda contemplando la ancha espalda del chofer, un hombre de edad indefinida, con el cráneo cubierto con una gorra de plástico que impide precisar bien los contornos y relieves del rostro, empastelado por una especie de hollín gomoso. Después que termina de observar al chofer, la muchacha vuelve a cubrirse el rostro con la careta.

—Helena, ¿vamos a un baile de máscaras?

—No, niño. Vamos a quemarnos en nuestras hogueras. Esta es la *noche de Halloween*. ¿Qué te crees tú?

Detrás del volante el rostro del embozado se reviste con una sonrisa efervescente que los ojos de la muchacha pescan inmediatamente en el espejo retrovisor, y ella siente una extraña complacencia que se refleja en el destello lúbrico de su mirada. A su lado, el otro hombre sonríe con flojera, como midiendo el peso de la broma, de esa mentira benevolente que, según él, a última hora se le ha ocurrido a ella.

La muchacha ordena la partida y en seguida el chofer pone el motor en marcha. El Packard arranca vertiginoso hacia un destino que, seguramente, solo la muchacha y el silencioso chofer conocen con lujo de detalles en todas sus

gradaciones, engranado en la secuencia de un plan preconcebido por ellos.

El vehículo continúa acelerando la marcha. Llega pronto al fondo de una avenida somnolienta, prácticamente solitaria, envuelta en un vapor frío que parece fluir del suelo y los túmulos de basura. Allí en un instante, el agujero negro de la noche desintegra la máquina.

Ecarté secreto

A la memoria de Antonia Palacios.

Las nubes aplastadas al fondo, entre los edificios, reflejaban en tonalidades ocres la fluorescencia de la luna, cubriendo la noche con un tenue color cobrizo. El aire estaba inmóvil, sobrepesado. A lo lejos algunos fucilazos reverberaban intermitentes sobre las estribaciones del cerro.

A pesar de los densos nubarrones acumulados hacia el sur, la atmósfera parecía despojada de lúgubres presagios. Sin embargo, súbitamente un celaje blanco rasgó la envoltura de la noche. El cuerpo continuó vertiginoso en el cauce de la caída y encontró el suelo, con violencia, al borde de la acera.

En seguida los curiosos comenzaron a salir de todas partes, como insectos kafkianos, y pronto formaron una masa abigarrada alrededor del cadáver de la mujer vestida de blanco. En los rostros conmovidos por la presencia abrupta de la muerte, el estupor agitó un rumor de voces consuetudinas. Solamente les faltaba decir: *Moriste hoy, ese era tu destino*, para completar la analogía con alguna otra muerte semejante que, quizá, muchos de ellos habían presenciado

frente al muro. Allí un sino trágico se había cumplido y ahora el cuerpo malogrado de la mujer —todavía joven— quedaba expuesto a la evidencia de los hechos concretos, bajo las dispares impresiones de los curiosos.

Cuando el flujo de mirones se detuvo, las controversias comenzaron a suscitarse. Todos parecían ignorar quién era la occisa, pero la mayoría se atrevía a hacer conjeturas sobre el origen de la inmolación, quizá motivados por el prurito del protagonismo. Sin embargo, ninguno se atrevió a contradecir ni a interrumpir al viejo que apareció de último y comenzó a hablar de la niña, mientras, detrás de los lentes dorados, sus ojos empequeñecidos por las arrugas se mantenían atentos al motorizado que acababa de llegar y dejaba la moto estacionada tras los árboles que ceñían la sinagoga y parte del callejón maloliente, al comienzo del muro, próximo al lugar donde el grupo de niños se reunía por las tardes a jugar la rayuela. El motorizado no se movió de allí, se recostó de uno de los árboles más frondoso y después, con dificultad, encendió un cigarrillo. Parecía algo nervioso, las manos le temblaban un poco y no podía controlar la mirada.

Había que verla porque la niña de los tirabuzones rubios era un prodigio jugando la rayuela. Siempre mantenía la piedra en su curso y a veces se burlaba de los otros niños, segura de su dominio en el juego, ejecutándolo al compás de un fragmento de la suite *Cascanueces* que fluía de la pequeña caja de música que siempre ella ponía a funcionar cada vez que comenzaba a saltar el trazado de tiza. Algunos de los mirones de más edad, conducidos por las palabras del viejo, podían recordar a la niña y al mismo tiempo encontrar cierta familiaridad entre las facciones de aquella y las de la occisa,

entrando de lleno en las supremas revelaciones del ecarté, cuando la vivaz niña, con su ritmo asombroso, arrastraba la piedra desde la casilla de la *tierra* y la colocaba en el escaque del *cielo*, sin cometer ninguna pifia, mientras sus compañeros de juego esperaban su turno impacientes, ligando, todos a una, un hipotético error. En ese instante los niños caían profundamente bajo el hipnotismo del juego y, salvo algún hecho excepcional, el discurrir ordinario de la calle carecía de atractivo para ellos. Por eso, al principio, ni la niña ni sus compañeros le pusieron atención a la presencia del muchacho taciturno, siempre enfundado en *blue jeans*, que desde hacía poco tiempo se aparecía todas las tardes y se recostaba de alguno de los árboles de almendrón que bordeaban el muro cubierto de grafitis.

Él solamente tenía ojos para la niña rubia, y la observaba largo rato con una expresión inefable, mientras ella arrastraba la piedra por las casillas de la rayuela, agitando su falda escolar sobre sus hermosas piernas. La primera vez que los ojos de ambos se encontraron fijamente, la niña se hallaba esperando su turno para entrar en el juego, apoyada en la pared de la sinagoga. Esa tarde ella percibió muy de cerca un nervioso tartamudeo y, cuando se volvió hacia el ruido incoherente, se encontró de pronto con el muchacho asustadizo que sostenía un *mousse* de chocolate en la mano temblorosa. La niña miró el dulce un momento con recelo, pasmada por la sorpresa y la duda. Pero después se sintió desarmada ante la mirada y la sonrisa magnificante que el muchacho le ofrecía y aceptó el regalo.

Cuando los *mousses* de chocolate se convirtieron en una especie de premio, que el muchacho le entregaba por

su destreza en la rayuela, en la niña se desvaneció cualquier sombra de recelo. Por eso una tarde, mientras recibía el dulce, se atrevió a invitarlo a participar en el juego, a pesar de que ya el muchacho había rebasado la edad de los juegos infantiles. Sonriendo con timidez, rechazó complacerla y, en cambio, con un aplomo que a él mismo dejó sorprendido, le propuso llevarla al cine algún domingo, a una función de *matinée*. Pero ella no accedió a la invitación en ese momento; dejó pasar algunos días, y otra tarde, después del juego, se acercó al muchacho y, con cierto aire de cinematográfica coquetería, ella tomó esta vez la iniciativa y fue quien hizo ahora la proposición de ver alguna película en la *matinée* dominical. ¿Saben?

El triunfo definitivo, la seducción que él había preparado desde el principio, se produjo con el retrato al carbón que le hizo. Un regalo de cumpleaños. Ella se vio perfecta en el retrato y se sintió invadida por una alegría inusitada, nueva. En seguida le mostró el dibujo a sus compañeros de juego, quienes de inmediato aprobaron la buena calidad de la obra a creyón. Luego, todavía rebosante de alegría, ella corrió hacia la entrada del callejón adonde él se había retirado a discreción, y, sorpresivamente, lo atrajo hacia ella y lo besó en la boca, como bien sabía hacerlo Sofía Loren con Marcello Mastroianni. El muchacho se encontró de pronto sonrojado y huyó aturdido por el callejón, sin emitir ninguna palabra.

Luego el viejo, porque así fue intuido por los demás, fue poniendo algo de su propia cosecha, a juzgar por el lujo de detalle con que afirmaba las cosas. Esta impresión se hizo más evidente cuando comenzó a decir que, después del beso, el muchacho desapareció por algunos días y su ausencia

contribuyó a que la niña bajara su nivel de juego. No lograba concentrarse, perdía el equilibrio en la rayuela y, en esos momentos, sus compañeros podían vencerla con facilidad.

La tarde cuando el muchacho apareció nuevamente, ella acababa de ser abatida por el menos hábil del grupo y se hallaba sentada en el suelo, con la cabeza entre las piernas, recostada del muro donde últimamente tenía lugar el juego. A veces levantaba la cabeza y miraba desaprensiva a sus rivales, después volvía a la misma posición. En uno de esos instantes en que movía de nuevo la cabeza, una ráfaga de viento le sacudió el cabello y lo aventó hacia adelante, cubriéndole todo el rostro. Su mano se movió rápida hacia la frente y regresó la mata de cerdas rubias a su orden regular, mientras los ojos, con un brillo renovado, a través de la barrera de piernas encumbradas delante de la rayuela, vieron cómo el muchacho avanzaba entre la fila de vehículos paralizados por el semáforo, y luego cruzaba hacia la otra acera, para dejarse venir, andando ahora rápido, bajo los árboles que interceptaban la luz ocre de la tarde, tiñendo las hojas con destellos cobrizos.

Empezó a acercarse con un aire distraído y un trémulo silbido colgado en los labios, al mismo tiempo que el rostro de la niña se iluminaba con un resplandor vehemente. En seguida su cuerpo se puso en tensión, se levantó de un salto y echó a correr, con los brazos abiertos, hacia el muchacho. Él redujo el paso y la esperó sonriendo, con la misma magnificencia de siempre y el semblante seráfico que ni siquiera desapareció cuando se encontraron abrazados, derramando la oleada cálida de algo urgente. Cuando miraron hacia el sitio de juego, ya los demás niños habían dejado de jugar y la calle, despidiendo la última luz de la tarde, estaba prácticamente

sola. Ellos se escudaron detrás de los árboles y fueron avanzando presurosos hacia el templo. Seguramente nadie los vio entrar en la sinagoga vacía que en ese momento les prodigaba una protección inimaginable. Se refugiaron en lo más profundo del templo y ocultos por un ancho pilar de ladrillos bermejos comenzaron a besarse con loco frenesí. Él la buscó de prisa bajo el vestido y, tras acariciar la piel pausadamente, encontró después la tersura dilatada de los pequeños senos que palpitaban entre las manos presurosas cargadas de torpeza.

De pronto el muchacho experimentó una extraña sensación de miedo y repugnancia y quiso suspender la acción; pero ella, ¿saben?, tuvo más decisión que él, y lo hizo continuar con la exploración, apretándolo con fuerza y desafiándolo con una mirada concupiscente. Él aceptó con determinación el reto, y su mano siguió explorando con más audacia, deslizándose por todo el cuerpo de la niña que se estremecía a cada momento. Cuando la mano llegó abajo, ella cerró los párpados para evitar que sus ojos pudieran encontrarse con aquella cosa sorprendente que apenas había visto, en su esplendor, en algún libro de sexología.

El viejo cortó el relato, en el que acaso había algo de exageración, pero quizá no lo hizo por pudor ni pena, sino porque, tal vez, fue el primero que oyó el sonido tenue de la música que se activó en ese instante y envolvió el cadáver. Todos buscaron con la vista de dónde procedía la música y, por primera vez, observaron la pequeña caja musical que se hallaba al lado del cuerpo inerte. A la mayoría de los presentes les parecía extraño que aquel objeto hubiera caído con la mujer y permaneciera activo a pesar del impacto. El viejo

quizá se imaginó que este nuevo elemento podía estimular la memoria de los demás, no obstante advirtió que los otros se encontraban ahora más confundidos que antes, aunque la música que fluía de la caja era el mismo fragmento del *Cascanueces* que, años atrás, acompañaba a la niña cuando se ponía a saltar la rayuela.

Según el viejo, en ese sonido estaba la clave de todo, la inscripción del sino trágico, hasta ahora consumado en el cuerpo de Odette. Alguien podía decir: *Moriste hoy, ese era tu destino*; el de ella, es decir el de Odette, con la certeza de quien tiene un juego de póker asegurado con la carta ganadora del ecarté.

No era fácil descifrar las palabras del viejo. Quizá Odette era el nombre de la bella suicida, pero los otros lo ignoraban. El viejo insistió: *Hasta ahora se ha consumado el sino trágico de Odette. Tengan paciencia, falta el de Berther. Sí, es así. O así tendrá que ser.* Al tal Berther, que de pronto se convertía en un nuevo elemento en la oralidad del viejo, pudo ubicársele desde los primeros cigarrillos hasta el arribo de las experiencias mayores con los pitos de marihuana y luego con el polvo de cocaína.

Después fue haciéndose fácil encontrar a Berther, con un aire ya familiar, más allá del muro y la sinagoga, en los días cuando andaba dispuesto a escapar de la ciudad, a irse con su pintura a otra parte. Como él mismo decía. Cumplió su objetivo y se refugió en el París insurgente y revoltoso del Mayo Francés. Pero a él esa experiencia, a pesar de su temperamento rebelde de los últimos años, no lo envolvió como era de esperarse. Durante esos agitados días, Berther permaneció encerrado en el apartamento que alquiló en la

rue Saint-Denis, atacando los lienzos con una pasión enervada, seguro de hacer algo grande por la pintura, como él mismo decía cada vez que se encontraba ebrio en algún bar del callejón de *La Puñalada*. Cuando no estaba pintando, abría una botella de vino y comenzaba a beber mientras escuchaba sus discos de Janis Joplin, Bob Dylan y los Rolling Stones, rayados de tanto ponerlos en un pequeño tocadiscos portátil que le había comprado a un poeta martiniqueño que vivía en el mismo edificio. Cuando se sofocó la insurrección y París volvió a su acostumbrada normalidad de ser una fiesta, Berther, después de pasar largas horas pintando, salía por las tardes a recorrer las calles, casi siempre por los lados del barrio latino, buscando resarcir el hastío en que lo sumían los constantes fracasos con los pinceles.

A veces los recorridos se le convertían en un itinerario vacuo, orientado por una náusea metafísica que en ocasiones lo hacía pensar en abandonar la pintura. Había ratos en que se sentía bien, sobre todo cuando atravesando la *rue du Cherche-Midi* se encontraba, de pronto, algún film con Jean Seberg o Anouk Aimée, que a la salida tenía como corolario el refocilamiento con algunas de las prostitutas que deambulaban por los cafés del bulevar Péreire. Una de esas tardes, mientras paseaba por la *rue de Verneuil* se presentó una lluvia sorpresiva y, ante el temor de pescar un refriado, buscó refugio en el interior de una librería, de la cual no se había percatado hasta ese instante. Se sintió a gusto en el local y atraído por la buena iluminación, el correcto orden de los estantes y de los mesones de libros, comenzó a hurgar los títulos de las obras. Hacia el fondo, al lado de unos idolillos Ashanti descubrió la sección de arte y se acercó a ver qué conseguía.

Se interesó por una serie de libros sobre arte africano y, con el rostro inundado por una alegría desatada, apartó los que consideró más interesantes.

El ruido de la lluvia había cesado y, a través de los vidrios de la librería, observó que ya no llovía y que la gente retornaba la vida a la calle. Pero Berther estaba tan entusiasmado con los libros de arte africano que permaneció en el local hasta que el dueño anunció la hora de cerrar.

Volvió al apartamento y desde ese momento se encerró a leer los libros que recién había adquirido, y solo salía a la calle para comprar alimentos. Poco a poco la magia del arte africano lo envolvió en una pasión inefable y con furor se sumergió nuevamente en los colores y los pinceles. Por los lienzos, los trazos iban esparciendo matices fulgurantes y vertiginosos que dejaban una fantasmagoría de tótems y máscaras de diversas etnias africanas, formas que surgían de entre cielos borrascosos, en cuyas nubes predominaba un bermellón polícromo y abigarrado. Algunos trazos, transfigurados entre las figuras de mayor relieve, parecían surgir desde un río solar cargado de intensos reflejos dorados, que misteriosamente estallaban en un vórtice incandescente que en segundos se desvanecía para dejar paso a las figuras de los tótems y las máscaras. El pintor había al fin encontrado lo que buscaba, y se dejó absorber, día y noche, por esa magia desmesurada que escapaba de los colores. A los pocos meses se sintió feliz de haber concluido una obra rotunda, cargada de armoniosas disonancias cromáticas, que podía conciliar los gustos más divergentes.

Mientras hablaba de Berther, los ojos del viejo adquirían un brillo indescifrable que hacía difícil saber dónde

terminaba la realidad y comenzaba la ficción; o viceversa. Aunque, en honor a la verdad, el viejo no había tomado abiertamente partido por el pintor, el tono reflexivo de su voz solo hacía presumir que admiraba al artista por su obra. Eso se hizo más evidente cuando empezó a decir que a los pocos días, luego de haber terminado de pintar el último lienzo, Berther recibió una oferta de la Galerie Maeght para montar su primera exposición individual en París. Después, el viejo tosió débilmente y luego, tras calmarse, siguió hablando. Entonces se supo que con una pasión que no había manifestado antes por su trabajo, Berther comenzó de inmediato, junto con un curador de la galería, a seleccionar los mejores cuadros para la exposición.

La noche en que su pintura se expuso ante el público parisino, Berther dejó de lado la ropa ajada y raída que siempre llevaba puesta y se presentó en la galería luciendo una pinta regia, un frac que le imprimía un aire de Christopher Lee, metido en el personaje de Drácula, pero él lucía más benigno, ahora peinado decentemente. Con aquel atuendo, Berther parecía volver locas a las mujeres, especialmente a las más desenfadadas, quienes ponían mayor interés en tratar de llevárselo a la cama que en admirar el *leitmotiv* de su obra. A pesar de su comportamiento desinhibido, Berther seguía siendo un hombre tímido en medio de aquella atmósfera, solemne y alborozada al mismo tiempo. Se sentía dichoso, no solo por el desparpajo de las mujeres, sino también porque a pocas horas de haberse abierto la exposición la mayoría de los cuadros ostentaban el rótulo *vendido*.

Mientras iba de un lado a otro, irradiando más *glamour* que algún petimetre de la revista *Hola*, Berther se percató de

la espléndida sonrisa que le telegrafiaba la bella rubia; desde el fondo, ella se apartaba del grupo que la rodeaba moviéndose con desparpajo hacia el centro de la galería. La perdió por un momento entre la gente, y cuando se volvió hacia la izquierda para encontrarla, de pronto oyó decir a sus espaldas: *¿C' es Braque o Picasso?* La sensual modulación de la voz lo dejó anonadado, sin aliento, un instante. Un grupo que vino desde la puerta a felicitarlo lo arrastró hacia otro extremo del salón, y al tratar de encontrar nuevamente a la atractiva mujer, a través del bloque de cuerpos que le cerraba el paso, descubrió desalentado que se había esfumado. En el resto de la noche no volvió a encontrarse con la misteriosa mujer. Y al final del *vernissage* tuvo que conformarse con una actriz de teatro, una argelina flaca, no muy bonita, que, desde temprano, había estado sacándole cuadro con sonrisas y miradas seductoras. Se llevó la mujer al apartamento y allí le hizo el amor, pensando todavía en la rubia de rasgos semitas.

El día siguiente, mientras desayunaba, sonó el teléfono: era el curador quien llamaba; le dijo que bajara a comprar los diarios y Berther le hizo caso. Salió del apartamento y al rato regresó con *Le Monde* y *France-Soir*. Se sentó de nuevo a la mesa y se puso a leer las páginas de arte de los periódicos. En los diarios se encontró con la agradable sorpresa de sendas informaciones donde hablaban maravillas de su obra y se le comparaba con el pintor cubano Wifredo Lam. Sin embargo, eso, en vez de ayudarlo a seguir pintando, más bien lo estimuló a entregarse de frente a la bohemia y cada noche se paseaba por los cafés de Montparnasse con una mujer distinta antes de llevársela a la cama.

Así vivió muchos meses, hasta que una mañana, después de hacer una visita al Museo del Hombre, y pasar un largo rato observando las colecciones de arte africano, decidió inesperadamente abandonar París. Fue entonces cuando uno de sus conocidos lo vio un mediodía, desde un auto, abordando un taxi frente al aeropuerto de Maiquetía y se dirigió hacia Caracas, de donde había estado ausente cuatro años. Nadie sabe de qué ardid se valió para desalojar a la gente que arrendaba el apartamento que había heredado de su madre, e instalarse allí nuevamente a vivir durante varios meses enclaustrado, practicando un ascetismo de monje tibetano. Al principio algunos de sus amigos intentaron rescatarlo del encierro. Primero acudieron a la intermediación del teléfono, pero como nadie respondía, decidieron presentarse en el apartamento; sin embargo, cada vez que tocaban el timbre el sonido parecía recorrer un espacio inaudible. En el interior del apartamento reinaba un silencio grave y plomizo, y de noche, por las rendijas de la puerta, ni siquiera se percibía algún vestigio de luz. Los amigos no volvieron a insistir en la búsqueda y dejaron que las cosas continuaran su curso, viviendo con la esperanza de que el pintor, tarde o temprano, dejara de hibernar.

La música de la caja se había agotado, al mismo tiempo que el viejo volvía a interrumpir su oralidad y nuevamente sus ojos llorosos contemplaban absortos el cadáver de Odette. Todavía los demás parecían desconcertados. Algunos, sin tomar en cuenta al viejo, comenzaban a hacer de nuevo conjeturas; sin ambages, hablaban de un hecho pasional, algo que parecía tan evidente por lo que hasta ahora había dicho el viejo. Otros opinaban acerca de un resbalón desafortunado; en cambio los amantes de *Crónica Policial* se referían a una *vendetta* entre

prostitutas, sin que faltara alguien que involucrara a la occisa con algún cartel de la droga. Sin dudas, tales desvaríos le caían mal al viejo que en ese momento había dejado de mirar el cadáver y ahora tenía la vista puesta en el muro, mirando detrás de los árboles a la figura elusiva, vestida de *blue jeans*, que aún permanecía sobre la moto, con el rostro ensombrecido por las hojas de los almendrones, sacudidas por la sorpresiva ventisca que comenzaba a helar la noche.

La sombra inmóvil parecía dividir el muro en dos y trepaba hacia las hojas y los frutos amarillentos que a veces se desprendían con una leve sacudida de viento y caían muy cerca de él, quizá envolviéndolo con un aroma maduro y espumoso que escanciaba en el aire recuerdos de infancia, a pesar de la atmósfera trágica que envolvía la calle.

Cuando el camión de escombros, que acababa de desembocar por la esquina de la farmacia, se detuvo delante del muro y ocultó al elusivo motorizado, el viejo pareció acordarse de pronto de su auditorio y se dispuso a rescatarlo. Aunque su voz tenía esta vez un dejo de cansancio, volvió a causar un efecto hipnótico en los escuchas. En su verbo, Berther estaba ahora abandonando la hibernación. Había comenzado a dejarse ver furtivamente algunas noches, sin abordar a nadie en especial, por determinados sitios de la ciudad, semejante a un cometa, hasta que sorprendió a todo el mundo el día en que apareció en el segmento cultural de un noticiero de televisión, hablando animadamente de su próxima muestra artística.

La apertura de la exposición, que en la víspera había sido reseñada con gran despliegue en los grandes rotativos de la capital, se hizo realidad un domingo lluvioso. Sin embargo, los amantes de la buena pintura no dejaron de invadir

los espacios de la Galería Minotauro. Apenas la gente entraba, al ver la exposición quedaba extasiada por la fuerza tremenda que emanaba de las telas nutridas, amalgamadas de tótems bantú y yoruba, entre trazos de falos simbólicos y dioses de los kongos, los gisus, los batshue-kumwi, formando un cosmos mágico de resonancias tamtámicas. Las imágenes y el colorido de los cuadros parecían hacer girar a la gente, mientras un grupo de músicos enmascarados invadía el aire con música ritual, acompañando la voz de Papa Wemba que sonaba al fondo. En medio de un círculo iluminado por luces de piedra de *geyserita*, Berther, que ahora no se llamaba Berther, sino N' Joya, se asimilaba a un maestro de ceremonia vudú. Estaba en el círculo del *pateau-mitan*, como un *houngan*, bendecido por el soplo inicial de *Uende*. Mientras la música se hacía más vesánica, el salón iba adquiriendo la atmósfera de un *hounfant*, listo para el ceremonial, en cuya penumbra se manifestaba el espíritu de Damballa, el dios-serpiente de los fon, que se retorció sin descanso, elevado por el clamor de los sonajeros de Chango, agitándose continuamente.

El radiante *houngan*, para acompañar a los músicos, tomó el *asson* y lo agitó varias veces, haciendo que el sonido de las maracas estimulara el tintineo del *ogan*, seguido inmediatamente del tam-tam del *boula*, el *second*, el *manman* y el *culo' e puya*, que tocaban rítmicamente cuatro muchachas negras vestidas como *mambos*. De pronto todo el salón quedó completamente a oscuras y de las pinturas comenzaron a saltar los *houns*, danzando y cantando, al mismo tiempo que avanzaban hacia el *pateau-mitan*, arrastrando a la gente, que ahora danzaba vertiginosamente, hasta el

centro del círculo donde Berther, o N' Joya, los bendecía, con una plegaria en *patois*, como nuevos miembros de la *société*. Después, obedeciendo una nueva orden del maestro de ceremonia, vestido ahora de la *place*, empezaron a realizar el *virer*. Primero el la *place* hizo girar varias veces a los *hounsis*, y en seguida le ofrecieron los chivatos, que estaban atados a un palo, para el sacrificio. Los caprinos eran sacrificados limpiamente con una daga de hierro en la consumación del *ventaillage*. Cuando los chivatos botaban el *clairin*, la galería se cargaba de un denso olor a sangre fresca, aderezada con alcohol y pimienta negra, mientras la rítmica vocal de Papa Wemba, mezclada con el repiquetear continuo de los tambores y los cantos rituales, parecía estimular a la gente a entrar en un trance profundo. Entonces las figuras de los cuadros recobraban mayor animación y de los *badgis* pintados se escapaban los loas y los *orichas* para copular a los *hounsis* en trance, pegando brincos alrededor del *pateau-mitan*, entre un cielo o *ijuru*, azulado y endrino, donde habitaban los hijos de Ntu, que se manifestaban de último para recibir el *usuru* de aquel ritual plástico.

Poco a poco la galería fue volviendo a la normalidad, cuando la música cesó gradualmente y las luces de *geyseritas* se fueron debilitando despacio. Luego la gente comenzó a actuar como si nada hubiera pasado, con el cerebro fundido para comprender aquella cosmogonía que habían vivido momentos antes.

En medio de la confusión del público, ¿saben?, Berther irradiaba un halo místico. Se sentía en los Campos Elíseos, sobre todo cuando se detenía delante del cuadro de la diosa Ezulie, donde la deidad dahomeyana aparecía danzando con

el mismo pintor, al ritmo de un *yanvalou*, rodeados por las veintidós figuras del Arcano Mayor de las cartas del tarot. En uno de esos instantes, en que él se encontraba contemplando la obra de la diosa, se coló, desde atrás, la voz neutra de la mujer: *C' est Braque o Picasso?* Berther se estremeció de pie a cabeza y en seguida se volvió hacia la dirección de la voz y se encontró frente a la bella semita de París, ofreciéndole el rostro más radiante que él había visto en los últimos meses, con las cuidadas cejas enarcadas y formando caireles sobre sus ojos almendra, llenos de un brillo sedoso, mientras los labios bulbosos esbozaban una sonrisa intensa.

A pesar del aplomo que Berther mostraba, su circuito sensitivo estaba invadido por una emoción imperceptible. *Ni siquiera Wifredo Lam. Esto es puro arte africano. África, demoiselle. Como decía Rabelais, África siempre nos da sorpresa.* A la mujer pareció encantarle el tono desenfadado de Berther y amplió la delicada línea de su sonrisa, al mismo tiempo que su mano buscaba la mano del pintor que se había adelantado primero hacia ella. Permanecieron unos segundos con las manos agarradas, mirándose a los ojos, en silencio, hasta que Odette, por fin, dijo... Y permítanme que imite su voz (Ese viejo está tostao, comentó al fondo una voz de muchacho). Bueno, ella dijo: *Me llamo Odette Cohen. Trabajo para Sotheby's. Digamos que soy una especie de caza talentos. Su obra me parece extraordinaria. Me atrapó desde que la presencié por primera vez en París, en la Galería Maeght ¿Se acuerda?* Berther asintió en silencio mientras retiraba lentamente su mano de la de Odette y volteaba la cabeza hacia la pintura de la diosa Ezulie. Después volvió a mirar a Odette que no variaba el encanto de su sonrisa que, a veces, adquiría cierto aire enigmático.

Un hombre maduro, de cabello canoso, que llevaba rato hablando con un grupo de gente que parecía extranjero, se acercó a Odette y, luego de saludar a Berther con una breve sonrisa y un ligero movimiento de cabeza, se inclinó hacia la muchacha; le dijo algo al oído y en seguida se alejó buscando el grupo de donde había salido. Cuando Odette volvió a prestarle atención a Berther, notó en sus ojos una repentina expresión de desconcierto y le tomó las manos afectuosamente. *¿Me puedes dar tu dirección?*, dijo Odette. Y luego soltó las manos de Berther para que él pudiera escribir. Berther sacó una pequeña libreta y una fina estilográfica del bolsillo de su camisa y anotó cuidadosamente la dirección. Arrancó la hoja escrita de la libreta, se la entregó a Odette y ella en seguida la metió en su bolso. Después le dio a Berther un ligero beso en la mejilla, dijo *chao* y se dirigió hacia el grupo donde el hombre canoso parecía tener el control. Pero apenas ella se acercó, el hombre se apartó de los otros, la tomó por un brazo y, tras despedirse del grupo, avanzaron hacia la puerta principal y abandonaron la galería.

La tarde del día siguiente Odette se presentó en el apartamento de Berther y él la recibió con una acentuada cortesía, más que jubiloso. Había estado pintando y en medio de la sala se encontraba un lienzo enorme con la imagen de la diosa Yemayá. Apenas Odette vio la pintura, descubrió que la faz de la deidad yoruba era idéntica a la suya. Se llevó las manos al rostro sorprendida y después abrazó apasionada al pintor y lo besó pausadamente, rotando despacio sus labios, como quien saborea por primera vez un trozo de fino queso *gruyère*.

Berther se sintió invadido por una alegría hiperbólica y dejó que Odette lo relamiera a su antojo. Cuando dejaron de besarse,

buscó una botella de Beaujolais-Villages y la destapó inmediatamente. Luego se sentaron en la alfombra, con la botella y las copas. Permanecieron, desde ese instante, tomando vino y hablando de pintura, hasta que a la segunda botella Odette empezó a sentirse mareada y decidió marcharse. Berther la dejó irse, sin tratar de retenerla, seguro de un triunfo largamente esperado.

La siguiente tarde Odette volvió casi a la misma hora a visitar a Berther y, a partir de entonces, siguió yendo al apartamento del pintor, cada vez que tenía tiempo. Aparte de satisfacer los llamados de Eros y los *tête à tête* sobre arte, a veces pasaban largo rato buscando las transfiguraciones del ecarté, echando las cartas del tarot, cuya simbología Berther había aprendido leyendo algunos libros de teosofía.

La primera navidad que pasaron juntos, Berther le regaló a Odette un precioso joyero musical de ébano, que, cada vez que se abría, dejaba escapar las primeras notas de *Cascanueces*, mientras una pequeña bailarina giraba monótona dentro de un carrusel. Odette reconoció en seguida la música, pero, aunque le agradó el regalo, se sintió contrariada y conservó el descubrimiento en secreto, sin relacionar a Berther con algún lejano recuerdo.

Mucho después, cuando ya él había iniciado a la semita en el consumo del polvo blanco que, en un platillo de plata, le ofrecía en pequeñas porciones, divididas por artísticos cortes de hojilla, que ella esnifaba con la ayuda de un pitillo, fue cuando a la mente de Berther llegó la antigua resonancia de la música del joyero. Desde entonces, comenzaron a sentirse confundidos y recelosos, sin embargo ninguno de los dos se atrevió a revelar nada, como si se avergonzaran de algo turbio que los había atado ya en el pasado.

En corto tiempo, Odette comenzó a consumir el polvo blanco con una avidez incontrolable, y pronto cayó en una adicción desenfadada. Cuando Berther no le suministraba la dosis suficiente, la pobre muchacha acudía a cualquier distribuidor de droga inescrupuloso, dispuesta a acostarse con alguno de ellos con tal de conseguir un poco de cocaína.

El primer arrebató de locura se le presentó a Odette mientras se encontraba en un crucero por el Caribe, en compañía de su padre, el mismo sujeto de pelo canoso que andaba con ella en la Galería Minotauro. El hombre tuvo que suspender el viaje y quedarse en Barbados y desde allí trasladó urgentemente a la muchacha a Caracas. La internaron en una clínica para enfermos mentales donde había permanecido durante varios meses disfrutando de cierta mejoría. Pero una semana atrás, sorpresivamente, había vuelto a sufrir una nueva crisis y, después que lograron calmarla, ayer por la mañana, aprovechando un descuido de los guardias del sanatorio, se había escapado disfrazada de enfermera. No se sabe dónde pasó el resto del día, pero por la noche, digo más bien a la hora del crepúsculo, se presentó en el apartamento de Berther. Se cansó de tocar el timbre y, en vista de que nadie salía, acudió a un cerrajero, lo convenció de que era la dueña del apartamento y que había perdido la llave de la puerta. Apenas estuvo adentro, empezó a destrozar, uno tras otro, los cuadros de Berther que encontró a su paso, incluyendo el de *Yemayá* con su rostro. Cuando Berther se apareció, ya Odette había terminado su furiosa labor de exterminio. Berther estaba algo ebrio, en seguida se llenó de furor y se arrojó sobre Odette. La sacudió con una violenta bofetada, ella de inmediato perdió el equilibrio y cayó de bruces al suelo mientras Berther la veía

con ganas de asesinarla; pero no le hizo más nada, se alejó dando traspiés y se tiró a llorar en el diván que le servía para leer y relajarse. Entre tanto, Odette se levantó con esfuerzo y se paró desafiante frente a Berther. *Eres el peor hijo de puta que he conocido en mi perra vida. Cuando te mueras patearé tu cadáver, escupiré sobre tu tumba, maldita alimaña.* Después, al notar que el pintor intentaba incorporarse, corrió hacia la puerta delantera y escapó por las escaleras, buscando hacia dónde ir, para terminar convertida en esa ave quebrada que ahora una mano piadosa cubría con una sábana blanca.

El camión de chatarra había desaparecido cuando la calle se inundó de pronto con un ronquido ahogado y sostenido. Algunos espectadores, acaso desalentados por el cadáver cubierto, atraídos por el ruido, desviaron las miradas hacia el muro y encontraron bajo los árboles al motorizado que trataba de poner en marcha su máquina de 885 cilindradas, descargando las botas con fuerza en el pedal. Luego de varios intentos, el motor respondió con un *pocpocpoc* constante y el motorizado intentó lanzar la máquina hacia adelante.

—Ese es Berther —dijo el viejo, señalando con la mano hacia el muro donde sorpresivamente se veía el dibujo de una rayuela atravesada por un tótem multiforme y más arriba, hacia la izquierda, un *pateau-mitan* en cuyo alrededor danzaba la diosa Ezulie bajo intensos destellos de cristales de *geyserita*. Hubo un silencio tenso. De pronto, como si las palabras del viejo hubieran contenido una orden con efecto retardado, la mayoría de los espectadores formaron una turba y se lanzaron a atrapar al motorizado que avanzaba vertiginoso con su máquina hacia ellos. Una piedra salió del fondo de la noche, estremeció al centauro urbano y lo sacó bruscamente

de la máquina. La moto dio un violento barquinazo y fue a estrellarse contra uno de los carros estacionados frente a la sinagoga. El motorizado se levantó trabajosamente, cuando ya la turba estaba a punto de alcanzarlo. Aterrorizado, como quizá nunca lo había estado, comenzó a correr calle arriba sintiendo el acoso a sus espaldas.

El cadáver había quedado prácticamente solo, apenas, junto con el viejo, se hallaban ahí unas veinte personas. Cuando por la esquina de la farmacia aparecieron la furgoneta de la morgue y una patrulla de la policía, el viejo miró el joyero que continuaba al lado del cadáver. En seguida se agachó a recogerlo y lo estrelló inesperadamente contra el muro. Luego, con una expresión más desencajada que cuando irrumpió entre los mirones, otra vez fijó la mirada sobre el dibujo del muro. El hombre ahora parecía absorbido por los trazos artísticos, como si los examinara detalladamente, quizá buscando la revelación de una simbología trágica. De pronto apartó la mirada del dibujo, mascullando una blasfemia en *yiddish*. Después comenzó a caminar de prisa en dirección contraria a la turba, ya casi borrada del confín de la calle.

Mientras la coloración ocre de las nubes más cercanas empezaba a oscurecerse, entre las reverberaciones de los fulgurazos, imprevisamente dos disparos estremecieron el aire. El viejo se detuvo en seco delante de su auto estacionado frente a una tienda de juguetes. Volvió rápido la cabeza hacía el confín de la calle y contempló con un gesto de amargura la disolución de la turba, huyendo despavorida hacia abajo. Entonces abrió la portezuela del auto y se apresuró a sentarse delante del volante. Arrancó en seguida y desapareció al

doblar la esquina, donde los árboles de la calle se hacían más densos, formando bloques de sombras sobre los dos hombres que introducían el frágil cadáver dentro de la furgoneta.

Magnolias en invierno

Ahora, cuando desde el ventanal de la terraza veo llover y la avenida se va llenando de tantos paraguas como en aquella película, *Los paraguas de Cherburgo*, y la gasa del invierno borra los lejanos contornos de la ciudad, me parece escuchar la voz de Leonardo Favio canturreando: ... *llovía, llovía, presurosa la gente pasaba, corría*, mientras establezco de nuevo las reminiscencias de los días vividos con Agatha, aquella especie de Hedy Lamarr que, como fruto de un éxtasis repentino de la lluvia, yo había sorprendido, otra tarde lluviosa, bajo los árboles de la plaza del *gramático*, como ella se acostumbró después a llamar al Andrés Bello, vaciado de pie en bronce, con el codo apoyado sobre tres libros que descansan encima de un zócalo alto, en conjunción con la mano que, apretando un legajo de papeles enrollados, establece un calculado equilibrio con la otra mano que, abierta y un poco extendida, parece esperar algo del aire enmohecido de la plaza epónima, encuadrada entre árboles raquíticos, inhabilitados para proteger a alguien de un aguacero.

Las reminiscencias de la lluvia podían disolverse ahora mismo, pero una resistencia tenaz me impide apartarme de detrás del vidrio donde llevo rato parado desde que abandoné el libro de Patricia Highsmith, *El amigo americano*, que dejé de leer apenas percibí las primeras gotas de agua chocando sobre el ventanal. Agatha podía surgir en cualquier golpe de vista, sin embargo eso no significaba otra cosa que pura acción mental, un impulso movido por el deseo de continuar perpetuándola en el tiempo. Podría decirme que era un recurrente masoquismo, un estado de ánimo antinómico porque con la misma indolencia que el agua castiga el macadam, también arrastra la imagen de la aparición del Mustang rojo, cuyo conductor, en los últimos meses, venía por Agatha siempre a las cuatro. ¡Vaya sorprendente puntualidad! Pero más allá de esa imperante inmediatez quedaban las imágenes de las ocas y los éideres que hacían posible la dilatación ya atemporal de los instantes lluviosos que perpetuaban las coordenadas de una estación a otra, concentrando en la memoria los sucesos fugaces. En cada una de las escenas estivales del mar del norte, cobra fuerza la presencia de Agatha, cuando septiembre propiciaba el inicio de las migraciones donde tenían lugar los itinerarios secretos con las alegres correrías por Lolland, aquel hermoso espacio de Dinamarca que, desde el primer viaje, superó el atractivo que entonces sentíamos por Mérida.

A una hora como esta, bajo el verano escandinavo, estábamos en el interior de algún castillo medieval. Ascendíamos presurosos, junto con otros turistas, hasta los almenares empedrados para ver alborozados el arribo de las aves vespérales, surgiendo animosas desde la distante línea azul

del mar. Veíamos a las aves volar en círculo por encima del castillo, y luego hundirse entre los fresnos, hayas y abedules que dominaban la vegetación de la isla, mientras algunos disparábamos los *flashes* de las cámaras. Después, cuando las aves habían desaparecido y el viento frío que bajaba del norte amenazaba la tarde, nos abrigábamos con *sweaters* y buscábamos alguna taberna para beber grandes jarras de Tuborg, hasta que la cerveza hacía que Agatha, poco a poco, experimentara una dulce ebriedad. Entonces ella, sin rodeos, comenzaba a intimar con los clientes daneses, deseosa de oír alguna saga nórdica donde de golpe, yo, cautivo en su pensamiento, me convertía en un jefe vikingo, acaso en Olafo, que, con la protección de Odhin, me enfrentaba a un mar irascible que pretendía tragarse el *langskinp*, donde con mis audaces guerreros iba a la conquista de Terranova. Cuando los vikingos perdían interés, ella se acordaba de *La Sirenita*, con el propósito deliberado de pasar gran parte de la noche hablando de la versión que había hecho del cuento de Andersen para una obra de teatro en la Universidad de Los Andes. Cada vez que se terminaban las vacaciones, Odense y el castillo de Elsinor, donde ella no esperaba encontrar el fantasma del Rey, sino el del príncipe Hamlet, siempre quedaba para el siguiente viaje, nunca cumplido hacia esos lugares. Copenhague era solo una hermosa referencia en la guía de turistas. Las postales y las reminiscencias correspondían a Lolland, hacia donde siempre Agatha inventaba una nueva fuga con las imágenes que reincidían en su memoria.

La tarde avanza, y aún el aire no ha logrado deshacerse de la lluvia. El viento arremete furioso contra los batientes de las ventanas que permanecen abiertas. Tengo que ir

a cerrarlas ahora mismo. Pero sucede que allá abajo en la avenida, Agatha puede aparecer en cualquier momento. Es una de esas lluvias terribles, fatales para la gente que habita los cerros. Sin embargo tiene mucha semejanza con aquella tarde lluviosa en que se produjo el primer encuentro con Agatha, cuando la vi apearse del autobús y en vez de cruzar la avenida y buscar abrigo en un sitio más seguro, tuvo la mala ocurrencia de refugiarse bajo los menguados árboles de la plaza del *gramático*. Además, no llevaba nada con que resguardarse, estaba tan empapada que parecía una pobre ave aplastada por la lluvia. Sentí lástima por la muchacha, en seguida me aparté del ventanal, busqué un impermeable y un paraguas y bajé de prisa hacia la avenida. Cuando me detuve, chapoteando en el agua, delante de ella, me miró sorprendida, sin entender aquel gesto de benevolencia que por primera vez yo ponía en práctica con una desconocida. No me fue fácil convencerla, tuve que recurrir a todo el poder de mi infalible labia para que accediera a aceptar mi generosidad que la convidaba a subir al apartamento donde estaría mejor resguardada de la lluvia.

Apenas entramos en el apartamento quise prepararle una taza de manzanilla, pero ya ella había reparado en el aprovisionamiento del bar y, con una melosa desfachatez, prefirió un amaretto seco. Mientras le servía la copa de licor, noté que estaba tiritando de frío; en seguida pensé en la solución, le dejé la copa en su mano derecha y me dirigí a mi dormitorio. Hurgué en el escaparate, escogí una camisa y un *blue jeans* y regresé a la sala. La muchacha había terminado la bebida y aceptó la ropa; no recuerdo si tuvo algo de pena, luego preguntó dónde podía cambiarse, yo le indiqué el corredor

del baño. Por allí avanzó resuelta. Regresó a los pocos minutos, pero había sufrido un cambio brusco: la ropa resultaba demasiada holgada para su delgado cuerpo de anoréxica y, con ese atuendo, adquirió una apariencia chaplinesca. Así lo había entendido la muchacha y en seguida se movió haciendo algunos *gags* parodiando a Charlot, mientras yo intentaba conservar un aire de intelectual circunspecto, poco dado a la risa fácil. Misión imposible frente a Agatha. No pude aguantar la risa y solté una estruendosa carcajada que pareció sacudir toda la sala. Ella comenzó a reírse de mí que trataba de dejar de reír agarrándome fuerte el estómago. Finalmente terminamos desternillándonos de la risa, tendidos sobre la alfombra. Poco a poco comenzamos a sosegarlos, nos levantamos de la alfombra y nos quedamos detrás del ventanal viendo la lluvia caer, consumiendo despacio las dos copas de licor que nos habíamos servido para atacar el frío. Apenas la pluviosidad hizo el primer amaine serio, Agatha, ahora mejor acomodada en mi ropa, repentinamente estampó un beso suave en mis labios y se marchó. Desde arriba la vi abordar un taxi, que se fue perdiendo con lentitud entre la tranca de autos que se había formado en la avenida.

—Las magnolias son como otra piel grabada en mi cuerpo de luna.

El doblaje de la frase no parece haber sido devuelta por el viento que se deja arrastrar por la lluvia. Tampoco proviene del sueño porque todavía permanezco en el lado de la vigilia. Un descendimiento se instala en el aire, hala el tiempo hacia abajo, hasta darle corporeidad a la imagen inevitable del gato adherida también a la vaporosidad de la lluvia que invade el apartamento. Ahora mismo podría ignorar la frase

y el animal, pero siento que germina desde mi memoria otro tiempo de memoria. ¿Acaso la infancia de la muchacha? En este punto todo se vuelve permeable. Entonces quedaba ahí una frágil cáscara que se desquebraja súbitamente y desde aquella glutina densa resurge una musicalidad de niña. Primero aparece la cabeza felina: un par de ojos brillando vivísimos en medio de la oscuridad. Luego surgía el ovillo de pelambre azabache, como siempre, elástico y sigiloso, acechante desde lo alto de las paredes que no terminaban de alcanzar el techo de la casa todavía en construcción. El animal podía estar largo rato inmóvil, a la espera de que aparecieran los ratones. Cuando estaba frente a la víctima, su comportamiento tenía algo inusual, diferente al de los demás gatos: primero establecía un juego perverso con su presa, luego saltaba de pronto sobre ella, y, *trassss*, la apretaba por la cabeza haciéndole estallar los sesos. Después abandonaba los despojos en el patio: jamás los engullía. Agatha siempre había sentido pasión por los gatos.

Por temor a los carros, Pancho nunca se atrevía a seguirla a la calle. Por eso aquel día, cuando ella se dirigía a la clase de teatro y escuchó a sus espaldas el chirrido crispado de los frenos de aire del camión de Pepsi-Cola, se dio cuenta muy tarde de que su adorada mascota la había seguido fatalmente a la calle por primera vez. Los lamentos de la gente la hicieron volver la cabeza. Fue entonces cuando vio el animal inerte bajo los cauchos del camión de refrescos, convertido en una masa sanguinolenta. La horrible escena le provocó un desmayo, unos vecinos la socorrieron y la llevaron a su casa. Desde el mismo día de la muerte del gato a Agatha comenzaron a atacarla unas fiebres ternarias; los médicos no le encontraban

ninguna explicación científica a los desajustes hipertérmicos, y su familia, tan teatral como ella, empezó a prepararse para vivir días de luto. Sin embargo, Agatha se repuso pronto y sus padres le regalaron otro gato al que bautizó Pancho, como el anterior.

Afuera la lluvia seguía moviéndose entre las cosas que poblaban la avenida, originándome estas ideas tan abstrusas. A través del ventanal los maniqués, abrigados por las vitrinas veladas por un brillo de muaré, parecían proyectar múltiples figuraciones, gestos que, a simple vista, adquirirían una simulación vertiginosa y exultante, a expensas de sus acartonados remilgos de fábrica.

Mientras afincó la mirada en la sugerencia esmaltada de los maniqués, mis deseos se llenan, tal vez por la presencia de la lluvia, de la necesidad de un día con abundante sol para ir al encuentro de Agatha. Solo me hubiera bastado caminar por la avenida México y encontrarme con ella, sabiendo que nuestro encuentro era lo menos fortuito de un hecho fortuito, compartiendo juntos los sucesivos enmascaramientos de ella, inventando los días en los mejores instantes de su teatro callejero, toda ella chaplinesca o marcelmarceuesca, con su lindo rostro de mimo natural que condensaba la dúctil mimesis del gesto. A veces se transformaba en una niña durmiendo una muñeca, en un violinista, montado en una cuerda, tocando su violín o en un enamorado indeciso deshojando una flor.

En el fondo convexo de las vitrinas, donde se desplazaba el multiplicado reflejo de la muchacha, a veces difusa entre el orden estático de los maniqués, de pronto una iluminación más intensa revelaba su verdadero rostro, desprovisto

de maquillaje, ajeno al desconcierto que la lluvia causaba en mí. Me encantaba, y aún hoy creo que me sigue encantando, aquel rostro radiante que muchas veces había visto extraviado bajo el brillo de muaré, asumiendo la multiplicidad de gestos, en la vertiginosa yuxtaposición de las vitrinas.

En los paneles de vidrios se establecía la secuencia: rostrodeagatasobrero trodeagatasobrero trodeagatasobrero trodeagatarostrodeagata. Cada imagen parecía el intento de prolongar la usurpación de la otra muchacha que durante un tiempo, desde la terraza, veía pasar por la tarde antes del ocaso. No podría decir que eran gemelas, pero el parecido era asombroso con la Agatha hiperquinética de aquellos días en los que quiso comerse el mundo. Entonces no era extraño imaginársela caminando al mismo tiempo por Sabana Grande y Baker Street, convertida en la más punketa de las punketas.

Desde la ausencia de Agatha navego por el apartamento, compartiéndolo solo con el gato que ella trajo una tarde, tras haberlo encontrado, maullando y hambriento, sobre una tumba en el cementerio adonde había asistido al entierro de una prima, *muy parecida a mí*, recuerdo ahora que dijo mientras echaba leche en un plato para el gato. Después que el gato comenzó a comer, Agatha se dirigió a la habitación. Había dejado la puerta abierta y, desde el estudio donde me encontraba escribiendo el guión de una película intimista, veía cómo sus manos iban sacando la ropa de su cuerpo. Como pocas veces, sentí que la deseaba y, tratando de sorprenderla, me dirigí sigiloso a la habitación; pero ella, aunque ya me había pillado por el espejo, se hizo la desentendida, recortándose las uñas de los pies. Permanecía desnuda

sentada en la cama, reflejada de frente en el espejo, exhalando un fresco olor a magnolia. Contemplé en detalle su piel, no era del todo tersa, en el abdomen la celulitis comenzaba a dejar algunas flacideces; en todo caso, no tenía sentido imaginarme un cuerpo de luna impoluto después de que Neil Armstrong había profanado el suelo selenita.

—¿De dónde sacaste eso de cuerpo de luna?

Agatha se volvió con un falso gesto de sorpresa.

—No sé, quizá del sueño de mi muerte. Espera, creo que lo dijo Lorca. No sé.

El gato empezó a maullar desesperado, Agatha soltó el cortaúñas y salió de prisa de la habitación. Entonces la percibí como algo irreal, como una aparición etérea que podía aparecer y desaparecer caprichosamente. A través de esa rara percepción la poseía a mi arbitrio y me hacía cómplice de sus locuras callejeras, mientras recorríamos La Pastora —por ejemplo—, quizá yo tomando una serie de fotos para una locación cinematográfica, dejando que ella hablara indistintamente del método de Stanislavski y de la batalla de la Esquina de Las Termópilas, trastocando el orden histórico de la antigua guerra entre los griegos y los persas. A ella le encantaba La Pastora con su aire de parroquia domesticada y melindrosa. Allí tenía muchos conocidos, especialmente en el bar Las Delicias, donde siempre terminábamos bebiendo cerveza, cada vez que nos daba por buscar un lugar con algún resto de la ciudad de los techos rojos. Mientras Agatha atendía al gato que había dejado de maullar, yo trataba de descifrar el oscuro simbolismo del único cuadro que adornaba la habitación. En el cuadro, un intento de copiar el estilo de Emerio Darío Lunar, el cuerpo del cuervo aparecía en

primer término, cerrando sus garras en las alas del caduceo, compuesto de una serpiente bicéfala. Las dos cabezas parecían luchar para devorar al gato barcino que ambas tenían cogido con sus afilados colmillos. Al fondo del lienzo, algo difuminado, como el Gato de Cheshire, había un gato negro, aplastado bajo los cauchos de un camión difuso. Ese cuadro y el otro de la sala, donde estaba ella desnuda, junto con la ropa, fueron las primeras cosas que trajo Agatha al apartamento cuando decidió venirse a vivir conmigo. Como ella tardaba en volver a la habitación y mi deseo se había enfriado, regresé al estudio y frente a la Macintosh Classic II comencé a agregarle otra secuencia al guión. De pronto el aire del estudio fue invadido por el fragante y delicado olor de las magnolias, no me moví de la silla ni me volví, sentía a Agatha mimosa detrás de mí. En seguida pensé en el cuadro y quise conocer el significado de la composición, pero ella había empezado a mordisquear los lóbulos de mis orejas, con esa manera tan especial que tenía ella a la hora de iniciar su juego de seducción. Alargué los brazos hacia atrás, la tomé por las caderas y traté de traerla hacia mí; no dejó que mis manos la alcanzaran y me eludió riendo, huyendo elástica hacia la habitación. Me levanté decidido y fui tras ella. Una fuerza extraña me cortó el paso sorpresivamente: allí, en el umbral de la puerta estaba el gato engrifado, mirándome con intimidadora fijeza desde el fondo de sus pupilas dilatadas. Un súbito escalofrío se irrigó por todo mi cuerpo y pensé en algún gato de ultratumba de una de las novelas de Stephen King. A pesar de la poca relación que había tenido con estos felinos, el gato de Agatha no me inspiraba ningún grado de superstición. Sin embargo, aquella pelota de pelambre

negro había conseguido acobardarme. Agatha no se daba cuenta del inexplicable antagonismo que había surgido entre el animal y yo; ella seguía moviéndose seductora y flexible dentro de la habitación, seleccionando sus cremas de maquillaje y eligiendo la ropa íntima que iba a ponerse unos minutos antes del momento de la deserción. Mientras iba de un lado a otro no parecía advertir mi presencia, a pesar de que, con su cuerpo de hembra fabulosa, continuaba estremeciendo mi deseo de poseerla. Los movimientos de su cuerpo eran casi perfectos, nunca se hacían irregulares. Únicamente interrumpía su ritmo cuando sonaba el teléfono y corría a atenderlo, pendiente de la llamada del maldito chofer del Mustang rojo, mostrando aquel descaro amañado que inexplicablemente yo había contribuido a alimentar. Cada vez que Agatha partía, su presencia no solo continuaba flotando en el ambiente, a través del olor de su ropa, ni por el gato, ni por las magnolias que se frotaba en el cuerpo ni las que ponía en los floreros de la sala, sino también por sus cuadros, incluyendo el retrato que le había hecho mi amigo Berther, donde ella aparecía desnuda, ovillada dentro de un círculo de flores, con el cabello trenzado como una rastafari.

Cuando era toda mía y nos quedábamos tendidos en la cama, tras un coito feliz, ella comenzaba a recordar los días que habíamos pasados en Lolland. Hablaba con tanta pasión de los paisajes del báltico, que a veces yo tenía la impresión de que nunca habíamos estado en Dinamarca, que aquellos encuentros con daneses simpáticos y rubicundos, como los vikingos, solo existían en su imaginación.

—Estás loca, Agatha, nunca hemos estado en Dinamarca.

Entonces ella saltaba furiosa.

—¡Cómo que no! El loco eres tú. ¿Quieres que te busque el álbum?

En esa época era tan natural que nuestras disputas triviales terminaran en una batalla a almohadazos, hasta que aparecía aquella imitación del gato de Cheshire y comenzaba a maullar insistente entre las piernas de Agatha y teníamos que abandonar nuestro combate. Comúnmente el gato terminaba echado en la cama y en su rostro parecía dibujarse una mirada burlona, cuando su dueña se olvidaba de mí y se tendía en la cama a jugar con él. En esos momentos regresaba furioso a la Macintosh, maldiciendo el gato, el único compañero que tengo ahora, echado, roncando plácidamente, en el sofá de la sala, indiferente a la lluvia que, paradójicamente, me devuelve otra vez a Agatha en una atmósfera festiva, estremecida por el ruido de las cremalleras, el estrépito de los tiovivos y de la montaña rusa que giraban vertiginosos mientras los colores de los aparatos parecían diluirse en el aire cálido de la noche. En cada evolución, el frenesí de las cremalleras aceitosas excitaba el entusiasmo de la muchacha y, desde abajo, saltaba eufórica, soltando inusitados vítores que contagiaban a las demás personas que plenaban el parque de diversiones. La alegría de Agatha no tenía tregua, y, a veces con una expresión de travesura encajada en el rostro, de pronto sorprendía a algún niño y le arrebatava la chuchería. Pero antes que el niño soltara en llanto, tenía de vuelta entre las manos la golosina. Fue en unos de esos *raptus* infantiles cuando descubrió bajo unos odiosos bigotes nietzscheanos, la sonrisa engreída del hombre del Mustang rojo, armado con un rifle de aire frente

a la caseta de tiro al blanco. El tipo, antes de llevarse el arma al hombro, le hizo una reverencia a Agatha, brindándole el disparo. El hombre —debo reconocerlo— resultó bueno con el arma, y con el primer disparo bajó un oso grande de peluche, el cual, sin abandonar la sonrisa engreída, obsequió a Agatha. Entonces yo sentí ganas de golpearle su necio rostro de filósofo arrepentido. Sin embargo, la muchacha adivinó mis intenciones y me abrazó amorosamente, mientras me arrastraba hacia el hombre que permanecía con la mano tendida hacia mí. Se la estreché por pura cortesía, para complacer a Agatha que se había propuesto también a disparar sobre la diana del tiro al blanco. El bigotón le cedió el rifle y en seguida ella se prestó a disparar, con tan mala suerte que la fuerza de la repercusión del arma la envió al suelo, cayendo sentada de culo. El viejo de la caseta intentó reírse de ella, pero Agatha lo fulminó con la mirada y el pobre hombre apenas si llegó a esbozar una desabrida sonrisa. Después, cuando ella terminó de levantarse y comenzó a burlarse de sí misma, nos hizo reír a todos, incluyendo al viejo de la caseta, quien terminó regalándole un gato de peluche. Apenas dejamos de reír, el bigote de gato, que no terminaba de caerme bien, para mi tranquilidad, decidió marcharse en ese momento. Tomó de la mano a un niño que acababa de bajarse de los carrochocones y, tras despedirse, cruzó la calle y se dirigió hacia su carro, estacionado al frente del parque mecánico. Él agitó los brazos antes de entrar en el Mustang con el niño, y Agatha hizo lo mismo, lanzándole inesperadamente un beso volado que me enfureció.

—Chao, loquito —dijo Agatha haciendo un cono con las manos, te pareces a Mickey Mouse con los bigotes de Federico.

A pesar de que el Mustang rojo y su carga habían desaparecido cuando comenzamos a dejar el parque y caminábamos hacia la avenida, con Agatha agarrada de mí, yo continuaba molesto con ella. El exceso de coquetería que se había permitido con el bigotudo me resultaba tan intragable como un purgante de pasote. Sin embargo, no podía echarle en cara su comportamiento, en el fondo no tenía ningún derecho sobre ella; en realidad no éramos ni esposos ni concubinos. Quizá, sin saberlo, habíamos inventado una extraña forma de amar. Por tanto no me sentía con derecho a reclamarle nada. Además sentía temor de que nuestra singular relación se deshiciera, y perdiera a la única mujer que verdaderamente sabía satisfacerme en la cama.

Ahora noto que la lluvia ha empezado a debilitarse poco a poco, pero es evidente que su presencia puede prolongarse hasta bien entrada la noche. La gasa de la humedad se hace eterna en el aire, mientras me siento aislado detrás del ventanal. Un estampido repentino sacude el silencio que reina en el apartamento, y me retiro del vidrio para cerciorarme de que el viento no ha derribado ninguno de los *souvenirs* que Agatha había ido coleccionando en cada uno de los viajes a Lolland. En la primera inspección la mirada se detuvo en la réplica del mascarón de proa del dios Thor que ella había comprado en el primer viaje. El mascarón pareció moverse y en seguida me vino a la mente una secuencia de imágenes. Entonces la visión se hundió despacio en un lago limoso, en

cuya orilla la efígie de la mujer crecía en el boceto de la *scalleta* que preparaba para el guión cinematográfico que entonces yo estaba escribiendo, basado en la historia poco original de dos mujeres idénticas que surgían desde la lluvia.

La escenografía aún no podía definirse en aquel momento, cuando la tarde comenzaba a acercarse a la noche, y la presencia de la lluvia se hacía larga, aunque menos densa. En una sugerencia de *flash back*, las imágenes, tras una breve transposición, se fueron situando fuera de enfoque, sin que yo asumiera la responsabilidad de admitirlas ahora como válidas. Sin embargo, en el espacio que correspondía al renglón de “video” o, para ser más preciso, en el boceto, podía leerse en cursivas: *Agatha, la beauté de la visage de la femme se évapore*. Yo no sabía si estaba oscilando en el sueño o en la vigilia, a pesar de que desde muy cerca percibía el sonido de la lluvia entrando en la habitación donde permanecían esas hermosas piernas tuyas; *Agatha, tú que avanzas a través del tiempo, despertando mis pasiones y mis noches sin ti, hilvanando encuentros y desencuentros en la tibieza de este recinto lleno de tu permanencia, cuando acepto esta fortuita accésit para reconstruirte una y otra vez, porque ahora esta es la única forma de que tú permanezcas aquí, cuando vuelvo a tu cuerpo, todo desnudo, por donde dejo deslizar mi lengua sorbiendo la salobridad que cubre tu piel. Te doblego hacia atrás, y siento el afán de poseerte sin tregua, deseoso de violentar esa parte de ti oscura y constreñida, el orificio sagrado que solo me entregabas en algún momento especial*. Pero en estas condiciones no puedo asirte, y, tras otra violenta ráfaga de viento, dejo de pensar en ti por un instante y comienzo a cerrar la ventana de tu habitación para que tus cosas permanezcan intactas.

Abandono la habitación y vuelvo al ventanal. Nuevamente busco a Agatha en este tiempo de lluvia. Un efluvio de magnolias me llega desde alguna parte, y pienso en lo tanto que te gustaba el olor de las magnolias, especialmente en invierno. De pronto quiero encontrarte otra vez en la calle, bajar con el paraguas y recogerte en la plaza del gramático. Sin embargo, solo encuentro ahora tu nombre escrito en la tumba de un distante columbario, con un epitafio en francés, trazado debajo de un extraño caduceo y un gato barcino, vigilante en su postura marmórea, como siempre quisiste que fuera tu tumba, cuando te ponías a hablar de los misterios que atan la vida con la muerte.

A pesar de tener fama de memorioso entre mis amistades, no recuerdo exactamente cuándo el ruido de la bocina del Mustang rojo penetró en el aire del apartamento por primera vez. Pero sucedió pocos días después del encuentro en el parque. Seguramente fue luego de que Agatha aprisionara mi rostro entre sus manos y me halara hacia ella para introducir su lengua en mi boca. Tuvo que haber sido de esa manera. No recuerdo otra. Hizo un movimiento de serpiente, alzó las largas piernas y me atrapó por la cintura, arrastrándome hacia ella. Entonces quedé clavado a su cuerpo y, como siempre, la escuché reír brevemente mientras le mordía despacio los senos dilatados. Cuando sonó el bocinazo, tenía que haber sido las cuatro, porque ella a partir de ese momento se acostumbró a dejarme solo en el apartamento a esa hora infausta. La primera vez que eso sucedió no le di importancia, pero cuando los cornetazos del Mustang rojo se volvieron cotidianos, anunciando el instante de las deserciones, me dejé obsesionar por la idea del doble homicidio. Con ese

propósito adquiriré una Browning. Un día Agatha descubrió el arma en el armario de mi habitación y comenzó a desplegar toda su astucia y poder de seducción. Supo imponerme el dominio de su cuerpo, y yo, sin saber por qué, quedé totalmente desarmado, sin valor suficiente para llevar a cabo las dos muertes. Había sucumbido a la dádiva de los coitos que Agatha me brindaba momentos antes de responder al llamado del tipo del Mustang rojo, cuya bocina yo odiaba tanto como la hora de la huida.

Con el arribo de la noche, la lluvia se ha vuelto menos densa, las gruesas gotas, aunque poco a poco han ido perdiendo fuerza, todavía mantienen un lento acoso sobre los autos y la gente que se desplazan por la avenida. Las luces se van encendiendo lentamente, pero la hambrienta gasa del vapor que borra los contornos lejanos de la ciudad parece tragarse los rayos y devolverlos fatigados hacia las sombras de los árboles enchumbados. En medio de la escasa duración de las estrías de luces que se esfuerzan para iluminar la calle, intento buscar de nuevo a la muchacha, entre el asalto de los pocos ecos que permiten la persistencia de la lluvia, *entre cuya humedad estoy otra vez lamiendo tu cuerpo, tu savia toda, siempre en la desmesura y el afán de reconstruirte y hacerte volver en tus posturas de entrega y metamorfosis, araña, gata, escorpión, serpiente, Agatha, tú, vertida en esa cadencia voraz, tan tuya que viene ahora a despertar mi pasión desmedida animada por la lluvia. En tu cuerpo busco y poseo lo sagrado y lo obscuro de la hermosa diosa de Sorte, entregado en mi aquellarre cotidiano propiciando libaciones y correrías paganas para compartir nuestros secretos comunes. Llégame ahora disfrazada de diosa de Sorte nuevamente y permíteme que en medio de la lluvia el gato*

nos descubra desnudos, tendidos en la cama oliendo el intenso aroma de las magnolias del invierno.

También llovía la tarde de su último onomástico. Ahora la veo de nuevo: un echarpe crepuscular invadía la atmósfera. Bajo la lluvia, yo llegaba al apartamento con el lindo gatito que le había prometido para su cumpleaños. Agatha hacía tiempo que no criaba un gato pequeño y se sintió feliz por el obsequio del animal. Sin pensarlo mucho se decidió por el nombre de Pancho para el gato, nada extraño por lo demás, porque así se habían llamado cada uno de los otros gatos que precedían al que yo le regalé esa tarde.

Deliberadamente, intentando que se quedara conmigo a celebrar el cumpleaños, compré todas las magnolias que había en El Lirio Japonés. Antes que allá abajo sonara la bocina del Mustang rojo, todo el apartamento estaba lleno con sus flores favoritas. Tampoco esa tarde quiso quedarse, tomó al pequeño Pancho y huyó con él a encontrarse con el maldito bigotudo, desafiando el palo de agua que entonces estaba cayendo.

Apenas Agatha salió, tuve un mal presentimiento. Horas después, mientras le servía leche en el plato al viejo gato mañoso, el teléfono empezó a sonar persistentemente. Luego, cuando acudí a atender la llamada y me llevé el auricular al oído, una voz anónima me informó del trágico accidente, y desesperado bajé al estacionamiento a buscar mi carro.

Cuando llegué a la autopista, esta se hallaba congestionada y tuve que dejar el carro a pocos metros de donde se encontraban dos patrullas de la PTJ y una ambulancia del Plan Caracas, frente a la estatua de la diosa de Sorte, su ícono preferido. Apenas me acerqué descubrí los restos amacijados

y comprimidos del Mustang rojo, incrustado bajo la batea de una gandola cargada de tubos. Un vértigo cojonudo me paralizó de pie a cabeza cuando reconocí los dos cadáveres que los bomberos acababan de rescatar del auto destrozado. El cuerpo del pequeño animal no apareció, seguramente se había desintegrado entre el amasijo de hierro y latón. Cinco días después del accidente, los padres de Agatha vinieron desde Canadá a retirar de la morgue el cadáver que yo mandé a embalsamar y lo trasladaron a Chicoutin, cerca de Québec. Sin embargo, ella sigue viviendo en mí a través de sus íconos que permanecen en el apartamento, especialmente las magnolias y el gato que había encontrado una tarde en el viejo cementerio de la ciudad.

Ahora comienzo a sentirme libre del influjo de la lluvia y regreso a la mesa de trabajo. Al lado del libro de Patricia Highsmith, en la pantalla de la Macintosh, el cursor titila sobre la última palabra que escribí hace varias horas, antes que comenzara a llover. En el reloj de la sala ya son las doce, y ella no llega. Pero de pronto suena el timbre y me levanto. Abro la puerta y llega (mi querer, repienso) Agatha, con un ramo de magnolias y una botella de Moët & Chandon para celebrar mañana su cumpleaños, conmigo. Primero se sacude el agua de lluvia que hace brillar su cabellera, luego me da un beso suave en la boca y pregunta por el gato que de inmediato fluye de alguna parte y comienza a ronronear entre las piernas de su ama. Agatha levanta al animal y se lo lleva a la habitación, mientras yo regreso a la computadora y me pongo a leer los caracteres que permanecen en la pantalla. *Ahora cuando, desde el ventanal, veo llover y...* Me detengo. Una súbita calma, rota apenas por el chasquido

imperturbable de la lluvia, envuelve el apartamento. Desde la habitación se siente la risa de Agatha que juega con el gato. Entre tanto, allá afuera, la gasa del invierno continúa borrando los lejanos contornos de la ciudad.

Sinfonía de caracoles y otras ficciones

Publicado por Ediciones Imaginaria —San Felipe, Yaracuy— en el año 2005, dice la contratapa:

Hay un elemento unificante en estos relatos de Julián Márquez: la conjunción entre realidad y alucinación. En este vínculo reside justamente uno de los logros del autor, quien a través de su lenguaje narrativo, coligando el detalle a la precisión y la morosidad a la síntesis, nos transmite sensaciones ambiguas de descolocación y viajes a dimensiones interiores de los personajes, quienes a su vez proyectan en el lector una serie de latencias inquietantes donde convergen símbolos de perennidad poética, como los evidenciados en el relato que da título al volumen. La vida extramuros de los “malandros” caraqueños y su secuela de robos, sexo o vértigo; accidentes tormentosos en carreteras que generan presencias fantasmales; la música y el cine percibidos desde patologías mentales; la escatología y el horror vertiginoso de una cárcel; o la locura generada en la atmósfera creada por unos muñecos de cera, conforman esta fascinante sinfonía narrativa.

En esta obra se confirma la maestría en el arte de narrar exhibida por Márquez en sus libros anteriores, con la añadidura ahora de nuevos logros en sugerencias, profundidad y densidad, mediante el manejo de un lenguaje que no vacilamos en calificar de impecable.

Algenio de los ritos cotidianos.

*Pero más adentro, en el secreto de la sangre,
los impulsos tendían, seguros,
sus arcos interminables.*

GUSTAVO DÍAZ SOLÍS

*...allí, rondando como rondan las larvas el
círculo mágico queriendo entrar en la
secuencia...*

JULIO CORTÁZAR

Secreta presencia de las sombras

Una desazón húmeda comenzó a perturbarla apenas se introdujo en el velo de sombras. Atenta a las vibraciones del aire, creyó percibir la sensación de algo elusivo, escondido en algún lugar del apartamento. Lo extraño parecía permanecer acechante, a la espera del instante más oportuno para atacarla. Aunque era una reciente manifestación, se sentía más bien la presencia de una cosa antigua, quizás encerrada allí desde siempre —mucho antes de Ana convertirse en residente de Parque Central—, esquivando a las visiones diurnas.

Desde niña había controlado los temores, desarrollando una especial atracción por el misterio y lo sobrenatural. Pero ahora estaba aterida, bajo el dominio de ese miedo imprevisible, adherido a su cuerpo, exteriorizado en ese nerviosismo pulsátil en algunas partes de la piel. Sin atreverse a ir más allá de la sala, estaría interrogándose sobre el motivo de aquella aprensión inexplicable, cuando ya llevaba tiempo en el apartamento, de consorte con la soledad, después del rompimiento con Mauricio.

Permanecía de espalda apoyada en la puerta de acceso al apartamento, con el peso de sus pensamientos y el acoso de ese temor húmedo, viscoso, desplazándose consistente dentro de ella, volviéndola inútil para controlar el ritmo agitado del corazón. Se sentía anulada para desplazarse a la habitación donde estaba la pistola, el único recuerdo material de Mauricio, que conservaba en la gaveta de la ropa íntima, segura de la confianza que solo el arma podía proporcionarle. En el teléfono estaba la otra posibilidad de ayuda, pero continuaba paralizada, con las piernas clavadas al piso. De repente pensó en el vecino de al lado. Si pudiera llamarlo. A esta hora seguramente estará dormido. Tan varonil como Mauricio. Quizás un poco más ducho en eso de proteger a una mujer indefensa... ¿Por qué no salir, tocar a su puerta, buscar el pretexto, el gesto audaz y necesario que posibilitara el acercamiento?

Acaso pensar de esa manera contribuía a protegerla de ese inesperado miedo, esa extraña cobardía que la distanciaba de la muchacha intrépida, la emprendedora estudiante de antropología, capaz de internarse sola en una cueva a extraer osamentas en algún cementerio indígena, a media noche, con ese arrojo que, ya en posesión de su licenciatura, la llevó a Oaxaca, impulsada por el deseo de escudriñar en los orígenes de la cultura tolteca. La Pirámide del Sol. Su pasión por Quetzalcóatl. Sus sueños con la Serpiente Emplumada, en medio de la intrincada vegetación, asediada por los avatares de la guerra florida, atada a la piedra de sacrificio, abierta al pedernal del dios, en un trayecto de la lejana carretera que la conducía al valle de las pirámides.

La expedición la componía un pequeño grupo de jóvenes antropólogos. En algunos sitios la carretera desconocía el asfalto y el *jeep*, alquilado por la Sociedad Mexicana de Antropología, avanzaba entre saltos, envuelto en una nube de polvo rojizo que hacía estornudar a los viajeros. El grupo expedicionario, con exclusión del chofer, estaba integrado por Ana, Mauricio, Rosemary, una muchacha de Oklahoma; y Pablo, el cubano. La visión instalada delante de ellos era un paisaje árido, olvidado por los meses de lluvia. De entre las milpas abandonadas, de vez en cuando, escapaban algunos tordos sorprendidos y pronto desaparecían, casi desintegrados por la flema abrasiva del aire caliente que parecía escapar detrás de los nopales, amates y magueyes impassibles e inmóviles, como cautivos guerreros, sembrados de pie en aquella tierra agreste, obligados por un ritual de castigo.

Más adelante, el ambiente experimentó un cambio brusco, originado por la lluvia inesperada de una solitaria nube, separada de las otras que se alejaban negligentes hacia el horizonte. De pronto a Ana se le ocurrió que el cambio climático era un regalo de Tláloc, el dios Náhuatl de la lluvia y le ordenó al chofer detener el vehículo, retando la protesta de sus compañeros. Pero el conductor sentía una inocultable empatía por el país de Simón Bolívar y del pugilista Antonio Gómez, estímulo suficiente para aceptar sumiso la petición de Ana, cuya innata simpatía conquistaba el espíritu más insensible. Descendió triunfadora del *jeep* y comenzó a bailar bajo la copiosa lluvia, invitando a sus compañeros a participar con ella. Estos se negaron a complacerla y permanecieron dentro del *jeep*, observándola llenos de curiosidad.

Unas manos fuertes la asieron por la cintura, en seguida giró la mirada a su alrededor y contempló al dios. Allí estaba junto a ella. Nada de indígena había en las facciones güeras. Sus ojos garzos la observaban con deseos. La levantó en vilo y la trasladó a la piedra de sacrificio. Acaso era Mauricio, con su metamorfosis en Quetzalcóatl. Un dios danzarín que procedía del otro lado del mar, como Hernán Cortés, sin la tez cobriza, con su pedernal dispuesto a cobrarse la ofrenda de la princesa desnuda sobre la piedra volcánica, celebrada en el ritual de Tláloc. No cabía duda: era Mauricio, con su apariencia más europea que Náhuatl. Sin embargo era tan de allí, tan mexicano como los dioses uto-aztecas que danzaban con ella. La danza iba *in crescendo*, aumentaba su ritmo vertiginoso copando todo el espacio, disolviendo el trinar de las bandadas de pájaros que volaban hacia el norte. En el instante más intenso de la danza, desde la profundidad del bosque surgieron los nonohualcas a practicar el copar. Tras una breve escaramuza con los toltecas, salieron victoriosos y arrastraron con ellos a la princesa. Tomaron el mismo camino de llegada y desaparecieron, dejando tendidos en el suelo a varios rivales muertos y otros malheridos.

Todavía la princesa estaba desmayada cuando llegó al territorio de los raptos, donde la tendieron con extremo cuidado en otra piedra volcánica. Abrió los ojos y vio, sin miedo, el pedernal de obsidiana que el sacerdote apretaba en la mano derecha, a punto de descargarlo violentamente en el pecho de la cautiva. Desprovista por completo del miedo, se sentía impávida, satisfecha de su condición de doncella destinada al sacrificio. De pronto ansió la libertad, quiso correr e intentó levantarse inútilmente. Aunque soltó un grito desgarrador,

que recorrió todo el bosque, nadie acudió en su ayuda. Estaba de nuevo a merced del miedo, sentirlo ahora era una necesidad de protección, la única posibilidad de salvarse. En su ánimo seguían creciendo las ansias de escapar, mientras los cazadores se reían burlones de su escasa fuerza. En plena oscuridad creyó percibir otras risotadas, sin embargo lo que repercutía dentro de sus oídos no era realmente un rumor de risas, sino un sonido de crótalo, próximo a sus pies. La agilidad inesperada de Mauricio aventó la serpiente de un puntapié y Ana se arrojó de inmediato en sus brazos, a punto de llorar. Estaba otra vez segura, bajo la protección de su dios azteca. Por primera vez, desde que salieron de Ciudad de México, se había fijado detenidamente en él. En seguida se atrevió a hacerle el estudio antropométrico, como le confesaría mucho tiempo después.

Luego estalló la locura y la risa de todo el grupo danzando bajo la lluvia transparente, descendiendo lenta sobre la tierra. El chofer permanecía en el *jeep*, observando a través de las estrías de agua la improvisada danza de los antropólogos, quizás deseoso de un trago de pulque. La lluvia se desvaneció tal como había aparecido. El viaje debía continuar y la bocina insistente del rústico reclamó a los pasajeros.

Se había atrevido a dar unos pasos y ahora se encontraba refugiada en la terraza. Sus ojos rastreaban el temblor de las sombras, boceteando cuerpos decapitados, deformaciones monstruosas que incrementaban su miedo, después de haber atravesado media ciudad apresada por la falla eléctrica. El apagón comenzó cuando abordó el taxi en Macaracuay. En ese momento, la ciudad oscurecida le obsequiaba el secreto placer de sentirse atraída por la penumbra que reinaba por

doquier. Desde el vehículo, las formas recortadas de los edificios le parecían extrañas ruinas, restos de arcaicas civilizaciones precolombinas con las que no había tenido contacto en sus viajes de investigación antropológica. Absorbida por la oscuridad podía reconocer ciertas calles, algunos almacenes y cervecerías visitadas por ella, sola o en compañía de amigos. De los segundos establecimientos, le agradaban los de nombres con resonancias eufónicas. Pensó en Il Vecchio Molino. En cierta ocasión se había encontrado allí con el exesposo de su hermana Vidalina. Se trataron fríamente, debido a que ella jamás había olvidado cuando su cuñado intentó violarla. No obstante, ahora comprendía que, si bien lo trataba con distancia, no le guardaba tanto rencor como al principio, acaso porque, de alguna forma, ella lo había provocado con sus atributos físicos. En cambio, todavía experimentaba algo de animosidad hacia la hermana quien, fuera de sí, la había tratado muy mal cuando ella la puso al corriente de las intenciones del marido. Vidalina la acusó de viciosa y terminó echándola de la casa, meses después de la muerte de su madre. Se encontró entonces sin tener dónde vivir hasta que una amiga le brindó alojamiento.

En medio de la oscuridad, la mole de Parque Central apareció casi de improviso, levantada entre la cortina de sombras, cubierta por esporádicos y débiles filamentos de luces. Ahora descendería del auto, y no le iba a quedar más remedio que subir por las escaleras de emergencia. Menos mal que son apenas siete pisos. Cuando llegue al apartamento, después de despojarse de la ropa, se meterá bajo la placidez de la ducha. Y casi sintió el agua deslizándose agradable, bulliciosa por su cuerpo flexible, refrescándola, para quedar libre de

la sofocación del día. Quizás tendría tiempo para encender el televisor y ver el capítulo de la telenovela *Tieta*, antes de dedicarse, hasta el amanecer, al trabajo de los mitos maki-ritare, con el texto de Jean-Marc de Civrieux, absorbiendo al mismo tiempo el desdoblamiento de la noche. Envuelta en esa ambigua sensación de desasosiego que se apodera de la ciudad anochecida, luego de los relojes marcar las nueve, en ese asalto de lo inesperado que crece precisamente hacia la madrugada, con sus ruidos repentinos, continuos u ocasionales, con ese oscuro gluten de siempre, estableciendo un cordón umbilical entre ella y las ensoñaciones. Cuando concluya con la investigación para el Centro, quizás sueñe nuevamente con Quetzalcóatl.

Inconscientemente se había olvidado del apagón, y cuando descendió del taxi regresó de pronto a la realidad. Se armó de valor y enfiló resuelta sus pasos hacia la escalera de emergencia, animada por una fuerza secreta que la arrastraba sin pausa hacia arriba, hasta detenerse frente a la puerta. Comenzó a rastrear impaciente las llaves dentro del bolso y tan pronto las encontró las introdujo de prisa en la cerradura. Fue entonces cuando empezó a percibir esa extraña presencia que la mantenía refugiada en la terraza, batallando con el miedo.

Si llega a agravarse la circunstancia, quizás acuda al vecino de al lado. Nada puede impedirle golpear la pared para reclamar ayuda. No obstante, ahora comienza a dejarse dominar por la extraña presencia, a aceptar dócilmente la violación de su privacidad. Después del grito, cuando el espectro aparezca, dejará de temblar. Se lo promete. Permanecerá allí, quieta, inmóvil, expuesta a cualquier ataque

del invisible visitante. En algún instante saldrá de su escondite. Vendrá a corporeizarse, frente a ella, súbitamente o despacio. Ya no le importa. Quizás se parezca a Mauricio, también al vecino que ha de brindarle ayuda cuando llegue el momento del grito. Aprovechará la ocasión para hacerle el amor sin ningún preámbulo. También podría ser un asesino en serie, un alma despiadada, como esa sombra que avanzaba despacio en su búsqueda. La hoja del cuchillo, tan cuidada, brilla orgullosa entre la oscuridad, avanzando hacia su cuello de cisne para cercenarlo, cortarle la yugular. Después una filosa sierra la cortaría en diversos trozos, como a una res, luego el insensible asesino, igual que hicieron los argentinos en ese mismo edificio, años atrás, con aquella muchacha, se dedicará a esparcir, indolentemente, fragmentos de su cuerpo por los basureros extramuros. Quizás se desprendería del aire para atacarla por detrás, tomándola de sorpresa, apoyando el cuchillo en la cintura. En seguida comenzaría del deslizamiento del cuerpo, suave y doloroso, más allá de la piel. Espeso, el olor de la sangre se va expandiendo por el aire, cubriendo toda la atmósfera ennegrecida por el apagón.

Unos ojos febriles saltaron en la oscuridad, desde cuyo fondo oblicuo surgía esa luz amarillenta, con un sesgo de perversidad. El silencio, moldeado en plomo, crecía a su alrededor, estableciendo un campo magnético que circulaba penetrando el cuerpo tembloroso. El arco viscoso se deslizó por entre las piernas y Ana sintió a ras de piel el latigazo del escalofrío, cuyo efecto remataba cortante en las ramificaciones del cerebro. El líquido descendió cálido de arriba, derramado desde el orificio del triángulo emplumado, haciendo

un pozo vidrioso bajo los zapatos. Su cuerpo no percibía el rumor de la bestia. Tampoco fue sensible al cercano arqueamiento del lomo ni a la elasticidad apaciguada de los pasos cerca de ella. Allí, como entre sueños, temblaba por el temor al pedernal, a la punta de sílex deseoso de sangre. No obstante presintió la piedra de jade y la pirámide de corazones palpitantes, recién desprendidos de los cuerpos sacrificados al mediodía, en ofrenda al indomable Huitzilopochtli, la voraz divinidad solar.

Volvió a ver el lejano paisaje cuando el sol se derramaba incandescente sobre el caserío levantado a un costado de la carretera. Le pareció escuchar el tumulto de los niños, cuando tomaban el *jeep* por asalto, apenas el chofer frenó la marcha y los pasajeros tocaron tierra para abastecerse de alimentos. Ana se detuvo en la puerta del negocio, donde el resto ya había entrado. Los muchachos seguían revoloteando alrededor del rústico, mientras los ojos de la viajera contemplaban la permanente aridez del paisaje que envolvía todo con un desafío contumaz. A veces la vista se extasiaba en las apariciones casi fantasmales de las mujeres apáticas. Silenciosas, ellas atravesaban la única calle del caserío, ataviadas con sus rebozos oscuros, recreando un retablo contra el aire candente, alimentado por un sol implacable en las horas de la mañana.

Desde alguna parte, una voz grave gritó el nombre de la muchacha, pero ella no estaba segura de que hubiese sido Mauricio, o cualquier otro de los compañeros de viaje. El silencio se apoderó nuevamente del aire y Ana continuó hipnotizada por el paisaje. Sin sorpresa, vio aparecer a un grupo de campesinos transportando una pequeña

urna blanca, con los rostros suspendidos en una resignada expresión de congoja. El cortejo se perdió a lo lejos al mismo tiempo que los muchachos se volvieron más imprudentes y se atrevían a montarse en el *jeep*, con asombroso desparpajo. Cuando hicieron sonar la corneta, la cabeza del conductor asomó en seguida por la puerta del negocio y su voz autoritaria consiguió el despeje inmediato del vehículo. La muchacha observó silenciosa la huida de los niños. Después dirigió sus pasos hacia el asno que dormitaba de pie, amarrado frente al expendio. Dejó correr las manos por el lomo del animal y este levantó las orejas, abrió sus ojos acuosos y contempló a Ana, con el mismo semblante de mansedumbre que apreciaba en los habitantes del caserío. *Tus ojos que tú no ves, Platero, y alzas mansamente al cielo, son dos bellas rosas...*

Ana sintió de pronto una cosa fría recorriéndole un brazo y cuando se volvió asustada encontró el rostro sonriente de Mauricio, ofreciéndole una Coca-Cola. Tomó la botella e hizo un gesto de adiós al animal, y se alejó encantada con el hombre hacia el vehículo. Los otros habían abandonado el negocio y se distraían repartiendo monedas entre los muchachos, quienes saltaban alegres, burlándose de vez en cuando del chofer, indiferente sobre el *jeep*, concentrado en sacarle punta con una navaja a un palo de acote que acababa de recoger del suelo. Cuando se completó el grupo, aventó el palo y encendió el motor para retomar el viaje hacia Monte Albán. No se detuvieron en Oaxaca, atravesaron por las afueras y se dirigieron al valle arqueológico. Un sentimiento inefable se fue apoderando del grupo, excepto de los dos

mexicanos acostumbrados a aquel ambiente, tan familiar para ellos.

En la cumbre estaba el gigantesco monumento, la Gran Plaza, con su cadena de edificios labrados en rocas. El vehículo se detuvo y todos saltaron a tierra. El cubano fue el primero en correr hacia la gran pirámide, examinó los montículos y comenzó a disparar su cámara fotográfica de manufactura soviética. A la norteamericana parecía envolverla una dulce fascinación frente a la majestuosidad de las antiguas piedras del valle. En el rostro de Ana, en cambio, brillaba el esplendor de una sorpresa inextricable. Estaba sumamente extasiada, bajo el blanco sol del mediodía que llenaba con su asombrosa luz la grandiosidad del edificio del Juego de Pelota, de cuyo interior parecía que, de un momento a otro, iba a surgir la imagen de algún dios.

Despacio, Ana preparó también su cámara fotográfica y disparó tres veces seguidas, pero se interrumpió cuando aparecieron los turistas alemanes que se interpusieron entre ella y la pirámide, impidiendo una nueva toma. En seguida soltó una imprecación que los turistas no entendieron y luego se dejó arrastrar por Mauricio hacia el interior del monumento. Adentro llegaban las voces de los alemanes y ella soltó otro improprio. Después se dejó conducir a las escalinatas de amplias alfardas. Ana se sintió algo agotada y se sentó en el piso donde comenzó a envolverla un suave vértigo que amenazaba con cerrarle los ojos. Mauricio se tendió protector a su lado, experimentando cierta envidia por Pablo y Rosemary que continuaban hacia el adoratorio, lugar del hallazgo de la máscara de jade del dios murciélago, descubierta años atrás.

Se habló luego de un paseo a Xochimilco y de lo bien que se comía en Las Amapolas. El rico aderezo de los tamales y los tacos, la sopa de frijoles, los chiles rellenos, el pollo en mole, el guacamole y las quesadillas. Por último, Mauricio se puso a recitar poemas de Jaime Sabines. Sin embargo, Ana parecía no escucharlo, el vértigo continuaba surtiendo efecto en ella. Se desvanecía muy lentamente: sobre su cuerpo estaba otra vez Quetzalcóatl, envuelto en plumas de quetzal. Se encontraba presente en la noche, cuando tú visitaste la morada donde reina el dios de los muertos y tomaste el caracol de Mictlantecuhtli, pero como carecía de abertura por dónde asirlo, en tu auxilio acudieron los gusanos e hicieron las perforaciones que permitieron la entrada de las abejas y las avispas que luego tañeron el caracol, el cual produjo el hechizo adormecedor de los guardianes de los muertos, y tú pudiste contar con los huesos para regarlos con la sangre de los penes de otros dioses y con la tuya, procedente de tu órgano, serpiente emplumada, para realizar con éxito la creación del hombre y la mujer, acrecentando tu grandeza con tu resplandeciente sacrificio, porque ese cuerpo tuyo jamás desaparece, vive animado por el espíritu de la inmortalidad y siempre resurge de sí mismo, como la piel de las serpientes... Cuando la secreta voz se desvaneció, experimentó aquella prolongada y resbaladiza viscosidad recorriendo sus piernas. Ahora no escuchó el agudo sonido de los crótalos, como la vez anterior, quizás la oportuna precipitación de Mauricio le impidió oír el ruido. Se había ocupado de aplastar con la bota la cabeza del reptil que todavía se sacudía agonizante sobre su sangre. Nadie supo de dónde había salido la tarasca, pero en su memoria todavía estaba nítida la imagen de la serpiente,

entre los recuerdos del viaje. Igual conservaba las fotografías de las pirámides, las cartas enviadas por Rosemary durante cierto tiempo y, lo más sorprendente, el retorno a Ciudad de México para el repentino noviazgo con Mauricio que, tras llevarla a caminar por el Paseo Reforma, culminó en matrimonio poco antes del regreso de ella a Caracas. Fue una boda sencilla, con escasos invitados, con la presencia del grupo de antropólogos; unos becarios del plan de estudio Mariscal de Ayacucho, que Ana había conocido en el Consulado de Venezuela; y los padres de Mauricio, sorprendidos por el inesperado matrimonio del hijo menor.

Fuera de los recuerdos, el temor la estremece nuevamente. La extraña presencia continúa retrasando el ataque, pero Ana vuelve a presentir que surgirá de pronto de entre las sombras y la atrapará para devorarla. Ya no tendrá escapatoria, estará bajo la voluntad de su agresor. Sin embargo, estaba dispuesta a no dejarse atrapar fácilmente. Entonces se armó de valor y se despojó de los zapatos para defenderse. El arma de Mauricio, oculta en la gaveta de ropa íntima, y la posibilidad de acudir al vecino, significaban también otros medios para la defensa.

Al primer intento de moverse de la terraza, Ana la sintió avanzar. Los ojos de la bestia relumbraron en la oscuridad, mientras el aire se impregnaba de un vaho penetrante. El hedor obstaculizaba la respiración de la muchacha, incapaz de gritar y moverse para buscar el arma. El corazón elevó su frecuencia a medida que el espectro la presionaba. Lo sentía apoderarse de la atmósfera, desplazando los objetos, copando todo el espacio, despidiendo la urgencia de una inevitable agresión, desplegando un cerco ondulatorio que comenzaba

a envolverla por completo. Ante la inminencia del ataque, Ana cerró los ojos entregada a cualquier embestida, a la más ilícita degradación capaz de soportar en ese instante, segura de ser suprimida para siempre.

Súbitamente volvió a sentir la viscosidad de la serpiente, esa baba fría que se deslizaba por sus piernas. Pero ahora se encontraba sola y su pensamiento no le proporcionaba la fórmula para escapar del asedio y conjurar el peligro para sobrevivir a esa exacerbación del miedo que le impulsaba a apretar más los ojos. Tembló de pies a cabeza cuando tuvo contacto con lo desconocido. Las piernas se le aflojaron solícitas para el desmayo, sin embargo permaneció retadora, reconquistando el valor.

Después un agudo resplandor atravesó sus párpados, los ojos se abrieron a la luz restablecida y descubrieron a un búho real encima del alargado perchero, observándola impávido, con sus grandes círculos de fuego amarillento, agitando las alas con un ruido intenso. Ana despidió un profundo suspiro y agitó los brazos para espantar al ave nocturna. Ignoraba cómo había llegado hasta allí, pero no buscó ninguna explicación a la presencia del rapaz. Dejó de ahuyentar al búho y, tras sentarse en la sala, permaneció largo rato contemplándolo, todavía intrigada por su extraña visita. Después se levantó del sofá y avanzó hacia el animal, con la intención de atraparlo, como si el miedo se hubiera desvanecido en la transparencia de la luz. En seguida el búho desplegó sus alas y voló seguro hacia afuera, a través de los barrotes de la terraza, hundiéndose en el negror de la noche. Sobre la alfombra, el ave había dejado restos de su alimento, el cuerpo destrozado de una serpiente de cascabel, con algunas plumas tornasol

sobre sus escamas. Luego de un prolongado silencio, prendida por el pensamiento, Ana se acercó al despojo del reptil, estuvo mirándolo unos minutos más y después, con la punta del zapato, lo empujó hacia abajo.

Sinfonía de caracoles

Descendieron a la playa en busca del anciano, poco después de evaporarse la lluvia. La atmósfera aún permanecía friolenta y la brisa arrastraba consigo un salobre aliento a algas podridas, desprendido del aire y de la arena sembrada de fibras verdes, conchas marinas y otros residuos de basura. Desde el comienzo del escarpado sendero, los niños acababan de divisar al viejo sentado frente al mar, con la pipa suspendida en los labios, contemplando en lontananza las disminuidas formas de los barcos ondulantes entre el movimiento de las olas.

El niño tenía dificultad para moverse sobre las piedras, y la niña, algo mayor que él, se enojaba al no verlo avanzar más de prisa. En cambio, ella saltaba de un lado a otro con suma facilidad, eludiendo el peligro de las lajas filosas y los pedazos de vidrio que desnaturalizaban la composición de la arena. Llegaron donde estaba el viejo, y este en seguida recibió el regaño de la niña porque andaba desabrigado y se exponía a pescar un fuerte resfriado. El anciano aceptó

con mansedumbre la reprimenda y se incorporó despacio, apoyándose en el hombro del niño. Los tres comenzaron a caminar cerca de la orilla, sintiendo bajo sus sandalias el chasquido dócil de la arena, complacidos en el rumor abismal de las olas irrumpiendo constantemente en la playa. El sonido y la oscilación del oleaje le devolvían al anciano una etérea ambivalencia, mediante la cual solía viajar a la Hélade y descender al fondo del Orco, ansioso por descubrir la fuente de la inmortalidad.

Al sumergirse en sus evocaciones continuaba la lucha contra los tritones del tiempo. Una tarea titánica que ya tenía años en su cuerpo. A veces experimentaba el deseo intenso de reaccionar contra todo, asumir una actitud contraria a la vida, derrotar los achaques, el dolor de la columna y aquella sensación angustiosa de morir que lo asaltaba por las noches, detrás del marco de la ventana, inmóvil en la constelación de Orión. Ante el cúmulo luminoso del cazador, los ojos se extasiaban largamente en las insondables oquedades nocturnas.

Por cuenta propia, sin que nadie lo orientara, descubrió el significado de aquel nombre cósmico, cuyo primer portador había sido castigado por Artemisa. El azar tendió una aprehensiva red reveladora, para que él, en sus doce años, rebosante de vitalidad, encontrara aquella altiva luminosidad que su nombre ocultaba. Orión, el divino cazador. Hijo de Poseidón y de Euríale, con la facultad de caminar sobre el mar y la tierra. Una resonancia escondida en las páginas del libro de tapa roja, presente en un atril, en la sala de la casa de su maestra de cuarto grado. Orión, su espléndido cuerpo de cazador, provisto de su carcaj, disparando sus flechas a través

del tiempo. Esa revelación radiante, solamente compartida al principio consigo mismo, antes de hacerse pública.

En las confabulaciones de los juegos en solitario se convertía en su alter ego. Indiscriminadamente flechaba pájaros, lagartijas, ranas y sapos, compartiendo la acción de exterminio con la capacidad extraordinaria de andar por las aguas con el mismo desparpajo que lo hacía por la tierra. Sin embargo, todas las tardes tenía que abandonar su mundo de fantasías y salir de su casa con la bandeja de jalea de mango para instalarse frente a la puerta del cine Alcázar a vender el producto doméstico. A su paso intuía la burla de los otros muchachos y recurría al gesto desafiante de los puñetazos. Pero a veces eludía las riñas, su nombre celeste lo hacía superior a ellos: él era una constelación y no podía rebajarse al nivel de quien carecía de dignidad cósmica.

Arrastraba las imágenes lejos de la burla y la reconstruía en muchas ocasiones, observando desde el puente el deslizamiento de la líquida mantarraya. El animal le mostraba su liso cuerpo y su boca parecía sonreírle, desatar desde el fondo oscuro algún gesto hipnotizador para atraerlo a la morada del señor de las aguas. Como había sido provisto de la facilidad de caminar sobre ríos y océanos, nada le impedía aceptar los desafíos del dragón. A través de sus artes mágicas, la líquida tonalidad azulenca estaba bajo su control.

Un deseo desconocido lo fue venciendo y comenzó a caminar resuelto hacia la playa. La voz susurrante del acuoso espejo, deslizándose su marea hacia sí misma, pareció retarlo y él aceptó el desafío. Dejó los libros en la orilla y se despojó de la ropa. Una ráfaga de aire cortó su cuerpo y en seguida se abrazó a la mantarraya, rumorosa y turbulenta. La agresiva

lengua lo arrastró hacia adentro y lo envolvió por completo. Luchó fuertemente para no sucumbir a la violencia marina, pero las energías lo abandonaban. Casi se rendía al ímpetu de las procelosas aguas. La turbulencia lo engullía y lo regurgitaba, a punto de arrastrarlo hasta el fondo, aprovechando el desfallecimiento que lo invadía, despojado de sus atributos divinos.

Cuando abrió los ojos descubrió la lluvia sobre la noche, saturada de ruidos extraños. En su cabeza habitaba el aturdimiento y la confusión. Recordaba el viento ondulando desde el mar, la distante sombra de los cocoteros y las uvas de playa. Sin embargo, ignoraba cómo había vuelto al borde de la arena. Sin duda, aquella era su casa: todo le resultaba tan familiar que, aun sin interés de reconocimiento, no le costaba trabajo identificar los objetos ni las voces cuchicheando afuera, al otro lado de la habitación donde reposaba. Luego vio entrar al hombre alto y ancho de espalda que era su padre, hediondo a cerveza y con una mano oculta a la espalda. Sus ojos azules, herencia del tatarabuelo teutón, brillaron en la penumbra de la habitación. Inesperadamente, el brazo descendió con violencia, aplicándole doce acentuados latigazos. El castigo desató un odio soterrado contra su progenitor. En cambio comprendió el llanto silencioso de la madre, explorado desde la puerta. En ese instante se sintió humillado por la violencia de su procreador. Luego encontraría en la hermana la disposición de brindarle cariño, sustituyendo a la madre, siempre temerosa de no contrariar al padre en ningún instante.

Al momento de abandonar la adolescencia, el padre dispuso llevárselo a trabajar a su taller de reparación de neveras.

Pero él solo deseaba escapar de la casa, enrolarse en algún barco como marinero, partir en busca de otros horizontes. Imitar el destino de Orión, perderse en lo insondable. Un día consiguió una “cola” desde Guanta hasta Puerto La Cruz, y una vez allí, el azar le ofreció la oportunidad de navegar, a través de un árabe que recorría las costas en una falúa, distribuyendo carbón entre Puerto La Cruz y Porlamar. Se hizo pasar por huérfano y se ofreció a trabajar gratis con el árabe. El distribuidor lo aceptó como ayudante y le asignó un modesto salario semanal. Entre tantos itinerarios, un viaje de la falúa a La Guaira lo hizo quedar prendado del azaroso paisaje de casas encaramadas en el verde del cerro situado más allá de las vaharadas del mar, y decidió quedarse a probar fortuna en la nueva región costera, donde más tarde conoció a Teresa, anticipada a la aceptación de compartir la vida con él.

Regresó luego de algunos años a la casa de sus padres, cuando se enteró por una emisora radial que la gravedad de su madre le reclamaba. La vio consumida entre las sábanas mugrosas y se paralizó. El cáncer la devastaba paulatinamente. Los brazos, apenas un colgajo de pellejo, se alargaron trabajosamente hacía Orión, pero él permaneció inmóvil, con los ojos nublados, impresionado por los estragos que la enfermedad había causado en su madre. Terminó de impresionarlo la aparición casi fantasmal del padre y la hermana amarillenta y enflaquecida, semejante a una enferma de ictericia. En los cinco niños que venían detrás, no tardó en adivinar a los sobrinos. Se sintió de pronto aturdido. Todo se volvió negro de repente, un tumulto vertiginoso reventó en su cabeza y corrió hacia la calle, para emprender nuevamente la huida.

Había conocido el dolor de muchas maneras; sin embargo, esa debilidad de los huesos, ese andar lento de tullido crónico era peor en los últimos meses. También subyacía el sentimiento de inutilidad recrudescido durante el reposo, despedazándole el sueño. Las noches de insomnio lo iban consumiendo, desgastándole la memoria. Oscuras premoniciones asaltaban su mente y, cuando pocas veces encontraba el sueño, siempre aparecía la voz de su madre, reclamando su presencia en el lecho de muerte. Esa contricción lo atormentaba más que cualquier otra circunstancia. Sin embargo, apenas descubría la luz del alba sobre la ventana, volvía a sonreír, presto a recorrer, después del desayuno, la playa con los niños, desafiando la oposición del hijo y la nuera, como un merecido resarcimiento a las interiores angustias cotidianas.

Una puntada artera del reumatismo lo obligó a sentarse a descansar a escasos metros del borde resbaladizo de los arrecifes, atento a los niños que avanzaban por el sendero lleno de cardos, con el mar cabrilleando allá abajo, en el oscuro azul de la hondonada. Desde donde estaba, perseguía atento la actividad de los niños, cada vez más ágiles en la recolección de las vacías conchas de caracoles que metían en una cesta. La niña levantaba de vez en cuando la cabeza hacia el anciano, y le satisfacía verlo contemplar, con aire risueño, el mar. En su infantil pensamiento, se imaginaba que toda la atención del viejo se depositaba en la zambullida de los alcatraces, en las gaviotas y en los distantes buques anclados en la rada del puerto, al otro extremo de los arrecifes. Luego afinaba la imaginación y lo transformaba en un elegante capitán, recorriendo de babor a estribor la nave moviéndose sonriente entre los pasajeros y la tripulación a su cargo. La niña apartó

los ojos del viejo y se agachó a sacar de la arena, con la ayuda del niño, un pedazo de madera y se dirigió a escarbar entre las piedras más difíciles de extraer. Una rica variedad de conchas quedó al descubierto y los niños comenzaron a llenar de prisa la cesta. De pronto la niña empezó a saltar contenta, con un gran caracol entre las manos, señalando hacia el viejo, quien continuaba descansando en la arena. Cuando los nietos se disponían a llevarle el caracol, el anquilosado cuerpo del viejo se levantó con cierta dificultad y se puso en marcha al encuentro de los niños.

Había llorado y sus párpados aún exhibían las huellas recientes de las lágrimas, cuya evidencia trataba de borrar con el dorso de la mano, mientras avanzaba. El desplazamiento del aire le hizo bien, parecía inyectarle ánimo y apresurarle el paso, con seguridad y decisión. Sus ojos buscaron la presencia de los niños, pero estos habían desaparecido detrás de los altos riscos de los arrecifes. Un mal presentimiento cruzó por su mente y comenzó a llamar a los niños a gritos, repetidamente. El llamado quedó sin respuesta, solamente el vuelo de las aves marinas y el rumor oscilante del mar expresaban sus agudas notas. El viejo apuró el paso, siguiendo el resbaladizo sendero, temeroso de algún accidente que proporcionara argumentos a su nuera para deshacerse definitivamente de él, algo que venía buscando desde que comenzó a dejar vasos de orines por los rincones para culparlo ante su hijo. Tenía que encontrar a los niños, aun a costa de su vida, no deseaba brindarle un pretexto mayor a la mujer y se dedicó afanoso a la búsqueda. Sus pasos adquirieron una resistencia inaudita y comenzó a trepar torpemente por la parte más escarpada de

los riscos. Las piedras filosas hendían la carne de las manos, abriendo delgados surcos de sangre.

Se había hundido en el acantilado a pesar de sus escasas fuerzas. Cuando llegó a unos de los salientes, a pocos metros del mar, en el fondo, sintió que el aire amenazaba con escapársele aprisa de los pulmones. Intentó pedir ayuda en vano, su voz se hacía inaudible entre el rumor del mar, viniendo desde abajo, donde chocaba violentamente con las paredes del acantilado. La brisa marina secaba rápidamente las abundantes lágrimas que corrían por sus mejillas.

Cerró los ojos y reprodujo en primer plano la imagen de la tarde en que huyó del lecho de la madre moribunda. A partir de aquel instante no hubo ninguna razón para ignorar la maldición de la familia, lanzada a su espalda mientras buscaba el terminal de viaje. El segundo plano funde al anterior y ve aparecer al musculoso portugués, desafiante, con los brazos en jarras, parado en la puerta del negocio, haciendo alarde de su oficio de carnicero, con la presencia intimidante de la bata manchada de sangre, atada alrededor de la cintura.

Como acontece con muchos casos de infidelidad, Orión fue el último en enterarse del enredo de Teresa con el portugués. Un sábado comenzó a beber temprano y cuando ya estuvo bastante ebrio, enfiló sus pasos hacia el negocio del lusitano. Apenas se detuvo en la puerta de la carnicería comenzó a insultar furiosamente a su rival, a desafiarlo a una pelea a puñetazos. El portugués confiaba en su fortaleza para aplastarlo en cuestión de segundos y lo observaba socarrón. En aquel momento, Orión se

sentía asistido por una energía cósmica, un valor extraordinario, vital en ese trance decisivo, aunque nunca había sido un cobarde, como muchas veces se presumía, ante la certeza del adulterio. El carnicero continuaba impertérrito, observando arrogante a su débil contendor, quien se agitaba inestable allí delante. Ni siquiera los denuestos contra su madre alteraron la actitud del lusitano. Sin embargo, cambió bruscamente cuando Orión amenazó con defecarse en la Virgen de Fátima. A Orión se le congeló el tiempo de reaccionar y el dolor del primer puñetazo le atravesó el alma como el efecto de un violento martillazo, dejándolo tendido en el suelo, al largo de su cuerpo. Se incorporó con cierta dificultad para ser nuevamente derribado por otro puñetazo, aún más fuerte, del enfurecido contrincante. Esta vez notó el labio partido y el gusto salobre de la sangre se regó por la lengua, contraída por la humillación. Un relumbre, rabioso e instantáneo, brilló en el aire. Inmediatamente el filo de la navaja abrió el vientre del portugués, cuyos ojos se dilataron desorbitados al ver el tajo sanguinolento por donde se escapaban las vísceras enrojecidas y vidriosas. La muerte del portugués se la cobraron con veinte años de cárcel. Entre las rejas había que bregar duro por conservar la vida, y en más de una ocasión tuvo que batirse a chuzo para preservar la hombría. Durante el tiempo que permaneció en prisión, la venta de café y cigarrillos le proporcionaba una modesta renta, de la cual destinaba una parte para la manutención de su pequeño hijo, aunque había roto la relación con Teresa.

Sin embargo, esos fragmentos de recuerdos parecían menos terribles que las visiones procedentes del fondo del mar. Las últimas penetraban a través de los ojos, como tritones endiablados, portando agudos tridentes que volvían a hendir sus entrañas sin piedad. Lloraba, ya no de dolor sino de angustia. Un nudo se atascaba en su garganta, como erizado de puntiagudas espinas, sin tener escapatoria por ningún lado. De pronto dejó de percibir sus pulsaciones, un largo estado de lasitud parecía discurrir por venas y arterias. Una prolongada supresión de los sentidos paralizó sus sensaciones, al mismo tiempo que, contrariamente, todo revivía dentro de él. Tras un último esfuerzo se sintió completamente apaciguado y le pareció que comenzaba a descender hacia la muerte, una impresión poco esplendorosa, ahora llena de dientes y engranajes torturantes. A punto de diluirse la carne, las moradas del alma se llenaban de un fluido frío que, en cierta forma, recompensaba los maltratos terrenales.

Por fin logró abrir los ojos, apenas su sensibilidad registró una cosa helada sobre la piel, recorriéndole de arriba abajo. En su mirada se instaló el rostro sonriente de la niña, con una gran concha de caracol entre las manos, y el niño más atrás sosteniendo la cesta. Tomó la concha y se la llevó risueño al oído, terminando de deshacer el ligero desmayo. Allí parecía concentrarse todo el sonido del mar. Desde el fondo calcáreo surgía una sinfonía marina, millares de ecos sutiles, derramados apacibles y misteriosos por los vericuetos auditivos. Las señales de Orión también estaban allí, en esa maravillosa sinfonía del caracol, aliadas a una extraña orquestación de madréporas, sargazos, algas, ninfas, sirenas,

delfines e hipocampos, con la complacencia de Poseidón. Se llenó entonces de alegría, cargado de recuerdos infantiles, retrotraído al tiempo en que descubrió el significado de su nombre. Instintivamente su mirada buscó el cielo. Pero, aunque la claridad espejante del sol del mediodía le ocultaba la presencia de Orión, él sabía que la constelación estaba hacia el norte, un poco más allá de las nubes que se desplazaban vertiginosas hacia abajo, rumbo al horizonte.

Estampó un beso en la frente del niño y luego, con una expresión sibilina, acarició el rostro de la niña, acentuando la mueca lúgubre impresa en los labios. Después regresó el caracol al cesto repleto de variadas conchas marinas y se apoyó nuevamente en el niño para poder levantarse de la resbaladiza piedra del acantilado, sabiendo que ya las conchas no le servirían para hacer las iglesias y las capillas que vendía a los turistas. Puso a los niños por delante y retomaron el sendero empedrado, hacia la casa ubicada en la colina, al este de la playa. El aire, ligero y fresco, se divertía con las canas del viejo mientras la mirada despedía el resplandor de un mal presagio.

Momentos después, cuando entraron en la casa, al viejo no le extrañó la presencia de los dos hombres que estaban sentados en la sala hablando con su nuera y su hijo. Apenas lo vieron llegar con los niños, los cuatro se hundieron en un silencio cómplice y se pusieron de pie. Mientras la mujer tomaba a los niños de las manos y los llevaba a la parte alta de la casa, el viejo, cabizbajo, fue a buscar su maleta y se entregó dócilmente a los funcionarios del geriátrico. Su hijo trató de abrazarlo, pero él lo rechazó sin violencia, con cierto aire de resentimiento reflejado en los ojos apesadumbrados. Antes

de abandonar la casa, tomó de la cesta, que los niños habían dejado sobre la mesa, el caracol más grande y lo introdujo en la maleta. Luego, envuelto en un mutismo absoluto abandonó la vivienda, sin volver la mirada hacia atrás, escoltado por los dos hombres.

Circularidad de los pasos

En cualquier momento, en la ramificación de la Plaza La Estrella, la luz del tercer círculo pudo haber caído en verde. Seguramente, Yoni aprovechó el descanso del tránsito para cruzar hacia la avenida Vollmer, entre los otros transeúntes que también esperaban la señal de cambio del aparato triple ojo. Quizás en su cabeza todavía revoloteaban fragmentos de las palabras que Patoso le había repetido noches atrás en un bar de chinos: *Tenemos un plan atrinca, pana. Vamos a levantar vuelo con unos cuantos melones. Lo tuyo es darle a la nave, tarea fácil para vos.* Cuando despertó esa mañana pudo no haberse sentido seguro, y tal vez consideró que una vuelta de reconocimiento por la zona no estaba de más. Posiblemente se paró frente el banco a media mañana, reflejándose en la puerta de cristal donde se duplicaba la incesante actividad callejera, como en una proyección cinematográfica. Acaso las puertas de vidrio nunca permanecían inactivas mucho tiempo, desplegando la actividad de atraer y repeler continuamente a los usuarios.

Desde la calle, la mirada también debió capturar el hervor de las taquillas, con su tropa de pulcros y sumisos empleados, cumpliendo esa tarea tediosa y mecánica de los ambientes financieros. Quizás lo asaltó un poco la dicha de no ser parte de aquellos presuntuosos empleados, acosados por sobresaltos y temores ante la acción del hampa, semejante a sus angustias cuando se hallaba próximo a llevar a cabo un atraco como en el que estaba involucrado. Probablemente se fijó en el hombre gordo, con la cabeza despoblada, como una bola de billar, que abandonaba el banco contando un fajo de billetes nuevos, exponiéndose a ser una víctima más del inesperado arrebato de algún sagaz motorizado. Acaso en su ánimo despertó la tentación de abalanzarse sobre el calvo y despojarlo de los billetes. *¿Por qué es tan pendejo? Contando tanto dinero en plena calle para tentar a cualquier ladrón. El muy confiado maricón ese.* Tampoco tenía nada de extraño suponer que el calvo llevaba un revólver debajo del traje negro y que, igual que él, también había estado en medio de la atmósfera sofocante, a la espera del cambio de luz para llegar de prisa al banco. Seguramente lo observaba cómo iba abriéndose paso entre el gentío, hasta desaparecer de su vista, oculto por la larga cola de automóviles, apaciguando las ganas de asaltarlo. Quizás la efervescencia mañanera se merecía un cielo plácido, totalmente blanquiazul, algo acorde con el incesante fluir en las calles, desplegadas ante los transeúntes.

Algunas sombrías impresiones podrían inducirlo a pensar en regresar al cerro, a entretenerse un rato con el niño, tratando de controlar las exigencias de su mujer, incrédula ante la incierta promesa de comprarle un vestido nuevo

y sacarla de ese barrio espantoso e irse a vivir a un mejor lugar, lejos de esas horribles calles de tierra y aguas negras por donde transitaba amargamente todos los días. Sin embargo, no tendría nada de extraño que las promesas quedaran incumplidas, porque era probable que al siguiente día se encontrara con la muerte, agonizando sobre un charco de sangre, frente al banco, de donde debería obtener un buen fajo de billetes con los que no había dejado de soñar en los últimos días, tendido en la cama o conduciendo el desportillado Maverick, que siempre había soñado cambiar por un Camaro último modelo.

Tal vez en la densa atmósfera cargada de vapores deletéreos, donde iría a hundirse tarde o temprano, no encontraría ningún resplandor de círculos amacijado. Acaso solo podría aspirar a dibujar unas mariposas quebradizas, encoladas sobre una cartulina, orgulloso de la sonrisa extraña de la maestra, negándose a creer que el peor estudiante de la clase pudiera tener tanto talento para las artes plásticas. Pero entonces ella ignoraba las andanzas nocturnas del dibujante, amañado también en robar las gallinas del vecindario, incluyendo las que criaba la vecina de su madre. No obstante, por encima de todas esas viejas circunstancias, es muy probable que llegara a verse en realidad acosado por el incesante tableteo de las ametralladoras de la policía, silbando cerca de su cabeza, buscando, desesperado, protección detrás de su viejo vehículo.

Tampoco sería extraño imaginarse andando con la sensación de estar sumergido en una gigantesca colmena, con todo el enjambre en ebullición. A su alrededor los ruidos se atraían y se repelían simultáneamente, sin que de su parte se

evidenciara algún deseo de escapar del insalvable bullicio callejero. Pudo haber intentado evadir todo ese tropel y buscar refugio en alguno de esos bares baratos, atendidos por chinos silenciosos y desconfiados. Acaso el mismo bar donde casualmente, unos días atrás, se había encontrado con Patoso. *Qué vaina tan cojonuda, hermano, tanto tiempo sin vemos. Te apareces en el momento preciso. Necesito un conductor tan bueno como vos.* Después hablaron del asalto, explicado con lujo de detalles por Patoso. Es factible que el otro hubiera desplegado su convincente verborrea para comprometerlo en el robo al banco. Quizás no tardó mucho en aceptar el ofrecimiento de su antiguo compinche, seguramente sucedió lo contrario, buscando la manera más convincente de eludir a Patoso, pensando en no volver a delinquir, como ya se lo había prometido en otras ocasiones.

Cuando abandonó el bar, tras beberse una cerveza, apenas se vio reflejado en las vitrinas de los almacenes, tal vez estableció una relación preferencial entre él y la forma invertida de su cuerpo, multiplicada en los vidrios de las exhibiciones cargadas de visajes. A lo mejor todo le parecía correcto, pero era previsible que algo invalidara su pensamiento. Podría ser la misma sensación de doblez que varias veces lo había hecho regresar al banco. Probablemente pensó que estaba dentro de un sueño ineluctable, con la verosímil virtud de reproducir al detalle la realidad. Sin embargo, allí también cabía la sospecha de la inseguridad: todo cuanto era imaginable que pasara por su mente, podía ser un forjamiento de otro pensamiento multiplicado apenas con ciertas variantes. Por si las dudas, debía propinarse una cachetada, pellizcarse los brazos o mesarse los cabellos. No obstante,

podría suceder que nada alterara la presunción de los hechos, dejando que las cosas continuaran como hasta ahora, variando según alguien se las figurara de diversas maneras.

Pudiera permitirse ahora el recurso de deshacer el juego, sin eludir el bullicio vertical de la avenida, ya bastante alejado del círculo verde, ahora en rojo. Lo más acorde con cualquier hipótesis trivial era suponer a la gente agitada de un lado a otro, arrastrada por ese movimiento alocado que la impulsaba a torear los vehículos. Luego se hundirían más, sin objetivo alguno, en la efervescencia callejera. Así el discurrir de la atmósfera iría sintetizándose en una caliente masa invisible que se apelmazaba en los cuerpos, sobre todo en los cansados obesos, que desparramaban gruesos goterones de sudor. Un poco más abajo de los trapos de las mujeres debían de espumear surcos húmedos y sebosos, mientras se desplazaban, veloces y volátiles, sobre sus altos tacones, conformando un ligero relumbre en el ritmo afiebrado del tráfico inmediato.

Seguramente, al cambiar de acera, se sintió atraído por las vitrinas de artículos para caballeros. Quizás le llamó la atención algún fino traje, de esos bien cortados, sin problemas para amoldarse al cuerpo. Por todos lados lo perseguía la exaltación de las voces, en una permanente sensación de asedio, y la yuxtaposición iconoclasta de los registros vocales que no establecían distinción alguna entre los seres, en medio de la inmediatez cotidiana, girando allí mismo. Un fondillo ampuloso, forrado en piel de ébano, que se deslizaba provocador, desafiando las miradas lúbricas de los hombres, era un elemento de impacto instantáneo, como para no disminuir

el interés por el traje, resguardado en la vitrina donde acababa de detenerse.

Poco tendría de extraño que una vez desaparecida la muñeca de ébano, haya vuelto a verse embutido en el traje de dacrón y lana, deseoso de impresionar a las chamás, allá en el cerro. Después del asombro de las jevas, se dejaría caer en La Golondrina, y, entre las rondas de cerveza con Yonatan y Patoso, quien hasta la saciedad aprobaría su elegancia, la noche se proyectaría feliz, despojado de exaltados pensamientos, persiguiendo, con golpes rítmicos sobre la mesa, la música proveniente de las entrañas de la rocola. A buen seguro, un rato después desalojaría todo aquello de los depósitos de su mente y lo reemplazaría por la visión interior de la empobrecida vivienda. Se hallaba sentado en una butaca de gamuza escarapelada, fumando con una expresión de desaliento. Se introduciría en su mirada un *collage* de cartón piedra, pedazos de madera y planchas de latón, de diversos orígenes, levantado al borde de un barranco saturado de basura. Luego la visión se dilataba en cualquier sitio, como la mesa pantry, cubierta de moscas zumbonas, en la iconografía amarillenta del rostro de José Gregario Hernández y, por último, en el piso de tierra donde el niño gateaba con las nalgas y las piernas embarradas de excremento reseco.

Afuera, la mujer podría ocuparse de lavar la ropa, entretenida con una radionovela, hilvanada desde un pequeño radio a transistores. Al concluir el drama radial, la mujer acaso suspenda el lavado y vuelva al interior del rancho. Apenas el niño advierta su presencia comenzará a llorar desconsolado, alzando los brazos hacia su madre. Súbitamente la mujer creará escuchar la voz de Yoni ordenándole que haga callar a

la criatura. Acaso deba cumplir pronto con la orden enfática del hombre y, quizás con el rostro impasible, levante al pequeño del suelo y vuelva a salir. Afuera seguramente sucedía algo común: el castigo de la mujer al hijo con una fuerte nalgada. El llanto subiría a altos decibeles alterando la posición de Yoni, que se verá levantarse de la butaca, hecho una furia, y salir del rancho a cerciorarse del motivo de tanto berrinche. Sin esperar ninguna explicación, el hombre le arrebatara el niño a la mujer y, seguidamente, la someterá a la sevicia de una violenta cachetada. En seguida ella huiría hacia el interior de la sencilla vivienda, y él se lanzaría en su persecución. Adentro la encontrará armada con la escopeta recortada que él había recibido de Yonatan, días atrás. La actitud aleve de la mujer lo disuadirá de cualquier intento de ataque. *Tranquila, mi amor, mucho cuidado, no se te vaya a disparar esa vaina, tranquila, no te voy a hacer nada, te lo juro.* Pondrá al niño en tierra y tratará de acercarse a la mujer, leyéndole en los ojos la firme resolución de no dejarse arredrar, dispuesta a no volver a ser víctima de los maltratos de Yoni. Nuevamente intentará contemporizar con la mujer, pero ya ella habrá tomado una decisión y lo obligará a recoger sus cosas. Más tarde, al anochecer, los vecinos le verán salir del rancho con una muda de ropa, sin rumbo fijo, humillado en su digno orgullo, un sentimiento agraz moldeado por las peligrosas experiencias de la calle. Tal vez en aquella circunstancia salten del pasado los dos gemelos. Seguramente recordaría que el callejón estaba solitario y él se aventuró a cruzarlo para recortar camino. Cuando avanzaban más confiados, sorpresivamente ellos surgieron detrás del *container* de basura; uno iba armado y hacia ese Yoni hizo el primer disparo certero

a la cabeza, con el revólver que traía oculto en la chaqueta. El otro intentó escapar en la moto que facilitaba sus fechorías, sin embargo quedó tendido sobre un montón de basura con la espalda perforada de dos balazos, con el registro de una muerte instantánea. Los gemelos poseían tan abultado prontuario de hurto y homicidio, que hasta la misma policía se sintió libre de esa peligrosa amenaza; incluso no era descabellado suponer que las autoridades hubieran querido otorgarle una condecoración al homicida. Sin embargo, Yoni nunca asumió públicamente aquellas muertes, pese a que en el fondo se sentía orgulloso de haberlos ultimado.

Probablemente unos días atrás se encontraba con los otros en la trastienda del electroauto de Patoso. Yoni morisqueaba parsimonioso un palillo, mientras Yonatan, enfundado como siempre en una chaqueta MacGregor, explicaba con lujo de detalles, cada uno de los puntos rojos marcados en el prolijo croquis hecho por Yoni, desplegado sobre una vieja mesa de dibujo. Él continuaba mordiendo el palillo, más pendiente de contrarrestar el aire aceitoso condensado en el ambiente, que de digerir la pausada explicación de Yonatan, donde cabía de vez en cuando alguna broma de Güilfre. Acaso, al final de aquella reunión comenzó a sentir la carne de gallina, porque él nunca había participado en nada grande, además la muerte de los gemelos se basaba en puros supuestos; una ocurrencia para ganarse la confianza del grupo, una mentira piadosa, inventada especialmente para Patoso, cuando este le habló del plan de Yonatan. Quizás solo pensaba en su parte del botín para comprar por fin el Camaro, la máquina fenomenal donde, como sobre un caballo salvaje, lanzarse

en volandas por todas las calles y avenidas de Caracas, a la conquista de las mujeres más bellas, olvidándose para siempre de Iona, cobrarle el haberle amenazado alguna vez con la escopeta. Quién sabe si llegó a darse cuenta de haber cometido una tontería, porque su pensamiento actual no guardaba ninguna relación con ese otro espacio lejano, cuando partió de su pueblo. Como muchos de los habitantes de la ciudad, él también provenía del interior del país, de Sanare, un pueblo agrícola del estado Lara, a donde regresaba todos los 28 de diciembre cuando se celebraba La Zaragoza, para participar en esa fiesta disfrazado de loco; con sus harapos multicolores, recorriendo todas las calles del pueblo, danzaba al compás del cuatro, el tambor y las maracas de los músicos que animaban la celebración.

Después de tantos años se había adaptado de tal manera al tejido de la ciudad que ya le resultaba difícil vivir fuera de ella, salirse de la red que urdía como una araña: en ella trepidaban sus sueños y sus agonías, desde la mañana hasta la noche, cuando los deseos se acrecentaban sobre la cama en los instantes de los insensatos desvelos. Lo más seguro es que, a su paso, hayan continuado activándose los semáforos, la señal mecánica del control de los cruces de las almas irrederentas y el desplazamiento de los vehículos en el tráfico callejero, cuya omnipotencia lo hacía regresar nuevamente a la vibración de la calle. El cemento de la plaza despedía un vaho denso, irrespirable, un hongo letal de centenares de micciones humanas y animales que, quizás, alcanzaban también a los automovilistas. En medio de aquella atmósfera venenosa, a lo mejor Yonatan observaba con apatía la prisa de una porción de gente, de paso hacia las puertas de ciertos espacios

acostumbrados a ella. A veces, un juego secreto controlaba sus sensaciones y comenzaba a fantasear, con el propósito de aislarse del atosigamiento circundante. No obstante, permanecía dentro de la ruidosa circularidad, siempre en pugna con la red de la araña, desarrollándose más abajo, entre los hilos subterráneos, incrementando la pugnacidad que mantenían en la superficie sus pensamientos y el bullicio de la calle.

Acaso, en el siguiente escarceo comenzó a imponerse lentamente la voz acusadora de la vieja de las gallinas. En el último hurto había cargado con la máxima ponedora, con el consecuente estado de alarma de la mujer, quien no aguantó más y fue con la acusación donde la madre del muchacho, amenazando con llevar la denuncia a la policía. A la prolífica ave le aplicó el mismo método de las demás, un recurso aniquilador que consistía en acercarse por detrás y tomar las gallinas por el pescuezo e introducirle un dedo por el ano hasta que las plumíferas morían ahogadas. En cada incursión, las aves iban a parar a una olla hirviendo, llena de verduras, en el patio del burdel. Allí, en su alebrestada adolescencia, se había amancebado con una lujuriosa filipina, experta en artes amatorias orientales, como pregonaba ella misma. Su madre nunca se había hecho eco de las acusaciones de la dueña de las gallinas, en cambio reaccionó violentamente cuando se enteró del amancebamiento con la prostituta. Se propuso evitar la perdición de su hijo, y un día se presentó sorpresivamente en el burdel a buscar al muchacho. Delante de la prostituta, tomó a Yoni por un brazo y, cuando él quiso resistirse, la enojada mujer le propinó una poderosa bofetada, antes de llevárselo a rastras. Dentro del lupanar una gran

carcajada remató la salida. La noche la pasó desnudo en el patio, amarrado a una mata de tamarindo, llorando desesperado porque les temía a los caballos de la muerte y a los descarnados que, según su madre, penaban en el fondo de la casa.

Una vez deshecho el hilo de los recuerdos, quizás volvieron a asaltarlos las circunstancias más próximas. La figura de Yonatan trató de imponerse por encima de cualquier otra, y lo vio de nuevo explicando los detalles trazados en el croquis, sobre la mesa de dibujo. Sin embargo, Yoni se abstrajo en el saco de alpaca y en los William Shoes, arreglados dentro de la vitrina que tenía al frente, pensando en las jevas del Country, que si no era mentira de Patoso, este se levantaba cuando andaba conduciendo el Camaro en plan de conquistador, por ese exclusivo lugar de la ciudad. En la inmediatez de la calle, seguramente sintió un inesperado corrientazo y la fuerza del viento arrastró la imagen de Yonatan y el croquis. Su cabeza debió quedar vacía en un instante y, luego, volvió a llenarse con la visión aterradora del sueño. Entonces se veía caer muerto, todo ensangrentado, con el cuerpo perforado a plomazos, en medio de un incesante ulular y la llegada continua de patrullas policiales, llamadas a reforzar a las otras comisiones que ya los tenían atrapados a la salida del banco. Un poco más allá Patoso había caído con la cabeza destrozada, boca abajo sobre la acera cubierta de sangre. Al lado de Yoni estaba Güilfre herido en una pierna, haciendo inútiles esfuerzos por disparar la *Uzi*, atascada en el peor momento. Yonatan se había ocultado detrás de una camioneta y no hacía otra cosa distinta que gritar, pidiendo a los policías que dejaran de disparar, intentando la rendición. Pero

seguramente la orden era aniquilar a la peligrosa banda, por eso los policías hacían caso omiso a los gritos desesperados de Yonatan y continuaban descargando sus armas, con evidente superioridad.

A lo mejor los disparos cesaron inesperadamente, y Yoni creyó escuchar el piafar lejano de un caballo. Entonces abrió los ojos con esfuerzo y contempló admirado el hermoso animal, hollando la tierra con las patas delanteras, los bellos contraídos, destilando espumarajos rojizos, con los ojos encendidos de rabia, relinchando furiosamente. Luego comenzó a correr por todo el patio de la vieja casa de Sanare, y con sus violentas coces iba destrozando todo lo que obstaculizaba su paso. Desde la mata de tamarindo, el muchacho contemplaba al caballo sin pavor ni espanto, encantado con la aparición. El animal avanzó hacia la mata de tamarindo y se detuvo cerca del muchacho. Comenzó a tranquilizarse, resoplando cada vez menos y se puso a hollar la tierra con la pata izquierda. El muchacho continuaba observándolo detenidamente. Sobre todo le atraían la vivacidad de los ojos, la lustrosa pelambre, el vigor de sus patas y, especialmente, las largas alas brillantes. Con ellas el caballo podía llevarlo a lejanos lugares, a tantos sitios remotos que alguna vez había descubierto en folletos turísticos y en libros de geografía. Por fin decidió montarse en el animal, abandonó el árbol y de un salto impecable cayó sobre el esbelto lomo desnudo. Súbitamente, el jinete se dio cuenta que estaba herido y la sangre manchaba la blanca pelambre del corcel. Acosado por el sonido endemoniado de las ametralladoras, el caballo se encabritó y, convertido en un Camaro, huyó desbocado, derribando al jinete. Tal vez Yoni, sin poder evitar el asedio del

vertiginoso rebullicio, en seguida trató de levantarse. Se esforzaba desesperadamente en deshacer la doble sensación de lo que bien podría ser un angustioso final, cuando el círculo verde volviera a cumplir su turno.

Espejismos entre la lluvia

Cuando sintió la violenta sacudida del inesperado choque, rebotó dos veces hacia atrás. Cegado instantáneamente por la sangre derramada de la herida en la cabeza, trataba al mismo tiempo de luchar con la espesa cortina de agua cayendo despiadada sobre el camión cargado de explosivos. Por largo tiempo había estado transportando el mismo material, sin importarle el peligro que la carga encerraba. Siempre había conducido con la vida amenazada por aquellas carreteras del sur, llenas de curvas y abismos pavorosos, riesgosas aun para los camioneros más diestros.

Abajo las botas luchaban duro sobre los cloches tensos, mientras las manos nervudas se movían, férreas y veloces, del volante a las palancas de velocidad. La cortina de agua no permitía ninguna tregua, nada podía percibirse más allá del parabrisas oscurecido y nublado, entre las sombras, donde las endeble varillas trataban inútilmente de abrir alguna brecha de visibilidad. Los cauchos intentaban aferrarse de algo, hundirse en la franja resbaladiza, luchando, como el hombre,

contra las fuerzas contrarias. Con el peso incrementado por la lluvia, la carga venía amenazando con vencer las cuerdas desde hacía rato, antes que la tormenta oscureciera por completo la sinuosa carretera, poco después de haber partido de El Pao. Ya llevaba más de tres horas en aquella inhóspita carretera, más tenebrosa bajo la lluvia que deshizo, con las primeras gotas, el instante en que detuvo el pesado vehículo frente al burdel-restaurante, cuya dueña y putas le habían brindado el espléndido recibimiento de siempre, cosechado tras largos años de visitas al lugar.

A pocos metros del ecléctico prostíbulo, el agudo sonido de la corneta del camión anunciaba la llegada, alebrestando el ánimo de las mujeres. Cuando detenía la marcha y ponía pie en tierra, atravesaba cantando el breve corredor, entre el restaurante y el burdel, y encontraba a las mujeres dispuestas en el rondel exclusivo para las mesas, y la ventruda rocola, con los rostros maquillados chillonamente, disponibles para los escarceos lúbricos. Apenas llegaba a esa zona, sin dejar de cantar, algunas de ellas se apartaban del cliente ocasional para recibirlo con un entusiasmo inusitado. Nada de eso había cambiado, cuando horas antes estuvo nuevamente en el burdel. La dueña, una mujer madura, todavía apetecible, dibujó en sus labios de pato una sonrisa prolongada, nomás lo vio entrar, cantando como siempre. En seguida se aferró a la cintura del camionero y lo arrastró a una de las mesas y ordenó un servicio de ron por cuenta de la casa. Cuando destapaba la botella, estalló un fuerte alboroto y todos los presentes salieron de prisa. El peso de la carga parecía impulsar la gandola hacia atrás, levantando la pesada cabina. Los cauchos, aunque con lentitud, resbalaban sobre el

asfalto, amenazando con llevarse los cables de alta tensión y los demás vehículos que estaban estacionados cerca. En un instante, con un salto espectacular se metió en la cabina y, maniobrando tenazmente, accionó el mecanismo de frenado, controlando la alarmante situación. Una salva de aplausos premió su osadía y acrecentó el interés de algunas mujeres que esperaban verlo descender del International para celebrar la heroica maniobra. Sin embargo, él siguió dentro de la cabina, con la mirada fija, a través del parabrisas, en las oscuras nubes, todavía en la etapa de abigarramiento que precede a la lluvia. Entonces, ante la sorpresa de los espectadores, puso el vehículo en movimiento y buscó la carretera, sin hacer caso a la agitada decepción de las mujeres.

Pero había otro momento dentro de él, un vacío elusivo que se le vino encima, antes de volver a la carretera, esa ruta de agua rojiza que no sabía adónde lo conducía, tras el golpe que lo empujó hacia atrás, bañado en sangre, ahora en medio de la carretera, convertida en un torrentoso río, opuesto a la marcha normal de la gandola. Afuera, el fluido luminoso de los faros luchaba en vano, buscando alguna brecha en la oscura humedad, cerrándole el paso. En donde antes había mariposas y algún pájaro estrellado, ahora estaba esa desafiante cortina acuosa, obstinada en no dejarle avanzar sin obstáculo hacia su destino. El movimiento monótono de los limpiaparabrisas, apenas conseguía diseñar un túnel inocuo, incapaz de proporcionar el más mínimo paisaje de la espesa bruma que se cerraba sobre el International. Adelante, la ruta no parece conducir a ninguna parte, mientras arriba, en el encerado, la carga continúa incrementando la amenaza de zafarse. Conduce a pulso, a pura intuición, a veces la sangre

se le mete en los ojos y no lo deja ver, estableciendo una extraña complicidad con la lluvia endemoniada. El Macho, como indica el rótulo amarillo del parachoques, parecía el único vehículo en aquella ruta tortuosa. Desde hacía rato no se notaba la presencia de ningún vehículo, a no ser la carroza fúnebre que minutos antes creyó ver por el parabrisas, detrás de la gandola. Y luego desapareció en una curva para no volver a ponerse a tiro. Seguramente, el International era la única máquina enfrentada a la despiadada tormenta en aquel lugar que por momentos se le hacía desconocido, como si nunca lo hubiera transitado.

Por un instante pensó que estaba muerto, y vio su breve sonrisa burlándose de sí mismo en el pequeño espejo de la cabina. *Dicen que cuando alguien se muere desanda los caminos, buscando los pasos perdidos de los fantasmas... Son puras tonterías, los muertos no salen. Olvida eso. Ahora lo que tienes que hacer es dejarte de culerías, tal como lo venías haciendo cuando comenzaste a pensar que estabas muerto, y controlar muy bien el volante, cuidando el chancleteo, sincronizando bien los cambios, no vaya a suceder que el Macho se deje vencer por la carga y la lluvia, y se precipite por algunos de los barrancos que bordean las márgenes de la carretera...*

A veces la sorpresiva rasgadura de un rayo alumbraba un instante la oscuridad y luego se desintegraba entre la lluvia, borrando los bordes de la carretera, cualquier límite presentado, como si el tiempo girara hacia atrás, regresando al momento cuando perdió pie y resbaló hacia el vacío, inestable por los efectos del licor acumulado en tres días de tragos seguidos. Aun así, continuaba luchando en la cabina para mantener la pesada máquina enfilada hacia adelante. En los

trechos más sinuosos, el International pujaba, gemía lúgubremente, mientras el conductor recurría a su instinto de lince para proseguir la marcha lejos de las orillas de los desfileres, abiertos como las fauces de la muerte, cuando tenía todavía algunos años más por vivir, cuando aún su cuerpo se enorgullecía de ese resto de juventud adherido en la piel y en el alma, sobre todo cuando al final del viaje, podía esperar la recompensa de una mujer joven, con la potencia avasalladora de Vivina. Se enloquecía ante la presencia de aquel rostro alabastrino, con la mirada cargada de lubricidad y, más abajo, los labios bulbosos que parecían competir con los pliegues tiernos del bajo vientre, entre la suave vellosidad donde siempre le encantaba enredar los dedos.

Sintió de pronto la inclinación del vehículo y volvió a maniobrar de prisa con su pasmosa frialdad y equilibrio, evitando que el peso de la carga lograra romper por fin las amarras y lo arrastrara con la máquina hasta el fondo de uno de los intrincados abismos, dispuesto a tragarse cualquier cosa y no devolverla jamás. Apenas superó el peligro, vislumbró a lo lejos un grupo de luces escurridizas, como pequeñas brasas esparcidas en el aire, semejantes a la carroza fúnebre, pero pronto se borraron. Súbitamente se encontró recostado de la ventanilla, contemplando las sombras que se movían delante de sus ojos. Después su mirada pretendió penetrar en el gesto ajeno, en un visaje impropio de su cuerpo. La combustión del hidrocarburo parecía caldear el vientre mecánico, congestionado de secreciones ácidas y poluciones gaseosas, entre la desinhibición de los deseos represados que buscaban manifestarse de diversos modos. A su lado, estaba el agradable calor de una pierna inmóvil, separada de algún cuerpo

ardiente, apretada contra su muslo, cada vez que los frenos estremecían el vehículo hacia atrás y hacia adelante. Luego experimentó el cambio con cierto desagrado y, pronto, volvió los ojos a la animación situada más allá de la temblorosa carrocería. Todo fue tan rápido que no tuvo tiempo para evitar la frialdad de la mano sobre su pierna; sin embargo, después apretó fuertemente al abusador por el cuello y, ante el asombro de los pasajeros, lo sacó del vehículo en marcha. En más de una ocasión, cuando trabajaba de colector, había tenido que reaccionar violentamente contra los comportamientos abyectos, hasta el día luminoso en que entró de ayudante-camionero en Transporte Don Chío & Sres., llevando mercancía seca al interior del país.

Más tarde debutó como camionero, trasladando cabillas a El Pao. Un año después estaba conduciendo una gandola cargada de dinamita, por esa misma ruta, sin pensar en los riesgos que entrañaba aquel trabajo, desafiando el tiempo y el espacio para cumplir fielmente con la pauta de la entrega. En ese ir y venir había enfrentado muchas tormentas y varios ataques de los salteadores, con heroicos resultados. No obstante, ahora sentía que la cosa era distinta, que había algo extraño en el sabor salobre entrando a borbotones en la boca, casi a punto de ahogarlo, cuando el estampido de otro rayo pasó sin luz, absorbida por las sombras, en medio de la noche impenetrable. El agua continuaba chorreando profusamente, como si una mano omnisciente ordeñara el cielo. Los ojos perseguían las sombras enchumbadas y dentro de la cabina se acrecentaba el desánimo, al mismo tiempo que las manos del camionero se mantenían crispadas, asidas al volante. La carretera había sido borrada por el torrente de agua

por donde el Macho se desplazaba penosamente, ofreciendo una tenaz resistencia a la greda resbaladiza que corría por entre los cauchos.

Ya no recordaba los momentos en que había bregado con la lluvia por tantas carreteras; ni las noches consumidas en los viajes más largos, cuyas imágenes vertiginosas parecían no encontrar espacio en la estrecha cabina irrespirable, emulsionada por los vahos alcohólicos de su pesado aliento, luego de haberse empinado las dos botellas de ron, sin compartir con quienes preferían la cerveza, en el vaso inevitable de la desesperada confusión de los sentidos, luego del choque, cayendo hacia atrás, estrellando el cráneo contra el suelo, después de resbalar desde la plataforma donde cada sábado había libadores reunidos para beber hasta la saciedad. Todavía consciente, había luchado para levantarse del charco de sangre que se diluía rápidamente en el piso, formando un torrente rojizo.

Sobre él se derrumbaba un vértice confuso. A veces no conseguía entender si estaba realmente en la cabina del International, enfrentado a los baches de la carretera y a la despiadada tormenta, o si, como en otras ocasiones, soñaba estar encerrado en interminables sensaciones, despedidas del eje de las experiencias acumuladas.

Nuevamente percibió la inclinación del vehículo y el traqueteo de la carga. Hasta ahora, a pesar del lento desplazamiento, había controlado la situación. Solo tenía que conservar la calma, mantener el dominio sobre las palancas, no aflojar los pedales, porque de lo contrario la gandola podía escorarse hacia la derecha, donde los abismos eran más profundos. A lo lejos reaparecieron las luces para hacerle

creer que ya estaba próxima la ciudad. Una vez superado el peligroso trayecto de la bajada de Tazón, el recorrido iba a ser menos farragoso. Sin embargo, la lluvia no cesaba y afuera la oscuridad continuaba tan densa como al principio, a pesar de la presencia todavía distante de las luces. Lanzó una rápida mirada al reloj y sintió al ver la hora que el ánimo regresaba a su cuerpo. Comenzó a silbar, aunque la carga de dinamita mantenía activa su amenaza y la densidad del agua era cada minuto más compacta. Confiaba en su buena suerte, seguro de llegar a su destino en menos de tres horas.

No obstante, la confusión lo lanzaba hacia atrás, resbalando desde la platabanda, la cabeza estallando sobre el suelo, la sangre manando a chorros desde la cabeza, corriendo por el suelo renegrido, hediondo a mierda revenida y a orines rancios, despertados por la insolencia de la lluvia. De pronto se escuchó el violento ulular del viento, arrastrando voces extrañas, ecos desprendidos desde la sima de los abismos, esperando alguna víctima a las orillas de la desafiante carretera. Mantenía los ojos en el parabrisas, fijo donde solo había lluvia y oscuridad.

En medio del extravío, la esperanza de llegar pronto no lo abandonaba, luego de haber transcurrido las tres horas en que esperaba rebasar la bajada de Tazón, sin percatarse del correr del tiempo. Delante del Macho, la atmósfera despedía la sensación de una inmovilidad remota. Todo permanecía inalterable bajo la lluvia. Las débiles luces de los faros ya no luchaban contra los bloques de sombras, y el pesado vehículo parecía flotar sobre una superficie babosa. Los puntos luminosos, anunciadores de la ciudad, dejaron de verse a la distancia, como si esas brasas encendidas bajo

el agua representaran un vago efecto de los espejismos de la lluvia. Comenzaba a desconsolarlo con mayor intensidad la desolación de la carretera, despertándole la sensación de avanzar en sentido contrario a su itinerario. Se dio cuenta de que se le había agotado el repertorio de silbidos y recurrió a una variedad de canciones alegres, despedidas por una voz temblorosa y entrecortada, sin apartar los ojos del parabrisas. Bruscamente, el Macho se deslizó hacia atrás, como si la carga hubiera reventado las amarras, haciendo saltar las cajas de maderas. Desafiando la fuerza del agua, detuvo el vehículo y buscó una cuerda debajo del asiento, la amarró a la cintura y después la aseguró en la puerta con un fuerte nudo. Volvió a registrar en el mismo escondite y sacó un arrugado impermeable, se apertrechó en el plástico y descendió cuidadosamente, agarrándose del vehículo, desafiando con cuidado la incontenible corriente, desbocada hacia abajo. Levantó la vista al encerado de lona y suspiró tranquilo al comprobar que no había pasado nada. Las amarras estaban intactas y se apuró en regresar a la cabina, cortando el agua con mayor rapidez. Tensó la cuerda para tomar impulso y se introdujo nuevamente en la gandola, con la prisa necesaria para despojarse del impermeable y besar la estampita de la Virgen de Coromoto, colgada en el espejo interno de la cabina. Después dejó caer las manos con energía en las palancas de mando, decidido a proseguir la marcha sin más dilación. El Macho exhaló primero un quejido herrumbroso y luego avanzó entre los chorros de lodo, a bregar otra vez contra la lluvia.

Al cabo de un rato, la carretera se convirtió en una sucesión de curvas serpenteantes, por donde se debía conducir

con sumo cuidado. Delante de una de las curvas reaparecieron las luces, supuestamente más cercanas. Entonces, el camionero se llenó de júbilo y estampó un beso en el volante, haciendo sonar las cornetas, cuyo sonido se ahogó pronto entre la abultada caída de la lluvia. Las luces permanecieron a la vista algunos minutos, por instantes la bruma las desvanecía y luego estaban de nuevo delante del parabrisas, semejantes a cocuyos. En la siguiente curva, las luces se disolvieron una vez más, sin causarle ningún desasosiego al chofer, quien, a pesar de los riesgos que representaban las curvas, a veces en bajadas y subidas regulares, cada cierto trecho, avanzaba seguro hacia el lugar de donde partían las luces. Intentó volver a silbar, pero una viscosidad incómoda comenzó a conformarse en su cuerpo, y creyó que desde hacía un tiempo incierto andaba transitando por un camino de espectros. Ahora era más fuerte la convicción de que el Macho no viajaba hacia la escurridiza ruta desconocida y de esa brumosa oscuridad, «emparamada» por la tormenta, donde ni siquiera lograba introducirse el más potente rayo de luz. A veces lo invadía la sensación de haber salido hacía tres días de El Pao y, sin embargo, aún continuaba dándole chancleta a la gandola, sin cansancio, buscando desesperado acortar la marcha. El viento de los abismos ascendía a la carretera y acometía a contracorriente la estructura del vehículo, desprendiéndole un suave bamboleo, que no dejaba de ser un peligro en la trayectoria de las curvas.

A la salida de la última curva cerrada, pensó que una cosa era llegar un sábado a reunirse en la platabanda con los amigos a conversar, animado por el aguardiente, de los peligrosos viajes con el International cargado de dinamita; de los

fantasmas de las carreteras y de la posibilidad de morir entre hierros retorcidos, producto de un violento choque; y otra encontrarse solo en medio de una lluvia impía, procedente de un océano celestial, transitando al mismo tiempo por una carretera incierta, borrada de los mapas, aunque a veces creía que avanzaba hacia Tazón. También acusaba esa impresión de no haber partido para ningún viaje: muy poco recordaba de los momentos finales cuando todos estuvieron ebrios y comenzaron a cantar y bailar en la platabanda. Apenas percibía un ligero resquicio de la caída, al perder el equilibrio en el borde menos seguro. El impacto del golpe le cortó la respiración y, simultáneamente, sintió desaparecer las imágenes dentro de la oscuridad. Todavía bañado en sangre, no supo en qué momento se refugió en la cabina brumosa y helada por el frío. Entonces arrancó enceguecido en medio de la lluvia rojiza para perderse en esa larga franja inundada, donde un día sucedía a otro, sin llegar jamás a ningún lugar.

Concierto para Klaus

Una vez más la noche reitera sobre los cuerpos esa adhesiva viscosidad, propia del intenso verano. Después de la vespertina, la cálida humedad condensa la atmósfera en pesadas oleadas. La flema invisible penetra cada intersticio arbitrariamente, provocando una exhalación de sudores, como si el aire se transformara en un gigantesco sauna. El hombre, con su cuerpo largo y esquelético, está medio tendido en la cama, con el oído atento al aparato estéreo que insiste en dejar escuchar el disco con temas de Paganini. La mujer desnuda murmura algo ininteligible, haciendo un arco con su cuerpo flexible hacia el lado donde la luz tamizada de la ventana descubre su sonrosada piel, en contraste con la fina pelusa negra del triángulo, ligeramente oculto por la muñeca bizca que conserva desde niña, también con ellos en la cama. Apenas el hombre la oye murmurar, cree descubrir un nuevo rasgo de la deslealtad, de esas argucias para la mentira, que retratan su psicología cuando quiere demostrar su capacidad para alguna villanía, después del mutis del violín.

Más allá de la ventana las oscilaciones del neón establecen una consumación íntima con la noche. En los guiños de los resplandores hay orugas en avance hacia la metamorfosis o hacia la muerte, mientras adentro el hombre siente una porosidad hambrienta y recoge los latidos internos de la oscuridad. Una mano sacude la pesadez del aire y rasga el velo tenso condensado en la habitación donde transita un vacío liquinoso, suficiente para llenarlo de inquietud.

Tiempo atrás, cuando aún la mujer estaba viva, él hacía una vida social más activa, sobre todo cuando venían los amigos los fines de semana para oírlo tocar el violín con un dominio casi impecable. La mujer también compartía el festivo ambiente y se dedicaba a preparar bizcochos y chocolate caliente para quienes tenían vedado el consumo de vino. A veces, cuando el violín se silenciaba, ella se atrevía a cantar algún aria a *capella*. Klaus desaprobaba esas inesperadas incursiones y con un brillo perturbador en los ojos la enviaba fuera del salón. Cuando se retiraban los amigos iba en busca de ella y la llenaba de improperios, injustificados para el entendimiento de la mujer. En seguida, lo dejaba solo y corría a encerrarse en la habitación a desahogar el llanto, con la muñeca apretada contra el pecho, sobre la cual volcaba después sus cuitas y confidencias, a sabiendas que, como otras veces, la respuesta sería la mudez y la mirada impávida del ojo estrábico, pintado de azul celeste.

En el espejo se reflejan los movimientos de Klaus, la forma curva de la espalda pecosa, cuando se inclina y siente el contacto desagradable con el cuerpo de pasta endurecida. En medio de la penumbra se encuentra nuevamente con la mirada bizca, con ese ojo abyecto que parece destinado a

intimidarlo con su influjo extraño, semejante al grado de perversión que despide la piel ardiente de la mujer. Por fin la mano se posa en la delicada figura moldeada en *sculpey*. El contacto táctil lo desconcierta y no sabe a cuál de los dos cuerpos acaricia, aunque quien gime despacio debe ser la mujer. Se detiene de improvisó y se levanta de la cama, con el rostro cruzado por los resplandores del neón procedente de la calle. El sonido que proporciona el arco sobre las cuerdas del violín, resbala hacia el fragmento de la noche introducida en el callejón. En ese maloliente lugar vienen a parar los cachivaches, desestimados por los obreros del aseo, proporcionando un refugio para las fechorías. Un poco más allá alguna víctima ha sido cogida por sorpresa, ninguna resistencia se sobrepone y el cuerpo queda expuesto a cualquier degradación instantánea, ignorada por la circunstancia nocturna de la habitación donde el arco y las cuerdas desprenden las notas del *Concierto grosso*, para violín, *Op. 12* de Pietro Antonio Locatelli, mientras, desde el sueño, la mujer deja escapar una interrogante capaz de hacerle interrumpir la armonía sonora del instrumento, uno de los tres violines que se trajo cuando culminó sus estudios en Italia, en el conservatorio de Redondella, con pocos honores.

—¿Cuántos extraños somos en el sonido?

Klaus queda un rato perplejo, tratando de descifrar el significado de la extraña interrogación, cargado de dudas. Luego se vuelve hacia la cama y contempla extrañamente el bulto recortado entre las sábanas. En realidad, no sabe qué pensar y enciende un cigarrillo extraído de la caja de Viceroy, antes de ponerse a caminar de un lado a otro, sin dejar de

observar de vez en cuando a la mujer que se mueve inquieta en la cama.

“... y si él viviera en otra vida, en otro tiempo, tal vez todo sería distinto. Una nueva forma de felicidad estaría instalada en la habitación y nosotros seríamos felices. No como ahora que todo se reduce a la vuelta al pasado y el presente no parece discurrir. El tiempo ha sido clausurado y solo la imaginación rescata lo que puede para darle forma, estableciendo una relación que, poco a poco, se hace necesaria. Entonces surge ese lado oscuro, confuso, cuando el auto aparece y se detiene delante del edificio. Yo estoy asomada a la terraza, acaso pensando en una escena del film de Alain Resnais, *El año pasado en Marienbad*, mientras expulso despacio las volutas del cigarrillo que acabo de encender. Apenas descende del carro, él descubre mi presencia en la terraza y agita las manos para mostrarme los boletos.

El domingo por la tarde acudimos al Nuevo Circo para ver la corrida. En el redondel estaba Morenito de Maracay, quien regresaba de España envuelto en una atmósfera triunfal. Cuando el torero apareció envuelto en su rutilante traje de luces, me sentí invadida por una emoción inefable y experimenté unas ganas intensas de arrojarme al ruedo. El diestro se paseó orgulloso, se acercó al tendido de sombra y, con una breve sonrisa, lanzó hacia mí la montera, ofreciéndome la faena. En el fondo del coso abrieron el toril y un hermoso toro negro entró furioso en la arena, venteando el aire. Los picadores movilizaron los caballos hacia el animal, hundiéndole en el lomo las puntiagudas varas. Zaherido y sangrante, el toro arremetía contra los caballos y los picadores se agarraban fuertes de las bridas. Los banderilleros se acercaban

ágilmente y de un salto veloz clavaban las banderillas, ensangrentando aún más el cuerpo del enfurecido cuadrúpedo, mientras el torero, satisfecho de su estampa, se le acercaba agitando el rojo capote. El diestro se detuvo delante del animal, bastante cerca de los pitones, y comenzó a azuzarlo, excitando la embestida. El toro pareció concentrarse en la provocación que tenía al frente y levantó una nube de arena con sus duras pezuñas. Luego irguió la cabeza y se lanzó violento hacia el matador, quien esquivó la embestida con un movimiento vistoso que recibió al unísono una compacta ovación. En cada embestida se ponía de manifiesto el dominio del hombre sobre el animal. La faena se desarrollaba al gusto del público, identificado plenamente con el diestro, incluso cuando en un momento el toro embistió peligrosamente, casi rozando la ingle con los pitones, un murmullo de pavor recorrió todo el graderío. Pese a esa fugaz amenaza, el torero maniató al toro con las siguientes maniobras del capote. Por último retiró la espada del trapo de lidia, y su brillo resplandeció delante del animal, hacia cuyo lomo apuntaba el estilete, apretado en la mano firme del matador. El toro se vino bruscamente hacia el torero y la espada ejecutó un impecable lance, liquidando al cuadrúpedo de una sola estocada, motivando en el público una emocionada algarabía de oles y vítores. Un grupo se lanzó al ruedo y pasearon en hombros al matador, quien me buscaba con la vista. Después de la corrida me fui con Klaus a La Vesubiana, donde nos emborrachamos hasta la madrugada. Cuando regresamos al apartamento hicimos el amor ininterrumpidamente, pero no era él quien penetraba mi cuerpo sino el matador, sintiéndome en ese momento Rita Hayworth, en el papel de Doña Sol

en *Sangre y arena*, cuando abandona al bisoño torero Tyrone Power y se acuesta con el famoso matador, personificado por Antony Quinn, recordando ese viejo filme, recién exhibido en televisión, en un ciclo de añejas películas”.

Entre la penumbra y los resplandores temblorosos del neón, fijan en el claroscuro la presencia furtiva de la mujer. El hombre la busca en la oscuridad, se inclina frente al espejo y descubre las sombras azulosas que cruzan con líneas verticales sus mejillas. Estira las manos hacia atrás y palpa el tejido de los pelos hirsutos. Todo el tiempo ha estado con Irma, a pesar de sentir la sensación de encontrarse solo en la habitación donde ella intentó varias veces privarse de la vida. La presiente a cada rato sentada en la cama, hablando con la muñeca, de cara al espejo, buscando algún gesto que las uniera definitivamente.

Más de un vez la había visto aparecer reflejada en la plancha vidriada, entre el claroscuro, maquillada, observando alguno de los collares que siempre se ponía para cumplir con la invitación a una cena o asistir a un concierto en el Teresa Carreño, mientras él esperaba impaciente sentado en el borde de la cama, donde aún se sentía el calor de la muñeca. Al principio, cuando todavía Klaus no se había revelado, aceptó, en la molicie de su temperamento sosegado, cada uno de los caprichos de la mujer, como la extravagancia de hacerlo partícipe en las conversaciones absurdas con la muñeca, cuando ambas se encontraban sentadas a la mesa durante la hora del té, esa vieja costumbre que le había quedado de sus años de residencia en Inglaterra.

Aparte de su obsesión con la muñeca, otra de sus rarezas era la creencia en las visiones de ultratumba. Segura de su

fe en la superstición, una noche, en el viejo cementerio de Antímano, organizó una sesión espiritista, con la presencia de ella, Klaus y un médium, para invocar la aparición del alma de Paganini. A través de esa recurrencia al misterio esperaba que el espíritu del violinista genovés transmitiera a Klaus el secreto de sus impecables ejecuciones con el violín, para convertirlo en un perfecto ejecutante de música sobrenatural, algo fuera de lo posible. Pero él conocía sus limitaciones y ni regularmente aspiraba a compararse con Maurice Hasson, a quien días atrás había ovacionado en un concierto en el Teatro Municipal. Se conformaba con interpretar medianamente bien el *Concierto para violín en la mayor, Op. 53*, de Antonin Dvořák, otro de sus músicos favoritos. Un domingo, para probar los resultados de la sesión, preparó un concierto en el apartamento con algunos críticos de música que ella misma había escogido. Al final, ninguno de los expertos quedó satisfecho y se marcharon sin reconocer en él a un violinista genial. Apenas si se hacía merecedor de una breve ovación. Quizás por eso, ahora casi no toca el violín, que permanece mayor tiempo enmudecido dentro del estuche. En los ratos de hastío y aburrimiento, se conformaba con poner a funcionar el aparato estéreo, aunque ella se refugiaba en la protesta y dejaba escapar frases ininteligibles que parecían surgir de la muñeca.

El calor enfatiza su pesada carga, se vuelve más opresivo y el hombre mira hacia la ventana, como solicitando de los árboles un mínimo gesto de brisa. Separada de la cama, la mujer ya se ha vestido y se arregla el cabello contemplándose a distancia en el espejo de la cómoda, mientras la penumbra de la habitación oculta el cuerpo de la muñeca,

sentada en el sofá, cubierta con un vestido negro, semejante a una mortaja. El hombre permanece silencioso, distante de la presencia de la muñeca, sonriente desde el otro lado de la sala a media luz. El calor continúa en ascenso, mortificándolo, con el cuerpo perlado por espesas gotas de sudor. Se levanta de repente y se acerca, como un autómatas, al espejo y desde allí lo envuelve el aliento de la mujer, dentro de un rectángulo de flores. Klaus siente cómo las lágrimas le corren por las mejillas, cuando se acerca al cadáver y le pasa suavemente la mano por el cuello, allí donde el disparo dejó la huella de una muerte instantánea. La blanca cabeza se hunde en el cuerpo laxo de la mujer, y los ojos sueltan el llanto, liberador de las angustias. Desde las cuencas, fluyen en abundancia las lágrimas, entre las palabras balbucientes de las autorrecreminaciones. El arco calorífico recrudece las heridas que él mismo se infiere como un acto de expiación. Afuera, la noche indiferente distiende su adhesiva viscosidad, esparciendo las estrías luminosas del neón imperturbable de los anuncios comerciales.

Detrás de la ventana, las aves nocturnas rasgan el velo de la oscuridad, donde no se percibe ningún ruido de pasos ni murmullos de voces: solo se desplaza ese silencio mercurial de muerte, una densa cataplasma reiterándose en la inmovilidad de la habitación, llena repentinamente con la risa de Irma. Un brillante regocijo que Klaus necesita eternizar en la música de su violín, ahora cuando se ha decidido a componer nocturnos. Sin embargo, permanece allí ese sedimento angustioso despedido por el calor, algo más fuerte que sus deseos de crear alguna obra valiosa para violín. Por más que se ha empeñado, continuaba sin encontrar la fórmula

musical perfecta para escribir el *miserere* para violín que se había propuesto realizar en los últimos meses.

Un inesperado ataque de furia estremece a la mujer, y con ella se viene al piso la estructura de alambre y *sculpey*, aleccionada para recibir los golpes y los arañazos de las uñas postizas cuando estalla enojada por la medianía musical del ejecutante. Durante un tiempo, estuvo entrando y saliendo de tratamientos siquiátricos, y Klaus tenía que hacerse acompañar de la muñeca a las horas de la comida. Mientras la mujer se hallaba ausente, él se dedicaba con mayor ahínco a componer para el violín. En el estudio seguía describiendo parábolas sonoras con el arco y las cuerdas, apretando enfrecido la barbilla sobre el borde de la caja de resonancia, con los mismos resultados negativos. Un día, recién salida del manicomio, ella le pidió cuenta de las composiciones, pero como él permaneciera callado largo rato, la mujer reaccionó violentamente y amenazó con despedazar el violín. Poco después Irma se calmó y la sonrisa petrificada de la muñeca parecía burlarse, al imponerle el silencio con su mejor gesto de sarcasmo, sin que ella se percatara de la acción endurecida, estática, del artificio inmóvil en el tiempo laxo, donde también habitaba el espíritu confuso de Irma.

A medianoche, el calor comienza a desvanecerse y se acentúa aún más la penumbra. Bajo la oscuridad sus ojos se llenan de extrañas imágenes. Un silencio enigmático envuelve la habitación y provoca en los pensamientos de Klaus una actitud confusa. “Y si ella viviera eternamente entre los sonidos del violín, detenida entre el agudo misterio de un *sul ponticello* y la melódica suavidad de su contraparte sonora, el *sul tasto*, todo ello delataría una posible confluencia de

coloraciones fantásticas, dentro de una tauromaquia circundante, en la tesitura de un armonio artificial, por encima de los otros sonidos del violín, al hacer frotar el arco sobre las cuatro cuerdas para conservarla en alguna melodía estratificada”... Nuevamente la mujer se encuentra vestida para alguna gala y avanza hacia la puerta para escapar por esa abertura de entra-sale-entra. No reacciona para detenerla, parece conformarse con el artificio. Sin embargo, ya no puede soportar la grave soledad, y el viejo violín que ha tocado tanto tiempo, enmudece de pronto. Un arrebato lo acomete en este instante, como en otras ocasiones más etéreas a la mujer. Cuando menos se espera, el violín escapa de las manos y rebota dos veces sobre los arabescos del piso, milagrosamente intacto, con las cuerdas destempladas llenas de sangre. Todavía Klaus tiene tiempo de arremeter contra los discos de conciertos para violín y el estéreo, antes que la burla, el gesto sarcástico del ojo bizco, la única mirada fija en él, termine de enajenarlo, confinándolo a los desconciertos musicales de su mente incierta.

Prisión de nubarrones

Ya en su memoria ha comenzado la fuga hacia atrás. ¿Acaso lo sabe? Al despertar y encontrarse con la sombra de los barrotes proyectada sobre el piso renegrido, totalmente salpicado de agujeros, sus pensamientos se vuelven más confusos. No obstante, en el extravío que fijan las oscuras redes de la mente, tiene la certeza de estar marcado por la abominación. Le sobra tiempo para seguir las pautas de las horas en sus pasos, desandar de un lado a otro en la estrecha dimensión de la celda donde lleva cuatro días encerrado, acosado por el insomnio y la angustia. Entonces cierra los ojos para huir y penetra en un castillo de naipes que se derrumba dentro de sí mismo. Asediado por la desesperación, está sobrecoído por malos presentimientos. No soporta nada de lo que sus ojos pueden ofrecerle y trata de borrar afanosamente la silueta irregular de los barrotes, estregándolas varias veces con los zapatos. Luego dispara un violento escupitajo contra la pared llena de numerosas inscripciones y se retira a llorar abatido, acurrucado en un rincón, temblando de frío.

Afuera la mañana seguramente circula bajo un sol benigno y radiante, en contraste con el aire frío de la celda, saturado por un vaho nauseabundo. Se encuentra encerrado en la parte más profunda del presidio, adonde apenas llegan, con ecos atenuados, los ruidos de las celdas superiores. Detrás de las paredes, el aire se vuelve más húmedo por momentos, y él no halla más espacio en el saco maloliente para encogerse, sin ánimo para sobreponerse y luchar a contracorriente.

Su rostro, entrevisto en la escasa luz de la cueva, muestra fidedignamente los estragos de un implacable drama. Estaba hundido en un intrincado laberinto, aherrajado por la incertidumbre. Confusamente, buscaba abrir una brecha para situarse al margen de aquella lacerante tortura, pero resbalaba hasta un fondo cenagoso. Por momentos intentaba correr, sin detenerse, hacia un lugar desierto, aislado del mundo, donde pudiera expiar su culpa, ese hecho abominable que, en un instante, lo había convertido en un monstruo, envileciendo incluso su orgulloso doctorado en Filología de La Sorbona. Hasta su exitosa cátedra de Literatura renacentista y la equilibrada actitud, entre los amigos y los familiares, siempre con el concepto apropiado aflorando en seguida a los labios, deslumbrando a los demás, había explotado hecho añicos inesperadamente. Ahora solo la repugnancia de la fatalidad le hacía compañía en el suelo nauseabundo de la celda. Los hechos más recientes se tornaban tan distantes como los anteriores, y algunos solamente permitían un lento reflejo, capaz de alejarlo de esa concreción de abrojo, cuyo vértice le permitía enviar el tiempo hacia atrás y entrar en aquel espacio promisorio, cargado de ventura y confianza, donde comenzó a repercutir la risa decorosa de Yoyó. Entre

sus besos y el fuego de sus piernas, para Marco se iniciaba y concluía la dicha. Absorber aquella saliva, todas sus secreciones, fusionarse en ella, sentirla palpar bajo su cuerpo ardiente, flexible y poderoso, en el numen de sus veinticinco años, inquietos y avasallantes, significó alcanzar la gloria de Eros prematuramente, a partir de la fiesta donde se vieron por primera vez.

Pero, ¿hubo una fiesta? ¿Cuándo? Había sido el baile de cumpleaños de una de las hermanas de Yoyó. No recordaba cómo llegó a la fiesta, sin embargo conservaba en la memoria que el número de mujeres sobrepasaba la cantidad de hombres. La atmósfera irradiaba un caleidoscopio variable. En ese plasma rondaba una invisible centrípeta que atraía todos los sentidos hacia la miniteca con el giro continuo de los *long plays* salsosos. La mayoría de los enfiestados estaban en movimiento, atrapados en cada paso por una epilepsia colectiva. En los gestos había una asociación cómplice, algo que mediante alguna clave secreta prometía conducir más allá de ese simulacro de entronque carnal, convocado por la pegajosa música. Dentro de esa capa cinética, él, refugiado con un vaso de *whisky*, en la terraza, podía idealizar la aparición súbita de alguna belleza fuera de lo común.

Y de pronto, sus deseos fueron cumplidos, porque allí estaba ella, surgiendo de una de las habitaciones, envuelta en un aura sugestiva, catira y espigada, con sus luminosos ojos almendrados. Atravesó la sala olímpicamente y se integró al baile emparejada con un cadete que parecía haber estado esperando por ella para comenzar a bailar. Desde la terraza, perseguía la ondulación danzante de la muchacha, superior a la de su pareja. En una de las vueltas, sus ojos se encontraron

con los de ella, y, desde ese instante, cada vez que los movimientos de la danza la llevaban cerca de la terraza, sus miradas se atraían persistentes, despidiendo un interés recíproco que ella acentuaba con el rasgo carmesí de su sonrisa. Al dejar de ser la pareja del cadete, vino, echándose aire con las manos, resuelta a la terraza y se detuvo cerca de él. Se aproximó lo más que pudo y tomó su larga cabellera de trigo entre las manos y la dejó deslizarse casi rozando el rostro del desconocido. Por un momento se sintió intimidado, y cuando estuvo a punto de lanzarse al ataque, se encontró de pronto asido por un brazo. Sin poder desprenderse de quien lo asía, vio alejarse a la muchacha de la terraza. Cuando se volvió, descubrió que se trataba del flaco Agüero. No se veían desde los tiempos de la universidad, y había venido a topárselo en ese instante inoportuno. El flaco tenía una suerte envidiable con las mujeres, a pesar de no responder al prototipo de los galanes de las telenovelas. Se comentaba su fama de acostarse con una mujer distinta cada noche. Y, en cierta forma, debía ser verdad porque siempre andaba en su Renault con alguna muchacha. Incluso, a más de uno de sus compañeros de Sociología lo había ayudado a conseguir novia. Conociendo los antecedentes del flaco, aprovechó la ocasión para recabar información de la muchacha. En seguida los ojos suspicaces del flaco brillaron indiscretos y de su boca saltó una estruendosa carcajada que pareció no tener fin. Pero de golpe se detuvo y arrojó hacia fuera lo que él deseaba saber. “Vas bien, muchacho, es soltera y sin compromiso. Muchos han tratado de levantarla, pero la caraja nada. A lo mejor tú, con ese aire de intelectual parisino... te la tiras, hermano”. La conversación se interrumpió de repente, porque allí estaba de nuevo la

catira, y ellos podían escuchar su risa argenta cuando pasaba bailando con un tipo bajito que hacía toda clase de piruetas para demostrar que era un excelente bailarín.

En cuanto ella terminó de bailar, el flaco, brillante en urdir intrigas, se apresuró a traer a Yoyó hasta la terraza y la puso delante de su nuevo admirador. A partir de allí todo fue fácil. Con los primeros intercambios de palabras la muchacha advirtió que Marco poseía una labia impecable, a pesar de sus gestos un poco tímidos, sin vicios grandilocuentes, con un tono preciso que la atrajo inmediatamente. Cuando comenzaron a bailar se deshizo cualquier indicio de inhibición en ambos, aunque ella se mostraba más resuelta y espontánea que él. En el aire circulaba el son de un mosaico de Billo's. Bailaban mirándose a los ojos y, pronto, comprendieron que algo más íntimo estaba próximo. Tenían la impresión de encontrarse envueltos por un efecto ineludible que podía sintetizarse en la urdimbre confabuladora de la parte musical de lentos acordes, cuya acción permitía un rápido hervor en la sangre.

Hacia la madrugada, en la compartible alusión amatoria, desprendida de un edulcoramiento instrumental, todo ya se había definido y ahora quedaba la promesa de los siguientes encuentros, iniciados al día siguiente, apenas amaneció. En un grupo capitaneado por el flaco bajaron a la playa. Atraídos por el agua, ya nada los inhibía para el acuerdo de los cuerpos y en un descuido de los demás integrantes del combo bañista, ocultos detrás de una rocas, metidos entre la mar, se besaron por primera vez. Después todo empezó a girar en torno a las preferencias de ella, como eso de ir al cine tres veces a la semana a ver películas insulsas y consumir helados

de pistacho. Mientras él perseguía distraído las escenas de la pantalla, ella solía hundirse en la butaca a complacer el vicio de mamarse el dedo izquierdo, envuelto en un pañuelo. Los sábados estaban destinados a la efervescencia de las discotecas. Y más de un domingo acudieron a divertirse en los giros vertiginosos del tiovivo y de la montaña rusa de algún parque mecánico. Cuando él la llevó a conocer a su familia, sus padres se volvieron locos por la muchacha e incluso comentaron en voz baja la conveniencia de mejorar la raza, algo que, en el fondo, carecía de alguna mayor significación para los enamorados.

Todavía no habían hablado de boda cuando comenzaron a encontrarse en el apartamento de Marco, un pequeño espacio decorado con cierto gusto cosmopolita; allí se entremezclaban unos afiches de Mercedes Pardo y David Hockney, con unas vasijas de terracota y unos idolillos africanos ubicados sobre la falsa chimenea de la sala, muestra inequívoca de lo que él consideraba su buen gusto. La tarde del primer encuentro, Marco compró dos botellas de Undurraga y desplegó sus habilidades culinarias en la preparación de un mero en salsa, mientras ella elegía entre la colección de discos, los de Nino Bravo que recientemente su novio había adquirido para complacerla. Más tarde se arrebujaron en el sofá donde, con la mediación de los besos, los cuerpos fueron encendiéndose lentamente. Sin embargo, aunque la mano del hombre pudo comprobar la tibieza de las piernas y los senos desnudos, no logró la exploración más abajo de la región del ombligo. Cada vez que la mano buscaba llegar al territorio del sublime placer, Yoyó se levantaba como impulsada por un resorte. En seguida comenzaba a llorar y a discursar sobre la moral

familiar y de la inviolable promesa que le había hecho a su abuela de llegar virgen al matrimonio. Marco disimulaba la rabia, tentado a someterla a la fuerza, pero siempre, cuando ella se disponía a marcharse, él la acompañaba dócilmente hasta la calle. Antes de despedirse, la muchacha le estampaba un beso en la punta de la nariz y después se alejaba de prisa a tomar un taxi en la avenida. Él la veía partir pensando que la próxima vez se atrevería más. A veces, el sentimiento de frustración lo animaba a solicitar el servicio de sexo en algún burdel clandestino.

¿Hasta cuándo soportaría ese inmundo lugar? Ya no tiene espacio que recorrer, sin embargo oscila de un lado a otro, limitado por los barrotes. Su sombra es la otra forma humana que se mueve a la par, repitiendo sus movimientos. En su rostro continúa creciendo la mancha de pelo oscura, y el cabello desordenado le imprime un rasgo extraviado de una locura recién adquirida. Los pasos buscan borrar los bordes que impiden la prolongación de los pasos, cada vez más persistentes.

A medida que avanzan las horas, se acentúa el silencio que lo horada de prisa y le deja estigmas candentes en el cerebro. Se detiene aferrado a los barrotes y por su mente pasa una visión ineludible. Acababan de venir de la playa y ella reía por algo gracioso que había ocurrido en el litoral. Sucedió que ella recordaba gozosa la anécdota, un breve suceso propenso a desatar su hilaridad, aunque Marco permaneciera serio. Todavía no se habían despojado de los trajes de baño y la *lycra* amoldada a la piel hacía resaltar las deliciosas formas del cuerpo de Yoyó. Marco acababa de descorchar una botella de champagne, luego

de haber puesto a sonar boleros de Tito Rodríguez en el tocadiscos.

A la muchacha le atraía el torso desnudo de Marco, su cuerpo fuerte, atlético, cubierto de vellos brillantes y negrísimos, el mismo que había visto algo distante en la playa. Pero ahora la opacidad del apartamento le imprimía de pronto un matiz más seductor. Sus dedos buscaron la mano de Marco, esperando despertar un chispazo lúbrico dentro de él. Súbitamente se siente levantar en vilo, sin tener tiempo para protestar por la forma brusca como Marco la deja caer en el sofá. Un reflejo intuitivo la hizo luchar y, sin embargo, no consiguió aplicar la defensa de las otras veces y cedió dócilmente al arrebato compulsivo del hombre.

Unas semanas más tarde, cuando él se encontraba preparando clases para la universidad, Yoyó lo llamó por teléfono y le transmitió la información en un tono grave, alarmada, acaso con algunas lágrimas en los ojos. Pero él tomó las cosas con calma y le habló de una solución práctica, que ella malinterpretó y quiso insultarlo. No obstante, Marco volvió a recurrir a un tono neutro y desvió cualquier discusión del asunto para después, tras salir de clases. Por la noche se encontraron en un anacrónico restaurante, detrás del Teatro Municipal. Esperaba a que se presentara con alguna escena, sin embargo ella se comportó a la altura, y dejó que él tomara la iniciativa. Marco fue directo al asunto, deshilando una secuencia salpicada de buenas intenciones. Entonces vio con satisfacción cómo el rostro de la muchacha se iluminó al instante, desvaneciendo cualquier expresión recelosa. Después él se atrevía a bromear, tocándole la barriga todavía incipiente, donde se

gestaba una masa informe, pero viva, tan de ellos, conformada por la sangre de ambos.

La luna de miel en Sinamaica significó el conocimiento pleno de Yoyó: su variedad de posiciones, que eran fórmulas inéditas para él. Todo lo que ella había estado ocultando se reveló durante ese período, y él no podía eludirla. Por el contrario, nada le impedía aceptar todas aquellas posibilidades del goce que se le ofrecían ramificadas en un solo cuerpo: la agridulce ventosa que ya no podía saborear, ese lejano pulpo de placer que se escapaba de las manos, convirtiendo la oscuridad en tantas noches de insomnio, agobiado por la angustia, desesperado sin poder ordenar el pensamiento, maldiciendo a la mujer y renegando de la vida. Por su culpa parece estar descendiendo a la enajenación total, olvidado de los amigos, arrastrando su cuero semilacerado por el suelo renegrido, mientras la boca se llena de un sabor repulsivo, masticando acaso una lombriz, triturada inconscientemente entre los dientes, cuando de pronto la luz que atraviesa los barrotes lo enceguece momentáneamente.

¿Qué sentido tiene pensar en la calle?

Por la mañana de aquel día caminó largo rato desorientado por algunas calles. En una esquina estuvo a punto de ser atropellado por un taxi. El vehículo se detuvo casi encima y el conductor le esputó cortantes insultos, sin hacer ninguna mella en su vertical ensimismamiento. Tampoco se sintió afectado por el fuerte hedor nauseabundo del perro muerto sobre la acera, al pie de un árbol, cuando golpeó el cadáver con el zapato, haciendo blasfemar a un grupo de transeúntes que venían detrás. Más abajo se detuvo confundido y venteó el aire como un animal desconcertado. Había llegado

a la bifurcación de la avenida y permaneció un rato detenido cerca de un ventorrillo de *perros calientes*, sin saber cuál dirección tomar. Desafiante observaba a la gente con rencor y de pronto se le ocurrió que podía abrirse la bragueta y mear a las personas que transitaban por su lado. Esbozó una sonrisa sardónica, quizá porque creyó que la ocurrencia era brillante y remató con un gesto insolente contra sí mismo, como recriminándose por haber pensado con retardo un asunto extraordinario. Como nunca, sintió cuánto odiaba a sus semejantes, detestaba a quienes le pasaban por delante y se dirigían hacia los cafés, los bares, los restaurantes y los almacenes, sumergidos en una actitud de autoengaño, exhibiendo sus decorosas aberraciones, mientras él arrastraba impotente su arrechera.

En su mente efervescía el deseo de colocarle a cada transeúnte una docena de supositorios de nitroglicerina en el culo, no solo por el desamor de Yoyó, amparado por su sorpresiva infidelidad y abandono, sino porque realmente había comenzado a aflorar en su espíritu el asco que le producía toda esa vida larvaria ebullente a su alrededor. Únicamente los niños, aquellos que aún exhibían algún rasgo incorruptible, quizá pensando en Armandito, le despertaban algún sentimiento de simpatía. Los demás eran escoria, pura mierda como los adultos que lo observaban con recelo. El hilván del pensamiento se inmovilizó cuando descubrió a un antiguo compañero de la universidad, avanzando hacia donde él se encontraba. Se movió para evitar el inminente reconocimiento y se lanzó a ciegas hacia la calle más cercana. Al principio le pareció una buena elección, pero de pronto recordó que por allí trabajaba una de las hermanas de Yoyó y

en seguida desandó los pasos. Su excondiscípulo se había detenido en el punto dominante de la acera, y Marco se sentía incómodo, negándose a cambiar la dirección, como quien se empeña en desandar sus pasos para cumplir un sino ya trazado por perversos poderes divinos.

Un dulce olor a harina en confite lo hizo volver la cabeza y descubrió la venta de *croissant*, instalada en el mismo local donde había estado la joyería en la cual adquirió los anillos nupciales. Una extraña sonrisa se reflejó en su rostro y, luego de comprobar cuánto dinero llevaba consigo, entró en el local. Cuando regresó a la calle, con la bolsa de la compra, el excondiscípulo ya no estaba en la esquina y Marco sintió una leve sensación de alivio. Sacó un pañuelo y se deshizo de las gotas de sudor instaladas en la frente. En su cara demacrada afloró un gesto extraño que pareció influir en la decisión de regresar al apartamento.

¿Estaba próximo el comienzo del fin?

La oscura interrogación lo asaltó cuando entró en el apartamento y encontró al niño despierto, sentado delante del televisor. El niño no prestó atención a su padre, quien dejó la bolsa en la mesa y se sentó cabizbajo en el sofá donde había pasado la noche en vela. En la pantalla el Coyote preparaba una trampa al Correcaminos. Como siempre, el pajarraco eludió el peligro y el Coyote volvió a ser víctima de sus propias maquinaciones. El niño estaba a su cuidado desde hacía tres días y, sin embargo, su presencia no lograba resarcirlo plenamente, porque en su ideal de felicidad no podía prescindir de la mujer. Pero aquello, la ruptura, según ella, era algo definitivo, sin regresión. ¿Dónde buscar el origen de ese desasimiento? Acaso podía provenir de las

últimas peleas domésticas, del mismo modo que podían partir del aburrimiento circular de esa cotidianidad invariable, carente de nuevas perspectivas en la relación matrimonial. Los mismos diálogos, las mismas historias tantas veces repetidas al infinito. En fin, ¿qué podía ser? No entendía nada. Un amante no estaba descartado... ¿Y la sinceridad? ¿No existe acaso? El lesbianismo también era una posibilidad, entre otras. ¿Pero entonces qué clase de hombre era él para que su mujer le fuera infiel con otra mujer? ¡Eso era el colmo! Mejor sería pegarse un tiro. Y se apretaba furioso la sien con un dedo, observando de soslayo al niño aún hipnotizado por el televisor. Ahora el Coyote levantaba un pesado yunque, halando una sogá para intentar inútilmente atrapar al esquivo Correcaminos.

En varias ocasiones quiso volver a la calle, pero la presencia del niño ante el televisor dominaba su mente desde hacía rato. Se trataba de un niño apacible, siempre risueño y apenas molestaba para pedir alguna cosa, cuando no se valía por sus propios medios. Todavía tendido en el sofá, con la mano estirada hacia el teléfono, vio al niño mientras iba a la cocina y pronto regresó a la sala con una caja de Corn flakes. La mano se acercó más al teléfono y esperó un momento, indecisa, hasta que el auricular emitió un breve sonido y reconoció en seguida la voz de la recepcionista. Luego de unos minutos, escuchó el tono desconfiado y defensivo de Yoyó.

—Tenemos que hablar... Espera un momento, ¡coño! ¿No puedes esperar? Se trata del niño...

Colgó tembloroso el teléfono y se arrebujó furioso en el sofá, deseoso de dormir. El niño se apartó del televisor y se

detuvo un momento delante de Marco, con un Winnie Pooh en la mano. Después dio media vuelta y volvió a sentarse dócilmente frente a los dibujos animados, dejando en el suelo el oso amarillo. De vez en cuando observaba hacia el sofá donde su padre comenzaba a roncar pedregosamente. Más tarde, cuando Marco despertó se encontró con la sala a oscuras, con el televisor apagado. El niño no estaba allí, supuso que se había acostado y debía estar dormido. No obstante se levantó para cerciorarse si la presunción podía ser cierta y se acercó a la habitación. Encendió la luz y vio al niño rendido en la cama, con el Winnie Pooh a su lado. Bajó el interruptor y regresó con una expresión fatigada a la sala. Se tendió nuevamente en el sofá, no perdió tiempo en cerrar los ojos y en un instante volvió a coger el sueño.

La claridad desplazaba las sombras del apartamento, cuando el teléfono comenzó a repicar persistentemente, sin que nadie respondiera al sonido. A punto de salir de la casa de su madre, Yoyó hizo la última llamada. Tampoco esta vez obtuvo respuesta y, presa de una angustia extrema, decidió no ir a trabajar y se dirigió al apartamento donde había vivido hacía poco. Llegó acompañada de dos funcionarios policiales. El niño se encontraba en pijama, sentado ante el televisor encendido, con Tom persiguiendo a Jerry con una aspiradora. El hombre yacía tendido en la alfombra, cerca del teléfono descolgado. En la mesa había un plato con restos de leche y un *croissant* a medio mordisquear, junto al envase de estricnina. Yoyó se precipitó sobre el niño y comenzó a estremecerlo desesperada, entre extensos sollozos, presintiendo lo peor. El cuerpo del niño continuó inerte y, de pronto, un grito desgarrador escapó de la garganta de la mujer, en el

preludio del desmayo que la expulsó de la consciencia. Uno de los funcionarios se agachó delante del niño y, por entre la camisa del pijama, le palpó el corazón cuidadosamente. En seguida advirtió que carecía de signos vitales y no se atrevió a moverlo, a la espera del forense. Cuando se ocupó del hombre se dio cuenta que todavía respiraba y acudió al teléfono para pedir auxilio médico. Como a la media hora llegó una ambulancia y lo subieron inconsciente a la camilla. En el hospital le hicieron un lavado de estómago, y después de declararlo fuera de peligro, lo trasladaron, bajo los efectos de un fuerte sedante, a la atmósfera opresiva de la cárcel.

Desde que lo trajeron, no ha recuperado la noción del tiempo. Ignora en qué día se encuentra, podría ser lunes o domingo. En medio de la tétrica oscuridad, le da igual que sea mañana o noche. Sus sentidos se han hipertrofiado. Acaba de tener un sueño atroz donde era perseguido por un grupo de niños harapientos que lo hostigaban a pedradas hasta dejarlo tirado en un basurero, cerca de un perro muerto en estado de descomposición, cubierto de moscas, con una correa atada al cuello. Sigue tendido en el suelo y cuando intenta levantarse nota la pesadez de la pierna acalamburada, y apoya las manos en los barrotes para impulsarse. Termina de incorporarse y se queda mirando absorto la sombra de los barrotes proyectada en la pared, creyendo haber interpretado el significado del sueño y el encuentro con el perro muerto en la acera. De pronto se da cuenta que le han dejado el cinturón y piensa que puede servirle para atarlo en los barrotes y dejarse caer desde arriba.

Muñecos de sonambularia

Tras el último movimiento, el cuerpo pende un rato inmóvil. Seguidamente se impulsa hacia arriba después de ejecutar la acrobacia de balancearse unos minutos en las argollas atadas al techo, por encima de la cama. Desafiando cualquier escollo, se desliza hacia abajo suavemente, percibiendo la penetración del frío del piso donde se apoyan las manos para rematar en una continua flexión de pecho, trayendo temprano a la mente la imagen fresca de la muchacha.

Dentro de la caja, los ojos de vidrio pintados despiden un extraño reflejo, como si trataran de escapar de las costuras irregulares del rostro. La caja de las imágenes se va llenando de rumor y de figuras, cuando la brisa comienza a golpear las paredes de la casa. El viento agita la maleza y todo se carga de un aire escarpado y esporádico. Sin embargo, él siente una confusa tristeza, husmeando bajo la piel cubierta de costuras mal cicatrizadas. Entonces le parece percibir una mezcla de voces venidas desde todos los puntos cardinales.

Es así como ella puede escuchar las exclamaciones de los enterrados, ver en profundidad las cuencas desoladas, sin los ojos de los muñecos de la antigua tienda del abuelo y aspirar el denso olor de la cera derretida dentro de los bidones calientes, mientras desde otra distancia la envuelven también las llamas de los mechorrios y el ruido de los balancines, cuando, camino a la escuela, cruzaba desorientada por el campo abandonado donde una vez fluyó el petróleo en abundancia.

Aún ninguno de los dos había visto las dos torres, esas estructuras de cemento, años después, tan familiares a sus ojos. Tampoco las cajas de fósforos multicolores, con ventanas y balcones saturados de figuras huidizas, heterogénea salpicadura de puntos de tinta, agitando banderas, cuyas facciones, sus ojos asombrados no lograban identificar. Todos los días, a eso de las doce, cuando la sirena de la compañía anunciaba el receso del mediodía, él suspendía el trabajo de primero y corría a instalarse al lado del chofer para contemplar satisfecho, al pasar frente al club de golf, las piernas blanquísimas de las gringas, enfundadas en *shorts*, golpeando con los delgados palos las pequeñas pelotas sobre la grama bien cuidada.

Pero esas visiones no servían de nada, porque apenas llegaba a casa, lo recibía el cuerpo cetrino de su mujer, siempre entonando viejas letras de canciones, recibidas en herencia de su madre. Esa misma voz, aunque un poco más ajada, se apaga de pronto allá afuera, y en el aire se percibe otra vez el golpetear y el rumor del viento, arremetiendo contra las tablas, detrás de las cuales se había agotado el canto apaciguado de la mujer. Tras el silencio del susurro cantarino,

ya no siente las voces del tiempo detenido sobre las costras queratinosas, adheridas al reflejo opaco del cuerpo disecado donde se amontonan los retazos de telas. Las esferas de vidrio se agrandan un poco más y el pliegue de cuero, en colgajo, experimenta la sensación de desconocer la tarea, suspendida la noche anterior, antes de la violenta irrupción de la lluvia, sorprendiendo a quienes regresaban tarde del trabajo, cerca de la quebrada cuya hediondez el agua hizo más fuerte hasta invadir la casucha. Detrás de las tablas hubo que recurrir a las ollas para evitar convertir el interior en un charquero y que se dañaran las formas multicolores dentro de la caja.

El viento comenzó a soplar como a eso de las once de la noche, cuando él se apareció y se sentó, al inicio de los escalones, con el vecino, quien empezó a narrar cuentos de aparecidos. Pero el otro no estaba pendiente de zeretones ni de descabezados, sus ojos permanecían inmóviles, extasiados en las estrías de luces de la línea irregular de la autopista y el reflejo transparente de los faros sobre los tanques de la Shell, con sus grandes letras amarillas, coronando la concha de almeja del logotipo de la empresa petrolera. Después sintió los párpados pesados cuando el vecino lo dejó solo. Escuchó voces a lo lejos y se levantó para dirigirse al interior de la casa. Sin despojarse de la ropa se tendió en la cama, al lado de la mujer sumida en lentos ronquidos. En medio de la oscuridad, observó desalentado el cuerpo descolorido, nada más en condiciones de provocarle lástima.

Tiene un primer sueño prolongado y, después, al despertar ve a la mujer levantarse, sin asombro. Se mueve sonámbula y, casi licuada en el aire, sale de la habitación con la otra caja llena de trapos. Su boca deja escapar un murmullo, sin

embargo él parece no prestarle atención porque de pronto suenan algunos disparos y sus oídos se interesan más en lo que pueda surgir afuera, tras los estampidos del arma. La mujer vuelve a murmurar al salir de la habitación, y esta vez la mira, a través de la cortina, con rabia, con una malsana intención, como si quisiera deshacerse de ella para siempre. Luego somatiza el deseo de dejarla tranquila y se ocupa en vano de recuperar el sueño. Ahora intenta no verla cuando sus manos comienzan a desplegar el artificio merecedor de su fama más allá de los predios de Catia. Si le pone atención volverá a ver cómo el amasijo multicolor se agita en el aire, pasa de un lado a otro, buscando forma. Después se inmoviliza cuando la aguja termina de unir las primeras costuras. Las puntadas se multiplican seguidas, lentamente los retazos van obteniendo un carácter más definido y vistoso al momento de colocarle el brillo vivaz de los ojos.

Aparte de los ejercicios matinales, que ionizan su cuerpo, cada mañana a él le toca recoger la producción de la sonámbula y arrumarla en una caja grande desbordada por la cantidad de muñecos desechados por los compradores. Sin embargo, todas las noches se multiplicaba el producto de los monigotes que la mujer había comenzado a hacer de repente desde la primera manifestación de sonambulismo.

Antes, cuando todavía no había pensado en sentirse atraído por las torres gemelas, distintas de las de petróleo, erigidas, en medio de las sabanas y los pajonales, hacia el cielo, arrastrando desde la profundidad de la tierra el bitumen oleoso, la mujer estaba lejos de levantarse a caminar dormida y entregarse inconscientemente a la elaboración de las muñecas. Las ganas de escapar a otro lugar vinieron después, luego

del incendio de la torre de petróleo, con las lenguas de fuego que devoraron los chaparrales y los gamelotes, cuando él se encontraba haciéndole mantenimiento a las válvulas. El accidente le dejó maltrecha la pierna izquierda. Desde entonces ya no sirvió para nada en la compañía. Mientras permanecía convaleciendo, sabía que ya no estaría más en la nómina de la empresa. Sin embargo, podía contar con el dinero del seguro y las prestaciones para sobrevivir un largo tiempo. Había pensado aislarse de los malos recuerdos, alejándose de Lagunillas. Al principio creyó que Valencia era una buena alternativa para establecerse y montar cualquier negocio rentable.

Fue en medio de aquella incertidumbre cuando descubrió, por casualidad, en un ejemplar de la revista *El Farol*, las torres de cemento y las cajas de fósforos cubiertas de colores, con los pequeños balcones salpicados de puntos negros, semejantes a cabezas humanas. Entonces se sintió atraído por la inconclusa vastedad que le ofrecían las páginas de la revista. Se le ocurría recorrer las calles remotas llenas de altas edificaciones, como las torres de cemento, andar de extremo a extremo, como seguramente habría hecho, si fuera el niño del libro *Mantilla*, montado en un elefante comprado en algún circo, con el dinero producto del accidente.

Pero ahora se encuentra allí, en medio de ese mal terreno saturado de hediondecas y aguas agusanadas, inimaginables, tiempo atrás, entre las torres encementadas y las cajas multicolores. La licorería había sido una mala idea, en menos de dos años todo el dinero se había esfumado entre créditos impagados por los clientes y el acoso de los acreedores. Ahora se encuentra al borde del barranco, fuera de la casa que algún día la lluvia arrastrará al cauce de la quebrada nauseabunda,

corriendo impasible allá abajo, en el fondo de la espalda del cerro desgarrado, sobre cuya explanada se proyecta vertiginosa la autopista colmada de vehículos empujados por la distancia.

Esa miseria era el regalo de tu sucursal del cielo, tu sucursal de la mierda, que ahora te sonríe desde el fondo de la quebrada, mírale los ojos a la muerte, mírale la sonrisa, escúchale sus palabras. Son mis manos de maga nocturna las que hacen las muñecas. Mírale los ojos de vidrio, son ojos de muerte. Báilale a la muerte, báilale, báilale... No la aguanto, no la aguanto más. Debe estar viviendo dentro del sueño de Magda, en el plano de un círculo que se bifurca hacia sí mismo.

Cuando regresa, las incoherencias de la sonámbula lo exasperan y por un momento le impiden acercarse al rincón donde está la caja de las muñecas. Observa los escasos adornos de las paredes y sus ojos parecen afectados por esa tristeza envolvente que se desprende del aire gris de la mañana. Luego se detiene frente a las muñecas, pensativo. Quizá en su ánimo navega la sensación de un vano esfuerzo inmerso en las entrañas de las muñecas, aunque la venta de las mejores haya suministrado más de un plato de comida completa. Muchas veces ha puesto de manifiesto cierto afecto por la labor sonámbula de la mujer. En ocasiones, llega al extremo de tomar alguno de los monigotes y se lo sienta en las piernas y comienza a imitar a un ventrílocuo, a escondidas de la mujer.

A quienes vienen a la casa con la predisposición de preguntar cómo se hacen los muñecos, él los observa un rato receloso, con cierto aire petulante, pero finalmente asume un deje didáctico y concluye con la mentira que ha inventado

para explicar el método de fabricación. En su exposición, un muñeco está determinado por la paciencia. Primero viene la escogencia del material. Hay que saber escoger las mejores telas, de colores vivos, como los tonos del arcoíris, como los matices del pavo real, como el pantone de la primavera, como el cromatismo musical. También hay que tener tino para escoger los hilos, bellos tubinos de hilos, escogidos entre el aura multicolor de los ángeles, entre las crines de los unicornios, entre las largas trenzas de las sirenas. Por último se seleccionan las agujas, hechas con colmillos de pecarí cazados sin ninguna clase de arma, a fuerza de pura mano. Cuando los curiosos se marchan, él no sabe si se alejan creyendo las mentiras. Pero se siente satisfecho porque así se los quita de encima, seguro de conservar a la mujer alejada de la curiosidad de las visitas. A lo mejor algún día se dispondrá a trabajar con la cera, como hábilmente hacía su abuelo.

No obstante en el interregno de su mente en blanco, la mujer aprecia el contacto con el mundo subterráneo de los sueños, sobre todo cuando sueña con su abuelo en la vieja tienda, aunque el anciano no la dejaba nunca tocar los muñecos de cera. De la tienda salían numerosos muñecos, algunos, por encargo, tenían una estatura regular. A diferencia de ella, que mantiene los suyos arrumados en una caja, como en una especie de Babel, su abuelo, ignorando su propia creación, conservaba sus muñecos bajo un orden jerárquico, en los estantes de su tienda, separados y clasificados según su condición social. Un día el viejo desapareció, lo buscaron por semanas hasta que lo encontraron entre el guayabal de un antiguo cementerio, con las cuencas vacías. A la muerte del anciano, la abuela de Magda no quiso saber nada de la

tienda. Esta después pasó a manos de inhábiles arrendatarios, camino a la desaparición. A partir de entonces, ella empezó a soñar con su abuelo y siempre lo veía al pie de la cama, con el rostro despojado de ojos, derritiéndose como si fuera de cera. Después, por un largo período, dejó de tener esos sueños; sin embargo, hace ya algún tiempo, estos volvieron sorpresivamente para convertirla en una fermentida hacedora de muñecas.

—¡Leilaaaaaa!

El grito del vecino se pierde afuera. Ya habrá franqueado la puerta de su casa buscando a la hermana. Andará levantando la tela de las cortinas de los cuartos. Pero el otro sabe que la muchacha tiene rato oculta detrás de los pipotes de agua. Espera algún descuido de la sonámbula para entrar en la otra casa y ofrecérsele al hombre, en toda su adolescencia. Una vez más, aprovechando el sueño andante de la mujer, él tomará a la muchacha por la cintura y su boca succionará los senos jóvenes. Luego se aplicará al desprendimiento de la ropa, sintiendo el otro cuerpo caliente bajo sus manos expertas en ordenar muñecos. En ningún momento la muchacha siente repugnancia por la quemadura de la pierna renga, acaso prendida de la forma musculosa proporcionada por los ejercicios físicos. Ya llevan tiempo haciendo el amor a escondidas, mientras la mujer se mueve sonámbula por el cuarto, abstraída de todo cuanto sucede a su alrededor. Ante sus sentidos ausentes, los amantes jadean como animales, dejando en el aire el tufo acre de los cuerpos sudorientos, añadido a un impreciso olor a cera, impregnado en la atmósfera de la casa. Se sienten tan seguros que ni siquiera se interrumpen cuando la mujer se detiene cerca de la cama agitando un incensario

de donde emana un humo denso de penetrante aroma, que se compenetra con los otros olores.

—¡Leilaaaaaa!

Un llamado inútil: la muchacha transita por una intensa entrega, colmada de deleites viriles. Sus cuerpos, sincronizados al mismo ritmo, se agitan como corceles desatados. El hombre se prolonga dentro de ella y le insufla mayores placeres al embate de las caderas. Arrastrados por las ondulaciones de un liquen fecundador, se contraen en continuos espasmos, hasta sentirse invadidos por un extraño sopor. Alrededor, el olor a cera se impone sobre los otros aromas, y se acrecienta cuando la sonámbula aparece con el primer balde humeante y vierte el líquido espeso sobre los cuerpos dormidos en una confluencia insensible. La mujer, con un exacto rigor artístico, realiza varias veces la misma operación de manera impecable. Los amantes se recubren pronto con la apariencia y la textura anhelada por ella para sus primeros muñecos de cera: esas dos figuras perfectas, tendidas en la cama entre el revoltijo de trapos.

Laberinto de sombras

Publicado en el año 2008 por la Fundación editorial El perro y la rana, se trata del último volumen de cuentos publicado por el autor, hasta la aparición del libro que el lector tiene en sus manos. Dice la contraportada de la anterior edición:

Ocho relatos componen este volumen, en el cual Márquez aborda una vez más las diversas realidades que conforman el profuso imaginario de su literatura. En las presentes historias el lector tendrá la oportunidad de acceder al sugestivo y entrañable mundo de este autor, construido pacientemente a base de recuerdos, nostalgias y obsesiones, contado con la destreza de un narrador de oficio....

*Este libro está dedicado a la memoria de mi entrañable Obdulia,
con su dulce voz de boquerista ingrabada
y a los consagrados botafumeiros Pepe y Elisa.
se asoman fugazmente entre claroscuros
para después escaparse hacia sus escondrijos,
de espaldas hacia el horizonte.*

PALOMINA BARDEM

*... todavía bajo nuestra sombra el laberinto del
desconcierto descorre los cortinajes.*

HEINZ MARJHU

Vestigios de Mompracem

... la vida también danzaba su vieja danza.

JULIO GARMENDIA

Una invitación inesperada de la prima Amelia me ha traído nuevamente a Caripito, recuperado ahora como un álbum de cromos perdido durante varias décadas. Apartado por las vacaciones del instituto universitario donde imparto clases de idiomas, no tuve ningún inconveniente para realizar el viaje al oriente del país. Al principio, quise desestimar el ofrecimiento y aprovechar las vacaciones para permanecer en Caracas inspeccionando los arreglos de mi nueva casa, recién adquirida en la vieja zona de La Pastora, distinta en muchos aspectos a esta vetusta casona, pletórica de mis primeros recuerdos, algunos ya deshilvanados por el tiempo; otros muy vivos como si hubiesen ocurrido ayer. Tan pronto dejé la maleta en la habitación de la niñez, vine a acostarme en la hamaca colgada cerca del corredor para resarcirme del cansancio provocado por el largo trayecto por carretera. Con agrado escogí la cercanía de los frescos helechos y la frondosa trinitaria del patio de este caserón donde tía Amalia, la madre de Amelia, imponía su autoridad al resto de la familia.

Todavía con el libro de Emilio Salgari, *Los tigres de Mompracem*, a medio leer, empiezo a recobrar algunos vestigios de la infancia asociados con aquel Caripito, uncido a las actividades petroleras, donde emergí de la calidez placentaria de mi madre. Entre las imágenes de mi mundo infantil, comienza a prevalecer la de los mediodías solariegos, cuando el sol se desparramaba violentamente sobre los techos de las casas, erradicando cualquier indicio de humedad, de las lluvias inesperadas que irrespetaban algunas veces la presencia del verano. En medio de esas fortuitas circunstancias, ajeno al buen o mal tiempo, Tabonuco siempre se aparecía con los bolsillos repletos de chinas, cuidadosamente trabajadas, sin desprenderse del plato de peltre donde mamá trasegaba la abundante sobra del almuerzo. Físicamente, era un cuerpo pequeño, fuerte, envuelto en una edad indefinible, enmascarado bajo un semblante aniñado. Con frecuencia lo observaba llegar a la casa, embutido dentro de unos pantalones enormes para su estatura, con algunas partes cubiertas de lamparones de grasa, envuelto en un olor inorgánico, semejante a un emplasto de alcanfor, impregnado eternamente en la piel. Su efluvio macerado, en razón de que a veces permanecía suspendido largo tiempo en el aire, se había vuelto demasiado familiar, y apenas uno llegaba a penetrar su territorio de influencia, lo hallaba levemente agradable, a pesar de su intenso olor.

Mientras realizaba las tareas escolares, desde el zaguán enladrillado, yo observaba a Tabonuco cruzar hacia el patio con su plato repleto de comida: su vaho caliente de verduras y carne, suspendido entre la condensación dulce de las especias, agitaba la atmósfera densa de la casa. Entonces

abandonaba los cuadernos de clase e iba a tenderme cerca de él, a observarlo con indiscreta acuciosidad. Nunca llegué a tenerle miedo ni repugnancia, como algunos de los otros muchachos. Siempre andaba pendiente de sus movimientos, persiguiéndolo sigiloso en los primeros tiempos. Cuando se sentaba en el patio, el pantalón comenzaba a inflársele en el bajo vientre, hasta convertir la bragueta en un globo saturado de aire, al punto de alcanzar un volumen desproporcionado. Siempre con la broma por delante, papá veía en aquella desmesura una bola descomunal del tamaño de un paquidermo antediluviano. No sé de dónde mi padre sacaba esas cosas tan extrañas, pero hacía gracia a todos en casa, pese a que la delicadeza de la tía Amalia no soportaba sus impertinencias y se retiraba de las reuniones, ofendida, contrariada por la frágil educación de los demás miembros de la familia, distinta a su formación de enfermera profesional realizada en Londres, influenciada por la biografía de su admirada Florence Nightingale.

Durante la temporada de vacaciones, cuando la escuela dejaba de funcionar, las calles germinaban y parecían ensancharse hasta límites inaprehensibles, con la sucesiva rotación del tiempo despojado de sus contornos ordinarios. Todo quedaba circunscrito a un estado exterior desprovisto de ataduras. Dentro de esa nervadura se experimentaba una libertad plena, sobre todo en la animación vigorosa de las calles tomadas por los grupos de muchachos ociosos. Particularmente, no me integraba al corro callejero. Asomado a la ventana, sin ningún sentimiento de envidia, observaba las diversiones con cierto desinterés. Ni siquiera me animaba algún correr desaforado que viniera a detenerse frente a la ventana. Mi presencia allí no guardaba ninguna relación con

la febril capacidad de inventiva de los muchachos, sino con la intención de ver aparecer al fabricante de chinas, arrastrando su pesado paso bajo el achatado caparazón de armadillo que semejaba su cuerpo. Llegaba inadvertidamente y entonces decía de sopetón: Cascaribín. Esa palabra, mágica y candombrisa, era suficiente para establecer entre nosotros un acuerdo secreto, opuesto a las preferencias de la tía Amalia, incapaz de comprender la disposición permisiva de mi madre.

A pesar de las perennes contrariedades de mi tía, me agradaba, con la previa complicidad materna, abandonar la casa con Tabonuco, con sus pasos de siete leguas, apuntalados hacia el río; atravesando a la carrera el camino terroso, bordeado de espesos matorrales, por donde a veces asomaba el cuerpo de algún reptil. Él corría como un mastín tras una presa y siempre era el primero en llegar a la orilla del caudaloso torrente de aguas oliváceas. Despojarse de la ropa, lanzarse al río, salir luego al otro lado y correr sobre los peñascos, alcanzando en seguida la cima de las grandes piedras, y mantenerse en perfecto equilibrio, parecía una secuencia instantánea que él realizaba con un solo movimiento. En cambio, yo debía esforzarme en demasía para subir los riscos y darle alcance. Muchas veces contribuía a mi ascenso, asíéndome con sus nervudas manos, un par de fuertes garras cargadas con una inagotable vitalidad. Incluso, esas dos tenazas podían abrir un coco con una ligera presión.

Apenas dejábamos atrás la orilla derecha del río y nos hundíamos entre la vegetación circundante, Tabonuco armaba su china y asumía la actitud alerta de un perspicaz cazador, con la cabeza adelantada hacia los altos árboles, atento al trinar y al movimiento de las aves escondidas

entre el verdor de los frondosos ramajes. Parecía fundirse con el monte, hacerse invisible, convertido en árbol, reptil, o águila, dispuesto a darles caza a las aves canoras para robarles el trino y transformarlo en armoniosos silbidos que él vendía los domingos en el mercado, grabados en las hojas de bijao. Durante su mimético trajinar, únicamente yo podía seguirle la pista, más allá de la simple compatibilidad de los juegos infantiles sembrados en el travieso resplandor de sus ojos. Andaba detrás de sus pasos un largo rato, siguiendo el rastro verdoso que dejaba en el aire. Después se hacía visible delante de mi asombro, atraído por la cantidad de pájaros amarrados a su cintura, medio aturdidos. Me llamaba a su lado y luego nos sentábamos en el suelo. Él tomaba las aves cautivas y comenzaba a succionarles el pico antes de dejarlas libres. Jamás supe por qué hacía aquel extraño rito con los pájaros, los cuales permanecían inmóviles, al escuchar el zumbido generado por el disparo de la china. Con aquel misterioso ardid, sus manos atrapaban fácilmente los pájaros, sin hacerles ningún daño.

Cuando el cielo asomaba los primeros colores del crepúsculo, iniciábamos el regreso. A esa hora las calles revivían festivas y efervescentes. Los gritos destemplados de los muchachos, aplicados a los juegos vespertinos, parecían elevarse hasta los cables del alumbrado, después se precipitaban tras la asonancia concéntrica del vacío. Cruzábamos aquel vapor denso con nuestros secretos de caza, y nos despedíamos con una sonrisa cómplice cerca de la casa. Yo permanecía un rato en la puerta, tras la partida de Tabonuco: no me retiraba de allí hasta no verlo desaparecer, casi absorbido por el aire. Más tarde, tendido en la cama, comenzaba a manifestar síntomas

extraños. Un cansancio antiguo se apoderaba de mi cuerpo en ese instante, y lo único que deseaba era sumergirme en el sueño, sin escandalizarme por el olor inorgánico del fabricante de hondas, adherido al aire de mi habitación, donde más tarde revivían algunas de las aventuras de Sandokan.

Un día, al finalizar una de nuestras largas correrías ribereñas, descubrí sus ataques de epilepsia. Estábamos sentados sobre una piedra, frente al tranquilo discurrir del río, chupando cañas quemadas, procedentes de un sembradío recién incendiado; repentinamente, su cuerpo se contrajo como un congorrocho, sacudido después por una fuerte crispación. Se enrolló en sí mismo y sus brazos se agitaron desesperadamente, buscando sostenerse en el aire. Puso los ojos en blanco y se desplomó en el suelo, donde seguía estremecido por los continuos espasmos, mientras su boca dejaba escapar grandes grumos de espumarajos, con la piel atacada por una lividez transparente. Yo estaba confundido: atacado de miedo no sabía qué hacer y comencé a llorar, a punto de escapar de aquella apremiante situación. Sin embargo, permanecí a su lado, secándome el llanto con el dorso de las manos. Poco después, experimentó una ligera mejoría y, tras recuperarse totalmente, se levantó con un aire contrito y avergonzado. A pesar del innoble espectáculo, tampoco llegué a tenerle miedo. Más bien, desde ese momento, empecé a sentir mayor compasión y afecto por él.

Algunas veces, cuando Tabonuco no se aparecía por la casa, ni al mediodía ni por la tarde, el patio florido se agigantaba, crecía por sí solo hasta adquirir una dimensión hiperbólica, lanzada hacia la tapia de la casa de al lado, donde había una caballeriza. En medio de esa dilatación espacial,

el cono de los hormigueros venía a ser un manjar exquisito. Entonces, para suplir su deserción, la mano se armaba con un palo de guayaba y empezaba la tarea de devastación. En poco tiempo los hormigueros quedaban destrozados y los insectos se regaban numerosos por todas partes huyendo despavoridos. Los zapatos se encargaban del resto, cerrando las bocas de las covachas de las hormigas, a sabiendas de que más tarde ellas volverían a rehacer sus refugios. Satisfecho de haber derrotado un ejército invasor, salía corriendo hacia la ventana de la calle para ver si aparecía Tabonuco. Frustrado me tendía en el piso, cerca de la puerta de la calle a contar los carros y a la gente que pasaba.

Súbitamente, todo el piso se estremecía y un fluido dulce y cálido pasaba a través de la piel y todo el cuerpo quedaba inmóvil, sumido en la invasión de un sonido grave, procedente del otro lado de la puerta. Entonces desfilaban los puntos verdes de los uniformes y los quepis. Uno tras otro los veía pasar, admirado por el orden impecable de la formación, dejando a flote, tras el paso del último soldado, la aguda acústica de la marcha marcial. Otras veces, también desasistido de Tabonuco, saltaba a la habitación azul de la tía Amalia y me introducía furtivamente en los baúles olorosos a moho y naftalina. Me arrastraba más allá del fondo fuliginoso y tibio de aquellos escondites cargados de aromas viejos y despertaba despacio las voces inaudibles de los familiares muertos. Durante largos años habían ingeniado la manera de permanecer dentro de esos espacios tan impersonales, atiborrados de objetos heterogéneos, cuya pertenencia no les correspondió nunca; quizás ya estaban fuera de la vida cuando la tía comenzó a meter los objetos desahuciados en los baúles,

sin antecedentes en la casa antes de su llegada de Europa. Por algún efecto misterioso, los difuntos de la familia, incluyendo a mis abuelos, se fueron ocultando en esos claustros oscuros, después de convertirse en otros seres, dentro de sus ataúdes, apartados para siempre de los semblantes que todavía exhiben en las fotos amarillentas y apolilladas, arrumadas en cajas de cartón y atadas con cintas de seda en el fondo de los baúles. Antes de tener ese destino, sus osamentas fueron convirtiéndose en una sustancia gelatinosa, después en polvo escamoso, sin las proporciones adecuadas para preparar siquiera un bizcocho de muerto. Aunque los sentía volar sobre mi cabeza, aun a veces rozarme, mientras reían y hablaban entre ellos, sin tomarme en cuenta para nada; también yo, para sentirme importante, los ignoraba; ninguno pertenecía a mi mundo, en aquellas inmersiones por los baúles subyacía a cada instante la figura del ingenioso fabricante de chinas, experto en extraer las sonoridades de las aves canoras escondidas en el follaje.

Aparte de las incursiones por el río, los momentos más intensos se presentaban cuando se transformaba en El Tigre de la Malasia y se enfrentaba armado con una cimitarra contra una banda de fantasmas asesinos, agazapados en los baúles, a la espera de mi tránsito hacia el patio para intentar secuestrarme. Entonces, yo pegaba un grito de socorro, y de la nada aparecía el capitán Tabunuco para evitar el rapto del pequeño príncipe Abul Samir. Combatía furiosamente, derrotando sin tregua, uno tras otro, a sus fieros rivales. Luego de aniquilar a los atacantes, saltaba a su caballo blanco y a galope tendido me asía por un brazo y caía sentado detrás de él, en ancas del brioso animal, perdiéndonos aprisa por el

desierto, dejando atrás una nube de arena amarillenta. Antes de la declinación del sol, nos deteníamos en un oasis a calmar la sed y a contar el oro y las joyas birladas a los piratas de ultratumba, destinadas a la beneficencia de los niños descalzos que los mediodías vendían pescado frito por los alrededores del mercado municipal, insurgentes con sus harapos, signos de la libertad callejera que yo apenas disfrutaba.

El súbito revuelo callejero de una noche dedicada a una tarea escolar de ciencia natural agitó toda la casa, y se me permitió asomarme con los mayores de la familia a la puerta de la calle. Por primera vez lo observé en aquel lamentable estado, transformado en el espectáculo improvisado de la mitad del barrio. Estaba desnudo, armado con un pesado palo y se lanzaba sobre la puerta de la casa de su hermano, contigua a la nuestra, soltando agudos improperios y golpeando el mazo fuertemente contra la puerta de la vivienda, objeto del enfurecido ataque. Al rato vino a ocuparse de él un grupo de policías. Lucharon duro para maniatarlo y se lo llevaron en una camioneta negra. En casa no se mencionó mucho el asunto, como si se tratara de un familiar vergonzante, aunque nosotros con él no teníamos ningún vínculo sanguíneo.

Una semana después lo dejaron en libertad, pero su presencia comenzó a volverse algo esquiva al espacio de mi casa, adonde ahora se acercaba taciturno y cabizbajo en busca de la comida sobrante. Su lado positivo seguía intocable en mi fantasía: allí continuaba siendo un magnífico fabricante de chinas, el gigante atravesador del río, un mágico vendedor de cantos de pájaros y El Tigre de la Malasia. El segundo arrebatado de enajenación se presentó una tarde cuando se apareció

blandiendo un machete y comenzó a descargar el filo del acero contra las puertas de las viviendas, mientras sus habitantes se encerraban con premura, impulsados por el miedo. A partir de entonces estuvo entrando y saliendo del manicomio, con cierta regularidad.

Durante los arrebatos, su medio hermano era siempre el blanco de las desquiciadas acometidas, bajo los dislates lo acusaba de haberse apropiado de su tesoro. Cuando más se encolerizaba, casi a punto de derribar la puerta de la casa del hermano, este y su familia saltaban la tapia limítrofe, para encontrar refugio en nuestra casa. A pesar de la penosa circunstancia, me encantaba la cercanía de sus tres sobrinas, especialmente de Lichón: una hermosa niña piel canela, casi de mi misma edad, cuya presencia poseía el poder de agitarme de emoción, despertándome esos oscuros deseos que, según tía Amalia, significaban una ofensa a Dios y el camino expedito a las pailas del infierno.

Por alguna extraña influencia, Tabonuco atacaba todas las viviendas de la manzana, menos la nuestra. Sin embargo, a pesar de ese estado de excepción, aquel ser, hasta entonces extraordinario, comenzó a desvanecerse, a deshilvanarse en medio de una demencia crónica, incurable, imposible de vencer a pesar de sus nobles esfuerzos en temporadas de breves mejorías. Sus ataques se hicieron cada vez más frecuentes, y de las arremetidas contra su hermano pasó a atacar a las demás personas, convirtiéndose en un verdadero peligro. La policía tenía la orden de aplicar cualquier método violento para evitar sus agresiones. A partir de entonces, sus visitas a mi casa se hicieron cada vez más escasas, ya ni en los momentos de lucidez se acercaba siquiera por la comida. Para

mi sorpresa, entre los miembros de mi familia, el mayor interés por la salud de Tabonuco se reflejó en la tía Amalia, incluso escribió varias veces al Presidente de la República para ver si conseguía enviar al enfermo a un hospital en Finlandia, donde ella había ejercido de enfermera. Nunca obtuvo respuesta, más tarde se ocupó de realizar algún evento social o de hacer rifas para conseguir recursos para atenderlo en alguna clínica extranjera. Cuando mi tía estaba a punto de enviarlo a un sanatorio de enfermos mentales de Brasil, unos muchachos lo encontraron muerto en la orilla del río. Yo, a punto de cumplir los catorce años, también bajé entre los curiosos que se formaron para ir a ver al ahogado. Cerca del río me separé del grupo y seguí a través del mismo camino por donde emprendíamos nuestras correrías. Me ubiqué a una prudente distancia y, sin poder reprimir las lágrimas, observé su cuerpo todavía robusto, casi fuera del río, vuelto boca abajo, con la cabeza hundida en el remanso de la orilla, envuelto por una enorme cantidad de pájaros que parecían recuperar algo de su boca.

Para entonces su familia se había marchado del pueblo y hubo que velarlo en nuestra casa. El ataúd lo colocaron en el centro de la sala y a través del vidrio se observaba su cuerpo tendido, con el rostro lleno de una dulce placidez. Vestido con uno de los viejos trajes de mi padre, había adquirido la majestuosidad fúnebre de alguien importante. No obstante, continuaba viéndolo con sus enormes pantalones manchados de grasa, los bolsillos cargados de hondas y hojas de bijao llenas de transparentes trinos. Súbitamente se levantó del ataúd, sin que los presentes se dieran cuenta, y me gritó: *¡Cascaribín!* Entonces abandonamos el velorio y alegres,

como otras tantas veces, caminamos hasta el bosque del río. En seguida armó una de las chinas para inmovilizar las aves canoras, presto a succionarles el trino. Mis ojos resplandecieron nuevamente de felicidad y un fluido extraño se apoderó de mí. Sentí el cuerpo ligero de peso y cerré los párpados para liberar las lágrimas. Una mano húmeda, sin energía, me apretó suavemente por un hombro y me arrastró hacia otro lugar de la casa. Cuando abrí los ojos, la tía Amalia se encontraba cerca de mí, aún apoyando su mano fría en mi hombro. Sobre el ataúd, un empleado del servicio fúnebre se afanaba con un electrodo en cerrar la tapa, mientras afuera una lluvia inesperada se desprendía a cántaros.

Entre la densa bruma de la lluvia surge El Tigre de la Malasia, envuelto en una amplia y chorreante capa negra. Una sombra tenue se desliza sobre el libro y aprecio el grosor del silencio introducido por la lluvia extendida sobre las costas de Labuan. Apenas deja de llover, siento la proximidad de los pasos de mi prima. Amelia se acerca como flotando en un cúmulo de nubes. El asombroso parecido con la madre despierta reacciones extraordinarias. En sus ojos interpreto la búsqueda de mi atención y suspendo la lectura. Me pongo de pie y quedo a su disposición. Luego avanzamos por el corredor hacia la habitación de la tía Amalia. Detrás de la puerta existe un orden inalterable, muy al gusto de mi tía. Los baúles se conservaban en buen estado, sin señal alguna de la destrucción solapada de las termitas. Amelia abre uno de aquellos baúles y extrae del fondo una larga caja de metal amarillo. La abre con sumo cuidado y la acerca a mis ojos. Su interior contiene varios objetos de pedrerías y metales preciosos, el turbante de Sandokan, un silbato y una china de oro.

Mi prima no me suministra ninguna explicación acerca de aquel tesoro, ni yo quiero pedírsela.

Durante muchos años, Amelia no formó parte de la familia, su aparición sucedió muchos años después, cuando estaba terminando yo el bachillerato y mi padre había decidido enviarme a Caracas para estudiar Derecho en la universidad. Su gestación había sido siempre un extraño expediente en la vida de mi tía. Luego de regresar con la niña, tras una ausencia de diez años, la tía Amalia aplicó la frialdad del silencio, respecto a su hija. En este instante me acaba de pasar por la mente la idea de indagar algo del pasado de Amelia, sin embargo, mirándola plena en sus veinticinco años, prefiero ocuparme mejor de la caja, al parecer destinada previamente para nosotros dos. Continúo un largo rato contemplando, absorto, el inesperado tesoro que me obsequia la Providencia. Después, con las manos entrelazadas, abandonamos silenciosos la habitación. Sumido en una ambigüedad de sentimientos, vuelvo con ella al patio cultivado con palmeras y helechos. Un impulso secreto me hace levantar de pronto la cabeza hacia el cielo despejado y me parece mirar entre las nubes las imágenes difusas de Tabonuco y la tía Amalia, paseando en un cabriolé amarillo, bajo los rayos del sol veraniego, instalado en ese mismo patio donde tantas veces yo había soñado poseer los ocultos tesoros del príncipe pirata de Mompracem.

Muñeca de celuloide

*El mito no es una realidad viviente,
es un objeto y yo no quiero ser considerada
más como objeto.*

MARILYN MONROE

Súbitamente el viento se hace sentir: vibra desde su centro y agita vertiginoso la basura de la calle, la barre sobre el pavimento hasta formar un remolino donde levitan algunas páginas de periódicos enterradas. El vórtice invisible desprende las ramas secas de los árboles, arrastrando las nervaduras por encima del asfalto, revestido con una emulsión transparente, suspendida azulada en el aire inestable. La brisa se entretiene un rato con las hojas mustias, las despedaza y en seguida dispersa los fragmentos hacia el terreno baldío. Después de debilitarse el viento, la antigua visión comparece, sin ningún esfuerzo, delante de los ojos legañosos del mendigo, con las manos hundidas en la basura. Solo un descontrol mental podía negarle la posibilidad de reconocer la vaga claridad. A pesar del tiempo difuso puede vislumbrar las llamas y escuchar nuevamente la crepitación del incendio, transformando todo aquel esplendor en un terreno arrasado por el fuego.

Hubo tiempos mejores más allá del espacio baldío. En el interior de la ordenada sastrería se manifestaban las extravagancias de Bassanta, desvanecidas para siempre. Si ese pasado volviera a reconstruirse en progreso, se organizaría en la visión de una mañana desapacible con un pausado discurrir. Había un aire abotagado, integrado a los agravantes de ese viernes bisiesto y canicular, cuando el sastre comenzó a exhibir su rostro trastocado por la angustia. A veces extendía la incertidumbre desde la puerta del negocio a la esquina del semáforo. Para sorpresa de quienes lo saludaban, él no les devolvía el saludo a pesar de estar acostumbrados a sus vehemencias afectivas.

El desasosiego no se debía a ningún contratiempo en la función nocturna. Por la mañana el operador del cine había propagado la noticia de tener la película en su poder desde el día anterior. Aunque los síntomas del elemento perturbador eran visibles, nadie había logrado descifrar el origen de la intranquilidad de Bassanta. Muchos deseaban descubrir de qué se trataba, pero el sastre sabía broquelarse en el misterio, una manifestación contraria a su evidente adhesión a la vida imantada en celuloide, cuyo culto exaltaba en su constante pasión por las voluptuosas *vamps* de llamativos vestidos de lamé y trágicos desenlaces.

Los ojos sobre piel cuarteada, con el resto del cuerpo cubierto de harapos, continúan escudriñando el espacio vacío donde la hierba parece sentir temor de crecer. La brisa sigue agitando la basura y las hojas desfallecidas de los árboles, afectados por el otoño, cubren la tierra reseca. El mendigo empieza a hurgar en los botes de basura y un enjambre de moscas se sacude furioso, emitiendo un sordo y compacto

zumbido, antes de alzarse por el aire golpeando el rostro del hombre, oculto bajo la espesa capa de mugre. Los insectos siguen revoloteando con virulencia y las manos del mendigo baten desesperadas el aire para combatir el incesante ataque. Encima de la excitación anterior, una nueva imagen comienza a revelarse despacio entre el asiento verdoso y las inquietas larvas de zancudos, bajo la superficie del agua estancada resistente al sol otoñal.

Más allá de cualquier dilucidación momentánea, no es él quien ahora atraviesa el aire oloroso a géneros recién desempacados. Nada tiene en común con ese otro hombre que se mueve entre los maniquíes y la habitación de las telas, cuyas paredes habían desaparecido bajo el prolijo tapiz de *posters* y fotogramas, todos con cuerpos esplendorosos y agresivas cabelleras platinadas, negras o pelirrojas, aún más sensuales con sus carnosos labios encendidos por el carmín. En su rincón de preferencia, los cirios dispuestos en círculos iluminaban las diversas poses de la insuperable figura melada, cada día más inmarcesible en la provocativa desnudez del mitológico almanaque.

A cierta distancia, más abajo, en el subterráneo pensamiento, se sobreponía la perspicacia de la calle, cuando la ventana de la sastrería estaba abierta y, desde afuera, cualquier ojo ávido —sobre todo la mirada de los muchachos— podía extasiarse en la deliciosa desnudez de la inolvidable suicida. Todos los varones, en edad de disfrute sexual, parecían haber hecho un pacto secreto para detenerse en la calle a perseguir el curso carnoso de los senos y el declive elíptico de la espalda, descendiendo hacia los esplendorosos glúteos, cubiertos por una suave vellosidad cobriza. A veces se destacaba

una sobreimpresión con la figura de Bassanta, vaciándose el frasco de Estronol sobre el despoblado cráneo reblandecido, en la reiteración del vano ritual que no le devolvería el cabello perdido. En el espejo, irisado por el tembloroso resplandor de la luz proveniente de afuera, se reflejaba el esfuerzo de la fricción de los dedos al deslizarse rabiosos desde la frente ligeramente pronunciada hasta la cerviz surcada de profundas estrías. Mientras se frotaba enérgico el cuero cabelludo, el sastre parecía epilepsiarse, como si todo su cuerpo estuviera atrapado en una región transparente, donde únicamente él podía tener contacto con la presencia etérea de la actriz.

La mano oscura y reseca deja de escudriñar en la basura mientras los ojos de bordes turgentes resplandecen bajo la maraña de cerdas empegotadas. Por el temblor de su cuerpo, parece que alguna voz imperceptible le habla desde un tiempo inexistente, desde un ámbito oblongo, pincelada de platós claroscuros, donde acaso él ejecutaba una actividad distinta al rol que representaba en la actualidad, esa acción menguada, cuya imantación intentaba eludir cuando –para fijar la falsa identidad– retomaba las escenas del escondrijo que seguramente ya alguien había interpretado por él.

Pero la voz inmemorial vuelve a punzar la piel y en seguida la figura se yergue nerviosa, como si ese eco infalible estuviese lleno de hojillas. Los harapos apelmazados cuelgan del curtido pellejo y, entre la pelambre endurecida, relumbra nuevamente el iris detrás de la turgencia de los párpados. De pronto intenta escapar del terreno baldío donde las moscas son cada vez más numerosas, atraídas por el cadáver del perro descompuesto, oculto entre unas matas de bleo. Sus pasos no responden a la voluntad de huir, su motricidad se encuentra atrapada

en una laberíntica red que no le permite ninguna posibilidad de vencer el cerco de las imágenes. Ante sus ojos comienza a girar una especie de diorama de donde se desprende el sastre en un rito indecoroso. En medio de la penumbra practicaba una ceremonia de sodomía y onanismo, estremecido de un punto a otro, resbalando dentro de sí mismo, seguramente acosado por la desnudez aquilatada de la mujer, cubierta por el temblor circular de los cirios, agigantada por la crepitación incesante de la cera derretida. La imagen parecía alejarse del óvalo legñoso para deshacerse instantáneamente en el aire agreste del otoño. Luego se manifestaban los espasmos, cuando el rostro inflamado sucumbía en el éxtasis provocado por las manos enfebrecidas.

El simulado figón se estremece súbitamente al recordar la escena del vestido levantado sobre un extractor de aire del metro de Nueva York, eternizada en *La comezón del séptimo año*. La deslumbrante secuencia ha estado a punto de evaporarse mientras se rasura ante el espejo del baño. Sin embargo, vuelve a enhebrar el tiempo y retoma el instante en que el cuerpo se dobla por completo y en el aire tiembla el murmullo entrecortado de los jadeos. Después permanece una humedad remisa detenida en los ojos acuosos, preámbulo de la náusea dolorosa imbricada en esa lasitud morbosa arrojada contra él, todavía agotado por el esfuerzo. Ya sosegado abandona el escondrijo y se sienta en el taburete a hilvanar la solapa de un paltó de casimir, ignorando su presencia ante los ojos de los espectadores delante de la pantalla. Una nueva sombra se adhirió a la pared de la sastrería, sin ser detectada por el hombre. El muchacho, con una mano ocupada con los pantalones recién planchados, se había detenido

sigilosamente detrás de Bassanta. Sus ojos ligeramente oblicuos, parecían atraídos sobre aquella lisa explanada, soldada a una nuca enteriza. Arriba, en la cumbre, de repente los ojos ávidos podían imaginarse el aterrizaje de aviones de diversos modelos ultra modernos. De un momento a otro saldrían de los hangares Nieuport NI7-C Superbebé, Messerschmitt BF 109-F3/Trop, Mig 29 Fulcrum, P-1H Mustang y grandes Lockheed Constellation. Las máquinas comenzarían a desplazarse por la pista del cráneo, y en esa ofensiva circunstancia, el sastre se vería obligado a suspender la tarea y a comenzar a rascarse desesperadamente hasta convertir la lustrosa superficie en profundos surcos sangrantes, como entonces imaginaba el muchacho.

Un celaje malicioso animó al muchacho. Inmediatamente, dejó caer la mano sobre la explanada yerma. Los dedos presionaron con fuerza para ver brotar la sangre, pero solo percibieron un violento estremecimiento, cuando el hombre, con la sangre caliente, saltó del taburete, para enfrentarse furioso al abusador inmovilizado por la sorpresa. No le permitió la oportunidad de escapar, ya estaba atrapado por una oreja, con las lágrimas asomadas en los ojos. El sastre soltó una imprecación, antes de sacudirlo con brusquedad, amenazándolo con llevarlo, tomado de la oreja, ante la madre, seguro de conseguir algún castigo para el muchacho. Sin embargo, pareció pensar en algo distinto y aflojó los dedos, acaso dispuesto a no buscar ninguna reprimenda para el agresor. Apenas se sintió libre, el muchacho contempló el reflejo de incertidumbre en el rostro del sastre. Lanzó los pantalones al piso, luego con un salto olímpico alcanzó la calle, dejando en el aire una aguda mentada de madre

mientras escapaba hacia la acera del cine. El hombre intentó perseguirlo, pero no avanzó más allá de la puerta y escudriñó nuevamente la efervescencia de la esquina.

El camión llegó a las cuatro de la tarde. Apenas se inmovilizó frente a la puerta azul de la sastrería —envuelta por una luz esmaltada—, el vehículo atrajo el arremolinamiento de los curiosos, estratégicamente ubicados en la calle. El ayudante que venía atrás con la caja esperó por el otro que ya había descendido de la cabina. En seguida, empezaron a bregar con la carga. La lucha duró poco y a pulso dejaron caer la caja al suelo, luego la acarrearón con pericia hacia el interior del negocio.

Los primeros en agolparse en la ventana fueron los muchachos. Cuando Bassanta los descubrió, los amenazó con la plancha caliente. La ventana se despejó en seguida y el sastre aprovechó para cerrar los bastidores. Desde la calle llegó una rechifla, con escaso efecto sobre él, porque tal vez en ese instante estaba poseído por algún placer inconmensurable.

Unos adolescentes —comandados por el muchacho que el sastre había echado del negocio— se apartaron de los adultos y corrieron hacia la calle lateral, opuesta a la tienda, hasta donde llegaba el ruido sordo del proyector del cine. Pero allí estaba el sastre, impuesto delante de la puerta, transformado en un objeto infranqueable. Un grito abrupto los puso en desbandada y desaparecieron tras las casas situadas más allá del cine.

Mientras el vórtice se apacigua despacio, el harapiento, con las manos apoyadas en el borde del pozo, presiente la nueva adherencia que parece surgir del aire con la única misión de gopearle el rostro, liberado de las moscas. El

muchacho salta y, separado de un instante ya consumado, ausculta la distancia sin volver al nuevo punto, sin aproximarse a la imagen sujeta a la pantalla donde se refleja el pozo distante. Se mueve por detrás del mendigo inexistente para sus ojos, fijos en ese otro lugar más lejano. Se entretiene con solo rozar las yemas recientes de los árboles. Permanece inmóvil un momento, su mirada contempla desaprensiva el tumulto moviéndose hacia la avenida oculta detrás de los árboles. El mendigo gira la cabeza, cuando la imagen del muchacho cruza delante de él, frente al amasijo de hierros retorcidos amontonados cerca del pozo proyectado hacia adelante por la larga línea de luz. Sobre el espejo irisado por el resplandor verdoso de las hojas, una vez alcanzado el túbulo del borde limoso, se encuentra el reflejo del rostro del muchacho, adherido a las piedras ennegrecidas, por encima de la tristeza legañosa del hombre, quien todavía espera por una resurrección de la mujer.

Como todos los demás amantes del cine, el muchacho también conoce la historia de la mujer, siempre indaga acerca de ella, sin nunca encontrar la realidad de su vida. Pero ese instante tampoco es suficiente para revelarla sin fingimientos: la retiene para sí, quizás para ir añadiéndole nuevos elementos, imitando a los otros admiradores: volverla casi inverosímil entre las tantas versiones de la bella mujer del almanaque. Seguramente habrá en el futuro un espacio recurrente: quizá allí todo podrá reordenarse a través de una búsqueda obsesiva. En esa pantalla escurridiza las imágenes tomaban forma. A través de las revelaciones se conformaba una sustancia homogénea que seguramente los amantes de remembranzas retomarán para armar detalles de algún

posible guión donde quedarían grabadas, armadas en una moviola, con la desaparición del sastre, cuando todavía en el cine del barrio se exhibían funciones de Yvonne de Carlo en blanco y negro.

La ondulación de la luz, irradiada por la temblorosa circunferencia, inundaba la habitación tenue y rojiza. La mujer estaba envuelta en incesantes haces proyectados hacia delante concretando la figura y el color sonrosado de la piel. Los labios cubiertos de carmín del lento susurro, delinearon una sonrisa refulgente cuando comenzó a moverse alrededor de ella, bailando graciosamente. El escote dejaba al descubierto los carnosos senos almibarados. Los labios vulgares del ilegítimo amante buscaron aquellos deliciosos óvalos vivos, pero ella se hizo hacia atrás, falsamente esquivaba, estremecida de asombro por la audacia viril. Después la lengua del hombre trazó un círculo húmedo sobre los senos desnudos mientras ella volvía a sonreír dominante. Él se dejaba someter, se entregaba a la magia oferente, acaso seguro de imponer las reglas del juego, cada vez que sus rebordes se deslizaban enfebrecidos sobre la piel temblorosa de la mujer. Toda ella parecía más enardecida más, deseosa, cautiva bajo la penumbra del *technicolor*, provocada por la flagelación del húmedo lagarto, cuyas vibraciones despedían un furor destellante, a medida que la mujer se estiraba hacia atrás eufórica, alargando los brazos, exaltada por la fiebre de ese otro cuerpo, encadenado a un lujurioso escarceo nunca sentido por ellos.

Mediante un plano convexo podían observarse los gestos de la mujer de ojos brunos, columpiada por la argentada sonoridad desprendida de la boca, apenas entrevista sobre las

sombras del limo grumoso, cuando el hombre liberaba completo la espita del regocijo. A su lado creía descender por un espacio cubierto de heliotropos y resedas, despidiendo un efluvio almizclado, cada vez que la boca volvía a succionar los senos más crispados por la excitación. El vibrante órgano se escurrió veloz por entre los dientes, transmutado en una ventosa insaciable. Después lo sintió enroscarse lentamente por el cuello: sus arabescos ensalivaban la piel de la mujer, entregada al ímpetu de la maniobras. Él se acoplaba a ella, temeroso de que pudiera escapársele, volatilizarse de pronto sin haber alcanzado el clímax para coronar —como ambos anhelaban— aquel arribo tardío desde el norte, después de haberla visto espléndida en *Niágara* como una adorable pecadora. Ahora ella se sosegaba frente al círculo de fuego y se tendía en la cama, acezante enervada toda de amor. No obstante hacía falta algo para completar el rito: el vestido de lamé rojo que él también había esperado durante años para cumplir con el desposorio fijado antes del tiempo presente.

Una fuerza inexorable empujó al hombre hacia el baúl. La mujer aprovechó la tregua para despojarse de la ropa y deslizar las manos por su cuerpo color de oro, suministrándose más calor. Dentro del espejo los brazos del amante insomne hacían saltar del fondo oscuro del aparador un enjambre de trapos multicolores hasta la aparición del vestido, impecable en su envoltorio original. El rostro del hombre se encendió con el mismo regocijo del arribo y, con una credulidad casi infantil, corrió hacia la mujer deseoso de envolverla con el lamé.

Delante del vestido, la mujer puso en evidencia su disimulada mansedumbre. En ella se produjo un cambio

súbito: estaba la mirada opaca, una sonrisa desalentada, en el mediano semblante perplejo, opuesto al afecto que cubría la desnudez de su piel de escaso sol. Primero, la abertura de arriba entrando por la cabeza hierática, seguidamente el recogimiento de los brazos bajo la bocamanga inglesa; después, pasaba la forma tubular del vestido, adaptado al cuerpo, esculpido con la misma medida del modelo original. Sin embargo, poco parecía valer tanto esmero: una estatua de la *Venus de Milo* poseía quizás más sentimiento que la mujer, obliterando la pueril simulación del amor aportada por el frasco de Shalimar que el hombre esparcía sobre la piel insensible.

Después volvía a ser la misma mujer insaciable de siempre. Algo la hacía cambiar caprichosamente. Se veía ahora más dispuesta, irradiando una alegría candorosa, recogida en los ojos del hombre, detenido frente a ella, ocultando el rostro detrás de la sombra oblicua de los maniqués desnudos, mientras las comisuras se dilataban en la copa de un modesto Cabernet Sauvignon, compartida con la argentada sonoridad estremecida en la boca de la mujer dorada. Así se alejaban, buscando el borde del pozo desde donde continuaban rastreándolos aquellos óvalos ígneos que ahora descubrían el instante, cuando el hombre la asía por la cintura y ella, doblegada, accedía a los besos febriles que atacaban insaciables sus labios.

Ahora delante de la tela aparece la escena cuando el hombre la golpeaba brutalmente, justo cuando ella comenzaba a dar muestras de mayor afecto. La estremeció con una segunda descarga de puñetazos, y sus agresivos rasgos faciales se colmaron de regocijo al verla caer protegiéndose

el rostro con los brazos para evitar la tercera acometida que se proyectó de inmediato. Un surco rojo humedeció sus labios mientras la atrapaba por el cuello y la alzaba en vilo, arrojándole improperios. Luego de escupirla varias veces, sonrió antes de dejarla libre para agarrar la tijera más larga y puntiaguda del cajón de los instrumentos de costura. La mujer empezó a temblar sin efectuar ningún intento de fuga, permanecía inmóvil, magnetizada por la incisiva punta.

El primer corte la abrió desde la cintura hasta los senos cuando ella intentaba ponerse de pie. Un segundo desgarrón, más profundo, prendiéndola por el ombligo, casi la levanta por el aire. Apenas la soltó, ella, vomitando sangre, cayó hacia atrás aparatosamente, media herida de muerte. Se estrelló contra las defensas del faro, próximo a las turbulentas aguas de las cataratas, situadas más abajo de la torre de señal. Súbitamente, todo el círculo de velas cayó al suelo y pronto el escondrijo se transformó en un cuadrilátero de fuego. Las llamas se agitaron voraces, animadas por los cortes de tela y la volatilidad del material de los maniqués, cerrando cualquier posibilidad de escape, sometido todo al ascenso incontrolable de las lenguas abrasadoras hacia los estantes y el maderamen. Las enfurecidas pavesas se esparcían disparando graznidos, semejante a un monstruoso pájaro de lava bramante, arrojando saetas de fuego, urgidas por una reverberación mortal. Los *posters* y los fotogramas resistieron un rato más, después una llamarada se lanzó desde abajo y devoró insensible todos los objetos del lado derecho.

En un rincón agonizaba la mujer, atrapada entre columnas de fuego. Un poco más allá, el hombre, con la piel

chamuscada, se debatía desesperado, unas veces lloroso, otras pidiendo auxilio, extraviado en sí mismo, con la sangre a pocos segundos de comenzar a hervir. Una llamarada impetuosa terminó de engullir el cuerpo de la mujer, delante del hombre casi achicharrado, transformado en una tea gigante. La desesperación le impidió verla cómo se volatilizaba cuando él se precipitó enloquecido hacia la puerta donde caían los hachazos de los bomberos.

Todo comienza a concluir a medida que la luz del día se revierte y el resplandor de los árboles, al pasar en ligeros matices por todas las tonalidades del verde, dispara sus últimos reflejos sobre las figuras detenidas al borde del pozo estancado. Ya no es necesario que los dos insistan en realizar aquel extraño juego de abalorios, mal enlazando unas cuentas tras otras, porque los vence el instante del desconcierto. Al mismo tiempo, el anciano mendigo y el muchacho se escrutan con recelo en esa hora de la tarde cuando el movimiento de la calle parece diluirse. El pasar de los transeúntes, mezclado con el rumor de los vehículos y los gritos destemplados, suspendidos en el aire, se vuelve casi inexistente. La cercana culminación del día impone la calma sobre el espacio vacío, llenándose de silencio a medida que el crepúsculo se apropia del colorido de las nubes.

Atrás solo persiste el rumor del vórtice transparente jugueteando con la basura de la calle. Un ruido indistinto puede aproximar nuevamente el escurridizo espejo del tiempo a los alambres retorcidos de la difusa forma humana. La brisa arrastra, de un lado a otro, los despojos abandonados en el terreno baldío. La animación callejera aporta otras sensaciones. De pronto todo parece inmovilizarse, como si el

haz de algún proyector se hubiese paralizado sobre el baldío, cuando los dos hombres cruzan la calle y toman direcciones opuestas, sin siquiera reconocerse.

Fuego iniciático

*... el tiempo aludía a las lluvias de fuego
y a las estatuas de sal.*

JUAN CARLOS ONETTI

Quizá fue la necesaria determinación de borrar la secuencia de los días fútiles, el único gesto condescendiente para inducir a Jacobo a sentirse parte del clan Lübeck. La novedad empezó con la sucesión de pequeños hechos, simples detalles, diluidos en la alternancia regular del tiempo, medidos en el transcurrir de los días, entregados a la indiscernible prontitud de las acciones. Cuando menos lo razonó, ya había roto con la autoexclusión de los asuntos más importantes del clan. Al principio, todo esfuerzo por desbloquear la situación se perdió encadenado en los desafectos silenciosos con que siempre acogían sus proposiciones en las asambleas anuales de la Lübeck & Sucrs.

Pero luego surgieron ciertas circunstancias aleatorias, como el inocultable favoritismo del tío Abraham hacia el redimido, que favorecieron, a regañadientes, una mediana aproximación con los otros integrantes del clan, quienes nunca dejaron de estimular una oblicua animadversión hacia él. Ni siquiera el inesperado viaje, a Ammán, del Tetrarca, desterró

las perspectivas de las cosas; esa ausencia más bien acrecentó el rechazo de los otros hacia Jacobo. A todas las actitudes desafiantes respondía con la brevedad de un gesto irreverente, propicio en la embriaguez de los días insomnes, apático ante la marcha de los negocios de la familia. Las noches estaban señaladas por camisas manchadas de carmín y la porosidad de su piel adherida a baratos perfumes de meretrices también baratas, proporcionadas por su serrallo particular, como llamaba al burdel de cerca del río. Pero al tercer mes del viaje del Tetrarca, la suerte cambió para él. Todo comenzó a hacerse más nítido. Los vientos de una lejana región de alfóncigos, cinamomos y sicómoros arrastraron, más allá de los últimos ladrillos del palacete de basalto y malaquita, la noticia de la muerte del tío Abraham. Al principio, el resto del clan no se atrevió a admitir el deceso del Patriarca, a pesar de tener ante los ojos y de haber leído varias veces el telegrama fechado el día anterior en Varsovia, tangible sobre el plano maderado de la mesa.

Las augustas mujeres del clan, todavía estupefactas, prescindieron de la instantánea manifestación del llanto. En medio del pesar, ahorcajadas en un silencio de imprecisas consecuencias, muchas creyeron entonces descubrir, en la adustez sibilina de sus rostros, el signo común que las obligaba a la espera del regreso del Tetrarca, embalsamado en el ataúd, para poder devenir plañideras. Así transcurrieron veinte días interminables, agotados en la medianía de algunos ritos domésticos, intrascendentales en el círculo de azarosos horarios, siempre concluidos en el mismo punto de la espera. A la cuarta semana ocurrió el arribo del ataúd en un buque petrolero de la Lübeck & Sucrs. Todo el clan –excepto

Jacobo— esperaba cariacontecido en la dársena, algunos pendientes solamente del desembarco, menos próximos a la tristeza que al hastío, mientras otros dejaban deslizar las miradas sobre las iridiscencias y la continua ondulación del río, donde acuatizaban veloces los caballitos del diablo.

Apenas dejaron encima de la dársena la caja mortuoria, quienes presenciaron el desembarco comprendieron, acaso por primera vez, el origen de los futuros acontecimientos. En los semblantes de la duda y el asombro, la certeza vino a flagelar cualquier incógnita. La ansiedad contenida bajo la refulgencia vertical del sol, ubicó todo en su exacta dimensión y los que permanecían todavía dudando se miraron a los ojos, conteniendo en el transparente silencio unisonante el mismo nombre: Jacobo. Sin embargo, en aquel instante, él estaba dedicado a realizar un cuidadoso saque de banda en el único billar de la calle Bolívar, a pocos metros de la funeraria adonde trasladarían el ataúd con el cadáver de su tío. Con el taco en alto, Jacobo parecía moverse en medio de los gestos y los visajes imprevistos, entre las ligeras evanescencias de los ecos habituales y los desconocidos, en giros y regiros de sonidos, algunos coherentes, atados de alguna manera a las acciones financieras del tío Abraham. No obstante, Jacobo ahora podía situarlo en una ausencia de años ya derruidos, agostados, a la sombra de un sí o un no, aposentado en la habitación donde el tío consultaba todas las tardes la *Torah*. Fue él solo —no porque estuviera dotado de algún poder nigromántico, sino por pura intuición y perspicacia— quien supo cuál sería el resultado de aquel viaje del Patriarca. Aunque nunca llegó a expresarlo, siempre le pareció que el tío deseaba morir cerca del mar Muerto, lejos

de aquel poblado petrolero, puesto en la línea de una latitud cálida y lluviosa, hacia donde nunca en su infancia imaginó viajar.

Todavía en los aplazamientos premeditados del saque sobre el paño verde, seguramente su pensamiento gravitaba en el orgulloso resentimiento que animaba contra su familia, menos por el tío. A punto de completar la jugada, admitió la posibilidad de un armisticio. Fue entonces cuando descubrió, primero, la sombra cruzada en la mesa de billar. Luego, cuando dirigió la mirada hacia la izquierda, halló el rostro imberbe de Samuel recostado de la columna central. Después de efectuar el impecable golpe sobre la esférica de marfil, todavía con el taco en alto, encontró su reflejo asomado en el espejo de la barra, oponiéndose viciosamente a la presencia del hermano menor, mientras los ojos indiscretos de los espectadores se concentraban en Jacobo. Pronto comprendieron desilusionados el significado del gesto de evidente condescendencia, alejado de la sonrisa irónica con que el otrora rebelde acogía la cercanía del hermano. En ese momento se trastocaba el espíritu indomable de Jacobo, casi convertido en leyenda. Pero nadie se atrevió a expresarse contrario a esa actitud, cuando el silencio favorecía la salida hacia la calle. Afuera la reverberación del mediodía evidenció indiscretas miradas, estas se proyectaban, desde miradores, puertas y ventanas, sobre los dos hermanos, quienes avanzaban despreciando los ojos sorprendidos bajo la atmósfera inflamada del mediodía. Tampoco en la calle ninguna voz se atrevió a proferir comentarios. No obstante, a través de aquellos sospechosos silencios se traslucían algunas ocultas maledicciones. En las fugacidades callejeras los pasos de los

dos hombres se diluían entre las fisuras de las aceras, llenas de *chiclets* y cáscaras de pistachos, mientras disminuía el acercamiento a los dominios de los Lübeck. Los oídos de los dos caminantes rechazaban los vagos comentarios por viles e innecesarios. Ni siquiera se molestarían en tomar alguna futura represalia. Algún castigo divino daría cuenta por ellos.

Más allá del ancho cuadrilátero de la plaza solitaria, sobre la perspectiva de una colina arcillosa, se asomaba la alta construcción de basalto, una edificación pentagonal, semejante a la arquitectura del antiguo palacio de Machaerus. La urgencia de los pasos se redujo en el último escalón del ascenso. Tras el livor de los altos portales, esperaban por Jacobo los calculados gestos de contrición. En seguida sintió el aturdimiento de los pésames represados, con los abrazos y los palmoteos litúrgicos en la espalda. En todo momento trató de eludir el ramaje de manos tendidas hacia su cuerpo, dormido por la insensibilidad, elaborada allí mismo para escludarse de la hipocresía estarcida en la atmósfera. Incrédulos los rostros, inermes al asombro, cuantificaban, anhelantes de acción, los veintiséis escalones por donde ascendería Jacobo hacia la segunda planta del palacete. Esos mismos rostros lo verían aparecer con las visibles huellas del llanto que no había manifestado a la vista de todos. Por primera vez, la gente comprendió que él también poseía sentimientos, emociones primitivas capaces de hacerlo sufrir como a cualquier mortal. Al terminar de subir no se aproximó a ninguno de los presentes, excepto a Samuel, dispuesto —como lo hizo después— a desatar sin ambages el llanto sobre las espaldas del hermano menor. Samuel dejó que se desahogara, animándolo con breves palabras consoladoras, inaudibles para los demás.

Cuando dejó de llorar, tuvo valor suficiente para acercarse a la mortaja de lino que envolvía el cadáver embalsamado del Tetrarca, espolvoreado con tierra de Israel, dentro del cajón de madera, cubierto con un paño negro, colocado sobre unas andas. Antes de amortajarlo, una mansedumbre mesiánica cubría el rostro lívido y de los labios enmudecidos parecían brotar disuasivos consejos, solamente percibidos e interpretados por Jacobo.

Gradualmente comenzó a percibir una nueva conciencia espiritual, necesaria para comprender que había llegado la oportunidad de aceptar la realidad, rechazada antes por él. Apenas comprendió que no tenía ninguna otra alternativa, en seguida se preparó para recibir los abrazos de todos aquellos que se sintieran con derecho a expresarle las condolencias. Entonces se atrevió a mostrarse un poco indulgente, sobre todo hacia los espacios donde se encontraban los rostros más solemnes y severos. Los notables del Club Cabalístico parecían haber establecido un pacto para proporcionarles protección a las hembras del clan. En los semblantes de aquellos ancianos, rigurosamente vestidos de negro, había cierto distanciamiento, algo indiscernible, capaz de separarlos del resto de la gente reunida en el ceremonial. En medio de toda esa atmósfera, a Jacobo parecía, por momentos, costarle entender cómo se habían invertido las cosas. Ya nadie, ni familiares ni extraños, se negaban a verlo como el mismo muchacho díscolo de apenas unas semanas atrás. Ahora, de alguna manera, todos allí se consideraban con el deber de ofrecerle algún consejo. Sin embargo, intuía el odio y la hipocresía detrás del asombro de las palabras reconciliadoras, ahítas de estímulos. Percibía ese inopinado comportamiento,

especialmente en los gestos de los notables del club, acaso aliados de la comunidad judaica.

A través de cada uno de los presenta-pésames Jacobo podía entrever cómo se oscurecía despacio la grama del jardín y la niña dormida, endurecida en la roca blanca de la fontana, la misma que el tío Abraham había hecho traer de Israel mucho antes del inicio de la construcción del palacete. El rumor del chorro, tímidamente arqueado en la doble sutileza del aire, no lo había envuelto aún cuando irrumpía estriado, en el borde del círculo de granitos erosionados, convertidos en las piedras garantes de una prolongada memoria, recobrada apenas en el movimiento concéntrico de algún lejano olor o alguna antigua palabra, introducida de pronto en el presente. El flujo del agua por la boca de la niña vegetal arrastró los pasos de Jacobo hacia el jardín vacío, hasta que sus dedos tocaron la humedad y la dureza porosa. El chasquido del líquido, saltando sobre el borde, llegaba a los oídos, despertando en el pensamiento de Jacobo la misma imagen del día anterior. Entre las sábanas revueltas, continuaba hundido en la curva desnuda de la espalda de Raquel, todavía percibiendo el acre olor a desodorante que escapaba del hueco depilado de las axilas, extendida bajo la voz tenue, construida para sugerir el desarrollo de las caricias, en aquella calurosa y estrecha habitación, donde, salvo el ruido de la sirena nocturna de algún buque petrolero, maniobrando en la dársena del puerto, solamente tenía importancia el hedonismo compartido de los cuerpos sudorosos. Sorpresivamente, él sintió un aliento que no pertenecía a Raquel, sino otro más próximo, situado tan cerca de su nariz que lo había inhalado como suyo. Sin embargo, no era un aliento único:

eran muchos, multiplicados por todos los miembros del clan, quizás creados allí mismo como a su propio Moloch: una fuerza devoradora que no entendía de géneros ni de lagares. Un Moloch espurio presentado inocentemente por su padre ante los miembros del clan, como un hijo bastardo, pero también tan legítimo como los otros niños, procreados con el mismo ADN del clan. Pero de aquel hombre lejano, Jacobo apenas conservaba la homologación de nombre. Ni siquiera el envejecimiento de una foto podía descubrirle la fisonomía del rostro, la adustez o la sonrisa, de quien dijo ser su progenitor en aquella distante circunstancia.

Ahora contemplaba en las paredes de la galería de los antepasados todos esos rostros familiares, cada uno antiguo principal de la tribu, como obligándolo a comprometerse con algo que él nunca se atrevió a imaginar para sí. A pesar de que aún no se había hecho el anuncio oficial, todas aquellas manifestaciones de reconciliación no parecían demostrar otra cosa contraria a que Jacobo sería el nuevo jerarca. Quizás él comprendía que la confianza de los miembros del clan estaba al margen de todo límite, mientras trataba de demostrar su incompetencia para asumir la conducción totémica. En los últimos años no había hecho nada diferente a pasarse semanas íntegras inventando carambolas en cualquiera de los billares instalados desde la calle Principal hasta la zona de tolerancia. Con la práctica del desarraigo familiar llegó a comprender que no era fácil la elección. En medio de esa circunstancia, tenía que elegir entre la aceptación y la huida. Entonces, tras varios días de incertidumbre, la opción fue quedarse, a pesar de no estar, en la pericia, preparado para los negocios. Se sentía carecer de la voluntad férrea de

los fundadores genuinos del clan, del inquebrantable entusiasmo de los obstinados pioneros, quienes no conocieron el descanso sino hasta el momento de la muerte.

Los días que sucedieron a los funerales del anciano jefe, resultaron favorables para el ascenso definitivo de Jacobo. En esos primeros días comenzó a exhibir un desconocido olfato mercantil, un mágico sentido para los negocios que sorprendió a mucha gente, todavía reacia a no seguir viéndolo como el mismo muchacho rebelde de siempre. Pero ya nadie se atrevía a hablar mal de él, incluso empezaron a ver con buenos ojos que sacara a Raquel del prostíbulo para llevársela a vivir con él en el palacete. Solo los notables del club se opusieron a tal atrevimiento, sin embargo eso no trascendió más allá de algún cónclave extraordinario, a pesar de la búsqueda desesperada de una alianza secreta, con nulos resultados con las mujeres de la familia. A la hora de las grandes decisiones, Samuel se convirtió en una pieza clave, siempre dispuesto a hacer causa común con Jacobo. Meses después, cuando Raquel evidenció su primer embarazo, Samuel se atrevió orgulloso a acompañarla varias veces al ginecólogo. Ahora el menor del clan siempre estaba presto a defender a la mujer de cualquier ataque inesperado. Incluso, durante los fines de semana, podía vérselo en compañía de Jacobo cuando iban a cumplir con alguna liturgia en la sinagoga subidos en la camioneta que había pertenecido al tío Abraham.

Con la buena marcha de los negocios se afianzaba, cada vez más, el poder de Jacobo, contrariando las ambiciones de los notables del club, quienes decidieron llevar a cabo una guerra santa. Primero fue la aparición en todas las paredes del pueblo de una serie de grafitis, trazados con la complicidad

de la noche, cargados de improperios contra la mujer encinta. Luego vinieron, con la misma trampa furtiva, las hojas mimeografiadas, con la directa amenaza de muerte, adheridas con engrudo en las paredes de las edificaciones cercanas a la plaza Madariaga. No obstante el sentido anónimo de las pintas, las sospechas se dirigieron hacia la sede del Club Cabalístico. Pero Jacobo no se atrevió a acusar a nadie, ni tampoco pareció darle importancia a la gravedad de los ataques.

Por fin una noche las amenazas empezaron a cumplirse, deshaciendo el equilibrio de los sueños. Desde los depósitos de la Lübeck & Sucrs, espesas llamaradas de fuego se alzaron amenazadoras hacia el cielo, desarrollando una gigantesca contorsión de intensos resplandores, visibles a grandes distancias, desde las afueras del poblado. Un confuso atropellamiento de pasos y voces apresuradas despertó en mitad de la noche. Los gritos y las llamas se columpiaban en una misma orquestación. El vivísimo correr del fuego se desplazaba en una densidad de odios desatados, con un incontenible apetito destructivo. El cuerpo de la candela, con su inclemente poder de exterminio, amenazaba con no dejar nada de pie, abrazando las paredes y el techo. La serpenteante crepitación invadía todos los intersticios de la madera que comenzaba a ceder débilmente, mientras la calle no terminaba de llenarse de curiosos.

Desde el palacete, el fuego se observaba con toda su magnificencia destructiva. Paralizados por la sorpresa, todo el clan permanecía reunido en la terraza, buscando en lo más recóndito de sus mentes alguna profecía anunciadora del holocausto que se urdía ante sus ojos. Las furiosas miradas de las mujeres, sospechando acaso dónde estaban los culpables,

buscaron el rostro de Jacobo y en seguida este comprendió la enfática orden de silencio. En medio de la caída de la Lübeck & Sucrs, Jacobo era el único designado para enfrentarse a los notables del club. Se apartó sigiloso de su familia y abandonó el palacete, sin siquiera advertirlo Samuel, a la espera de alguna señal del hermano para tomar represalia contra los incendiarios. Tampoco nadie lo vio cuando, cargando una lata de gasoil, atravesó iracundo las calles, directo a un único objetivo. Los pasos siguieron una misma dirección, resueltos, quizás guiados por la misma pasión destructiva de los enemigos de Jacobo.

En una calle arrinconada, en el punto más extremo del conjunto de suntuosos edificios, apareció la soberbia edificación clásica. La serie de claraboyas iluminadas desde arriba, con una poderosa luz amarilla, irradiaban una sensación de superioridad sobre todo el frontispicio grecorromano, minimizando la presencia que la amenazaba, detenida a escasos metros de las columnas dóricas de la entrada.

La sombra de Jacobo crecía de abajo hacia arriba, atravesada en la mitad del frontispicio, paralizada por su indecisa actitud. Animada por un extraño llamado, bruscamente la mano, sosteniendo la lata de gasoil, pareció detectar la inutilidad del esfuerzo y aventó el envase con el combustible a un lugar donde no representaba ningún peligro. Esa debilidad espiritual, hasta entonces desconocida, lo hizo ponerse de rodillas, con el rostro humillado por un torrente de lágrimas. Un miedo indiscernible lo invadía despiadadamente, lo transformaba en el cobarde que nunca había imaginado ser. Se sintió indigno de la herencia del difunto Tetrarca, mientras el viento arrastraba descontrolado la voraz crepitación.

El fuego devoraba las últimas vigas y contrafuertes de la sede de la Lübeck & Sucrs. Sobre la inesperada claridad fatua del fuego, que las llamaradas impartían al oscuro telón estrellado de la noche, estático como un acimut, una rutilante luna llena parecía despreciar la inesperada expresión de cobardía de la silueta, abrumada por la sensación de haberse convertido en una estatua de sal. Las lágrimas continuaban inagotables, como el débil lloriqueo final de la rebeldía vencida. De hinojos, la sombra se quebraba en ángulo contra el suelo, absorbida por la misma penumbra, sobre el asfalto de la calle tantas veces transitada con orgullo. Por encima del prosteronado, las temblorosas sombras de las mariposas nocturnas se lanzaban hacia las paredes del club, en medio de las contorsiones avasallantes de las llamas.

Laberinto de sombras

—¿Lo crearás, Ariadna? —dijo Teseo—.
El Minotauro apenas se defendió.

JORGE LUIS BORGES

La casa de Asterión

Estaba encerrado en contra de su voluntad, víctima de la pasión torcida de la reina Pasífae, su madre. Cuando nació, el rey Minos lo vio como una abominación, superior a cualquier otra infamia de la naturaleza. El prodigioso cuerpo apolíneo, con cabeza de toro, fue privado de la vista de la gente y confinado en un intrincado laberinto. Para construir el recinto de la bestia, se llamó a Dédalo, el mejor arquitecto del reino, quien realizó brillantemente la empresa. Cada año el monstruo reclamaba siete inocentes doncellas, destinadas a ser devoradas por él, según lo establecía un pacto secreto para mantener el orden en la isla.

Últimamente había comenzado a soñar con Cnossos, en la época en que Dédalo estaba construyendo el laberinto. Sin embargo, la configuración arquitectónica pertenecía a una ciudad moderna, con sus altos rascacielos, transeúntes volátiles y el tránsito vertiginoso de las avenidas congestionadas durante ciertas horas del día. El sueño se iniciaba como si él hubiera despertado de otro sueño, menos intranquilo, en

donde a veces se veía en una reunión con muchos invitados: cuerpos sin rostros, apenas sombras moviéndose dentro de una caverna oscura, como despedidas por un proyector de películas. A pesar de la intrincada penumbra, entre las imágenes sugeridas podía distinguir algunas formas correspondientes a su círculo de amistades. El mesonero que servía los *martinis* era Patricio, primero uno de sus mejores alumnos, más tarde su asistente en el Centro de Investigación Psicológica.

Cuando Patricio le presentó a Ofelia, apenas unos meses atrás, inmediatamente Amadeo se sintió cautivado por la muchacha, que también experimentó una atracción semejante por el analista. En esos primeros momentos, cada vez que se encontraban, entre ellos se producía una empatía mutua expresada a través de las miradas encubiertas, sobre todo en presencia de Patricio. El primer acercamiento amoroso ni siquiera lo planificaron, surgió inesperadamente, con el primer cruce de miradas, un sábado en que los novios le hicieron una visita sorpresiva. La presencia de la pareja lo alegró mucho, pero se sintió apenado por no tener qué brindarle. Entonces Patricio, siempre dispuesto a servir y complacer a su maestro, se ofreció para ir por unas botellas de vino y algunas *delicatesses*, suficiente para pasar un grato momento, amenizado con la música de la magnífica colección discográfica de Amadeo, en la que, entre muchos géneros, se podía escoger bossa nova, jazz, blues, onda nueva, añejos boleros y tangos. En cuanto Patricio salió, Amadeo empezó a recitar de memoria poemas amorosos de Pablo Neruda, entre tanto Ofelia sonreía arrobada, inmóvil en el centro de la sala, balanceando su cuerpo despacio, con los brazos

cruzados. Después él se acercó al plato del tocadiscos y en el aire comenzó a sonar *Tanguedia* con Astor Piazzola. Seguro de sí mismo, fue acercándose lentamente a la muchacha y la tomó de sorpresa por la cintura para ensayar con ella unos pasos de tango, manifestando un alarde impecable de bailarín experimentado, en contraste con la torpeza rítmica de Ofelia. Mientras bailaban, se conformó primero con apretarle suavemente las nalgas, mirándola penetrante a los ojos para comprobar satisfecho que ella compartía su atrevimiento. Ofelia no pareció complacida con eso y se subió un poco más el vestido para dejar a la vista la mínima prenda rosada, entre las piernas. Anhelaba mayor osadía, pero él, dejándola en ascuas, solo se limitó a sobarle el monte de Venus por encima de la fina tela. A medida que, por parte de ella, las caricias se hicieron más lujuriosas, empezaron a susurrarse increíbles promesas.

Deslizándose en una búsqueda desesperada, sentía la piel de él en contacto con la suya y abría los labios transformando las palabras en lentos gemidos. La voz del hombre se alzaba suave sobre el silencio estacionado por la pausa de la música, sus palabras revelaban las cosas que deseaba hacer con ella, antes de contactar las puntas de sus lenguas. Los lengüetazos de Amadeo ya estaban a punto de deslizarse por las ingles de la muchacha, cuando sonó el timbre y tuvieron que separarse veloces, arreglarse de prisa el cabello y las ropas para poder abrirle la puerta a Patricio, quien entró satisfecho del regreso, marcado por la expresión inocente de haber cumplido a cabalidad con la compra de las provisiones que había ido a buscar. Completamente ajeno a la traición que se fraguaba en su contra, sentía la dicha de complacer de la mejor

manera a su novia y a su maestro. Después de servir los tragos y chocar los vasos al unísono, Amadeo, como en un *déjà vu*, tuvo la sensación de haber vivido antes aquella escena con la misma fidelidad con que ahora se desarrollaba. Contemplaba a Patricio distribuir los vasos como en el último sueño, situado detrás del vidrio oscuro. Él estaba utilizando su propia filmadora y realizaba tomas ocultas, sin que Ofelia y el jardinero del chalet playero se enteraran de nada, mientras hacían el amor por sugerencia de Amadeo. Patricio estaba cerca de ellos, casi al pie de la cama, con la bandeja servida de vasos de vino, mezclado con jugo de durazno. Todos los demás, menos Amadeo, se paseaban de un lado a otro, vestidos rigurosamente de negro, convertidos en sombras fugaces. Las escenas sucedían dentro de un laberinto análogo a los de las revistas de pasatiempos, construido, en este caso, como largas calles solitarias, divididas en varios cubículos identificados con las letras del alfabeto. A veces aparecían repentinamente otras figuras con cabeza de toro, hechas de goma, a punto de derretirse. Continuaba filmando a los amantes, cada vez más encarnizados en el acoplamiento de los cuerpos desnudos.

Cuando de pronto se escuchó el ruido ensordecedor producido por la caída estrepitosa de los paneles de vidrios, Amadeo quedó al descubierto, tratando de escapar por las laberínticas calles. Se detuvo desorientado un momento, después corrió con dificultad sin encontrar la salida, sometido al acoso de los hombres con cabezas de toro, armados con lanzallamas, en los que se transformaba Patricio. A punto de ser atrapado en el último corredor del laberinto, se aparecía Dédalo montado en una esfinge para

rescatarlo de los minotauros y se lo llevaba a conocer los lugares de placeres de Cnossos. Cuando remontaban de nuevo el cielo, detrás de ellos volaba Ofelia transformada en Pasífae, amenazándolos con una larga espada de fuego, por las zonas periféricas de Cnossos. Entonces despertaba sobresaltado, con el corazón agitado por la taquicardia. Se desincorporaba algo rabioso de la cama y buscaba rápido alguno de los medicamentos para el tratamiento de su elevada presión arterial. Al regresar a la cama, más calmado, comenzaba a meditar acerca de la presencia de Ofelia en la última parte del inmanente sueño.

Se sabía que antes de Ofelia, otras mujeres habían caído bajo su poder de seducción. Entre sus examantes se encontraba Paulina, solo con ella mantenía aún una relación amistosa, marcada por encuentros regulares en restaurantes o paseos dominicales por las afueras de la ciudad. Su confianza en ella se elevaba al pináculo de ser la única depositaria de sus aflicciones y proyectos. Solo Paulina conocía de sus constantes sueños con el intrincado recinto de Cnossos. Se trataba de una psicóloga conductista, autora de dos volúmenes de cuentos patafísicos, enamorada, por una grave y desconocida fascinación, del profundo psiquismo de Amadeo. Con esa ventaja profesional alimentaba la certeza de que nada más su confidente podía ayudarlo a descifrar aquella serie de sueños, presentes todas las noches en su mente, con escasas variaciones. Paulina habló de un estrés severo, y entre las salidas expuestas para combatirlo, la propuesta de tomarse unas vacaciones marinas, a Amadeo le pareció la más conveniente. Pensó entonces en Playa Medina, en esa zona energizante que tanto le encantaba para vivir unos días inolvidables:

la Costa de Paria, una belleza de la naturaleza. Sol y playa lo esperaban. Por la noche preparó un equipaje para varias semanas, mientras pensaba en las turistas extranjeras que visitaban el lugar, adonde también arribaban grandes yates turísticos, a veces con estrellas de cine. Previamente había reservado una cabaña con todas la comodidades, y hasta allí llegaría en su Toyota 4x4 un lunes al mediodía, bañado por un sol espejeante, expandido más allá del horizonte sobre la extensión azul plata del mar. Apreció la ventaja adicional de contar con la cabaña más próxima a la playa, cuyo extremo norte mostraba la bulliciosa actividad de un grupo de pescadores empujando los botes hacia el agua azulosa, encrestada de espumas. Tuvo la intención de acercarse a los pescadores, no obstante cambió de idea y se dedicó a efectuar un paseo de reconocimiento por la otra punta de la playa. Se quitó los mocasines y caminó descalzo por la orilla del mar, a gusto con el cosquilleo de las olas deshaciéndose entre sus pies, mientras la brisa marina le revolvía el cabello. Antes de divisar la escollera, pasó delante de un enorme parasol de colores que brindaba protección a un catire bronceíneo y musculoso, concentrado en la lectura de un libro. Amadeo alargó la mirada para conocer el título del volumen, pero el lector, al desviar los ojos de la página, también volteó la portada del libro, frustrando su deseo. Sus miradas se encontraron y se saludaron cortésmente. Amadeo esbozó una leve sonrisa y después señaló con una mano hacia la zona de la escollera donde estaban unos muchachos acucillados sobre las piedras negruzcas, armados con unas nasas. Después de rebasar el parasol volvió a calzarse y se dispuso a trepar la escollera por donde lucía menos limosa. Sin dificultad alguna se

desplazó sobre las piedras y se detuvo detrás de los jóvenes pescadores, a quienes su presencia no perturbó en absoluto. Con sumo cuidado se acercó al borde de las piedras y miró bajo el agua varios cangrejos que se movían de un lado a otro sobre la arena grisácea del fondo, cerca de sus escondrijos, temerosos del instrumento de pesca. El recién llegado hizo un comentario favorable al método para atrapar los cangrejos; cuando uno de los muchachos le ofreció la vara, rechazó la oferta y, tras desearles buena suerte, abandonó la escollera. Buscó al lector con la vista con el propósito de dialogar con él y quedó desilusionado al no verlo ya bajo el parasol.

Regresó a la cabaña y pasó el resto de la mañana leyendo *Justine*, de Lawrence Durrell, hasta el mediodía, cuando sintió hambre y decidió salir a almorzar. La poca gente que había en el restaurante acababa de comer y ahora algunos jugaban a las cartas y bebían cervezas para contrarrestar el fuerte calor. Un mesonero le trajo la carta de escasos platos y Amadeo no tardó mucho en elegir el sancocho de mero, ofrecido como una de las delicias gastronómicas del negocio. Después del almuerzo se encerró nuevamente en la cabaña y retomó la lectura de *Justine*. Siempre le había atraído aquella mujer imaginada por Durrell entre la atmósfera de Alejandría. El aire arrogante del delgado cuerpo, la voz suavemente masculina, el rostro dulce, con un velo de tristeza traslúcida, la preciosa cabellera y su nariz aguileña, en delicado descenso sobre los finos labios, la hacían la mujer perfecta para representar a la amante ideal: su sueño de Pigmalión. Sin embargo, la suerte solamente le había proporcionado mujeres dóciles, aunque en general hermosas, la mayoría anodinas, con la excepción de Paulina, la única que medianamente

podía representar a *Justine* como ser real, posible de verla de compras en algún centro comercial o bailando en alguna discoteca lujosa.

Por la noche recorrió la playa, con la esperanza de volver a encontrarse con Minos, como terminó identificando al lector de la mañana. Entre un grupo que se divertía alrededor de una fogata, bailando y cantando, cerca de la playa, creyó precisar su objetivo en el catire que tocaba la guitarra. La cercanía le hizo comprender su equivocación y se sintió algo desconcertado, a pesar de no advertir en el grupo ningún gesto de rechazo hacia él. Se fijó en unas de las muchachas y en seguida cordializó con ella un largo rato. Una hora después se marchó a la cabaña con la promesa de verse con la muchacha al día siguiente. La noche la pasó bien, incluso no soñó con Cnossos. Tuvo otros sueños menos torturantes. Al despertar interpretó las secuencias de los planos oníricos como un signo de buen augurio. Mientras salía de la ducha volcó su interés en las voces lejanas aglomeradas afuera, quizás procedentes de más allá de la escollera. Se vistió de prisa y abandonó temprano la cabaña para observar de cerca los preparativos de los pescadores, a punto de salir a alta mar, y trató de encontrarse con el grupo de la noche anterior: los veraneantes habían abandonado el lugar, en la arena solo quedaban restos de la fogata. Sin embargo, lo que ahora miraba lo dejó sorprendido. La visión que tenía delante de los ojos no había estado allí el día anterior. La actividad que se realizaba al otro lado de la escollera no guardaba relación con los pescadores, ni siquiera se notaba el movimiento cotidiano de los botes sobre las aguas. Las redes inmóviles,

tendidas al sol, parecían despojadas de cualquier vinculación con la pesca.

Las excavaciones se llevaban a cabo bajo la rigurosa supervisión de Minos, el bronceado lector del día anterior, a cargo de una afanosa cuadrilla de obreros, cuyo trabajo había removido del inmenso foso una significativa cantidad de tierra, suficiente para construir una pirámide. La ciudad emergía dividida en dos zonas diferentes, configurada en un confuso laberinto de calles y pasillos, algunos iluminados por una luz difusa. A unos pasos de Amadeo se asomaba la abertura de una escalinata, bordeada por una cadena de bronce, pintada de negro. El conjunto formaba un cuadrado, sometido a la custodia de cuatro cariátides, una en cada esquina, apartadas de las habitaciones. Desde el fondo se dirigieron a la habitación ubicada a la izquierda de la abertura por donde fluyó un profundo y extraño sonido. Entonces Amadeo no pudo controlar la curiosidad, se apresuró a descender los escalones y atravesó cauteloso el pasillo bajo una densa penumbra. Más allá aparecía un salón medio iluminado, en esa área apenas si se distinguían los objetos más próximos. Cuando volvió a escuchar el penetrante sonido, ya su mano apretaba el pomo. Abrió la puerta, todavía somnoliento, y vio en el umbral a Teseo y a Ariadna, bañados por un resplandor oliváceo. Hasta ese momento no se había percatado de que todavía estaba en ropa interior, y tan pronto se dio cuenta, la turbación afloró en su rostro sonrosado. Mientras iba a cambiarse, ellos se hicieron dueños de la amplia habitación. Las cosas lucían bajo un orden impecable, la cama estaba cubierta con un edredón verde y en el jarrón de la cómoda había un enorme ramo de flores rojas y

amarillas. A ambos lados de la cama se destacaban dos largos espejos rectangulares, donde se reflejaba cada centímetro de la alcoba. Las luces instaladas en el techo dispersaban una intensa iluminación sensualizada. La mujer avanzó hacia la cama, palpó la suavidad del colchón y se sentó con las piernas cruzadas. El hombre retrocedió unos pasos y se recostó de la pared más larga, ornada con una copia perfecta de la Olimpia de Édouard Manet. Teseo observaba absorto la manera metódica de la mujer despojarse de la ropa. Lo primero en deslizarse de su cuerpo fueron sus medias *panty*, después se deshizo de la blusa amarilla transparente, para en seguida hacer lo mismo con la falda azul. Solo tardó un poco en sacarse el sostén y el blumer negro con encajes rosa. Una vez que la mujer termina su delicado desnudamiento, él procede a despojarse de su vestimenta con menos refinamiento que ella. Su chaqueta de *tweed* queda colgada en un galán de noche, puesto allí, cerca de la cómoda, por un meticuloso decorador. Seguidamente los dedos empiezan a sacar los botones de los ojales de la camisa de seda italiana, para, en seguida, continuar la acción de retirar la fina prenda del torso, abrigado con un reciente bronceado de playa. Todos los movimientos del hombre se suceden delante de la mirada atenta de la mujer, quien acaba de ponerse más carmín de la barra labial sobre la anterior capa de rojo que cubre sus carnosas comisuras. Antes de volver la cabeza despacio hacia el espejo de la derecha, mientras mira al hombre sacarse el pantalón, ella se tiende en la cama y adopta una posición supina, entre sumisa y expectante; tendida de espalda, sus erectos senos coronan el hermoso busto rociado de pecas, embelleciendo más la postura.

La estrecha cintura, el cuello sutil de jirafa, la esbelta cabeza, ligeramente levantada por los cojines, caída hacia la izquierda, entre los pliegues oscuros de las sábanas desordenadas por las ondulaciones del cuerpo, se proyectan en doble reflejo sobre los espejos, desde donde, a pesar de la estirada posición, se asoma el rostro nítido de la mujer, con todo el esplendor de la boca carnosa entreabierta, sus largas pestañas semicerradas despiden un brillo neutro entre el ondulado bosque de cabello negro, desparramado encima de las almohadas, donde también se apoyan los brazos extendidos hacia arriba. Un resplandor instantáneo descubre la continuidad del descenso, convirtiendo el circular ombligo en otro punto obligado del paneo visual del hombre, orientado a seguir más abajo, hasta la hondonada del pubis, con sus pulsaciones esperando bajo el vellón negro, minutos antes de despojarse de la prenda interior. Cuando ella alarga los brazos y levanta un poco la cabeza, el espejo de la izquierda le ofrece la prolongación de la larga espalda, casi con la columna vertebral y las costillas fuera de la piel azulosa, rematada en unas escuálidas nalgas lechosas, sujetas a unas piernas entecas, cubiertas de abundante vello, movidas en dirección contraria al otro espejo, con el borde de la cama al fondo y un ligero reflejo de las piernas recogidas de la mujer, semicubierta por las sábanas. Por un instante lo pierde en el espejo y, en seguida, se vale de un mínimo movimiento de los ojos para encontrarlo próximo, cuando lo mira subir a la cama y deslizarse desnudo sobre ella, en esos minutos en que alarga los brazos y se estira a todo lo largo para permitirle tenderse con toda libertad.

Sus exaltados sentidos se concentran ahora en la proximidad de los cuerpos. Como ella se lo esperaba, el hombre

la cubre por completo, la siente temblar bajo los efectos de un éxtasis incontenible, también enfebrecido en él. Pronto los labios masculinos empiezan a succionar los senos erectos, cada uno a intervalos regulares, quizás con la misma medida de tiempo. La mujer parece deseosa de que los labios diestros del hombre se adhieran a los de ella, acuciados por la ansiedad. Sus manos cruzan en un rápido celaje los espejos y en las láminas se proyecta con la misma velocidad un ligero reflejo del rostro atrapado entre los delgados dedos femeninos, atrayéndolo a la boca que espera impaciente su participación en el juego erótico para completar la gama de los placeres precedentes a la penetración a punto de realizarse, en obediencia estricta al propósito final del coito, orquestado por el anfitrión, maestro de ceremonia de esos extraños celestinajes.

En medio del arrebatamiento, la mujer deja escapar de la garganta un profundo susurro ahogado, cuando experimenta el máximo placer provocado por la continua fricción de la bellota sobre el capullo de la estrecha gruta deleitosa. Su cabeza se agita de un lado a otro, con una expresión voluptuosa en los labios dilatados, al mismo tiempo que su cintura intenta superar el ritmo acelerado de las flácidas caderas de su amante. A punto de descargarse, el hombre interrumpe súbitamente el movimiento de sus caderas, estremecido por la desagradable sensación de ser observados por una misteriosa presencia, oculta detrás de las paredes. El hombre reacciona colérico, se crispa acuciado por la molestia, dejando a la mujer en una actitud de completo desconcierto, al momento de él salir impelido de la cama hacia el piso, con tan escaso equilibrio, que por breves segundos no se lleva por

delante uno de los espejos, arrastrado a la pared más próxima, motivo de la súbita reacción.

Tan pronto regula sus sentidos comienza a desplazar, desesperado, los dedos por la superficie de la pared, sin dejar un solo espacio fuera de la búsqueda. Cuando está a punto de darse por vencido, una delgada línea de luz atrae su interés hacia una de las paredes situada más próxima a la cama. Descarga una serie de fuertes golpes sobre el cemento y recibe un sonido hueco que lo anima a empujar con fuerza en algunas partes, dispuesto a encontrar un punto débil más abajo del disimulado orificio por donde fluye el haz de luz, por encima de su estatura. Por fin encuentra un angosto pasadizo cubierto por una falsa pared de yeso y la empuja de inmediato. Apenas pasa al otro lado descubre un amplio estudio de filmación, con cuatro cámaras instaladas en la parte alta de los paneles de cemento, adaptados a un andamio de resistentes planchas de latón pintadas de verde, posible de ascender por una escalera curva de madera rústica, despintada por las pisadas. Hacia el fondo descubre unos estantes con numerosos empaques de colores y se apresura para conocer el contenido de aquel sorpresivo material. Su indignación aumenta cuando toma el primer DVD, y pronto se da cuenta que se halla ante un cuidado archivo de películas pornográficas, identificadas y colocadas en correcto orden alfabético con los nombres de los involucrados en aquellas filmaciones. Se dedica a revisar cuidadosamente el estante correspondiente a su nombre y advierte que ni el de él ni el de la mujer forman todavía parte del registro del archivo. Pero esto, lejos de disminuir su cólera, más bien la acrecienta a un máximo de hacerlo regresar corriendo a la habitación.

Encontró a la mujer vestida, sentada en la cama, vuelta de espalda hacia los espejos, con el rostro dominado por una expresión que a todas luces esperaba alguna información. Sin embargo, él no abrió los labios para decir nada, solamente se ocupó de tomar su ropa y comenzar a vestirse deprisa, aún estremecido por la ira. En cuanto estuvo vestido, le pidió a la mujer que abandonara la habitación y lo esperara en la calle, mientras él se apresuraba en salir, disparado por el estrecho pasillo prolongado al fondo, hacia una puerta pintada de azul. A mitad del trayecto una sonata wagneriana empezó a guiar sus pasos, incluso después de bajar unos breves escalones y llegar a la entrada de una amplia oficina blanca, donde había alguien sentado ante un grabador de cinta magnetofónica. La luz amacigada de una lámpara de papel maché bañaba el despacho, sin alcanzar el cuerpo de su único ocupante, sumergido en la zona de unánimes sombras. Parecía profundamente dormido, ni siquiera levantó el rostro para ver al otro cuando se plantó frente a él y lo agarró por la solapa del saco para ponerlo de pie y aplicarle un violento puñetazo en plena mandíbula, suficiente para enviarlo todo maltrecho al piso, casi fuera de combate, con los ojos vidriosos, atontado para no reconocer a su agresor, quien inmediatamente abandonó las instalaciones satisfecho de haber castigado al infame psicólogo.

Apenas salió del angustioso trance, se encontró en posición fetal, con fuertes pulsiones en la cabeza y el corazón acelerado. Se levantó de la cama y se acercó un poco aturdido a la cómoda, donde estaba su reloj de pulsera y su mirada comprobó que eran las 3:30 de la madrugada. Había dormido muy poco, solamente dos horas. Ahora tendría que dirigirse

a la pequeña mesa recostada cerca del clóset, abrir la gaveta, tomar la caja de Diovan y extraer una pastilla para controlar la agitación del pecho. La alta hora no le impidió levantar el auricular y discar el número telefónico de Paulina. Escuchó el discurrir profundo del sonido, y luego la inflexión desmayada y algo molesta de Paulina: Ah, ¿eres tú?, ¿qué te ocurre? Querido, ¿no te das cuenta de que son más de las 3:00 de la madrugada?... No me siento bien, hoy he vivido algunas situaciones bastante confusas, no sé si me ocurren en sueño o en vigilia. Creo que fue un error huir de Caracas. Pero, ¿qué carajo te pasa? Él no respondió la abrupta interrogación y se despidió con un desconsolado *ciao*. Devolvió el auricular a la horquilla del teléfono y regresó a la cama, pensativo. Las siluetas de unos edificios boceteados, desde atrás, por una línea de luz sobre el piso, le estimularon las ganas de volver pronto a Caracas.

Sentado todavía en la cama trató de reconstruir el paseo por la playa, pero lo asaltaban muchas lagunas. Solo recordaba con mayor nitidez la presencia de los niños. Cuando se recobró un poco, miró, entre la bruma, a todos los pequeños pescadores formando un círculo encima de su rostro. Entre todos lo reanimaron y ayudaron a ponerlo de pie y conducirlo a la cabaña, donde el dueño terminó de reanimarlo con un trago de brandy. Ignoraba cuánto tiempo había permanecido sin sentido, calculó que no debían de haber sido más de quince minutos, afectado por una repentina insolación, no tan aguda, según pudo ver frente al espejo. Tenía el cuerpo un poco enrojecido y los ojos algo inflamados. Por su mente continuaban discurriendo confusos pensamientos. Sus ideas parecían divagar, no comprendía nada, después de haber

vivido muchas circunstancias complejas. Había tratado pacientes con esas mismas patologías, y ahora cuando intentaba poner el orden a su favor, las cosas se le embrollaban de tal manera que su cerebro, algo débil por los excesos, confundía la ficción con la realidad. Cuando no lo agobiaba el temor de que Patricio y Ofelia lo denunciaran por los desatinos cometidos en contra de ellos, le parecía que en ciertas noches se transformaba en Minos, el Minotauro o Teseo, a un mismo tiempo, perdidos en un laberinto asimétrico. A veces ni siquiera sabía con certeza si últimamente había soñado con Cnossos, si se encontraba en Playa Medina o filmando detrás de los paneles a Ofelia y Patricio haciendo el amor, en la habitación de los espejos, la más íntima del caserón donde, ocasionalmente, solía refugiarse para buscar reposo, cada vez con más frecuencia, por recomendación de Paulina, apenas la psicoterapeuta descubrió que tan enferma se encontraba la psiquis de Amadeo.

Se dejó narcotizar por la sensación de un pesado cansancio y se tendió en la cama. Al entrecerrar los párpados, la delgada cortina de los ojos percibió un celaje de sombras sobre la pared, como visiones de otro opaco laberinto. En ese momento no tenía la disposición de dormirse. Prefería levantarse y dirigirse a la ventana salediza, sobre las molduras de acanto del hotel. Ante los ojos sensibles tenía una larga y serpenteante avenida, cuya orientación se prolongaba y bifurcaba en otras calles confusas e infinitas hasta perderse de vista a lo lejos. Dentro de aquella enmarañada geometría, los transeúntes caminaban siempre a la izquierda, como corresponde desplazarse dentro de los laberintos, sobre todo cuando son transitados por grupos de desahuciados, provenientes

de algún desconocido *ghetto* de sombras. A la derecha de la plaza San Vicente se alzaba una iglesia de gótica arquitectura. Deslumbrado miró las delgadas ojivas y las verdosas cúpulas gemelas de la catedral, refugio de los pájaros negros, acostumbrados a instalarse allí por las tardes. Por la mañana leyó en la prensa que unos años atrás se había propagado una epidemia de toxoplasmosis y el servicio sanitario empezó a exterminar pájaros y gatos, señalados como culpables del fenómeno. Transcurrido un tiempo, los mininos y las aves volvieron a la ciudad y ocuparon los espacios que les correspondían. Los pájaros eran más visibles, podía mirárseles en las cúpulas de las iglesias, en los cables de los postes o en las cornisas de los edificios. En cambio, los gatos se percibían poco, a veces de noche solo se escuchaban sus maullidos lastimeros; quizás de día se encontraban cazando las robustas ratas de los laberintos. Súbitamente, de entre la rama de un árbol surgía un pequeño destello de color, alzando el vuelo. El ave se deslizaba seguro, delante de los ojos del asombrado extranjero, quien, todavía perplejo, lo veía cruzar por encima de los tejados y luego desaparecer dejando su rastro sutil en el aire, conformando una imagen que él podría utilizar después.

Había estado toda la tarde planificando el próximo guión, sin haber probado bocado alguno, y ahora era lógico que sintiera hambre. Se terció una bufanda por el cuello y decidió abandonar el encierro. Al llegar abajo, pensó que lo más recomendable era dejarse ir por esas calles brumosas que en plena madrugada lo llevaron a ese restaurante insomne del centro de la ciudad, después de atravesar el oscuro parque de Las Bellas Sirenas con sus hermosas ninfas convertidas por

los perros callejeros y los mendigos en un monumental depósito de excremento. Terminó de entrar, sin ninguna aprensión, en el restaurante bañado por una luz diáfana, cargada de estrías. A esa hora sobraban las mesas vacías, aunque se encontró con más comensales de los que hubiera esperado. Se sentó lo más apartado posible de la entrada para evitar el frío y esperó ser atendido por esa espigada muchacha con un sensual aire de Nadja Tiller, que se apresuró a venir a la mesa, con una sonrisa artificiosa y la libreta abierta para tomar nota del pedido. Seleccionó del menú cordero con verdura rellena y media botella de vino. Un rato después, mientras comía despacio, miró sobresaltado que el hombre alto, recién instalado cerca de él, con una muchacha pelirroja, sentada de espalda, negándole el rostro, no podía ser nadie más sino Patricio. El mismo peinado trazado con una línea, los pardos ojos brillantes y la barbilla partida, invariables desde los días en que Amadeo logró el rompimiento de aquel con Ofelia, abandonada a su suerte meses más tarde, cuando Amadeo se propuso seducir a Alicia, para convertirla en la próxima víctima de sus maquinaciones, a una semana de su matrimonio con Arturo, su nuevo asistente. Pero la sorpresa fue mayor apenas la muchacha volteó el rostro, y él se dio cuenta de que se trataba de Ofelia, a pesar de su suicidio cuatro años atrás, cuando él la obligó a abortar al hijo, producto de sus insanas relaciones.

Súbitamente comenzó a temblar, dejó de comer y se levantó sobresaltado. Necesitaba el medicamento para los nervios y buscó la vaina de los comprimidos dentro del saco, con mala suerte porque el temblor de las manos la hizo caer debajo de la mesa. Sintió crecer la urgencia de tomar

la medicina y se metió por entre las mesas a buscar la valva. Sus siguientes movimientos revelaron en seguida que su intención era escapar hacia la calle. Tan pronto alcanzó la puerta intentó levantarse, perdió el equilibrio y cayó al suelo nuevamente. Las piernas no le respondían para ponerse de pie. Se alzaba y caía. Por fin consiguió ganar la calle y corrió desorientado hasta donde daban sus mermadas energías, sintiéndose perseguido persistentemente por Patricio y Ofelia, dispuestos a asesinarlo en alguna de aquellas laberínticas calles. Frente a la desgastada edificación de un cine abandonado, todavía con el título de la última película en la marquesina rota a pedradas, unos largos dedos de arpía lo atrapaban inesperadamente por los hombros, estremeciéndolo con fuerza. Esta vez sus párpados realizaron un esfuerzo extra para precisar una zona específica donde colocar un violento golpe defensivo. Sin embargo, desde el fondo de sus pupilas, descubrió aturdido que quien lo tenía agarrado poseía los rasgos y la sonrisa inconfundible de Paulina. Había llegado a tiempo para sacarlo del sueño profundo en que tenía rato sumergido. Acercó su brazo izquierdo al rostro de Amadeo y le señaló la hora en el reloj fijo en la muñeca. Debía darse prisa para evitar llegar tarde al aeropuerto, no fuera a ocurrir que perdiera el avión, como le ocurrió unos días atrás. Se levantó un poco entorpecido de la cama y se dirigió al baño a refrescarse la cara. Diligentemente, Paulina y su chofer se ocuparon de trasladar las valijas del equipaje a su auto aparcado frente a la casa.

Durante el trayecto al aeropuerto, Amadeo reconstruyó para la mujer todas sus turbulencias mentales, sin que hubiera necesidad porque ella las sabía de memoria. Fue un plan

de la misma Paulina la idea de viajar a Cnossos, como había sugerido la temporada en Playa Medina. *La mejor manera de exorcizar tus pecados* –dijo la mujer, mientras cenaban en un restaurante de comida griega –*es viajar a Creta para encontrarte y enfrentar tus propios fantasmas*. En medio de las columnas dóricas del pequeño negocio, él aceptó obediente la propuesta de Paulina, a cambio de que ella impidiera cualquier intento de dañar su reputación, si su vida concluía en Cnossos. No obstante, ella no lo tomó en serio, sonrió incrédula mientras saboreaba el postre. Ese día una lluvia lenta, bañada por un sol transparente, dominaba la atmósfera, como volvió a suceder cuando estuvo en el aeropuerto y, a través de los vidrios de la sala de espera, miraba en la pista el avión que lo llevaría primero a una breve escala en Roma, otra en Nápoles y después vendría Atenas, antesala de la maravillosa isla griega, pensó, como dentro de una ensoñación persistente. A poco de abordar la aeronave, sus visiones lo pusieron delante de un terreno bastante accidentado, con dos sistemas de montañas que se adentraban en un mar azuloso y en un poblado integrado por calles llenas de recovecos y blancas casas, encaramadas unas sobre otras, entre planicies bordeadas de cipreses y olivos. Con el paso de los días, quizás acabara por acostumbrarse al paisaje isleño, con el aire lleno del graznido de los vencejos, convertido en uno más de los pescadores, destacándose en la pesca de pulpos, camarones y langostas, en las aguas del antiguo mar cretense, disfrutando la noche con cargados vasos de ouzo antes de irse a dormir a su cabaña enjalbegada, entre los brazos amorosos de la encantadora Melina. Sí, eso era lo ideal, quedarse a vivir allí para siempre, desterrando los sucesos que dejaba atrás.

Unos meses después, Paulina se encontraba instalada en la misma habitación donde había despertado a Amadeo para conducirlo al aeropuerto. Estaba leyendo *Los reyes*, un drama de Julio Cortázar, cuando recibió el telegrama procedente de Iraklio. Se trataba de una nota escueta. Amadeo había sido muerto disfrazado de minotauro, decapitado por unos desconocidos, en una laberíntica calle de Atenas, durante una representación dramática de *Los cretenses* de Eurípides. Dejó escapar unas cuantas lágrimas, invadida por la consternación. Casi al instante sintió la garganta reseca y, con el rostro todavía humedecido, se dirigió a la sala. Se acercó a la botella de Ballantine's dispuesta sobre la mesa de centro y se sirvió un poco de hielo y *whisky* en un vaso estriado, en cuyo fondo la luz se depositaba como una diminuta ciudad de intrincados laberintos. Luego Paulina enfiló sus pasos a la terraza, con la mirada fija en los resplandores del crepúsculo vespertino reflejados en los vidrios. La planimetría urbana, misteriosamente transfigurada por el juego de los celajes y las sombras, arrastradas por las cuchilladas de luces, procedentes de los edificios cercanos, invadían las paredes. Desde la larga avenida reluciente, un prolongado mugido lastimero se elevó por sobre el ruido del flujo de los mecanismos rodantes y las polisonancias de las entrañas de los recintos subterráneos, en medio de la selvática galería que la rodeaba. Entonces decidió volver en ese instante a la lectura, pero antes comenzó a reconstruir mentalmente todas las situaciones aleatorias, la secuencia de sucesos inesperados que habían suscitado aquella imprevisible tragedia.

Adentro se percibía un silencio tenso. El desconocido invadió sigiloso el laberinto. La bestia dormía inocente sobre un lecho de forraje. La espada flamígera brilló en el aire para asesinar el golpe mortal. Los entristecidos ojos bovinos apenas tuvieron tiempo de abrirse, en el breve relumbre solo pudieron ver la hebra dorada atada a la cintura de su victimario. Se trataba del mismo hilo que Asterión había hilado la noche anterior para su hermana Ariadna.

Lejana cercanía

*... y yo me quedé a solas con los recuerdos
de aquel día trágico.*

SÁNDOR MÁRAI

I

A nadie debería de causar extrañeza que, tras haber despachado del consultorio al último paciente, el doctor Ortúzar, como otras veces, comenzara a torturarse con el único pensamiento capaz de permanecer en su cerebro largo tiempo, con enfermiza morbosidad. Cuando estaba en la planta baja cualquier observador casual podía verlo, desde la calle, sentado en el centro del consultorio y, desde luego, armar su propia versión del suceso, con un comienzo donde las primeras imágenes del médico no podían avanzar más allá del confuso rumor de las olas. Seguramente el orden de los hechos quedaba congelado en ese instante, a causa de la inoportuna interrupción del timbre telefónico para obligarlo a levantarse del sillón de vaqueta y acudir a responder la llamada, aplazada de pronto por el inesperado silencio del aparato, como había sucedido ahora.

Por costumbre, permaneció un rato esperando el regreso del sonido, y la tardanza lo impulsó a volver disgustado a la silla, dispuesto a encender la pipa dormida encima del

escritorio. *Esa no es una pipa, como una rosa no es una rosa*, pensó, mientras se llevaba a los labios la boquilla del tiro, atento al golpe seco de la rama, empujada por la brisa a chocar en el vidrio de la ventana, y al trinar de los gorriones, empeñados desde hacía días en construir un nido en el viejo árbol de la calle, con algunas ramas extendidas hacia las ventanas altas del consultorio.

Con una pierna acalambrada dejó de fumar y sus ligeros ojos oblicuos, de ascendencia tártara, se pasearon (contó él después, durante el interrogatorio) con absoluta paciencia por todo el consultorio, desprovisto de algo nuevo, excepto las recientes revistas de la Sociedad Médica y las dos novelas de Dashiell Hammett, compradas una semana atrás, abandonadas sobre un taburete arrinconado cerca de un aguamanil de pie en donde acostumbraba a humedecerse los párpados; todo lo demás permanecía sometido a una naturaleza particular, un origen inmutable, como el desorden regular del archivo, cada día más acentuado, continuando el mal ejemplo del polvo crecido como hongo en los rincones. Un día le tocará ordenar de nuevo todo eso, no se dejará vencer por la inopia. ¡Carajo! Otra vez atrajo su atención el ruido del golpe en la ventana, aunque estaba más pendiente del zancudo que andaba en ronda contra él. De un manotazo aplastó el insecto sobre el cuello y lo alzó entre los dedos para soplarlo en seguida con la boca y aventarlo lejos, sin fijarse dónde fue a caer. Se levantó con un poco de fastidio reflejado en el rostro, cuando la pierna se liberó del calambre, todavía sin quitarse el estetoscopio del cuello mientras se acercaba al archivo. Después de doblar el instrumento y meterlo en la tercera gaveta destinada a los objetos importantes, un fuerte

estornudo le sacudió de pronto el cuerpo. Permaneció en la misma posición unos minutos, para no dejarse sorprender por el siguiente ataque. Pero el estornudo no se repitió, lo cual debía celebrarse y nada mejor para eso que sacar de la misma gaveta del archivo la botella de J & B. Se sirvió los dos dedos de la autoprescripción en el vaso con sus iniciales, sumido en una actitud pensativa, dejando correr los dedos por las letras doradas. Luego caminó hasta la terraza, aún sin llevarse el vaso a los labios, con los ojos distraídos en la contemplación de la calle ligeramente aletargada. Ahora podría ser su palabra contra la de cualquier testigo ocular, pero en ese momento, cuando observaba hacia afuera, advirtió cómo la calle y la plaza intentaban sobrevivir entre la ofensa y la humillación del mediodía saturado con el sol de agosto. La plaza, con el centro coronado con un busto apedreado, parecía flotar en el aire cargado de pereza. Estaba casi desierta, apenas con un trío de borrachos, en comparsa con un perro callejero, adormilado al pie del pedestal. Vio al otro lado de la plaza, al ayudante de la camioneta de una panadería que entregaba una bolsa de panes al lusitano de La Espiga Dorada, donde en ocasiones el médico adquiriría pan de canilla. A la derecha, por entre los árboles tiñosos de la avenida Cabrujas, quizás sus ojos contemplaran la línea irregular de alguna edificación distante oculta detrás de los árboles, o el paso lerdo de algún anciano tembloroso aferrado a su bastón, en el trance de cruzar la calle, sometido al acoso de los vehículos. El cielo estaba despejado, había pocas nubes en movimiento. El sol se derramaba despiadado sobre las tejas podridas del colegio de los salesianos. Allí había comenzado su aprendizaje escolar en tiempos de la dictadura del padre

Larousse, severo hasta en las horas de la comida. No había olvidado jamás a aquel práctico inquisidor, cuyas clases siempre concluían con alguna cita de Santo Tomás de Aquino, extraída de la *Suma teológica*.

Dejó el vaso vacío de un solo trago y regresó a la sala. Sus ojos tropezaron con el viejo portarretrato ovalado con la imagen de un joven doctor Ortúzar de toga y birrete, y el rostro orlado con una sonrisa hialina. Cambió al revés el portarretrato antes de detenerse frente al equipo de sonido Philco, cuyo mecanismo hacía maravillas con las descontinuas grabaciones en acetato. Dejó caer con sumo cuidado el brazo del aparato sobre el disco que estaba en el plato y en seguida la atmósfera del consultorio disminuyó de tal manera que las paredes parecían vibrar asustadas por los acordes de la sonata *Waldstein*, a todo volumen. Satisfecho del sonido beethoveniano de la Orquesta Filarmónica de Caracas, levantó los brazos y comenzó a dirigir una orquesta invisible.

A pocos segundos de concluir el disco apaciguó los dedos, se movió hacia la silla y encendió otra vez la pipa. Una vez sentado con cierta displicencia, abrió primero el *Crepúsculo de los ídolos* y después *La llave de cristal*, una de las dos novelas de Dashiell Hammett, recién adquiridas. Finalmente se decidió por el libro de Nietzsche, y se tendió cómodamente en el sillón, donde se entregó al placer de la lectura, envuelto con el aroma a manzana de la picadura quemada. Tras permanecer varios minutos inmerso en el contenido del libro, lo colocó en una pequeña mesa tapiada por un montón de diarios atrasados. Agarró el más reciente con la única intención de consultar la sección internacional de la bolsa, interesado

en las alzas y las bajas de las operaciones bursátiles de Wall Street. Luego tomó un lápiz rojo cuyo uso lo aplicó en marcar las mejores acciones de la bolsa, “421.500. 000 de las buenas a Microsoft”, acaso pensó, mientras estiraba las piernas y le daba dos chupadas seguidas a la pipa.

El calor hacía más incomoda la permanencia en el consultorio. Ni siquiera se podía leer con tranquilidad. Se levantó para poner a funcionar el aire acondicionado. Como siempre, la caja emitió primero un zumbido ronco, después comenzó a ventilar con un rumor sordo, casi apagado, agitando levemente los papeles puestos sobre el archivo. Fue en ese instante cuando el doctor recuperó el deseo de pensar en sus días banales, sobre todo con la disposición de no dejarlo para otro momento.

II

Esa mañana muchas miradas vieron a la mujer en traje de baño, cuando, al comienzo del verano, caminaba sola por la playa al mediodía. Andaba con torpeza sobre las piedras calientes, los pies protegidos con unas sandalias atadas hasta las rodillas, haciendo equilibrio con los brazos abiertos, mientras el mar susurraba su profunda canción sin palabras. Un poco más atrás, a escasa distancia de ella, avanzaba Alberto a paso lento; mostraba la piel enrojecida por el sol y el cabello aplastado al cráneo por el agua. Wanda se volvió de pronto, pareció por un momento confundida y luego desvió sus pasos, impulsada en una sola carrera hacia la izquierda, hasta detenerse bajo la sombrilla alquilada temprano a la salida del hotel. Apenas la sintió llegar, el médico despegó los ojos del libro, complacido de verla de nuevo, dejando deslizar

sus dedos por el cabello todavía húmedo de la mujer, tan pronto ella se sentó a su lado. Después dirigió la mirada hacia Alberto, impedido por el rencor y la envidia para admirar la radiante juventud del cuerpo atlético del muchacho. Este prefirió no acercarse a la sombrilla, dio media vuelta atraído por el vaivén del agua hacia donde corrió a zambullirse limpiamente. El mar lo recibió entre su color plomizo intenso, irisado por los rayos del sol. Las luces del prisma, desparramadas sobre las crestas de las olas iban a deshacerse en la orilla, entre los bañistas bulliciosos.

Al mediodía el doctor Ortúzar sintió un poco de hambre y, después de recoger la sombrilla, le pidió a su mujer que lo acompañara al restaurante. Desde el agua, Alberto los vio avanzar hacia el hotel y se mantuvo a flote pendiente de la pareja. Hasta que ellos no desaparecieron por la puerta del edificio, él no volvió a hundirse nuevamente en el agua. Quizás hizo sus últimos movimientos marinos pensando en la mujer, quien también podría ir al lado de su marido, con la imagen de Alberto en la mente. Como él, también ella hubiera preferido permanecer un rato más en la playa. Al lado de Alberto se sentía feliz. Pero se sabe que a veces sentía miedo de que el galeno llegara a enterarse de sus infidelidades. Y por eso, en ocasiones se conducía con esa cautela extremadamente sibilina propia de las mujeres, tratando de no dejar siquiera una estela acusadora en el mar.

Por la tarde no salieron del hotel, debido al inesperado aguacero que se presentó a las dos y media, prolongándose hasta las cinco de la tarde. Todo ese tiempo lo pasaron en la habitación. Mientras el doctor leía, con medio cuerpo desnudo, tendido en la cama, la mujer permanecía detenida en

la ventana, extasiada con las gotas que estallaban sobre los vidrios cerrados, entre la densa cortina desparramada sobre el jardín del hotel, sembrado de altas malangas y calas, cuyas hojas apenas sostenían las breves corrientes precipitadas hacia la tierra. Seguramente pensaba en Alberto, cuando se abrazó a sí misma con fuerza, queriendo retener el calor y los besos del cuerpo ausente, todo lo contrario del que permanecía leyendo en la cama sus aburridas novelas policíacas.

Tampoco por la noche abandonaron el hotel, nada más se limitaron a bajar al restaurante. Después de la cena se encontraron con el dueño del hotel, acompañado de dos hermosas catiras que parecían hermanas. Estaban jugando *bridge* en el salón de juegos. El doctor aceptó la invitación del dueño y se sentó en seguida. Cuando tomó las cartas sintió el pie de una de las catiras, sin inmutarse. Wanda no lo acompañaba en ese momento, ella había ido a sentarse en la barra del bar, allí pidió un *cointreau* con hielo, mientras escuchaba la voz de Caetano Veloso interpretando *Rumba azul* a través del hilo musical.

III

Nadie sabe cuándo las circunstancias tienden a compliarse. En extraños momentos, siempre surge una especie de velo de Maya para ocultar hasta las cosas más visibles, teniendo el peligro, porque Alberto pudo haberse alejado de Wanda y no acercarse a la barra por el extremo del bar por donde hizo su aparición, siempre impresionante. El sol le había hecho bien, tenía la piel ligeramente bronceada. Y parecía más buenmozo que de costumbre, vestido tan pulcramente como un personaje del *jet set*; cualquiera pudo haberlo confundido con una encarnación de James Bond. Saludó

sonriente a la mujer y se sentó pendiente de los movimientos de los jugadores de *bridge*, instalados unas mesas más allá. Ordenó un *gin tonic*, con los oídos atentos a la conversación de los dos sujetos, enfrascados en una discusión de economía, en el centro de la barra. El calvo tomaba las palabras del aire, las amasaba entre los dedos, antes de soltarlas frente al rostro del otro, con mucha firmeza. Las teorías económicas de John Kenneth Galbraith ascendían y descendían con pasmosa densidad. Mientras el calvo hablaba, su compañero se limitaba a ser un dócil interlocutor. De vez en cuando interrumpía el discurso del otro para emitir algún juicio breve. Pero era evidente que quien dominaba la materia era el cráneo pelado. Al galante Alberto le importaba un comino la economía, su hermano mayor manejaba triunfante los negocios de la familia mientras él se dedicaba a hacer vida de *playboy*, viajando por varios países, aumentando su colección de mujeres hermosas. Sin embargo, le agradaba el tono y la sapiencia con que el calvo hacía gala de sus conocimientos.

En la mesa de naipes, los jugadores rieron al unísono. Las carcajadas irrumpieron estentóreas en el bar, Wanda levantó la cabeza hacia la piscina donde vislumbró una figura de espalda. Una de las mujeres se había separado de la mesa de juego, estaba de pie, contemplaba, con una copa en la mano, el azul sosegado del agua de la piscina. Sin ser comparada con una supermodelo, tenía buen cuerpo y no parecía casada, a juzgar por sus magníficas caderas, todavía no maltratadas por los esfuerzos de los partos.

Buen partido para mi esposo –pensó Wanda–, ¿por qué no se va con ella y me deja en paz de una buena vez?

Alberto pareció haberle leído el pensamiento a Wanda y aprovechó para acariciarle ligeramente el brazo. El rostro de Wanda reflejó cierta inquietud, sin embargo en el aire circulaba la sospecha de que, por dentro, ella se sentía abrasada por una suprema alegría, dichosa de contar con la preferencia del hermoso Alberto. Entre tanto, los dos contertulios habían derivado hacia el tema del adulterio, pero ni Alberto ni Wanda se dieron por aludidos. El calvo habló de asesinar a su mujer en caso de encontrarla con otro. Su compañero dirigió la mirada hacia los jugadores de *bridge*. Desde la playa llegaba a la barra el rumor de las olas estallando contra las rocas, entrañando un oscuro llamado de antiguas resonancias marinas.

La partida de naipes acababa de concluir, el doctor entró al bar con sus compañeros, había sido el ganador y lucía contento, dispuesto a pagar una botella de Royal Salute. Se acercó a la barra, abrazó a su mujer, ignorando a Alberto, incómodo por la presencia del grupo en la barra. El empresario hotelero hablaba de una excursión para el día siguiente, mientras el barman destapaba la botella pedida por el galeno.

—Soy un hombre de suerte. ¿Eh? Díganlo, ¿no es bonita mi mujer?

—No seas payaso, hombre —dijo Wanda algo enojada.

—Y qué bien sabe decir las cosas. Dígalo usted, Alberto, que es un experto en mujeres.

—No sé qué decir.

—Una mujer como esta no se consigue ni en Hollywood. Mírenla, digan si estoy equivocado.

Al observar a Wanda se advertía que no lograba disimular el disgusto. Sin embargo no reaccionaba contra su

marido, quizás tratando de volcar el interés del doctor hacia la catira detenida frente a la piscina; cuando la vio avanzar hacia la barra se dio cuenta de que parecía desubicada, como a punto de llorar, mientras la más alta, un poco ebria, coqueteaba descaradamente con Alberto quien, evidentemente incómodo, trataba de evitarla. El dueño del hotel había desaparecido y regresó al rato con una costosa botella de *champagne*.

—Obsequio de la casa —dijo, alzando la botella. Luego pidió unas copas al barman.

—¡Caramba! Buena marca —dijo el doctor, observando la etiqueta.

El barman dispuso las copas en una bandeja antes de pedir la botella para descorcharla. El corcho saltó hacia un lado, acompañado con la eufórica celebración de la catira alta, ya algo ebria. Cuando el dueño del hotel propuso dirigirse a la pista de baile, Wanda se retiró con la excusa de sufrir una inesperada jaqueca. Su marido la dejó irse sin decir nada, había acabado la copa de *champagne* y ahora se servía un trago de la botella de *whisky*. Alberto no se dio cuenta cuando Wanda se marchó, él se había puesto a bailar con la más baja de las catiras, tratando de disuadir a la otra pelirroja de sus ataques amorosos.

Cuando horas más tarde, el doctor Ortúzar regresó completamente ebrio a la habitación, en medio de la penumbra, sus ojos advirtieron en seguida la ausencia de Wanda. Pudo haber escupido rabioso alguna blasfemia mientras registraba desesperado las gavetas de la consola, hasta encontrar la Smith & Wesson, treinta y ocho especial. Seguramente la levantó resuelto en la oscuridad, pero luego tuvo miedo de

la carga fulminante que el arma llevaba en su vientre y la regresó a la gaveta. Después se tiró en la cama, con los brazos abiertos, fijos los ojos en las sombras temblorosas en el arteonado. La música que ascendía desde abajo, suave y sosegadora, se hacía más reconfortable al sentirla mezclada con el rumor del mar. Se levantó de pronto para contemplar la noche. Ante sus ojos se abrió una oscuridad intensa, allí parecían caber todas las estrellas; como regente la luna hundía una larga cuchillada de plata sobre la encrespada agua de la pleamar. Sorpresivamente divisó unas siluetas flotando en el agua. La primera proyección mental se concentró en las figuras de Alberto y Wanda, ahora fuera del agua, tendidos los dos en la arena, totalmente desnudos, haciendo el amor. Ya era demasiado continuar torturándose y se tendió nuevamente en la cama, para dejarse vencer de inmediato por el sueño.

Despertó a eso de las nueve de la mañana, con un terrible dolor de cabeza, resultado de la ingesta de alcohol. Sentía la boca desagradable, el cuerpo pesado y las piernas respondiendo con retardo. Llamó a Wanda varias veces y no obtuvo respuesta. Trató de realizar un recuento de la noche anterior, pero solamente consiguió obtener algunos trozos deshilvanados. Mientras se cepillaba sintió el avance de la náusea contenida en la mezcla del dentífrico con los ácidos bucales, a punto de vomitar. No arrojó nada del estómago y vertió dos sobres de Alka-seltzer en un vaso de agua mineral. Minutos después ordenó por teléfono un jugo de naranja y un emparedado de salmón. Al rato le subieron la comida y desayunó con escaso apetito. A un cuarto para las diez vino a buscarlo el dueño del hotel; le dijo que Wanda estaba abajo, ella había

mandado por él, así que no podía bajar sin llevarlo consigo. El buen humor del visitante lo hizo reír y, pronto, comenzó a elegir la ropa para la excursión, cuando el amigable hotelero salió a fumar al pasillo. A punto de abandonar la habitación, vestido con ropa deportiva, ocultó el arma bajo la chaqueta.

IV

Tarde o temprano tendrá que rendírsele pleitesía a la mujer, reconocer su astucia para el engaño y el disimulo, porque cualquiera que hubiera sido su conducta, ella siempre encontraba la manera de engatusar al marido, a pesar de no ser este una persona marcada por la ingenuidad. Cuando los dos hombres aparecieron en la recepción, encontraron a Wanda dedicada a una charla con la menor de las catiras. Puso fin a la plática para ocuparse de su marido, confiada en su excesiva sonrisa y en la bondad del beso sobre los labios reseco del doctor. Por prudencia u omisión, el médico no quiso saber dónde ella había pasado la noche. Sumido en el silencio, permaneció un rato con el ceño contraído, intrincado con sus pensamientos; y estos rasgos suyos constituían una característica imposible de olvidar. Cuando el rostro volvió a sosegar, tomó a su mujer por la cintura y avanzaron hacia fuera, donde estaban los demás alrededor de las dos camionetas disponibles para la excursión. El médico saludó a todos, menos a Alberto y, para ocultar su disgusto, se aferró más a la cintura de Wanda, súper radiante bajo el transparente sol de la mañana. Agradecido con el hotelero por la cerveza que acababa de entregarle, el doctor se acomodó con su esposa en el asiento posterior de la camioneta vinotinto. Adelante encendieron la radio del vehículo y las ondas hertzianas

se tradujeron en una contagiante músicaailable. El chofer del hotel puso el motor en marcha y el vehículo arrancó levantando gruesas capas de arena mojada. Los vehículos avanzaban sin dificultad por el camino de cantos rodados, en dirección al bosque natural de las inmediaciones del hotel.

En un inesperado recodo aparecieron unas cabañas de madera, a pocos metros de la conclusión del camino pedregoso, por donde corría un delgado río de poca profundidad. El aspecto desierto del lugar invitaba a descender pronto del vehículo, como pareció comprenderlo Wanda, la primera en saltar a tierra. A consecuencia de la lluvia el terreno continuaba húmedo, y el aire en el bosque circulaba concentrado, más vegetal que allá abajo. Se percibía en el paisaje una tranquilidad serena, arrastrada seguramente de la ribera cubierta de helechos, zarzas y ortigas, predominantes en la diversa vegetación. A pesar de los esfuerzos del sol, la humedad cabalgaba por encima de los árboles, de cuyas ramas surgían los trinos de las aves. La transparencia del río permitía ver en el fondo unos peces oscuros, oscilando con agilidad entre las piedras cubiertas de limo, cerca de donde se detuvieron. Después de Wanda, la segunda en pisar tierra fue la catira más alta. Se despojó de los zapatos y de una buena vez corrió al torrente y se dio un tremendo chapuzón. Luego sacó la cabeza del agua para atraer a Alberto hacia el río, todavía empeñada en conquistarlo. Al mismo tiempo, Wanda, con la otra catira, ayudaba a los otros dos hombres a disponer las cosas del picnic. En respuesta a la voz cantarina de la bañista, destapó una cerveza sacada de la cava a su disposición, se la llevó a la muchacha orillada en el río, despreocupado de la mirada de Wanda, atenta a la escena, sin intentar asignarle importancia,

aunque por dentro la carcomía la rabia. El patrón se dirigió a la cabaña más cercana, se detuvo en la puerta, su voz en grito llamaba a alguien conocido, cuyo viejo cuerpo de leñador jubilado se presentó en seguida delante del hotelero.

—¿Qué hubo, Marcos, viejo cazador de váquiros?

—Bien, señor, bien —dijo el hombre al llevarse la mano a la boca para contener el aliento aguarmentoso.

—¡Epa, mi doctor... —gritó el patrón, volviendo el rostro hacia el aludido—. Este sabe dónde se puede conseguir buena caza.

Caminando con dificultad sobre las piedras, el médico se acercó con una cerveza recién destapada en la mano derecha. Sus ojos escudriñaron curiosos al leñador.

—Usted tiene cara de ser un buen cazador de váquiros.

El leñador asintió con timidez, observando hacia el monte.

—Bueno, hombre, póngase una camisa —dijo el patrón—. ¿Qué espera?

Mientras se ponían en marcha, directo al bosque, el galeno, detrás del patrón ahora con dos rifles al hombro y dos botellas de ron dentro de un mapire, buscó intranquilo a Alberto con la vista. Este continuaba agachado en la orilla del río, practicando con la muchacha aún dentro del agua. La conversación parecía contener elementos interesantes, favorables para su integridad marital. El rostro de Ortúzar reflejó cierta satisfacción, en cambio Wanda dio bruscamente la espalda a los tres hombres para ir a reunirse con la catira pequeña que, sentada sobre un peñasco, afinaba una guitarra. La mirada de Wanda, interesada en la pareja asentada en la ribera, arrojaba un candente fulgor sobre Alberto, esquivo

a prestarle atención en ese instante. Unos días atrás, no significaba nada en la vida de Wanda, él había llegado al hotel una semana después de haberlo hecho ella con su marido, cuando la temporada de vacaciones recién comenzaba y los turistas extranjeros habían tomado la playa casi por asalto. En el primer encuentro, él andaba con una cámara fotográfica, sacándole fotos a las bañistas bronceadas bajo el sol, caminando o tendidas en la arena. La mujer estaba sola, ocupada en aplicarse capas de Copertone en el cuerpo, cuando él se le acercó y se ofreció para ayudarla, apoyado en un suave gesto de caballerosidad. Se alegró al verla sonreír amablemente, pese a haberse negado a recibir su colaboración. Pero después fue recompensado con el fácil proceder de ella, desarmada para rechazar acompañarlo a la barra del bar donde descubrió el placer de él por los *martinis*. Se sentía infamada por el exceso de atención de Alberto hacia la catira alta. Sin embargo, qué sentido tenía estallar en una ridícula escena de celos, cuando aquel hombre, aunque en realidad le interesaba, no significaba nada distinto a una aventura ocasional, una de las tantas que podía vivir una turista como ella, acaso para sentirse todavía halagada a sus cuarenta años, por los devaneos donjuanescos de un sujeto atractivo, en esa etapa en que el cese de la menstruación hace terribles estragos en algunos organismos femeninos, tan débiles como el suyo. La música alegre de la guitarra la absorbió, era una obsequiosa catarsis en medio del estado de melancolía aferrada de pronto a su cuerpo. Luego pensó en el galeno. Había sido un marido ejemplar, de esos incapaces de infidelidades, a menos de ser inducidos a la traición durante un momento de locura. Y sin embargo, Ortúzar no tenía ese comportamiento deleznable.

Se tendió sobre la alfombra de hierbas del suelo, cerró los ojos y se dejó arrastrar por el sueño.

Los cazadores regresaron cerca del mediodía, sin ninguna pieza de caza. El inestable guía no se podía mantener de pie. Entre el doctor y el patrón lo arrastraron hasta la cabaña, lo dejaron sobre una cama de hierro y regresaron afuera. En seguida el médico se escandalizó al notar la ausencia de Wanda y Alberto. Solo las dos catiras estaban a la vista. La baja continuaba tocando la guitarra, mientras la otra cantaba imitando en italiano a Wilma Goich, con *Le colline sono in fiore*. Inmediatamente, Ortúzar se transformó en un agresivo Oteló, con toda la sangre de la ira agolpada en su rostro. Por primera vez en su vida había sentido un deseo ingente de agredir a alguien, sobre todo de hacerle daño con un potro de tortura. Entonces corrió hacia donde sospechaba podía encontrarse con el rostro de la traición, indolente al asombro y al temor reflejado en los semblantes del patrón y las catiras. Estuvo a punto de resbalar sobre un montón de zarzas, pero mantuvo el equilibrio y se internó de nuevo en el bosque a toda prisa. Desorientado, se movió varias veces en círculos para encontrarse en el mismo punto, antes de hallar a la pareja haciendo el amor sobre la tierra, bajo una mata de palmeras. La rabia se disparó en su cuerpo, hasta sentir los ojos a punto de estallar. Se desahogó con algunas blasfemias, cuyo alto calibre hicieron separar a los amantes asustados. El médico se abalanzó sobre Alberto, pero este le aplicó ágilmente una patada en el estómago, dejándolo sin aire tendido en el suelo. Su rival aprovechó para lanzársele encima, como en esas peleas de las películas de acción. En seguida comenzó a propinarle una despiadada tunda. Desesperado,

el doctor trató de encontrar el arma dentro de la chaqueta, sin embargo esta no estaba allí, había rodado unos metros más allá. Wanda mostró tener nervios de acero, solo se alteró lo necesario para aferrarse al brazo de Alberto, dispuesta a socorrer a su marido, con poca suerte. Súbitamente, sus ojos descubrieron el arma sobre la arena. Una sola detonación sacudió el bosque, dispersando a las aves ocultas entre los árboles. El apuesto hombre se deslizó a un lado, con una enorme mancha de sangre cubriendo su *chemise* crema. El galeno se levantó aturdido, con la mirada llena de asombro, sin noción de sí mismo. Cuando las catiras y el patrón acudieron al lugar, vieron al doctor con el arma en la mano. Su rostro había experimentado un cambio asombroso. Parecía más viejo, el cabello enmarañado, la boca babeante y la ropa llena de tierra le imprimían la expresión sombría de un alma de ultratumba. De entre sus labios fluyeron algunas frases incoherentes al entregarle la Smith al hotelero. La mujer lloraba a sus pies, tan transformada como él. Integrados en el mismo grupo, regresaron al hotel aplastados por la tragedia. El doctor se encerró en la suite a esperar la policía, después de enviar a Wanda a una clínica, atacada por una aguda crisis nerviosa. Había anochecido cuando fueron a buscarlo. Entre la oscuridad de la playa, las olas estallaban bulliciosas contra el muelle vacío. Nadie, excepto el patrón, se despidió de él mientras los policías lo introducían esposado en el vehículo policial... (Con el paso del tiempo llegaron muy pocas informaciones de la mujer, salvo que sus últimos años transcurrieron recluida en una casa de reposo, donde murió en una fecha incierta).

V

Hacia el mediodía, la luz del sol se desplazó ligera hasta el borde de la terraza, y el consultorio se iluminó lo suficiente para señalar el ascenso de los aciagos recuerdos a un punto donde no podía continuarlos, sin evitar el sentimiento de obsesión patológica, como él mismo definía ese estado insano de su pensamiento. Desde la absolución, conseguida en tiempo récord por la habilidad de sus abogados, no había hecho nada distinto a autocastigarse con aquel terrible episodio, cuando a su memoria venía la imagen de la mujer llorando a sus pies. Todavía se sentía culpable, con el vivo prontuario de un vulgar asesino.

Cada uno de sus movimientos titubeantes dentro del consultorio aseguraban el registro de su diario andar. Únicamente requería presionar la tecla del morbo mental para tener noción del efecto del pesado sonido de las doces campanadas del reloj de pared, sobre el ánimo del doctor. Entonces, se incorporó lentamente, se puso el saco, antes de empapar una toalla en el lavabo para secarse las lágrimas desprendidas por las reminiscencias. Como todos los mediodías, pensó en el excelente menú del Sajonia y comenzó a revisar la billetera, memorizando el episodio de la novela policíaca que podía serle útil para quedarse, después del almuerzo, hasta las dos de la tarde, aproximadamente, compartiendo con el alemán, dueño del restaurante, entre los tragos de cerveza negra de Baviera y la pipa apagada mordida en los labios. El golpe intermitente de la rama sobre el vidrio de la ventana, procedente de la ruidosa laboriosidad de los gorriones, lo hizo volver súbitamente la mirada hacia la terraza del consultorio, donde, detrás de las cortinas, la pareja de aves se esforzaba

para albergar una nueva vida. Al cruzar hacia la puerta, sorprendió su cansada vejez en el espejo alargado de la sala y se detuvo a contemplarse un momento, seguro de su cercana extinción, un día de estos, cuando la afección coronaria lo dejara inerte para siempre, preferiblemente mientras durmiera, como se lo imaginaba cada mañana al despertar.

Transmutaciones sigilosas

*¿No se comprende cómo le pueden suceder
a uno esas cosas!*

FRANZ KAFKA

Amanece con el mismo desasosiego de la noche saturada de hormigueo. En el vidrio de la ventana, la luz transfigurable del alba deposita su reflejo tibio. Como en los días anteriores, también hoy he amanecido en vela, exiliado del sueño. Entre un largo bostezo, verifico la hora en mi reloj de pulsera plateado: son las cinco menos cuarto. Ya debo ponerme de pie, qué más da. Ahora empiezo a levantarme lentamente, temeroso de que cualquier ruido brusco desequilibre el sueño intranquilo de la asmática. En la habitación no se percibe ningún sonido distinto al de la respiración calamitosa de la mujer. Sobre la mesa de noche, cubierta de remedios, el reloj digital no ha emitido su punzante chirrido. Sin embargo, no hace falta despertador alguno, el mejor cronómetro es él mismo: conoce demasiado la dirección del mecanismo relojero japonés, sin preocuparse para nada en mirar las luces de los dígitos rojos. La noche la había pasado, casi por completo, atendiendo a la mujer, después de haber retirado varios libros de la biblioteca para preparar la conferencia sobre la obra de

K. Una vez levantado, ha permanecido con el torso desnudo, cerca de la cama, observando el pecho agitado de la asmática. A veces le cuesta reconocer a la mujer en aquel cuerpo maltratado por la agitada respiración espasmódica. Tengo que abrir un paréntesis para dedicarme de lleno a solicitar la jubilación. Esta vez no podrán negármela, ya he rebasado el límite de edad para continuar con la cátedra de Literatura Comparada. La he pedido tantas veces y otras tantas veces ha sido rechazada por esos hijos de puta, sin siquiera recibir ninguna explicación, aunque tampoco la he pedido, ni la pediré. Si consigue la jubilación, el tiempo libre le vendrá de maravilla, solo así podría entregarse de lleno a su *Historia universal de las transmutaciones*, cuyo manuscrito se encuentra en el escritorio de la repleta biblioteca. Cuando se dispone a ir al lavabo, la mujer empieza a removerse inquieta, su boca emite un suspiro estentóreo y nervioso. Pero aquello, más que una aspiración, parece un ahogado gemido de dolor. El profundo sollozo lo sobresalta y se inclina nervioso a la cama para observar detenidamente a la mujer. Menos mal, no parece nada grave. El ritmo respiratorio sigue su curso normal. Sus labios provocativos tampoco son aquellos que había besado apenas anteayer por la noche, después de haber cenado juntos en el Le Coq. Con la promiscuidad de las crisis, su rostro de ángel sufre una transformación increíble: sus ojos están perdidos bajo los pliegues reblandecidos de los párpados, enmarcados en un semblante descolorido. Esa expresión facial muestra claramente hasta dónde el asma reblandece los espíritus más sobrios. Platón y Kant habrán pensado en los estados del alma, bajo un ataque de asma como los que Alma padece. K sufría de tuberculosis, quizás en los peores momentos se

sentía como una miserable cucaracha voladora. Creo que ese insecto, con su insoportable hedor, simboliza la más baja degradación del ser, el poder de su hediondez basta para hacer estallar los estornudos más graves. Y si, de golpe, me pusiera a volar como una de ellas y saliera por la ventana, tal vez vería la vida de otra manera, desde la perspectiva de un insecto volador y rastrero, de quien se dice que transmite la escarlatina. Bueno, se hace tarde. Siente de pronto unas ganas intensas de correr a bañarse, de proyectarse al baño ahora mismo y meterse bajo el grifo, hacer saltar el agua ruidosa sobre su cuerpo lampiño, poco atractivo frente al espejo de la cómoda, utilizado por Alma para maquillarse. Termina de caminar por el estrecho corredor divisorio, y, ante la puerta del baño, se va despojando de la ropa. Pero no alcanza a sacarse el interior porque nuevamente la mujer comienza a toser, haciéndolo volver de prisa al cuarto. Se detiene delante de la mesa de noche y toma el frasco de Vick VapoRub, abre la bata de la mujer y le aplica en el pecho una espesa capa de ungüento que se desvanece bajo la fricción de los dedos, al frotar suavemente la piel. Un estilete muy fino puede ser la solución, situárselo en el cuello, sobre la yugular y enterrarlo delicadamente, hasta dejarla sin respiración. Ni siquiera despierta con el olor penetrante de Vick VapoRub. ¿Estará en una situación análoga a la de lady Madeline, la cataléptica de *La caída de la casa de Usher*? Ahora yo podría ser un grajo, caerle a picotazos es otra posibilidad. Dormida no se daría cuenta de nada. ¡Ah!, el baño no se puede aplazar por vulgares nimiedades. Vuelve a dejar el frasco del ungüento encima de la mesa de los remedios y abandona el cuarto sigilosamente. Mientras cruza por delante de la biblioteca, escucha la

campanilla del viejo reloj de la pared, que siempre suena a destiempo, cuando menos se espera oír su grave sonido. Corre hacia la sala y se precipita al aparato para ahogar el mecanismo sonoro. Se aleja con fastidio de la sala y se detiene en el tercer estante de la biblioteca, allí no ha entrado un nuevo libro desde que la mujer amenazó con abandonarlo si traía al apartamento uno más. Quizás ella tenga razón, los libros, como las plantas trepadoras –verbigracia las convolvuláceas– se extienden tan deprisa que pronto invaden los lugares donde se encuentran, cubriendo todo bajo su tejido vegetal. Ahora cubre su magra desnudez con la bata de baño que había dejado por la noche en la biblioteca y se queda escuchando, sin interés, los ecos de la calle trasera al edificio. Hala con fuerza la cuerda de la persiana y recibe en los ojos el desagradable impacto de un fuerte rayo de sol. Enceguecido suelta una blasfemia y sale a la terraza un poco desorientado. ¡Ah, mañana, coronada por un cielo turbio, con presagios de lluvia, podrido encima del río místico de la pudrición citadina! Veo, en la margen izquierda del torrente nauseabundo, a un grupo de personas, atraídas por la actividad de los bomberos metidos en el río, sin contar con la colaboración de los policías presentes, con la misma actitud ociosa de los curiosos apostados en las orillas del canal por donde se desplaza la pútrida corriente de aguas negras. Completan el cuadro, como en un abigarrado dibujo de Erasmo Sánchez, algunos automóviles cuyos conductores forman un escándalo con las cornetas. Deben estar sacando al idiota que se lanzó anoche al río. ¡Cómo se le ocurre venir a suicidarse en ese mierdero líquido! Deprimido por la suerte del suicida, se retira de la terraza y queda sorprendido

por el desorden en que sobrenada el apartamento, desde la enfermedad de la mujer. Casi no había tenido tiempo de ocuparse del mal estado de aquel espacio generalmente en orden, con cada cosa en el lugar asignado por Alma. Ahora le parecía habitar en un permanente estado de alteración, con los objetos fuera de sus puestos ordinarios, en unos pocos días que ahora le parecen meses, incluso hasta años. Los diarios, amarillentos por el sol, se conservan intactos, sin haberlos leído. El viejo escritorio de trabajo, delante del estante de los libros de filosofía, es un caos interminable, un sitio donde únicamente reina la desorganización. Allí hace falta la atención esmerada de Alma. Siente un súbito llamado y se va acercando despacio al caótico apiñamiento de los libros. Toma un ejemplar al azar y, sin embargo, sabe de cuál edición se trata: no le hace falta mirar el dibujo de la cucaracha voladora para abrir cualquier página, dispuesto a una breve lectura en ese libro que se conoce de memoria. Pero el volumen que sostiene en la mano derecha está bastante deteriorado, y pronto tendrá que sustituirlo. Sería algo maravilloso si de pronto me encuentro caminado por la pared, convertido en un monstruoso dictióptero. Me desplazo con rapidez por sobre un retrato de Alma y llego pronto a la habitación, aunque no tengo en este instante ninguna necesidad para volver. Mi mujer, también (aunque puede ser la de otro hombre), acostumbra a viajar sola a Europa en las temporadas de verano. Su último viaje fue a Praga, estaba encantada en esa maravillosa ciudad del Golem, transitando calles infinitas, por entre múltiples avenidas y ciudadelas, las mismas por donde anduvieron Rilke y Kafka. Te odio, bicho hediondo, cucaracha voladora, he de aplastarte con el

zapato, pero si estoy descalzo. Con las manos me produce asco hacerlo. Alma continúa dormida mientras él, o ella (¿cómo saber si es macho o hembra?), agita gozoso los élitros. Es hora de que descienda al piso, armado con algún agudo sentimiento de perversidad y transforme sus asquerosas antenas en dos estiletes puntiagudos. Al principio no sabe de qué pueden servirle las afiladas puntas. Sin embargo, apenas escucha la tos continua de la asmática, se pone furioso de nuevo y sacude los élitros, ahora con mayor fuerza. Después se lanza en un vuelo interrumpido hacia Alma, sobre cuyo pecho estentóreo se posa tranquilamente, estirando las patas inmundas. Se relame de contento cuando una de sus patas delanteras sufre una inesperada metamorfosis: al convertirse en una gigantesca mano de simio adquiere la apariencia de un híbrido repugnante. Esa garra peluda aprieta con fuerza una de las patas de la cama para proporcionarse mayor agarre, mientras las antenas palpan el rostro de la pobre enferma, ignorante del peligro que la acecha. Tu mano, lentamente te alzas por encima de tu cuerpo de insecto, para luego descender con toda tu fuerza, hundiéndote de un solo golpe en el cuerpo indefenso de Alma. La sangre salta a borbotones y baña todas las paredes, teñidas de pronto por un rojo luminoso, sutilmente plateado. El salobre olor de la sangre se riega caliente por el aire, con la certeza de asperjarse veloz hacia la calle.

El grotesco animal se complace de su malignidad contra la desgraciada mujer, sumergida en aquella atmósfera sobrenatural, propia de las novelas de Howard Phillips Lovecraft. La desdichada Alma no ha tenido ocasión de despertarse, su muerte ha sido de una limpieza extrema, dulce y plácida. Pero

ese animal del averno, creado quizás por Edgar Allan Poe, no parece sentirse complacido con la asfixia mecánica de Alma. Por la dirección del movimiento de sus inmundas antenas es precisable la intención de continuar el ensañamiento contra el cuerpo de la occisa. De manera que comienza a realizar perfectos cortes con sus repugnantes mandíbulas, filosas como hojillas, hasta abrir un surco amplio por donde asoma todo el sistema respiratorio, desde la tráquea al diafragma, detrás del hipertrofiado corazón. Empieza por separar el pulmón derecho, después hace lo mismo con el izquierdo, mientras la tráquea se desliza fuera del tórax.

Una de las antenas abre el pulmón más cercano a ellas y en el acto un corte transversal deja a la vista unos hermosos bronquios, con sus millones de alvéolos rosados donde jamás se ha alojado el bacilo de Koch. No puede dejar de admirar el estilo impecable del miserable insecto, cada corte es una obra maestra de la extirpación, incluso aportan datos interesantes para la descuajación de las demás vísceras, en caso de encontrar algún digno imitador. El donaire con que deposita al pie de la cama el producto de la extracción proporciona una fascinación elocuente en los espíritus más insensibles, de cuya logia formo parte. Cualquier porción de los pulmones, picados en trozos menudos, podía transformarse en uno de los mejores platos de la gastronomía francesa, en manos de un experimentado *chef*. Es preciso obedecer al reclamo del agua servida de la ducha sobre la piel grasosa para que el abominable insecto detenga su macabra tarea, antes de Alma despertarse, tras el anuncio de la tos expulsada por el fuelle espasmódico característico del asma. La idea del estrangulamiento, por más tentadora que resulte, siempre termino por

controlarla, justo en el momento de mayor decisión. FK. Es todo cuanto sale de la voz débil de la mujer cuando abre los ojos y lo encuentra parado al pie de la cama todavía con el libro entre las manos. Alma le sonríe con desgano, aunque intenta mostrar la alegría de los momentos dichosos, atenta al interés de la mirada de él sobre el dibujo del libro. En combinación con el brillo de los ojos, en sus labios asoma una sonrisa, más para sí que para la mujer. En ninguna otra ocasión se le había ocurrido imaginar esas cosas terribles, pero ahora siente el inicio de un morbo agradable y experimenta profundos deseos de continuar un rato más sumergido en las elucubraciones de minutos antes. Sin embargo, no consigue el hilo para continuar las divagaciones, la voz de la mujer se lo impide súbitamente: *cariño, prepárame el inhalador de benzidamina*. En seguida, él abandona el cuarto en dirección al baño donde, por descuido suyo, se encuentra el frasco con la perilla de inhalación.

Evita encontrar su cuerpo en el espejo del baño y se sienta en la poceta a pensar de nuevo en la extraña transmutación. Tendrá esto que ver con alguna idea oculta de deshacerme de Alma, o más bien estará relacionado con el cansancio provocado con el intenso trabajo de la investigación que hago para el libro en los últimos días. Con ninguna de las respuestas se halla satisfecho y es invadido por un fastidio gredoso, reflejado en su rostro dilatado por un enorme bostezo. En sus rasgos se le dibuja un mohín de haber olvidado la misión, se mueve confundido hasta hacerse un tornillo con los dedos en la sien derecha, cuando casi se da con el inhalador en las narices. Se apodera del frasco y sale de prisa del baño. Encuentra a la mujer sentada en la cama, luce distinta peinada como

está, con el pelo sobre los hombros, con la aquiescencia de una ligera recuperación. Él casi salta de alegría, pero prefiere estampar un beso en la frente de la mujer, decidido a bañarse de una buena vez. Camino al baño, se acuerda del ahogado.

Ya deben haberlo sacado. Todavía no comprendo su decisión. Habiendo tantos sitios mejores para suicidarse, este viene a lanzarse en esa inmundicia. Hasta para quitarse la vida, los seres humanos deberían expresar una estética, al estilo de Empédocles. Siente deseos de acercarse nuevamente a la terraza, pero lo sorprenden las siete roncas campanadas del reloj de la pared. Aprisa se mete en el baño, con la misma se despoja del interior, dándole rienda suelta al chorro del grifo. Después abandona la ducha, fresco y limpio, metido en la bata de baño, silbando alegremente. Sin alterar el ritmo de su ánimo, regresa donde la mujer, todavía sentada en la cama, se contempla en el espejo de la cómoda. Sin despojarse de la bata se mete en el pantalón del día anterior, con la complacencia de Alma, contenta de elegir ella misma la camisa y el saco, siempre infalible en esos menesteres de seleccionar la ropa. Cuando la conocí ignoraba su condición asmática, fue la última en inscribirse en el curso sobre Franz Kafka, materia electiva para pocos alumnos. Siempre era la primera en entregar los trabajos, y un día, cuando menos lo esperaba, se ofreció para colaborar conmigo, ayudándome a fichar los libros que necesitaba para mis clases. Al principio no pensé en una relación amorosa entre nosotros, por supuesto, en la diferencia de edad veía yo el primer obstáculo. Sin embargo, terminamos casándonos, ante el asombro de muchos de nuestros conocidos, la mayoría no comprendía cómo una muchacha tan joven, con posibilidad de encontrar mejores

partidos, se había enamorado y conquistado a un empedernido solterón, con el pelo completamente blanco, a punto de cumplir sesenta años. Algunos seguramente comentaban, *pero si ella puede ser su nieta. Por muy inteligente que sea, es una locura. Ni siquiera es millonario, vive del modesto sueldo de profesor.*

El amor es ciego, ¿no dicen eso? Qué más da. Mientras se hace el nudo de la corbata frente al espejo de la cómoda, suena el timbre del apartamento. Se pregunta quién podría ser tan temprano, y con el nudo a medio hacer se dirige a la puerta de la sala y atisba por el ojo mágico. Al otro lado reconoce al mensajero de la librería Fausto. Pero les dije que no me enviaran el libro de Kafka a mi domicilio, se lo repetí varias veces, entréguenme *La metamorfosis* en la Universidad. ¡Qué gente! Ahora me veo comprometido. Bueno, que sea lo que Dios quiera. No me puedo dejar vencer por los caprichos de Alma. Tan buena lectora que era, ahora odia los libros. Por qué carajo, no sé. Nunca pido explicación por nada. Entonces abre la puerta, firma la nota de entrega y toma el paquete. Cierra la puerta rápidamente, procurando no hacer ruido cuando se dirige a la biblioteca y de pasada se da cuenta de la ausencia de la mujer. ¡Qué suerte! Seguramente se halla en el baño, mientras él se encorbata antes de ponerse el saco. Pero no, ella está detenida allí, de pie, en ese cuadro grande, 3 x 2 metros, los ojos fijos sobre el observador, con la misma expresión severa que asumió al salir de la casa con la maleta de lona, con sus mejores pertenencias, para cumplir la promesa de no regresar jamás, desde aquel día, cuando ese mismo libro, perdido extrañamente cinco años atrás, llegó por primera vez al apartamento para iniciar con él la recolección de

datos para su ensayo, *Historia universal de las transmutaciones*, sobre cuya tapa se pasea imperturbable una cucaracha. No te aplastaré, bicha, el miedo te hará huir despavorida. En realidad, Alma no ha viajado a la ciudad construida sobre el río Vltava, más allá de la colina de Petrin.

Se encuentra allí, bastante recuperada del ataque de asma, sentada al borde de la cama, con su cabellera cuidadosamente peinada, atenta a los movimientos del profesor, quien en seguida se acerca a darle un beso de despedida en la frente. Luego sonríe con desgano, cuando tomo el portafolio marrón y el paraguas rojo, quizá afligida por la magra apariencia de águila calva de mi cuerpo, encorvado dentro del holgado traje negro. Salgo al pasillo y me detengo ante el ascensor que, en breves minutos, me expulsa de la cabina en la planta baja. Con rápidas zancadas alcanza la calle, y en la acera afloja el paso para observar la avenida, congestionada de vehículos desde muy temprano. En seguida alza la cabeza, con curiosidad, y se queda mirando la azotea de un vetusto edificio, donde varios obreros desmontan la enorme nube de la valla de una línea aérea. Después dirige la mirada hacia el cielo plomizo, cubierto de nubes inmensas y oscuras. Sorpresivamente, su cuerpo es agitado por la extraña sensación de sentirse un ave cansada, abatida por los años, con torpeza para sostenerse en el cielo desierto, por donde podría echarse a volar para ir a gestionar la pensión. Anda, viejo pajarraco, cruza la avenida de una buena vez... Y continúa distraído hacia la parada de taxis, sin percatarse de la pesada nube que se le viene encima.

Encuentro crepuscular

*... la sorpresa de la urbe puede estar a la vuelta
de cualquier esquina.*

ANDRÉ GORZ

Por ninguna circunstancia trivial Bruno dejaría de darse prisa para despojarse de la bata de perfumista, ponerse la vieja chaqueta de cuero y ser el primero en despedirse hasta el lunes, antes de salir hacia la caída de la tarde, quizás con la imagen de Sylvia encajada en el pensamiento. En distintos puntos del cielo dominaba la coloración arrebolada del crepúsculo, cuando Bruno abandonó la perfumería de los judíos y tomó sonriente por la avenida arbolada rumbo al paseo, a esta hora refugio de enamorados, seguramente pensando en los beneficios que podía sacarle a los billetes del último viernes de agosto. Se detuvo, siempre sonriente, balanceando el cuerpo sobre las piernas rectas, algunas veces atento a los rápidos resplandores de los faros de los automóviles, contrarios al apacible cielo del ocaso, antes de observar los primeros contrastes verdosos de la coloración de los árboles.

En la esquina, donde comenzaba el complejo deportivo, sus zapatos tropezaron con una inesperada pelota de fútbol, la contempló retador y luego le aplicó un magnífico chute,

elevándola con aire triunfador hacia el parque infantil. Gritó: ¡*goool!*, para sí mismo, con los brazos en alto, sin volverse para ver a dónde había ido a rebotar el balón. Más adelante el neón de la bombonería debió recordarle la cita con Sylvia y entró a comprar una caja de bombones. De regreso a la calle, echó una mirada a la esfera de su reloj de cuarzo. Todavía era temprano para llegar a la casa de su novia. Tenía tiempo de sobra para atravesar el paseo, directo al billar y meterse una partida de *pool* con algunos de sus adversarios de costumbre. Delante del cine, una joven maquillada a lo *punk* le hizo una invitación, pero ni siquiera se fijó en ella aunque seguramente pensaría en su buena suerte con las mujeres. Podía una misma noche levantarse unas cuantas. Sin embargo, no había ninguna como Sylvia. Para ella guardaba la mejores atenciones, los fines de semana nunca se presentaba en casa de ella con las manos vacías. La entrada al cine, la oportuna invitación a algún restaurante de lujo y los cremosos helados, nunca dejaban de estar presentes en los halagos para la novia, con quien pensaba casarse a finales de año.

Se detuvieron nuevamente los vehículos, y Bruno cruzó la avenida aprisa. Después no volvió a detenerse hasta llegar al otro lado del paseo. Más allá del círculo de imágenes móviles de las aceras cercanas, temblaban, en el aire inerte y oscuro, las luces del parque de diversiones.

El billar estaba repleto de gente. Por la recargada atmósfera, Bruno comprendió en seguida que si no se desocupaba una mesa pronto, la oportunidad de ligar una partida de *pool* era casi nula. Desilusionado volvió a la calle, encontrando un poco de distracción en el continuo centelleo de los avisos de neón. Sin ninguna exigencia, le alargó una moneda a la vieja

de la esquina, apostada cerca de la venta de parrilla. La mujer que venía detrás se detuvo confusa, como perdida entre el movimiento abrumador de las luces. No había reparado en la mujer del sobretodo gris mientras cruzaba la calle, seguramente pensando en su novia, con la caja de bombones bajo el brazo. La pequeña atractiva mujer del sobretodo caminaba paralela a Bruno, desafiando la mirada de los hombres, orgullosa del ritmo sensual de sus caderas, quizás tomado prestado de otra mujer más esbelta, aunque era tan suyo como las sandalias romanas trenzadas en sus pies, aligerando el paso para evitar las groserías del borracho que venía detrás de ella.

Delante de la mujer, Bruno se llevó el empaque a los labios y estampó un beso en el papel celofán, en el estrecho zaguán de la casa. La muchacha lo esperaba en la sala. Sonrió al verlo llegar, casi sin mediar palabras, ella dejó caer su cabeza en el pecho de Bruno, al mismo tiempo de ofrecer sus labios carnosos. El beso profundo, a escondidas de los padres, en ese momento ausentes. La arrastró hacia la penumbra cómplice del jardín. Sentía unos locos deseos del roce de los labios de Sylvia, apoyar sus manos en las anchas caderas, eyaculándole entre las piernas. Pero el tono afebrado de la discusión no lo dejó avanzar. Entonces sintió ganas de torcerle el pescuezo al borracho que insultaba en alto tono a la mujer del sobretodo. Ella se detuvo de pronto y sacó un *spray* con gas lacrimógeno para hacerle frente al hombre. Pero el borracho no se dejaba amedrentar, parecía dispuesto a atacarla de un momento a otro. Se acercaba a ella, cada vez más amenazador, con los puños en alto. Ambos vociferaban en una jerga incomprensible y áspera. El hombre gritaba más

fuerte, mientras la mujer se hacía menos agresiva, a pesar de permanecer con el tacón en alto.

Aunque no compartía la actitud agresiva del borracho, Bruno tenía toda la intención de mantenerse neutral, entre los curiosos apostados a pocos metros de la pareja discordante. Sin embargo, cuando el borracho falló el primer golpe, sintió a la mujer aferrada a su cuerpo como una protuberancia de su propia piel. Estuvo confundido un instante, sin saber si aceptaba o rechazaba el compromiso fomentado por la desconocida. De todas maneras no tuvo necesidad de recurrir a la violencia. Cuando el borracho comprendió que no era rival de consideración para Bruno, adoptó un comportamiento receloso y dio la espalda, dispuesto a retirarse, entre la incoherencia de sus pasos. La mujer suspiró más tranquila, mientras Bruno podía estar pensando que se había involucrado en una situación trivial, algo que tanto detestaba. En seguida trató de quitársela de encima, pero ella continuó inmóvil a su lado, mostrando una sonrisa de dientes orificados. En ese instante, su olfato de perfumista sintió, por primera vez, el aroma mustio a trinitaria y narciso, emanado de la piel de la mujer. “Estaba cargado ese desgraciado”. La expresión le enarcó la delgada línea de las cejas, al mismo tiempo que hacía notorio su acento sureño. Él permaneció en silencio, quizá procesando la fórmula del lánguido olor de la enigmática mujer.

Probablemente ella venía de Chile, aventada hasta aquí por la dictadura militar reinante en su país. Entonces Bruno pensó en las torturas, los desaparecidos y en los campos de concentración con asesinatos en masa. Creyó que la mujer tenía algo que ver con esos sucesos horribles. No quiso

indagar si estaba en lo cierto, solo se limitó a mirarla a los ojos azules, vivísimos, cargados con un brillo de prudente inteligencia. No obstante, sus gestos eran pocos controlados, su sonrisa algo infantil y nerviosa se cargaba con un sesgo enigmático. Comenzaba a gustarle, ya no quería rechazarla, hasta pensó que la caja de bombones era el pretexto adecuado para alcanzar el triunfo impecable de terminar con ella en la cama. A la pregunta de si el borracho era su marido, ella respondió negativamente. Después la invitó a beber una cerveza, seguro de no haberse equivocado. La mujer asintió en señal de aprobación y se echaron a caminar entusiasmados, como viejos conocidos. En la marquesina del cine cercano exhibían una película con Bruce Lee, poco indicada para avivar una aventura amorosa. La imagen de Sylvia se presentó de nuevo en su mente y pensó en deshacerse en cualquier instante de la desconocida. Pero se dejó dominar por la curiosidad de indagar más acerca de la vida de la mujer, cuyo nombre todavía ignoraba. Sospechaba que en ella se condensaba un nudo de historias incontadas, un rollo virgen en busca del mejor acicate para distenderse en el aire. Cuando llegara el momento, con la mujer bajo el estímulo de unas cuantas cervezas, probablemente descubriría una de esas pre-visibles historias de torturas y campos de exterminios, que a él le gustaba tanto oír en la voz de sus propios protagonistas. Así había ocurrido muchas veces con el dueño de la fábrica de perfumes, quien estuvo dos años recluido en el campo de concentración de Bergen-Belsen. Recordó la cita con la novia y se comprometió consigo mismo a llevarla el día siguiente a la mejor discoteca de la ciudad. Ya había decidido quedarse con la desconocida, hasta donde el tiempo lo permitiera.

Solo necesitaba inventar la excusa precisa para convencer a su novia, condenada por esa noche a irse a la cama disgustada o preocupada por su ausencia.

Con la mujer tomada por el brazo, Bruno ahora atravesaba la calle, entre la mezcolanza de grupos alegres que se dirigían a las discotecas y a los bares. Avanzaron más allá del final del paseo, hacia el pequeño bar disponible para los amantes de las baladas. La atmósfera, amalgama de la alegría de fin de semana, estaba brindada por un efecto habitual de comunes encuentros, donde el denso zumbido de las conversaciones opacaba las buenas intenciones de la música. Apenas Bruno y su compañera se sentaron se acercó a ellos un mesonero, quien en seguida tomó nota de los dos Anís del Mono con hielo, ordenados sin titubeo. Cuando la mujer cruzó las piernas, el sobretodo se abrió hasta los muslos, y en la penumbra estalló un breve reflejo ambarino. Entonces debió haber imaginado una red de delgadas venas azules, destinadas, con los años, a convertirse en desagradables pólipos varicosos. La vio sonreír en ese instante, a gusto con el despliegue de su boca de suaves comisuras, en contraste con las manos rústicas de una labradora de los manzanales de Valle de Lontué. Sabía prolongar su belleza con su diáfana sonrisa y el brillo azul celeste de sus ojos, más atractivos entre la penumbra del local, contraído por la lentitud de la música, con su sonido flemático, hasta la vuelta del mesonero con los dos tragos. Después supieron cómo se llamaban: Érica y Bruno, a partir de ese momento ya no eran dos circunstanciales desconocidos; incluso podían permitirse la bondad de mentir para quizás entenderse mejor. Así surgió el otro Bruno, el automovilista de éxito. Dentro de pocos meses

estaría participando en las quinientas millas de Indianápolis. Con su potente Porsche a sus rivales les iba a costar un mundo vencerlo. Conocía las pistas como la palma de sus manos, su mayor felicidad consistía en desafiar las curvas que surgían inesperadamente, a enorme distancia de los demás automovilistas. A veces, algún auto volcaba en la pista, convertido en una tea incontrolable, mientras él buscaba con afán el último banderazo, poniendo fin a la competencia, coronada en el podio de ganadores, con la copa del trofeo llena de *champagne*, rodeado de algunas hermosas muchachas, acosándolo a besos, feliz con los disparos de las cámaras de la prensa y las tomas de televisión, aferrado al sueño de llegar a convertirse en el próximo campeón de Fórmula Uno. Por la sonrisa poco cómplice de Érica, sospechó que ella no se había tragado el cuento del imbatible automovilista, tal vez aceptaba la historia como un simple juego ególatra, una autocomplacencia impropia de un verdadero intento de engaño. En ningún momento se sintió abochornado, buscaba un efecto momentáneo; y se vio recompensado cuando la mujer dejó correr los dedos por su rostro, alentando una sensación agradable en la piel. Súbitamente, ella apartó los dedos del rostro de Bruno, como si sus sentimientos hubieran volado hacia otro lugar. Entonces Bruno sacó una caja de Belmont junto con el encendedor, deseoso de fumar y de ofrecerle un cigarrillo a la mujer. El grave silencio de Érica comenzaba a inquietarle, aunque no se atrevía a interrogada.

En el estrado los músicos habían dejado de tocar y ahora en el ambiente se escuchaba música grabada. Sus ojos se encontraron sin buscarse, pero Érica desvió en seguida la mirada. Por primera vez sintió deseos de besarla, pero no se

atrevió a cumplir su voluntad. El siguiente paso fue animarla, entonces sonrió enigmático, se puso de pie y se dirigió a la orquesta. Cuando regresó de nuevo a la mesa, la música en vivo volvió a reinar en el salón. La tomó por la cintura y comenzaron a bailar al ritmo instrumental de *Extraños en la noche*. Otras parejas se contagiaron y se unieron al acoplamiento de los cuerpos al sonido de la banda orquestal. Completaron todo un *set* y regresaron a la mesa con el ánimo de Érica renovado, dispuesta al diálogo.

Lentamente, Bruno comenzó a enterarse de que hubo un largo tiempo en que la vida de Érica se desarrolló plena de sosiego y esperanza, muchos años después de sus padres salir de Alemania, tras ser liberados del campo de concentración de Mauhausen. *Creo que fueron los mejores años de mi vida*. Pero años más tarde, siendo casi una adolescente poca maliciosa, sin perspicacia suficiente para darse cuenta de la amenaza que se cernía sobre Chile, se produjo el golpe de Estado contra Salvador Allende y acabó con todas las perspectivas de futuro que en su país se estaban forjando, dentro de un verdadero sentido democrático. Permanecía despierta aquella noche cuando los soldados vinieron por su padre, militante del Partido Comunista, y, sin contemplaciones, lo metieron a culatazos en un coche militar. Durante varias semanas, Érica y su madre vivieron con la esperanza de que respetaran la vida del prisionero. Sin embargo, como se supo después, su padre había sido asesinado al día siguiente en el Estadio Nacional de Santiago de Chile, por los mismos ejecutores del cantante Víctor Jara. Por unos cuantos meses, ella y su madre permanecieron en Valparaíso, soportando el trato agresivo de los enemigos políticos de su padre. Fueron días

terribles, siempre se vivía con la incertidumbre de despertar una mañana con la esperanza de escapar del régimen de Pinochet y luego morir antes del anochecer del mismo día. El optimismo se había extinguido para ella y su madre, hasta que un grupo clandestino de la Unidad Popular, que actuaba en Arica, consiguió sacarlos de Chile a pesar de la fuerte represión.

Cuando llegaron a Caracas, no sabían si estaban soñando, Érica se pellizcaba y se abrazaba a su madre, tratando de tener la certeza de no hallarse orbitando en la irre realidad. Terminó por manifestar que no era prostituta, hasta hacía poco se ganaba la vida como traductora en Amnistía Internacional. Pero ahora estaba sin trabajo. Si andaba caminando por allí, a la bartola, su ir y venir se traduc ía en el placer de emular a esos dos excelsos caminantes universales, representados por *El Duende que camina* y *Juancito el caminador*. Dijo. Había sido un buen intento para introducir un elemento gracioso en su breve biografía, sin embargo sus ojos anegados marcaron la suspensión de las palabras. En el paréntesis abierto por el silencio, Bruno se inclinó por no esconder sus ojos acuosos, ante las abundantes lágrimas de Érica. Inesperadamente, Bruno se levantó y sacó de la chaqueta el sobre con los billetes de la quincena. Cuando él puso el dinero y el paquete de bombones en las manos de la mujer, esta no tuvo tiempo de reaccionar. En cambio, él sí estaba seguro de lo que hacía. Mientras ella parecía no comprender la situación, Bruno deslizó sus manos por la cabeza, terminada en una cuadrada mandíbula, parecida a la de Dick Tracy, recompensada bajo la nariz por la benevolencia de una amplia sonrisa, como parte del obsequio para su acompañante. Después se levantó

deprisa y, casi corriendo, buscó la calle, acentuando aún más la confusión de Érica. Por fin ella atinó a reaccionar, pagó en seguida la consumición y abandonó también a la carrera el lugar. A pasos apresurados alcanzó a Bruno cerca de los primeros bancos del paseo, eligieron el tercero de la fila, cerca de una estatua de Ceres, donde permanecieron sentados largo rato en silencio, cada uno esperando la iniciativa del otro. *Eres un tipo bastante extraño.*

Sus ojos se atrajeron mutuamente, en un probable rastreo de sus sentimientos. *Tal vez, menos extraño que tú, no.* Entonces Érica, estimulada por el enlace de los dedos, confesó su predilección y habilidad por el timo. El borracho era la simulación perfecta para atraer a cualquier incauto, dispuesto a tomar partido por una mujer indefensa. Hasta allí podía considerársele una mentirosa, todo lo demás era cierto. Estaba preparada psicológicamente para no sentir compasión por sus víctimas. Nunca le había ocurrido nada semejante a esto que ahora le estaba sucediendo con él. Aunque Bruno trató de hundirse en la psiquis profunda de Érica, pareció deambular confundido por las ramificaciones de sus reacciones impredecibles, expresando su decepción en una sonrisa enigmática. *Vaya, vaya, sorpresas da la vida / Pero que no me guardes rencor / Me tienes confundido con toda esta situación, no sé qué decir.* Luego Bruno unió su rostro con el de la mujer y la besó brevemente, con el presentimiento de no regresar más al placer de aquella boca, después de esa noche. Tan pronto separaron sus labios, la mujer tomó su bolso y reanudó de prisa la marcha, sin volver el rostro hacia atrás. Él permaneció un rato más en el paseo, con la mirada triste, fija en la figura ya disminuida por la distancia.

Solo cuando ella pasaba ante la silueta de la estatua de Ceres, él reanudó los pasos. Mientras la oscuridad desvanecía la imagen de Érica, él trató de rebobinar lo ocurrido con una pasmosa ineptitud. Abrumado por la confusión, creyó percibir en la fragancia mustia de la mujer un aroma de flores marchitas, macerado en algunos jardines y en floreros de los camposantos. Pero su sólida incredulidad le impedía pensar en fantasmas. Además, había que involucrar al falso borracho. Terminó rechazando todo pensamiento fantasmagórico y, sin embargo, asoció la imagen de Érica con una atractiva aparición femenina de alguna mala película de horror. En seguida esbozó una sonrisa ambigua, se alzó el cuello de la chaqueta y, sin aparente sobresalto, continuó su ligero avanzar hacia la oscuridad del río, cuya corriente dejaba estacionada en el aire un apacible susurro de agua corriendo, oculto detrás de los árboles, más allá de la margen izquierda del sombrío paseo, donde muchas cosas concluían misteriosamente.

Las Arielianas

*La música es el arte más seductor,
el arte que te levanta dejándote donde estás.*

ARTUR LUNDKVIST

Como venía muy acelerado, comenzó a refrenar el impulso a pocos metros de la fachada del teatro. Cuando ya estaba frente al portero, saturó de aire los pulmones, con suficiente suministro para hacer estallar los alvéolos, sin considerar para nada la descarga recelosa de los ojos del cancerbero de la puerta. Seguramente no le agradaba su traje azul marino, algo pasado de moda, cubierto por esa pátina brillante e in-noble, acumulada por el constante uso en la curvatura de la solapa. En atención al gesto inesperado del portero, se escurrió silencioso hacia el interior del viejo teatro, agradecido de la atmósfera, muelle de la antesala alfombrada de rojo. Tuvo que andar varias cuerdas, ininterrumpidamente, para llegar puntual a la cita y entrar en ese recinto de paz donde ni siquiera se escuchaba el zumbido de una mosca. De improviso el aire fue sacudido por el sonido profundo de un oboe, cuyo registro estremeció al recién llegado. A pesar de sentirse un poco perturbado, no tenía nada en contra de la sonoridad del instrumento, en cierto sentido estaba familiarizado con sus

emisiones musicales. La nota se había manifestado allí donde era apropiado su sonido, aunque en ese momento la encontró incongruente, en marcado contraste con el sosiego reinante en las profundidades del lugar.

La imagen de Leticia lo asaltó de pronto, cuando él se acercaba a los gruesos cortinajes. ¡Si al menos ella tratara de entender la situación! Discutían en la cocina. La mujer, histérica, lanzaba todos los utensilios contra el piso. Él trató de mantenerla calmada, sin embargo fracasó. La mujer amenazó con romperle los platos en la cabeza. La única manera de sacársela de encima fue con una bofetada, indolente ante los dos niños llorando asustados al otro extremo de la sala. Leticia se protegió detrás del sofá, por si él intentaba agredirla de nuevo. Nunca había hecho eso, esas cosas le desagradaban, pero ella se había pasado de la raya. Después Leticia se puso a gritar, seguramente para llamar la atención de los vecinos. Por último, se puso a llorar como una niña, conteniendo la rabia. El incremento de sus gritos acercó a algunos vecinos a la puerta del apartamento a ver qué sucedía. *¿Qué me importan a mí tus conocimientos musicales! ¿Crees que con tus sueños de genio musical vamos a comer?* Se escuchaba todo desde adentro, pero nadie se atrevió a intervenir, aquel era un asunto entre ellos y ningún entrometido vecino tenía por qué meterse en sus problemas. *¡Vete a ensayar con tu maldito piano y no vuelvas más a esta casa!* Eso fue lo último que escuchó de Leticia, cuando él abandonaba el apartamento.

Se sustrajo de las anteriores repercusiones y ahora contemplaba el nuevo alfombrado del teatro. Cada vez le gustaba más el lugar. Allí podía permanecer toda la vida, si eso fuera posible, tendido en la suavidad de las alfombras,

desentendido de la vida, envuelto en el barniz limpio de las paredes y los atractivos dibujos del artesonado. Nuevamente los insultos de Leticia estallaban a su alrededor, mientras él permanecía imperturbable bajo aquel artesonado recién retocado, con su impoluta atmósfera receptiva. Sin embargo, era mejor encontrarse ejecutando un impecable concierto para piano, acompañado por un público numeroso que al culminar la ejecución lo premiaba con una cerrada ovación de pie, reclamando una pieza adicional. Se puso de nuevo en movimiento y comenzó a hundirse más allá del vestíbulo, hacia las escaleras.

Encontró a un obrero limpiando unas cortinas y le preguntó por Juvenal, el hombre se mostró amable y le indicó por dónde podía encontrar a su hermano. En seguida siguió por el corredor que se abrió delante de él y se fijó en dos hombres ocupados en trasladar un incómodo bastidor de escenografía. ¡Ahí está Juvenal! Este se percató de la visita, y dejó solo a su compañero con el bastidor para atender a su hermano. Se acercó de prisa a Juvenal y lo tomó por el brazo, yendo con él hacia el interior del escenario donde se encontraban varios músicos, ocupados en revisar sus instrumentos. Juvenal se apartó de él para ir a hablar con un hombre delgado, de *sweater* arremangado, con una especie de bonete en el centro de la cabeza, que impartía instrucciones a los músicos, algunos momentos, atento a las palabras de Juvenal, dirigía la mirada hacia el lugar donde Ariel esperaba. No ignoraba quién era esa persona: sabía que se trataba del director de la orquesta, delante del atril y con la batuta en una mano.

Las persistentes miradas del hombre parecían intimidar a Ariel. Comenzaba a researse la boca, se sentía un

poco asustado: claro, no era lo mismo tocar el piano en el bar de la señora Cósima que hacerlo con una orquesta sinfónica, aunque él se consideraba mejor que muchos pianistas de conservatorio. Las cosas parecían complicársele, ahora tenía unas ganas intensas de orinar y Juvenal continuaba hablando con el director. Ariel apretaba las piernas para frenar el derrame del líquido. Apenas se deshizo la conversación, Juvenal se acercó sonriente de nuevo a su hermano. Pero a este se le intensificaban las ganas de orinar y en seguida preguntó por la ubicación de los sanitarios. Cuando supo a dónde dirigirse, fue a cumplir de prisa su objetivo. Mientras vaciaba la vejiga, empezó a sentirse mejor. Terminó silbando delante del espejo, aprovechando la ocasión para arreglarse un poco el cabello con su peine *chic*. A la salida del baño, recordó cómo se le había abierto la posibilidad de encontrarse a punto de integrar una orquesta de cámara. Unas noches atrás, en medio de unos tragos, su hermano le habló de la vacante, abierta por la desertión del pianista polaco. Sus estudios académicos eran escasos, había estado poco tiempo en una escuela de música, de donde fue expulsado por intentar imponer su voluntad a la hora de las prácticas de piano y la lectura de las partituras, opuesto al método del profesor. Consiguió la oportunidad de seguir por su cuenta por las noches, cuando cerraban el Museo del Teclado, con la complicidad de un vigilante nocturno, amigo suyo. Movido por su tenacidad, llegó a dominar bien el piano, como lo demostró en la oportunidad que tuvo de tocar con la banda de Andy Durán, cuando a este, durante una presentación en el Caracas Hilton, le falló el pianista. En la emergencia, se dirigió al público y preguntó si entre los presentes se encontraba

alguien que supiera tocar el piano. Entonces, Ariel se levantó, en medio de un cerrado aplauso y se dirigió al escenario a ocupar la banqueta delante de las teclas del Bösendorfer. Ante los atentos oídos del público y el nerviosismo del director de la banda, demostró su dominio con el piano, con una ejecución absolutamente impecable, para ser premiado al final por una calurosa ovación. Sin embargo, no recibió ninguna oferta para integrarse a la orquesta, tocado por la decepción abandonó molesto el hotel para ir a emborracharse en una tasca de La Candelaria. Más tarde, un aviso de prensa en la búsqueda de un pianista, lo llevó a El Picoteo donde estuvo unos tres años fijo, hasta que se instaló por un tiempo en el *dancing* de *madame* Collete.

El prolongado chirrido de la puerta anunció la presencia de otras personas. Un trío entró hablando de la música de Claude Debussy. Aunque el tema le pareció interesante, prefirió regresar a donde había dejado a su hermano. Apenas regresó al *foyer* volvió a pensar en Leticia, la situación entre ambos era cada día más irregular. Por todos los medios debía buscarle una solución poco traumática a ese pugilato. Estaban los niños, ellos no tenían la culpa de nada. Sobre un espejo adosado vio el reflejo de su figura en un plano general, acercó un poco el rostro y se sintió orgulloso de estar todavía joven. Cualquiera de las muchachas que rebosaban las calles podía fácilmente enamorarse de él. Acaso no tenía un corazón para amar. Si eso llegaba a suceder, adiós Leticia.

No encontró ni a Juvenal ni al director, nada más estaban en el escenario el fagotista y el bajista afinando sus instrumentos; como ambos lo observaron con indiferencia se alejó de allí y comenzó a caminar guiado por el instinto. Se

sentó al comienzo de la escalera de la platea y se sacó uno de los zapatos. Por la rotura de la punta de la media, asomó un pulgar de uña mal cortada. Parecía agradecerle la forma del dedo gordo y cabezón. Cuando lo deslizó por el alfombrado de la escalera, recibió un sosegado placer, sin considerar el ingrato vaho agrio que escapaba de la media. Estaba a punto de sacarse el otro zapato cuando levantó de pronto la cabeza y encontró a Juvenal parado frente a él, con cierto desagrado, el hermano no tardó en preguntarle si estaba loco. Pero no le dio ninguna respuesta y se apresuró a calzarse. En cambio, cuando Juvenal quiso saber si había desayunado, en seguida respondió negativamente.

Después al inquirir su hermano acerca de Leticia y los niños, este intuyó que las cosas no andaban bien en el hogar de Ariel, delatado por el resentido silencio. Parecía a punto de aflorarle las lágrimas, y un leve movimiento le estremecía los labios. Juvenal lo miraba con cierto aire conmisericordioso. Para su hermano, él era un tipo irresponsable, carente de iniciativa, mientras a Leticia la consideraba una mujer abnegada, dispuesta a los mayores sacrificios. En el fondo no recriminaba a Ariel, pero desde que este dejó de trabajar hace ya tres años como profesor de piano en la academia Diana, con un modesto sueldo de quince y último, no había vuelto a tener una ocupación distinta a las oportunidades de tocar el piano a destajo, en cualquier *night club* donde reclamaran su servicio. Sin ninguna intención de contrarrestar los reproches, dijo que él era un artista con poca suerte, mientras con un pañuelo se enjugaba una solitaria lágrima sobre la mejilla. No le daba pena llorar delante de su hermano, la única persona ante la cual podía hacerlo sin ambages. Pronto se sintió

acobardado de que alguien distinto a Juvenal participara en la escena, con ánimo de burlarse de él. A pesar de todo el hermano lo consideraba un individuo con suerte y estaba seguro de verlo contratado como pianista del teatro.

Su mirada resbalaba sobre Ariel, con un aire paternal, un rasgo protector de poco agrado, aunque después aceptara la mano tibia de Juvenal, cayendo en el hombro izquierdo, como para darle ánimo. Ariel agitó la cabeza con un ademán que su hermano no entendió, antes de salir a desayunar. Cruzaron en sentido inverso al escenario para encontrarse con un cafetín, más allá de los vestidores de los artistas. Allí había acudido la mayoría de los músicos, algunos solo tomaban café; y quienes ya no consumían nada, abordaban diversos temas. Cuando entraban en el cafetín, Juvenal tropezó con uno de sus compañeros que venía saliendo del local. Se enfrascaron en un rápido juego de boxeo. Ante la mirada agobiada de Ariel, Juvenal le lanzó un corto al otro, quien replicó con un suave gancho al hígado. En seguida Juvenal esquivó el golpe y siguió con una gran risotada hacia la barra del cafetín.

A la derecha, a través de un amplio vidrio, se veía la animación de la calle. Los vehículos giraban en la esquina del semáforo, bordeaban la plaza, con su grupo de desempleados dispersos por los bancos, para desaparecer dentro de la boca oscura del túnel. También había parejas de enamorados, algunos besándose recostados de los árboles, otros sentados en los bancos, mientras la brisa desprendía las hojas secas de las plantas agredidas por la tiña, tras cuyo ramaje se recortaba la masa gris de la iglesia, con el casquete de la cúpula cubierta de profusas manchas. Un ángulo del portal se tragaba a unos

cuantos feligreses taciturnos. Hacia la derecha, la exhibición de fotos de un estudio fotográfico, al lado del edificio de dos antiguas estaciones de radio, no lograba atraer la atención de los transeúntes que se desplazaban por allí. Ariel apartó la vista de la calle, cuando él y Juvenal se sentaron de espalda al amplio vidrio medianero, en una mesa cercana a un afiche de *La Traviata*. El aire caliente del cafetín se desplazaba por encima de las cabezas de los comensales, como una capa oleosa y densa. En esa atmósfera, el único mesonero parecía bracear inútilmente, con la presión del esfuerzo reflejado en sus facciones hurañas. Los hermanos ordenaron jugo de naranja y *sandwich* de jamón. Con el primer bocado, Ariel se cambió de silla y quedó de nuevo mirando hacia la calle, pensativo, como si una duda muy poderosa hubiera quedado revoloteando en su cerebro. Pero él confiaba en sus aptitudes artísticas, tocaba bastante bien, eso había sido demostrado más de una vez. Si hubiera un piano en el cafetín, estaría ahora mismo demostrándoles a los clientes su virtuosismo en la ejecución del teclado. En el mundo musical, no había nada como ese instrumento maravilloso que algún día lo haría ganar fama y dinero. Masticaba sin perder detalles de la calle, mientras Juvenal mantenía una conversación insulsa con un gordo que se había detenido cerca de ellos.

Cuando casi terminaban el desayuno, Ariel vio pasar por delante del vidrio a un cura sesentón, algo calvo, y se le pareció al religioso que había puesto de moda el ritual de la Semana Santa en vivo hacía años en su pueblo. Sintió ganas de seguirlo para salir de la duda, pero le pareció una tontería y le dio el último mordisco al *sandwich*. Después escuchó la orden de partida ordenada por su hermano y se alejaron por

el pasillo. Juvenal caminaba detrás de Ariel, escarbándose los dientes con un palillo. La tristeza de su ropa pareció afectarlo por primera vez. El estrecho saco y la bolsa del pantalón cayendo hasta abajo, como los anchos pliegues de una piel de elefante, cubrían por completo los zapatos, desprovistos de cualquier complemento de distinción acorde con la valla de trajes Monte Cristo, colocada encima del edificio del estudio de fotografía.

El estado casi lamentable de la vestimenta del hermano le causaba una sensación de desaliento, haciendo incrementar en su ánimo el deseo de ayudarlo, a sabiendas de que la suerte de Ariel no dependía de él. Entonces, negando cualquier imponderable cotidiano, se lo encomendaba a Dios. A pocos metros de las puertas del escenario, comprendió que llegado el instante de tomar partido por las desavenencias entre Ariel y Leticia tendría, obligatoriamente, que ponerse del lado de su hermano. Acaso con la cabeza saturada de pensamientos, todavía a la saga de Ariel, se adelantó para ser el primero en entrar al escenario, de cuyo interior provenía una serie de voces casi apagadas y los continuos sonidos de los instrumentos, en la búsqueda de la más adecuada afinación.

Todos los músicos estaban en sus puestos, afinando sus instrumentos, solo la banqueta detrás del silencioso piano permanecía desocupada. El oboísta y el fagotista se hallaban hacia el centro, casi al frente del director, quien, delante del atril de los pentagramas, permanecía atento a los sonidos instrumentales y al movimiento de los músicos, manteniendo la batuta en alto.

La entrada de los hermanos no alteró para nada la disposición de la orquesta, como si los dos intrusos formaran

parte de una tribu lejana. Únicamente el director se mostró molesto y señalando con un gesto severo hacia el piano, dirigió los pasos del pianista hasta la banqueta libre, mientras Juvenal se refugiaba detrás de las cortinas. Cuando Ariel se sentó detrás del piano, los demás instrumentos dejaron de sonar. El gran silencio de las localidades extenuadas por las funciones seguidas de los últimos días se explayaba sobre las butacas vacías, suspendido en el recinto cerrado, cubierto por pesados cortinajes púrpuras, donde los ruidos sordos, producidos en el distanciamiento de la calle, venía a errar, sin poder avanzar más allá de la pesada puerta de acceso a la sala, separados aún por ese algo más perspicaz y maleable, contenido en la falta momentánea de sonidos, despojados de su legítima procedencia, porque parecía esperarse algo nuevo, capaz de romper la monotonía sonora de los demás instrumentos, tan conmovedor como la enigmática sombra de algo en ciernes, indefinido, dispuesto a no atravesar velozmente las paredes, mucho menos para detener el tiempo suficiente dentro de Ariel, a la espera de la señal imperiosa y armónica de la batuta para desatar la música a torrentes.

Sorpresivamente, de las teclas del piano surgió al principio una música en extremo sensible, generando un delicado matiz de agudas sonoridades a escalas aumentativas, gratas hasta para los oídos más escépticos. La música se desprendía aparentemente desde los pináculos de los plafones y de las lágrimas de cristal de las lámparas. Los acordes que se desplegaban sin tregua por el aire, y se expandían más allá del escenario, no tenían relación con ningún sonido terrenal. Las notas repercutían fuera de toda sonoridad existente en los pentagramas y las grabaciones discográficas, con escalas

tan suaves como estridentes. Sin embargo, no deshacía el silencio ni la inmovilidad desplegada alrededor de los demás instrumentos. La fuerza del piano ascendía a lo más alto de la cumbre sonora del recinto. Luego descendía hasta el fondo de los abismos más profundos, antes que un intenso embeleso, que ya tenía dominado todo el escenario, comenzara a controlar los sentidos del director.

A medida que el piano acentuaba su extraordinario sonido, de pronto empezó a oírse un vago murmullo proveniente de todos los espacios del teatro. A las primeras impresiones, no se supo de dónde surgió el público, no obstante todas las localidades estaban ahora completamente llenas y los rezagados tenían que molestar una fila entera para, al menos, situarse contra las paredes. En palco, entre la masa de asistentes, una pareja de ancianos, armados de binoculares, atisbaba constantemente hacia abajo, criticando a los demás asistentes. Más allá, como a unos tres metros, desde la platea, rebosada de gente emperifollada y pendiente del pianista, descendían miles de papelillos multicolores. Desconcertado, el director miraba con angustia en círculos, sin todavía saber qué hacer para sacar del arrobamiento a los integrantes de la orquesta. Cuatro veces consecutivas intentó despertar a los músicos, pero estos continuaban hipnotizados por la extraña ejecución del pianista. Después, girando de repente la cabeza, vio cómo la puerta, a cada instante, se abría y se cerraba dejando entrar a la gente en torrentera. En seguida debió pensar que esa música, recién calificada por él como un engendro infernal, se había propagado hasta la calle, arrastrando al público hacia el teatro.

La primera nudista surgió de la platea en la figura de una muchacha rubia, con sus espléndidas tetas, salpicadas de pecas, al aire. Una morena de esbeltos glúteos siguió el comportamiento de la otra y comenzó a bailar desnuda delante de los impávidos músicos. Luego varios interiores, pantaletas y sostenes cayeron desde el palco al patio, donde algunos hombres saltaron en pelotas de sus puestos y empezaron a disputarse las prendas. También a Juvenal se le vio, por un momento, saltando desnudo entre los espectadores más fervorosos de las primeras filas, antes de desaparecer aplastado por una gorda de voluminosas nalgas. La muchacha que se había desvestido de primero, correteaba con la morena por la parte de abajo y se acercaban a danzar alrededor del impertérito pianista. Todo el mundo, incluido los músicos, estaba desnudo; el oboísta y el fagotista enarbolaban sus instrumentos entre las piernas, como si fueran enormes falos erectos, persiguiendo a las muchachas más retozonas, sin ninguna ropa encima. Aparte del pianista, solamente el director, por alguna razón incomprensible, permanecía inmune al efecto sonoro del piano. Esa extraña música no tenía nada que ver con el programa del domingo, integrado por piezas para piano de Beethoven, Mendelssohn, Chopin y Liszt. Esto era algo que excedía los conocimientos del director, para él era como si a Ariel se le hubiera introducido un demonio órfico en el cuerpo. Algo tan disparatado le parecía más natural en el ensayo de un absurdo drama de Bertolt Brecht, que en una prueba orquestal de la mejor música clásica.

Con el alma y los dedos integrados al instrumento, el pianista seguía tan concentrado en las teclas que no sintió las dos manos de fuertes garras en el hombro. El director estaba

dispuesto a sacarlo a puñetazos, si era preciso. Pero cuando lo sacudió se dio cuenta de que estaba tocando como dormido, semejante a un autómatas de Vaucanson. Sin pérdida de tiempo se atrevió a levantarlo de la banquetas y antes de que el público saliera del trance hipnótico, se dio prisa para retirarlo del escenario y llevárselo por el largo pasillo de utilería y expulsarlo por una estrecha puerta del fondo, controlando las ganas de patearlo a su antojo allí mismo. Luego se retiró lo más rápido posible, apenas el tecladista comenzó a manifestar señales de volver en sí.

Sin percatarse de nada cuando abrió los ojos, Ariel se encontró fuera del teatro, en medio de un traspasito lleno de enseres viejos, casi todos inservibles. En ese estado de confusión no sentía las manos hinchadas ni los dedos enrojecidos. Con la mirada perpleja observaba la espalda renegrida y escarapelada del teatro, como algo que se extingue para siempre. Tuvo la sensación de haber vivido una grata experiencia, sin embargo no recordaba nada; ni siquiera la presencia de su hermano se manifestaba en su mente. Le dio poca importancia al asunto y se metió las manos insensibles en los bolsillos del pantalón, se puso a silbar la *Oda a la alegría* y cruzó hacia el otro lado de la calle, sin reconocer en ninguno de los transeúntes a quienes en el teatro, minutos antes, habían formado parte del público. Tampoco reconoció a la atractiva rubia, la misma de las pecosas tetas al aire, que caminaba delante de él, elegantemente vestida de amarillo, hacia cuyo cuerpo apuntaban ávidamente los ojos de Ariel. Contempló la sonrisa gozosa en los labios carnosos de la mujer y sintió intensos deseos de tomarla por un brazo, atraerla con toda su fuerza y lamerla allí mismo,

de arriba abajo, con total impudicia. Pero reprimió sus ansiosas pretensiones por el escándalo que podría suscitarse en medio de la calle, y provocara la inevitable intervención de los agentes del orden público. Desalentado dejó escapar a la engreída rubia, que siguió la marcha hacia su incógnito lugar de destino. Más allá de la esquina, en diagonal con la parada de los colectivos, por donde acababa de esfumarse la mujer, miró desanimado la llegada del autobús con franjas verdes que debía abordar para ir a encontrarse ineludiblemente con los desolladores reclamos de Leticia, denigrantes para su reputación musical. Entonces pensó abandonar todo, hasta las ejecuciones pianísticas, convencido de permanecer en la calle para siempre, al amparo de los puentes y los basurales por donde comenzaría a arrastrar en poco tiempo los harapos percutidos de esa nueva vida.

Consideraciones sobre el autor y su obra*

* Con excepción de Eloi Yagüe, las opiniones aquí recogidas fueron extraídas de la revista *Ateneo*, dirigida por Emilcen Rivero (n.º 26. Año 2006). Dicha publicación dedicó uno de sus conocidos *dossiers* a Márquez.

Julían Márquez y la incertidumbre

Que el arte literario es una forma privilegiada de interrogar a la vida —o a la muerte, es lo mismo— sobre el sentido último de nuestro estar aquí, respirando, es algo que sabe muy bien Julián Márquez. Helena, ese nombre mítico de una mujer fatal, esa fantasmagoría, la representación de la mujer esquiva que se disuelve tras cada esquina humeante de una ciudad como si nunca hubiese existido, es la metáfora de lo inalcanzable —el amor, la felicidad, la paz interior— que atraviesa estas páginas como una flecha en busca de destino. Ambientes cargados, sórdidos, donde entre los vahos del alcohol se tejen y destejen identidades, espejos que no devuelven la imagen prevista sino otra, un hombre caminando a altas horas de la madrugada por los vertederos de una ciudad apenas entrevista, como si se deslizara sobre un filo de navaja de un lado la irrealidad y del otro la incertidumbre. Así es la narrativa de Julián Márquez, quien tiene todas sus páginas marcadas, como las barajas de un tahúr, con un signo de interrogación. Por fortuna hizo de su delirio palabras que podemos degustar bajo la noche estrellada o bajo la luz difusa de un farol, aguardando el golpe certero que tal vez no llegará nunca.

ELOI YAGÜE

Julían Márquez: la voz en otra voz

Con Julián Márquez hay una palabra que empieza por fin a llegar, hay otro futuro del texto. Una palabra que vuelve a instalarse en la boca del hombre, pero ese hombre es solo real en la escritura y por lo tanto es un regalo y no una figuración: se nos da por la literatura. Gracias a esto la escritura también puede hablar y podemos hacernos parte de ella. Escribir es no cesar de hablar desde las cosas y no desde la voz refleja de un yo puramente especular; escribir es escuchar la voz de las cosas y esa voz no es de nadie, no es la voz del autor o del lector, o la de un hombre especulativo o la de una Helena simulada, es la voz sospechada por la imagen de otra imagen: las letras son una voz en otra voz.

El resplandor no encuentra asilo en la moral de una narrativa universal, encuentro en su trinco la celada de las cosas: la palabra escritura narra su experiencia más allá de la literatura. En la prudente pero intensa obra de Márquez es como si la palabra no supiera, pero sabe, sabe que lo real nunca está ausente y que es solo en esa pulcritud donde la palabra no se hace presencia robadora, presentación trabada, narración inane, en fin, simulacro de otra cosa. Es la otra voz, hecha voces, quien se presenta en sus textos: el simulacro mismo no simula nada, se presenta en su pura transparencia.

ERIK DEL BÚFALO

Voces de sombras y sueños

Sinfonía de caracoles, de Julián Márquez, constituye un conjunto de relatos, centrados en su mayoría en el tránsito de sombras, de fiebre nocturna, de palabras despojadas de voluntad, que van del sueño a la vigilia, indagando en la relación que se establece entre ambos estados, casi siempre a través de una tenue trama formada por los sufrimientos, las alegrías, los temores; en fin, cualquier manifestación de las sensaciones que comportan el desarrollo vital de los personajes, algunos de los cuales podríamos situarlos, como escribió Robert Walter, ya al final de sus días, en la nieve de la indiferencia. En efecto, esa dimensión espacio-tiempo, esa noche límite, no solo nos permite acceder a la puerta violenta de la ciudad, si no que se nos aparece como ámbito de experiencias desconcertantes, y en situaciones específicas, inmejorables, ya que los mismos devienen escenarios de bombardeos de recuerdos y estados de ánimos singulares, acaso por una gran carga premonitoria.

AARÓN PADILLA

Simulacro de Helena o el demiurgo de las sombras

En su obra se da un caso riguroso donde la perfección del lenguaje tiene visos del guión cinematográfico, a través de una elaboración consciente, premeditada, cuadro por cuadro, negro a negro en la más sincera y simplificada elaboración y puesta en marcha de los recursos del cine. Siendo incluso aleccionadora su construcción, paradigmática y sutil su proposición de dibujar una síntesis o en el uso obsesivo de la sintaxis.

En la escritura de Julián Márquez se complementan y cohabitan las dos nociones de la retórica. La persuasión incisiva, que aturde y obnubila al lector hasta perderlo en su verdad, la cual no le pertenece y le ahoga, porque no es suya, sino del escritor (es decir, se traduce en simulación en el autor) y en el uso del *ars bene dicendi* o arte del buen decir, legitimado, edificado e instaurado en un conocimiento del lenguaje que solo da cabida al asombro.

ROGER HERRERA

Circulando por los solares de la ficción

Hay experiencias cuya impronta, sin importar lo soportable de su levedad, marcan con su permanencia el sentir de quienes las viven. Dichas muescas obedecen y se desprenden de situaciones nunca antes percibidas o de la sorpresa y del sacudimiento: sometimiento del ser a la reciedumbre de tales contingencias en el instante de recubrirle con sus indelebles pátinas. Internarse en predios de *Los círculos solares*, libro inaugural de la cuentística del narrador venezolano Julián Márquez, encierra una experiencia semejante, no ya la de los límites, mas sí una plena de sorprendentes hallazgos al recrear nuestra lectura (sometiéndose a ella) las incidencias plasmadas, merced de una escritura decantada hasta las fronteras de la exégesis del lenguaje utilizado por este escritor en su accionar creativo.

Las “pequeñas” historias, circunstancias de los personajes y protagonistas de estas narraciones, nuestra sesgada percepción mediante, potencian experiencias a veces rayanas más allá de los límites de lo socialmente permitido. El despliegue de su depurada manera (casi manía) de escribir, amén de refulgir con brillantez propia, permite a este artista de la palabra construir espacios y sutiles (a veces pesadas) atmósferas; con parecida sutileza en cualquier momento las tramas nos despiertan la sensación de quedar en vilo, suspendidas o distendiéndose en el ambiente recreado, al hundirse hacia un túnel o embocadura intemporal.

GILBERTO PETIT

Apuntes sobre un cuentista

Julián Márquez cultiva un estilo literario fundamentado en el rigor de la palabra: cada adjetivo, cada punto y cada coma están fraguados de manera obsesiva, como un artífice que planea, con lápiz y papel, durante meses su magna labor. Cada texto que Márquez aborda es leído, releído y llevado a su máxima expresión estilística, hasta decantarlo en su sólido corpus escritural, un rigor creativo que precisamente insufla harta vida a su trabajo. Destaca el uso de un estilo lacónico y encantatorio que cambia de tiempo narrativo y de planos psicológicos y que muchas veces posee un tono y un ritmo poético; hace también Márquez continuas referencias culturales, bien sustentadas por un sustrato filosófico, literario y mítico, que no pesa sobre la lectura, sino que está muy bien dosificado. Muchos de sus personajes viven inmersos entre la alucinación y la realidad, como si en la existencia cotidiana se combinaran continuamente ambos planos y nos acechara el misterio poético; tienen un tinte de crueldad: esquizoides, sonámbulos, ventrílocuos, seres que se desdoblan o los acechan criaturas extrañas, músicos perturbados. A veces me recuerdan los *Cuentos de amor, de locura y de muerte*, de Quiroga, o al mundo mítico de Carpentier.

ENNIO JIMÉNEZ EMÁN

Índice

Una postal para Julián Márquez	7
--------------------------------	---

Los círculos solares	13
-----------------------------	-----------

Cinema	17
Necrofilia	29
El pesado silencio del parque	33
Al final del calor umbrío	43
Bajo la piel ardiendo	58
Los círculos solares	72
<i>Close up</i>	84
El último gesto de la noche	92

Simulacro de Helena	105
----------------------------	------------

Tríptico final	109
Intervalo ensombrecido	122
Música de viento	136
Las voces de la noche	149
Ecarté secreto	186
Magnolias en invierno	208

Sinfonía de caracoles y otras ficciones 229

Secreta presencia de las sombras	233
Sinfonía de caracoles	248
Circularidad de los pasos	260
Espejismos entre la lluvia	273
Concierto para Klaus	284
Prisión de nubarrones	294
Muñecos de sonambularia	308

Laberinto de sombras 317

Vestigios de Mompracem	321
Muñeca de celuloide	334
Fuego iniciático	348
Laberinto de sombras	360
Lejana cercanía	382
Transmutaciones sigilosas	401
Encuentro crepuscular	412
Las Arielianas	423

**Consideraciones sobre el autor
y su obra, por:**

ELOI YAGÜE, ERICK DEL BÚFALO, AARÓN PADILLA, ROGER HERRERA, GILBERTO PETIT y ENNIO JIMÉNEZ EMÁN	437
---	-----

Subterráneos insondables

Digital

Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas - República Bolivariana de Venezuela





Subterráneos insondables

La presente obra ofrece una muy singular poética del cuento en la actual literatura venezolana. Es una compilación de los cuatro primeros libros de este importante narrador. De cualidades plásticas y sonoras, en estas ficciones flota una materia casi inasible, muy cercana a la abstracción lírica, empeñada en mostrar todo lo irresuelto y misterioso que se aloja en las entrañas de lo real. Un homenaje a la imaginación, al amor, la locura y la soledad, ejecutado en una prosa exigente, impecable.

JULIÁN MÁRQUEZ

Narrador y periodista. En 1981 participó en el taller de narrativa del Celarg –dirigido por Derzyl Romero– y frecuentó el taller Calicanto. Fue incluido en la Muestra antológica del nuevo relato venezolano de la revista Imagen (1986). Varios textos suyos han sido publicados en El Diario de Caracas, La Razón, Revista Nacional de Cultura, Conciencia Activa, Tropel de luces, Imaginaria, Papel literario y Ateneo. Su única novela publicada hasta ahora es *La rotación del zodiaco* (2010).

